

ADRIANA HARTWIG

Curuzú Gil

LA HISTORIA DEL HOMBRE
CON DESTINO DE LEYENDA
ANTES DE CONVERTIRSE EN LEYENDA



VESTALES

...

© Editorial Vestales, 2012

© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar

www.vestales.com.ar

ISBN: 978-987-1568-55-0

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Prólogo

Mercedes, provincia de Corrientes, madrugada del 8 de Enero de
1878.

La pequeña celda donde habían encerrado a Antonio Gil era un oscuro nicho en un rincón del patio de la comisaría, un lugar pestilente, frío y húmedo, destinado a quebrar el espíritu de los pocos reos que lograban sobrevivir a los maltratos policiales, para pasar los últimos días en ese minúsculo rincón del infierno.

Con las viejas paredes de piedra mostrando las marcas del tiempo, el descuido en las grandes manchas oscuras que se extendían desde el techo hasta el suelo, el piso de tierra y el intenso olor a moho, el conjunto de calabozos que conformaban la cárcel del pueblo de Mercedes había recibido, hacía mucho tiempo, entre los campesinos y aparceros que tenían la desdicha de conocerla, la denominación de “sepultura de los pobres y los desposeídos”. Ningún terrateniente había llegado jamás a conocer su interior. Además, porque quien fuera encerrado allí, difícilmente volvería a ver la luz del día. No había habido mucho de ingenio en el nombre, aunque sí de crudeza.

Los pesados pasos del sargento Romualdo Ruiz Díaz resonaron en la azulada penumbra del amanecer. Se escuchaban a través de la galería que separaba la cárcel del resto del edificio municipal mientras el campanario de la iglesia anunciaba el comienzo de la oración del alba. El verde encaje de una trepadora ocultó la figura de la atenta mirada de los guardias, que conversaban en voz baja en una esquina del edificio, lejos de los calabozos. Las hilachas de hojas entrelazadas caían desde el techo hasta el piso en grandes pliegues; escondían parte de la galería que conducía a las celdas.

La luz de un farol iluminó por un instante las severas líneas del afilado rostro del sargento y se reflejó en las oscuras canicas de sus ojos. No había piedad en esas pupilas, solo el brillo acerado de la satisfacción. Una sonrisa le curvó la boca a un lado cuando llegó hasta la puerta de madera que comunicaba con el último nicho de aquel cementerio de muertos en vida. La

mirada serena del sargento se deslizó lentamente entre las sombras hacia el interior del calabozo. A través de los barrotes que separaban la luz de la oscuridad, la libertad de la prisión, contempló al hombre que se encontraba tendido en el piso, en un rincón de la celda.

Cuando la luna se deslizó casi subrepticamente a través de las hebras de un cúmulo de nubes grisáceas, el sargento Ruiz Díaz notó entre los jirones de la ropa del reo una serie de heridas sangrantes causadas por los golpes recibidos durante la captura.

Una rata emergió de un pequeño hueco entre las piedras, en la unión entre la pared y el piso. El pelaje oscuro contrastaba vivamente con sus fauces rosáceas. Olfateó el aire, clavó los ojillos negros en la pesada figura que permanecía muy quieta, a poca distancia. Dio un paso y se detuvo, atenta a los movimientos de la presa. La minúscula lengua se asomó entre los dientes, y los finos bigotes se movieron espasmódicamente.

El sargento Ruiz Díaz chasqueó la lengua.

La rata desapareció en el interior de su cueva con un respingo.

Antonio Gil apretó los labios con fuerza, presa del sueño. Mientras un inusual frío nocturno palidecía su piel atezada y la humedad se aferraba al cuerpo malherido, el gaucho matrero se removió inquieto, en medio de la oscuridad que había caído sobre él, poco después de haber sido arrojado a aquel sucio calabozo.

Ruiz Díaz pudo escuchar la respiración dificultosa, el castañeteo de los dientes, el desagradable murmullo del aire al penetrar por la fuerza en la garganta aterida.

—Si tiene usted suerte, morirá antes del amanecer —dijo y sonrió.

Antonio crispó los dedos contra el suelo cuando el sonido de una voz atravesó los resabios de la profunda oscuridad que lo envolvía y lo despertó. Sus uñas rayaron la tierra y dejaron en ella marcas, una caligrafía de la suerte de las últimas horas. Volvió la mirada hacia la débil luz que se colaba entre los barrotes de la puerta y entornó los ojos.

—Agua —musitó. Sintió en la lengua el desagradable sabor de la propia sangre. Tragó saliva. El sabor a cobre se intensificó. Escupió—. Agua —repitió.

Nadie respondió, pero él sabía que no se encontraba solo.

La mirada turbia se fijó en la oscura silueta de un hombre que lo observaba en silencio desde un pequeño rectángulo abierto en la puerta de la celda. El sudor le cubrió las sienes debajo del pelo apelmazado.

—Tengo sed —siseó e intentó incorporarse, pero una poderosa punzada de dolor le atravesó las costillas. Con un gemido, se quedó muy quieto en el suelo, respirando por la nariz, rápidamente, con la garganta seca y los pulmones ardientes.

El sargento Ruiz Díaz rio por lo bajo.

—Guarde su saliva, chamigo. La necesitará para rogar por su vida.

Antonio cerró los ojos un momento.

—Usted —susurró—. Usted me matará —dijo, y no parecía sorprendido.

Ruiz Díaz enarcó una ceja, divertido.

—Capaz que sí. —Se encogió de un hombro—. Ganas no me faltan.

Antonio lo miró. Sería ese hombre de piel pálida, labios prominentes y mirada aciaga, el que lo mataría con sus propias manos. Lo había visto en sueños, de pie frente a él con la sonrisa gélida, las manos crispadas, el odio refulgiendo en los ojos ladinos bajo la luz del amanecer.

Pero había visto algo más también. Algo mucho más importante.

—Su hijo... —comenzó, pero un acceso de tos le ahogó la voz.

Quería hablar, advertirle, decirle que, mientras dormía, había visto a un niño muy enfermo que lo necesitaba, que lloraba por su padre; que había visto a la madre, una mujer joven, bonita, de cabellos oscuros y piel clara. Ella ansiaba el apoyo del marido ausente cuando acunaba entre los brazos al niño agonizante. Imploraba a Dios de rodillas por un milagro que arrancara al niño de las garras de la muerte. El pequeño moribundo era tan parecido a ese hombre que lo contemplaba desde la penumbra, que no dudó de que fuera hijo suyo.

—Tiene que escucharme. Ellos lo necesitan. —Cerró los ojos—. Tiene que irse.

El sargento soltó una carcajada sin sentir una pizca de piedad por aquel peón de estancia que, decidió, moriría mucho antes de llegar ante los jueces de Goya.

—Descanse, Antonio —dijo de buen humor.

No imaginaba el sargento que, cada día de su vida, hasta el momento de su propia muerte, se arrepentiría por el crimen que cometería contra aquel gaucho matrero que ahora tenía bajo su custodia.

—Tiene que volver a su casa.

—Descanse, le digo. En un par de horas nos pondremos en camino hacia Goya.

Antonio lo miró en silencio. Poco antes de morir lograría advertir a su asesino del mal que aquejaba a ese niño inocente que lloraba por la ausencia del padre. Le confiaría su intención de ayudarlo a sanar, intercediendo por él ante Dios. Sin embargo, en ese momento, solo pudo crisar las manos contra la tierra, en un vano intento por controlar el dolor.

El sargento le devolvió la mirada, implacable.

Sería él mismo quien, una semana después, clavaría una cruz de madera de ñandubay, a poco más de una legua del pueblo de Mercedes, en memoria de aquel gaucho alzado al que había sentenciado a muerte. Era la forma de rogarle perdón al alma de la víctima y agradecerle por la salud de su hijo. Ese mismo sargento contaría una y otra vez la historia en la que Antonio Gil había arrancado al niño de la muerte. Una historia que se repetiría en los altares al costado del camino, en las telas rojas que lo adornaban, en quienes rezaban, creían, se alegraban. Faltaba, sin embargo, para todo eso.

Ruiz Díaz curvó los labios en una mueca de desprecio y lanzó un escupitajo al suelo.

—Prepárese para morir, Antonio —dijo, entonces, antes de lo que vendría—. Le llegó la hora.

Se marchó, se hundió en la penumbra de la galería silbando por lo bajo.

Antonio apretó los labios con fuerza.

—Ayúdeme —musitó. El nombre de Dios se le ahogó en la garganta—. Ayúdeme a morir de pie. No así, *Ñandejára*, no así.

Primera Parte

Capítulo 1

Finca El Socorro, Mercedes, provincia de Corrientes, agosto de
1865.

De pie en el potrero bajo la mirada orgullosa de su padre, un viejo peón de hombros enjutos y mirar sereno, Antonio Mamerto Gil Núñez se volvió y contempló los campos que se extendían hacia el norte en suaves y ondulantes colinas bordeadas de montes.

Bajo el fulgor rabioso del sol, aún a tan tempranas horas de la mañana, el único solaz lo representaba el hogar de don Pedro Dionisio Cabral, un sólido caserón construido con ladrillos, madera y piedras del río.

La finca pertenecía a la familia del ex gobernador desde que la región tenía el nombre de Pay Ubre. Era una de las propiedades más grandes y antiguas de Mercedes con amplias galerías, magníficos y añosos jardines de lapachos junto a extensos pastizales de color esmeralda.

Aunque el invierno todavía no llegaba a su fin, la primavera parecía haberse ya establecido por adelantado con todo su esplendor sobre los campos: brillantes colores, calores extenuantes y frecuentes tormentas.

Antonio sonrió. Los fuertes y sorpresivos chaparrones pronto desaparecían, sin embargo, para dejar el aire límpido y fresco, para impregnarlo con un fuerte olor a tierra negra. Tenían las lluvias también sus consecuencias devastadoras, por supuesto: convertían, primero, los pocos caminos existentes en trampas de lodo; y las aradas, en desagradables bañados que terminaban por estropear los sembradíos.

Antonio se pasó la mano por la frente y se secó el sudor que le caía por las sienes. El intenso calor de la mañana ya había obligado al ganado a enfilarse, rumiante, paciente, hacia los riachos del norte en busca del alivio de las aguas dulces y frescas. Un puñado de hombres, los troperos de El Socorro, acompañaban el lento peregrinar de las bestias con los rebenques en una mano, con los cuchillos a la espalda, por si se encontraban en el camino con algún indeseable.

Más allá de El Socorro, el monte insistía en reconquistar para sí los viejos y angostos caminos que llevaban hacia el pueblo. Los arbustos espinosos se inclinaban con ansiedad sobre los senderos de tierra; avanzaban año a año con lentitud, pero con seguridad, hacia la total victoria.

Los árboles de esqueletos retorcidos y follaje enmarañado habían florecido a principios de agosto. Se preparaban para recibir a la primavera con una profusión de pimpollos blancos, amarillos y rojos.

Aquella mañana de agosto de 1865, Antonio Gil –aquel joven muchacho de dieciocho años, conocido también con el nombre de Curuzú Gil por la particular marca de nacimiento en forma de cruz que tenía en la espalda– era la estampa misma de los hijos de la tierra, con la fuerza de su estirpe contenida en cada uno de sus gráciles movimientos y la mansedumbre propia de los de su sangre en la mirada.

No era un hombre peligroso como insistían en señalar las malas lenguas, apenas un muchacho de fuerte temperamento. A veces resultaba distante y callado, aunque no faltaba quien intentara rehuirle o dijera temerle. Decían que sus ojos, tan negros como los abismos de *aña*, tenían el poder de hipnotizar a quienes le deseaban mal e, incluso, inmovilizar a sus enemigos.

Mientras intentaba ganarse la confianza del alazán al que debía domar, Antonio, no solo estaba atento a cada uno de los movimientos del animal, sino también a las voces que provenían de la casa y de los corrales.

En sus oídos, resonaban vivaces los gritos y la algarabía de los peones. A esa hora, se preparaban para ensillar a los caballos y salir de ronda hacia el este, hacia los ondulantes montes que se extendían, peligrosos y atrayentes, hasta las antiguas lagunas que bordeaban el prado. La agradable cacofonía de los animales, que, rehuendo del calor matutino, intentaban encontrar refugio entre las sombras de los lapachos en flor que bordeaban la casa, también podía ser escuchada por Antonio.

Había crecido con el sol en la espalda y se había acostumbrado desde muy niño al trabajo duro de una estancia. Se encontraba en su elemento en la agreste compañía de peones, estancieros, labriegos y campesinos; siempre con las manos ocupadas en las faenas del campo y el amor a la tierra aferrado a sus entrañas.

Su vida transcurría, tranquila, sin mayores sobresaltos, entre el cuidado de los aperos, el tintineo de las espuelas en los pies y el arrullo paciente de la guitarra en las noches insomnes.

Del interior de la casa, los pequeños hijos de los sirvientes de don Cabral emergieron en tropel: perseguían entre risas a un par de cerdos que, con toda seguridad, habían escapado de la porqueriza para huir de las travesuras de los mismos críos que ahora querían atraparlos.

En respuesta a tanto bullicio, la voz suave pero decidida de doña Leocadia Latorre y Rolón, esposa del ex gobernador, ordenó silencio no sin cierta dulzura.

Antonio se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano una vez más. Luego tiró de las riendas del caballo con suavidad pero con firmeza y lo llevó hasta el centro del potrero.

Su vieja bombacha de trabajo, antes negra, mostraba las huellas del tiempo con un color grisáceo, ya desteñido a fuerza de lavados. No se encontraban en mejor estado ni su faja de lana raída, ni sus viejas polainas de cuero.

Con los dedos de los pies desnudos sobre la tierra arcillosa, se plantó frente al alazán con la seguridad de un mozo acostumbrado a enfrentar la propia voluntad con la de las bestias: lo desafió con la mirada a que se atreviera a mostrarse difícil.

Al sombrero lo había dejado a un lado a poco de ingresar a la arena, sobre uno de los postes del potrero junto a las espuelas. No las necesitaría para domar, al menos no para domar a *Tormento* que, aunque tenía un temperamento de cuidado, no ameritaba el uso de espuelas. Aunque acostumbraba a usarlas junto con el rebenque, con ese potrillo en particular no creía necesitarlas.

A *Tormento* se lo ganaría con paciencia. Azuzarlo solo serviría para hacer de él un animal temeroso y sin espíritu.

—Tenga cuidado, chamigo —dijo José Gil con un gesto apacible. Señaló a la bestia con la barbilla; las arrugas del rostro se profundizaron con una sonrisa amable—. Mire que ese no se anda con vueltas.

—Tranquilo.

—Es bravo el bicho ese.

—*Eré chéve*. Si lo sabré yo —dijo Antonio sin desviar la vista del animal. Los ojos negros, soberbios y voluntariosos, le daban fuerza al rostro de líneas duras y armoniosas.

A su madre, Encarnación Núñez, le debía la nariz aguileña y los pómulos altos. A su padre, la obsidiana de los ojos, la severidad de la mandíbula y la oscuridad de los cabellos. El color de su piel, sin embargo, era obra de Dios: contrastaba la palidez de las palmas con el bronce bruñido de los brazos, piernas, pecho y espalda, acostumbrado como estaba a trabajar a la intemperie.

José se encogió de hombros, satisfecho ya con haber advertido a ese hijo suyo que no fuera tan soberbio ni tan confiado con caballos como aquel. Sabía que sus consejos caerían en oídos sordos. Siempre había sido así: Antonio era terco como un mulo viejo: hacía lo que se le venía en gana.

Observó la estampa de su hijo un momento; con cierta reticencia, admitió que el muchacho ya era un hombre, que había llegado el momento de dejar que tomara decisiones y enfrentar las consecuencias de sus actos solo. “Aunque todavía tiene mucho que aprender de la vida”, se dijo. Esa frase revelaba que no solo estaba pensando en la terquedad para domeñar al alazán.

José Gil era peón también, honesto y trabajador como pocos. A sus cincuenta años, sin embargo, ya sus huesos no cooperaban con el esfuerzo que requerían las labores. Como muchos hombres de su edad y educación, no tenía por costumbre mostrar lo que lo acuciaba ante la familia. De todos modos, a veces, en las noches de insomnio, observaba el techo del rancho y se preguntaba cuánto tiempo más podría seguir trabajando, cuántos años más conseguiría llevar comida a la mesa.

José era un hombre delgado, bastante bajo, de poco más de metro cincuenta en realidad, hombros afilados, rostro alargado y piernas duras de jinete. Tenía los cabellos ya encanecidos; los llevaba muy cortos, apenas enmarcando los huesos fuertes del rostro. Las profundas arrugas que le surcaban las exiguas mejillas lo hacían ver más viejo de lo que en realidad era.

Elevó los ojos al cielo. Después de hacerse sombra con la mano, parpadeó. El sol ya comenzaba a quemar la carne, y apenas eran las diez de la mañana. Los ojos oscuros, siempre vivaces e inquisitivos, revelaban una

profunda inteligencia; la sabiduría propia de los hombres de la tierra. Miró a su hijo: lo vio separar las fuertes piernas mientras se preparaba para domeñar al alazán y colocarle el cabestro.

El animal movió las orejas y dio un respingo nervioso, alejándose de su domador. Antonio sonrió y echó una breve mirada hacia su padre, como si quisiera asegurarle que todo estaría bien, que tenía controlada la situación, y luego volvió los ojos hacia los campos, atraído por la ruda belleza de aquella estancia.

Más allá del potrero, fuera del camino serpenteante de arena y pedregullos que conducía al caserón de don Cabral, los rayos del sol acariciaban los verdes campos salpicados aquí y allá de arbustos y margaritas salvajes. En el horizonte, las copas de los árboles se movían con suavidad bajo los mimos del viento.

Un suave bufido le llamó la atención. Antonio observó un instante a su propio caballo, un criollo de seis años que José Gil había insistido en comprarle después de trabajar de sol a sol en la finca de un gringo, en las afueras del pueblo. *Varón* estaba a buen resguardo del calor bajo la sombra de un árbol con el morro hundido entre la maleza, pero con los ojos atentos a todo lo que ocurría a su alrededor. “Quizás el animal está molesto porque no está donde siempre”, pensó.

Antonio y su familia, en realidad, vivían en un rancherío a una legua de El Socorro, en otra estancia que pertenecía a don Rosendo Gómez, su patrón. Estaba de paso en El Socorro porque don Rosendo, buen vecino de don Dionisio, lo había recomendado con el ex gobernador para que se ocupase de *Tormento*. Aunque Antonio no contaba del todo con la simpatía del patrón, don Rosendo sabía que era un hombre honesto y muy bueno en su trabajo, por lo que no dudaba en recomendarlo a los amigos y conocidos como unos de los peones domadores más experimentados del Pay Ubre.

Antonio estaba acostumbrado al trabajo duro, porque allí en Mercedes, tierra de vacas, ovejas y caballos, solitaria y alejada de sus pueblos hermanos por leguas de caminos arcillosos y montes salvajes, la vida no era sencilla, mucho menos para un peón como él: “Joven en años, pero ya viejo en experiencia”, como solía decir su padre, orgulloso de las habilidades del hijo.

Antonio se sabía pobre, de escasa cultura. Nadie se atrevía a mofarse de él abiertamente, porque todos sabían que manejaba el cuchillo con la pericia de un viejo carnicero; todos sospechaban que no dudaría en terminar una discusión con el filo de su hoja si fuera necesario. A pesar de ese distante respeto, él notaba que los blancos de la ciudad y los ricos de los alrededores lo miraban con sorna. Incluso con desprecio.

Sin embargo, él estaba orgulloso de lo que era: un buen hombre que se preocupaba por hacer bien todo lo que hacía: domar, cazar, montar, carnear y aguantar la bebida. Parecía como si hubiera nacido con una botella bajo el brazo, un rebenque en la mano y un cuchillo a la espalda, cruzado sobre los riñones.

Se identificaba con su familia: sencillos, trabajadores, miserables. Los hermanos más chicos, Francisco, de catorce años, y Rosario, de diez, ayudaban en lo que podían: cuidaban del ganado cuando el patrón lo permitía, ayudaban en las cocinas de Los Ceibos, la estancia de don Rosendo, vecina de El Socorro.

Antonio estaba decidido a evitar que sus hermanos pequeños fueran como él: incultos y un poco salvajes. No deseaba que tuvieran la piel curtida y las manos callosas a causa del trabajo duro en los campos de don Rosendo, ni que los ricos los trataran como pordioseros si se los cruzaban en la calle. Sin embargo, aún no había encontrado la manera de impedirlo. Eso, a veces, le quitaba el sueño. De pronto, recordó la primera vez que pensó en darles a sus hermanos otra vida. Había sido una tarde de verano, en la que se encontraba en Los Ceibos vigilando a una vaca preñada, a punto de parir, listo para ayudarla si el animal lo necesitaba. Fue tan vívido el recuerdo que la realidad a su alrededor se difuminó poco a poco; casi pudo oler en el aire la fragancia del pasto mojado por el rocío, sentir bajo los pies la humedad de la tierra y percibir en el viento la cercanía de una tormenta. La vaca parturienta era joven, primeriza. Parecía indefensa en un rincón del potrero mientras lo miraba con los ojos opacos inundados de dolor. Entonces el patrón se había apoyado en la valla y le había dirigido una mirada de advertencia.

—No la deje sola, Antonio, ¿me oyó? Quiero a ese ternero con vida o me lo cobraré con su espalda.

Antonio apretó los labios mientras regresaba al presente. Jamás había olvidado el miedo y la furia que había sentido al imaginar a sus hermanos en la misma situación; tal vez, indefensos ante la ira del patrón.

No deseaba ver en la espalda de Francisco las marcas del rebenque de don Rosendo, ni en las manos de Rosarito las líneas enrojecidas del chicote que el patrón utilizaba para golpear los dedos de las sirvientas cuando cometían algún error.

Fue aquel el mismo día en que la vio por primera vez, rememoró. A ella, a aquella que se convertiría en obsesión, en única pasión, en la vida misma: Estrella Díaz de Miraflores.

—¡Antonio, fíjese bien lo que hace con ese alazán! —le advirtió José Gil con una seña desde detrás de la valla—. Le está mirando fijo; ¡y usted, en las nubes!

El potrillo piafaba, nervioso, mientras caminaba de lado, como si estuviera preparándose para atacar al domador.

—Está bien, taitá, perdóneme. —El muchacho rio con suavidad: despertaba abruptamente de los recuerdos—. Sabe que a veces me dejo llevar por los pensamientos.

José lo miro de pronto con desconfianza, ceñudo. Las pestañas oscuras le velaron la expresión de los ojos, pero la curva suave de la boca reveló el disgusto.

—¡A veces! —replicó—. ¿Acaso quiere engañar a su padre, que lo conoce a usted como a la palma de su mano?

—No, taitá.

—Míreme y dígame: ¿en qué pensaba? —De pronto, la sombra del miedo enturbió su mirada—. ¡No me diga que en la guerra con los paraguayos!

Antonio suspiró.

—Le juro que no pensaba en eso —dijo.

José lo ignoró.

—Yo sé muchas cosas porque tengo mente para entender, m' hijo, pero... —comenzó.

—... *catú ituyáhäre öicuahävé*. Pero más sabe por viejo —concluyó Antonio en los dos idiomas con voz cansina, acostumbrado ya a oírlo decir aquello.

José apretó los dientes.

—¡No se me haga el vivo, Curuzú! —advirtió—. ¡Ya le dije a usted que no permitiré que ningún hijo mío se enfrente a nuestros hermanos del norte! —advirtió—. ¡Y mucho menos por órdenes del gobernador Lagraña!

Antonio se sintió de pronto disgustado. Desde que el gobernador había convocado a todos los hombres de la provincia que contaran entre diecisiete y sesenta años a tomar las armas para luchar contra los paraguayos que en abril habían invadido la ciudad de Corrientes, su padre le había advertido que ni se le ocurriera ir, porque no eran invasores, sino hermanos que estaban luchando por su patria, su libertad y su honor.

Después de haber escuchado a José defender de aquella forma a los invasores, Antonio sintió la sangre hervir en sus venas, agraviado ante la osadía de los paraguayos.

—¡Pero están en suelo correntino, y el general Wenceslao Robles ha tomado la ciudad como si tal cosa! —había seguido la discusión.

—Ya se marcharán, m' hijo.

—Pero, taitá...

—La cosa no es contra nosotros, sino contra el presidente Mitre y los brasileños.

—Eso no quiere decir que tengamos que quedarnos de brazos cruzados mientras están en la capital.

—¡Bah! ¡Usted cállese que no entiende nada de esto! —había ordenado José con un gesto, dando por terminada la discusión. Lo cierto era que estaba muy asustado. Temía que a su hijo mayor se le ocurriera acudir como voluntario a San Roque y unirse a una guerra de la que, con seguridad, todos se arrepentirían de haber empezado. Luego de un momento, por la paz, añadió en voz baja—: los paraguayos no dañarán a un solo correntino, ya lo verá.

—El presidente Mitre no dice lo mismo.

—¡Ese Mitre es un traidor a la patria, indigno de nuestro respeto! —concluyó José Gil, quien entonces abandonó el rancho a grandes pasos, negándose así a decir una sola palabra más sobre el asunto.

Antonio meneó la cabeza. Los recuerdos de aquella discusión sobre la guerra no habían sido los que lo habían obnubilado.

—No estaba pensando en eso —repitió.

José lo observó en silencio un momento y luego frunció el ceño, irritado.

—Ah, entonces estaba pensando en esa hembra, ¿verdad? —gruñó. No era difícil determinar qué pasaba por la cabeza del muchacho, porque últimamente solo sabía hablar de dos cosas: la guerra o la belleza de la viuda de Miraflores.

Antonio se mostró impaciente.

—No sé de qué habla —dijo.

—¡Sí sabe, como que hay un Dios que sabe! No se me haga el zonzo, que usted y yo nos entendemos muy bien.

Antonio apretó los labios y dirigió a su padre una mirada tormentosa; oscura y ardiente. Era una advertencia. No toleraría que su padre hablara de su mujer como si estuviese refiriéndose a una cualquiera. Sin arredrarse ante la mirada del hijo, el anciano se caló el sombrero hasta los ojos y continuó, imperturbable:

—No me mire con esa cara, caramba, porque usted sabe tan bien como yo que esa hembra no es para usted —dijo.

—¿Por qué no? —replicó el muchacho, de pronto enfurecido.

Estaba cansado de escuchar lo mismo. Ya le habían insinuado varias veces en el último tiempo que, por su bien, debería alejarse de El Socorro y de las damas que acostumbraban a pasar por allí de visita.

—¡No se ponga usted así! ¡Con su terquedad de mula vieja no llegará a ninguna parte! Ahora quédese en el molde y escúcheme: ¿Piensa que el color de su piel es igual a la de ella?

—Sí, ¿cuál es la diferencia?

—¿Cómo puede preguntarme eso? ¡La suya está marcada por el sol y los callos de la faena diaria! ¡Jamás tendrá la blancura ni la suavidad de la magnolia, como la tiene ella!

—¿Y eso qué?

—¡Bah! ¿Cree que podrá entenderla cuando esa mujer quiera hablarle de libros, de pinturas y de trapos? La escuchará, pero jamás la comprenderá ni compartirá esos intereses. ¿Cree que la viuda Díaz de Miraflores puede conformarse con un peón domador cuando podría tener a cualquier hombre que quisiera?

Antonio tornó su expresión belicosa, aunque el respeto y la admiración que sentía por su padre jamás le permitirían enfrentarlo más que con el ardor chispeante de la mirada.

—Ella me quiere —dijo Antonio con bríos, con la irritación vibrando en el timbre duro de la voz.

La mirada de José se suavizó de pronto, triste, cansada, comprensiva.

—¿Está seguro, m' hijo? —preguntó.

Antonio apretó los labios, orgulloso: el rudo afecto que notó en la expresión paterna lo obligó a revelar parte de sus dudas.

—Me querrá como su marido cuando esté segura de que a mi lado nada le faltará. Trabajaré para ella —respondió—. Nunca sentirá la falta de comida en su mesa o ropas en su cuerpo.

—Hijo, cuando su marido murió, esa mujer se convirtió en una de las hembras más ricas del Pay Ubre. ¿Qué podría querer de usted, un pobre peón de Los Ceibos?

—No siga.

—Es peligroso meterse con las blancas ricas, usted lo sabe. —José lo señaló con un dedo, de pronto indignado—. ¡Terminará mal, m' hijo, si sigue por ese camino!

—No me diga eso. Es mala suerte.

El anciano desechó las palabras con un gesto de su mano.

—Yo no lo crié para que me lo maten por meterse con faldas de calidad. Los hermanos de la señora le están vigilando. Ni a don Gregorio, ni a don Juan les hace gracia que un peón le ande arrastrando el ala a la hermana.

—No voy a aflojar.

—Piense bien en lo que se está metiendo. Incluso, el comisario está interesado en esa hembra.

—¡Ese perro no le pondrá un dedo encima! —gruñó Antonio entre dientes.

El muchacho crispó los dedos contra las riendas, de pronto abrumado por la ira y los celos. De repente, sintió cómo las tripas se le retorcían de solo imaginar a la mujer que ya consideraba suya en brazos de otro hombre. Un sudor frío le corrió por la espalda y apretó los labios en una severa línea de furia contenida.

—Le recuerdo que es peligroso meterse en el camino del comisario —
continúo el anciano con voz cansina—. A don Eulogio no le va a costar nada
hacerle desaparecer si usted insiste en entrar de gallito a su corral.

—Taitá, si sigue usted rumiando lo mismo, prefiero que se vaya.

José musitó algo en guaraní y luego lo miró ceñudo:

—Solo quiero que sepa que su madre está muy preocupada por usted. No
quiere ni imaginarse lo que pasará si don Eulogio se entera de que usted le
está comiendo el mandado.

—No me gusta que hable así de ella.

—¡Cosas peores debería decir de una hembra que persigue a un crío
como un perro de presa! —escupió el anciano—. ¡He dicho!

Antonio soltó una maldición por lo bajo. Volvió la atención hacia el potro
que tenía enfrente, aunque su mente insistía en girar en torno al mismo tema:
el amorío con doña Estrella Díaz de Miraflores.

Recordaba la primera vez que la había visto, una tarde de verano cuando
ella llegó hasta El Socorro con un vestido de paseo, un sombrero extraño y
una sombrilla para proteger la piel de los rayos del sol. Los recuerdos de
aquel día se le habían grabado, impolutos, en el alma: el verde intenso del
vestido contrastaba vivamente con la piel pálida, sin mácula. Los labios rojos
sonreían con suavidad sobre los blancos dientes mientras la risa resonaba en
la estancia con dulce algarabía. A la distancia, él había notado el color
cristalino de la mirada de la mujer.

José Gil dudaba de que existiera un amor diferente a aquel que se
construye con el tiempo mientras se erige el hogar y se cría a los hijos. Ese
amor que se fortalece con la vida en común, con las alegrías y tristezas
compartidas a través de los años. Antonio, sin embargo, había conocido
aquella tarde, mientras la contemplaba, el impacto de una pasión distinta,
fulminante como los vientos de las tormentas de invierno.

Todo había comenzado cuando la joven viuda, de visita en la casa de don
Dionisio, solicitó la asistencia de un peón para descender del sulky. A partir
de ese momento, la sensación que le producía nunca había disminuido; por el
contrario, había crecido hasta convertirse en la fuerza que lo mantenía vivo.

Aquel día, Antonio estaba trabajando para don Dionisio, porque el ex gobernador había requerido de sus servicios para domeñar a tres caballos que había adquirido en Goya. A su patrón, don Rosendo Gómez, no le había hecho gracia perderlo cuando tenía en Los Ceibos a dos vacas a punto de parir, pero había aceptado cederlo por un par de semanas con la idea de congraciarse con uno de los vecinos más poderosos de la región.

Antonio había acudido en ayuda de la viuda después de haber arrojado el sombrero a un lado y dejado las espuelas a medio camino entre el potrero y el caserón. Ella lo había mirado desde arriba con los ojos chispeantes, las mejillas rosadas y los dedos pálidos, trémulos. Ella le dijo con dulzura:

—¿Cómo le va? ¿Me haría el favor de ayudarme a bajar? Me temo que está muy alto y no me siento capaz de saltar hasta el suelo sin caer de bruces.

Antonio asintió. Se apresuró a rodearle el talle con las manos para ayudarla a descender del carruaje. Incluso ella permitió que la sostuviera un momento, hasta que la dejó ir hacia la galería de la casa, donde la esperaba la hija menor de don Dionisio.

—Muchas gracias, señor —dijo la mujer.

Él solo atinó a mirarla fijo. Jamás nadie se había dirigido a él con el título de “señor”. Y mucho menos una dama con aquella voz ronca y profunda. Desde entonces, ella había tomado por costumbre ir de visita a la estancia de don Cabral para pasar las tardes con la señorita Clara; y él, como un deber, acompañarla de regreso a su casa.

Pronto descubrió que esperaba con ansias esos momentos en que ambos cabalgaban a solas a través de los campos, a veces al trote corto, otras a la carrera, pero siempre juntos. Cada uno en la propia montura, cada uno atento a los gráciles movimientos del otro.

La mirada de la mujer lo alteraba, lo enardecía. Necesitaba verla. Anhelaba que llegara a la estancia para observarla y que se fuera para hablarle, para escucharla decir su nombre una y otra vez bajo las sombras de los árboles.

Comenzó a conocerla poco a poco, hasta que pudo incluso comprender las emociones que se ocultaban debajo de sus palabras con solo escuchar el tono de su voz. Supo de los secretos anhelos de su corazón, de los miedos y

los gustos. La conoció tan profundamente como un hombre puede conocer a una mujer: ese arrebató le daba, también, la pausa del conocimiento.

El agudo relincho del potro lo arrancó bruscamente de sus recuerdos. Fue hasta el animal con serenidad y le colocó el cabestro suavemente. Se apartó cuando *Tormento* intentó morderle el brazo. Tiró de las riendas con delicadeza y el animal corcoveó, nervioso.

—Tranquilo —dijo Antonio para calmar a la bestia—. Tranquilo, *Tormento*, tranquilo.

—Ese animal es un salvaje, pero está aprendiendo a obedecer —comentó José, admirado. Se quitó el sombrero y se secó el sudor de la frente—. Está usted haciendo un buen trabajo con él.

Antonio hizo un gesto con la mano, con toda la atención puesta en los ojos fieros del animal que piafaba frente a él.

—Prepare mi caballo, taitá, este está listo para echar a correr.

—¿A dónde lo llevará?

—A los campos del norte. Cuando esté cansado, intentaré ponerle la silla otra vez.

—Con cuidado, m' hijo, que ese bicho no se anda con vueltas.

—Ande, tráigame a mi *Varón*. Que de este ya me ocupo yo.

José asintió. Se apartó de la valla con la intención de ir a buscar el caballo cuando el sonido distante de unos cascos llamó su atención. Se caló el sombrero casi hasta los ojos y volvió la mirada hacia el camino que conducía a la casa de don Dionisio. Entonces, apretó los labios en una mueca de disgusto.

—Y hablando de *aña*... —murmuró entre dientes.

La viuda Estrella Díaz de Miraflores montaba una yegua. Dobló el recodo del camino al trote corto con los volados de la falda ondeando en torno a los tobillos.

José echó una breve mirada hacia su hijo y ensayó una despedida.

—*Tupâ ta nde-recó porá* —dijo, suave.

Ana Igarzábal finalmente abandonó la labor de aguja sobre una silla. Después de echar una rápida mirada hacia el interior de la sala para asegurarse de que nadie la sorprendería haciendo lo que no debía, fue hasta una esquina de la casa, todavía bajo la sombra de la galería, y se ocultó detrás de los arbustos que crecían a un lado del muro.

Intentaba no ser vista desde el potrero, pero apartó unas ramas suavemente con las manos y se inclinó hacia adelante. Asomó el rostro entre las flores. Entonces lo vio con el corazón estremecido de alegría. Con una traviesa sonrisa, observó a Antonio Gil trabajar con uno de los nuevos caballos adquiridos por don Dionisio Cabral. Pensó que tal vez podría ir a saludarlo. Después de todo, eran amigos de la infancia. Sin embargo, no se decidía a hacerlo, no cuando se encontraba en la casa don Cabral.

Al ex gobernador no le gustaba que la señorita Igarzábal correteara detrás de los peones como si fuera una pequeña salvaje. Pensaba, además, que ella debía quedarse en la galería bordando como la dama que era. Dado que estaba de visita, Ana supuso que sería más prudente respetar los deseos del dueño.

Subyugada, no pudo evitar observarlo con el corazón en los ojos. Lo amaba así, con la sencillez de una niña: sincera, profundamente. Lo amaba desde que era una cría, no solo por la recia apostura y los buenos sentimientos de él, sino porque la comprendía mejor que nadie. Ella, a su vez, lo conocía tanto como se conocía a sí misma.

Sabía que él no la veía más que como a una niña, pero, con el candor de la juventud y las ilusiones propias de la edad, tenía la certeza de que, cuando fuera mayor, él se enamoraría de ella.

Antonio estaba de pie en el centro del potrero, vuelto hacia un alazán sin expresión alguna en el rostro atezado. Parecía distraído. Aun así, mecánicamente, estaba atrayendo al animal hacia su cuerpo, tirando muy suavemente de las riendas, persuadiéndolo con paciencia de que confiara en él.

La jovencita suspiró, pensativa. Curuzú Gil era, a sus ojos, el hombre más atractivo que había visto en su vida, aunque jamás se lo había dicho ni a él, ni a nadie. Cuando él estaba ocupado en sus tareas diarias, ella acostumbraba admirarlo a hurtadillas desde la casa, imaginándose a sí misma como su

esposa, aunque muchos dirían que todavía era muy niña para pensar en eso. Especialmente su tío, Rosendo Gómez, el propietario de la estancia Los Ceibos, que no le prestaba la menor atención, a menos que debiera reprenderla por alguna conducta inapropiada.

De hecho, siempre parecía estar regañándola, reflexionó la jovencita. Si no era porque la había sorprendido hablando en guaraní, era por haberla descubierto en el monte intentando trepar a un árbol, o por haberla hallado en el potrero atrás de José Gil o de Antonio. “Como perrito faldero”, diría don Rosendo.

Ella, a sus casi quince años, no se consideraba a sí misma como una niña, por el contrario, ya se creía toda una mujer. Al menos, una joven mujer.

Después de la muerte de sus padres, el tío Rosendo había considerado un deber ocuparse de la pequeña huérfana. Aunque la perspectiva no lo entusiasmara ni un ápice, no era un hombre que rehuyera de las obligaciones. Todavía una cría de pecho, la había dejado bajo los cuidados de Encarnación Núñez quien, por entonces, se ocupaba de las comidas del patrón. Don Rosendo la había elegido porque la mujer había parido a su segundo hijo varón apenas unos meses antes, lo que la transformaba en la indicada para hacer de nodriza de Ana. De modo que la madre de Antonio se ocupó de alimentarla y atenderla como si fuera su propia hija.

Don Gómez jamás se preocupó por Ana más de lo absolutamente necesario. Rara vez preguntaba por su paradero, razón por la cual, cuando la descubrió a los seis años correteando descalza por los corrales detrás de los hijos de los peones con la ropa hecha jirones a causa de las travesuras, con los cabellos sueltos en la espalda, casi sufrió un ataque. No sabía decir qué esperaba que hiciera una niña pequeña huérfana y sola en una estancia, pero, de ninguna manera, había imaginado que estuviese convirtiéndose en una salvaje, trepada a las vallas con los peones y tras los cerdos en la porqueriza. La llamó entonces con la idea de darle una buena regañina por su comportamiento. Su horror no tuvo límites al escucharla hablar en guaraní y en castellano alternadamente mientras retorció la roñosa falda con los dedos.

Incapaz de comprender cómo había sucedido aquella desgracia, don Rosendo decidió soslayar su descuido contratando a un maestro para que le enseñara a la niña a comportarse como una señorita de su clase. Pero el daño

ya estaba hecho. Poco pudo hacer el anciano maestro Edelmiro Del Valle por ella más que “pulir la superficie para satisfacción de aquellos a los que solo les importan las apariencias”, como acostumbraba decir cada vez que ella demostraba ser incapaz de dominar los impulsos.

La niña era inteligente, por lo que, contra todo pronóstico, aprendió rápidamente lo que se suponía que debía saber una señorita de su posición. Aunque Ana fuera, en opinión del maestro, su tío y un par de buenos vecinos de Los Ceibos, lisa y llanamente, una salvaje, podía comportarse, si quería, como una auténtica dama. Ella sabía cuándo le convenía hacerlo: cada vez que su tío estaba en casa, o cuando se encontraba de visita en el hogar de los vecinos.

Antes de que cumpliera doce años, el maestro Edelmiro había comunicado a don Rosendo que ya le había enseñado a la niña todo lo que podía, pero recomendó que fuera enviada a un colegio de señoritas. El anciano estaba secretamente convencido de que nada más que la estricta disciplina de un buen colegio de niñas podría enderezar el carácter de aquella pequeña salvaje de ojos rasgados y mirar fijo. Bien pudo haberse ahorrado el consejo, porque don Rosendo no estaba dispuesto a gastar dinero en la educación de una cría que ni siquiera era suya. Además, el estanciero tenía la absoluta certeza de que las mujeres no necesitaban una educación; mucho menos su sobrina, porque, después de todo, su único deber en la vida sería atender al marido, cuando lo tuviera, y parir a los hijos.

Con el tiempo, don Gómez constató que Ana sabía conducirse entre los buenos vecinos de Mercedes con una educación acorde a su posición en la sociedad correntina. Entonces, decidió que sus deberes para con la muchacha habían terminado.

Cuando Ana notó que don Rosendo había decidido ignorarla una vez más, volvió a vestirse con ropas sencillas de campesina, a perder los zapatos en el monte cuando decidía montar a pelo y a terminar el día sucia y desgredada después de dedicarse a jugar con los potrillos en los corrales junto a los hijos de los peones. Uno de ellos, uno de sus fieles compañeros de juego, había sido Antonio, al que ella llamaba simplemente Curuzú.

Jamás, ni en sus sueños más audaces, había imaginado que aquel muchacho de piel atezada, de hablar pausado se convertiría en un hombre tan oscuramente bello como aquel. Con esos rasgos severos y arrogantes; con la mandíbula que parecía haber sido salvajemente esculpida en piedra, cubierta por una sombra de barba que no ayudaba a suavizar la aspereza de la forma, por el contrario, la acentuaba. Con esos ojos profundamente negros, terriblemente duros e inquisitivos, demasiado intensos para resultar tranquilizadores. Lo miraba desde detrás de las ramas con la vaga idea de que, tal vez, Curuzú no fuera de este mundo.

Él tiró de las riendas. El animal se agitó y dio unos pasos de lado. Dijo una palabra en guaraní, se volvió para recoger la silla de montar. Ana, bruscamente, se hundió entre los arbustos. Con el rostro ardiente ante el temor de que Antonio la hubiera visto observándolo, después de un momento, se incorporó lentamente. Dirigió la mirada hacia él una vez más. Antonio estaba acariciando la cabeza del caballo en silencio, con el rostro hacia la bestia, le murmuraba algo en voz muy baja. “Parece molesto”, decidió la joven, pensativa. Ana se inclinó hacia él sin darse cuenta. “Hay algo en su mirada. Algo triste, distante.”

El sonido de unos pasos y el chirrido de la puerta de la sala la alarmaron. Ana, ante el temor de que fuera don Cabral quien se acercaba, se apresuró a volver a la galería. Recuperó la labor de aguja. Se sentó bruscamente en una silla; fingía estar enfrascada en la edificante tarea de bordar un pañuelo. ¿Y si la habían visto mirar a hurtadillas a Antonio? ¿Qué diría? ¿Cómo lo explicaría? ¿La regañarían o simplemente la enviarían de regreso a su casa? Pensó en la cara que pondría don Rosendo si fuera expulsada de aquella propiedad a causa de una mala conducta. Se estremeció. Si bien el hombre jamás había usado el chicote con ella, no dudaba de que pudiera hacerlo si le daba motivos.

—¿Ana? —la llamó Clara con suavidad—. ¿Está aquí, Ana?

Con un suspiro de alivio, la jovencita compuso una agradable sonrisa de contento en sus labios.

—Sí, aquí estoy —dijo. Dejó la labor a un lado cuando Clara Cabral y su buena amiga, la joven viuda Estrella Díaz de Miraflores, llegaron hasta ella.

Ana saludó cortésmente a ambas mujeres sin saber exactamente qué hacer. ¿Debía retirarse y dejarlas a solas? ¿O quedarse y estorbar tal vez? Clara sonrió con ternura al comprender la silenciosa duda de la muchacha. Con un gesto, le señaló la silla.

—Siéntese, Ana —indicó la mujer con amabilidad—. Su compañía siempre me ha resultado agradable. No me gustaría que nos dejara. —Se volvió hacia la viuda de Miraflores, siempre con aquella sonrisa amable en sus labios—. ¡Tiene tantas anécdotas divertidas para contar!

—¿No me diga?

—Sí. Yo jamás podría pasarme una semana sin verla. Por eso insisto en que me haga compañía. Lamentablemente, hoy no pude disfrutar de su visita como hubiera querido, porque mi padre no se encuentra muy bien de salud.

—No se preocupe, Clara —dijo Ana con una sonrisa afectuosa—. Lo importante es que don Dionisio se recupere pronto.

Clara Cabral parecía más bien bajita, delgada y bien proporcionada. De dulces maneras y mirar sereno, era, pese al temperamento tranquilo, una de las mujeres más importantes de la región. Bondadosa, al igual que su madre, siempre estaba dispuesta a ayudar a todo aquel que llegara en busca de comida, abrigo o consuelo. Ana la admiraba, porque consideraba que en ella no había un ápice de soberbia o maldad. Era una de las pocas personas auténticamente buenas que conocía.

Estrella Díaz de Miraflores observó a la más joven con una vaga sonrisa de cortesía en los labios.

—¿Cómo le va? —saludó.

—Bien, gracias por preguntar —respondió Ana, educada. Pensó en los modales que había intentado inculcarle el maestro. Sonrió en respuesta—. Espero que su niña se encuentre bien de salud.

—Le agradezco la preocupación. Anabel, gracias a Dios, no acostumbra enfermar. —Estrella hizo una pausa, pensativa—. Es una criatura muy fuerte que pasó bien el invierno.

—¿Ah, sí?

—Ni siquiera pescó un resfrío.

La muchacha asintió sin saber qué más decir.

—Ana, ¿qué hacía aquí fuera con este calor? —preguntó Clara de pronto, al volver la atención sobre ella.

—Bordaba.

Clara abrió el abanico con un gesto delicado. Comenzó a moverlo de un lado a otro mientras se sentaba frente a la chica.

—Pensé que estaría dentro, refrescándose.

—La estaba esperando —respondió la niña de inmediato con las manos unidas sobre la falda y la espalda recta como una vara, tal como le habían enseñado a sentarse—. No me atrevería a disponer de nada aquí sin su permiso.

—¡Oh, tonterías! Siéntase cómoda de disponer lo que desee, Ana. Esta es su casa. Además, este calor es insoportable. No entiendo cómo usted puede ir y venir entre Los Ceibos y El Socorro sin sufrir un desmayo. —Clara observó a la viuda de Miraflores con cariño, e hizo un gesto con el abanico hacia los montes. El sol del mediodía parecía reflejarse con brutal intensidad sobre los campos aledaños; iluminaba los colores del paisaje con fuerza inusitada. Aunque podría ser considerado un día bello, también era bochornoso y húmedo—. ¿Qué le parece, Estrella? La pequeña señorita Igarzábal es una de las pocas personas que conozco que no teme cabalgar sola por los montes a esta hora.

—¿De verdad?

—Sí. La he visto cabalgar a pelo, incluso en las siestas, cuando el calor llega a temperaturas insoportables.

—Es evidente que a la señorita Ana todavía no le preocupa proteger su piel de los rayos del sol —comentó la viuda de Miraflores no sin cierto desdén. Estaba de pie junto a uno de los pilares de madera que sostenía el techo de la galería y observaba el potrero con interés—. Cuando comience a notar pecas en su piel de marfil, entonces lamentará no haber tenido mayor cuidado, en especial cuando la confundan con una campesina.

Ana quiso ignorar, aunque sin éxito, a la viuda. Jamás le había agradado. Mucho menos cuando descubrió que Antonio la consideraba una de las mujeres más hermosas de la región. Una ráfaga de celos le hizo apretar los dientes hasta hacerlos rechinar al recordar que Curuzú parecía fascinado por su belleza fuera de lo común: tenía el cabello muy oscuro, crespo y rizado;

casi siempre lo llevaba recogido a la altura de la nuca, lo que dejaba al descubierto el delgado y largo cuello. Los ojos almendrados, de un tono muy pálido de azul, los pómulos altos, los labios gruesos, la piel clara y la nariz respingada componían un perfecto rostro en forma de corazón. Todos sus movimientos eran gráciles y elegantes, propios de una dama. La ropa que llevaba estaba confeccionada no solo para vestirla, sino también para resaltar sus encantos: el busto, la estrecha cintura, la suave redondez de las caderas. “Es hermosa”, pensó Ana con rencor. Quiso creerla con pocas luces; sin embargo, reconoció enseguida que no lo era.

—Es comprensible —continuó Estrella. Mientras la brisa suave del abanico le agitaba los rizos, sus ojos permanecían fijos en el potrero—. Es solo una niña.

—Ya casi tengo quince años —replicó Ana que seguía interesada el curso de la mirada de la viuda. ¿Qué le atraía tanto del potrero?

—¡Qué edad tan avanzada tiene, Ana! —rio la señora de Miraflores. Dirigió una mirada socarrona hacia su amiga con la esperanza de encontrar en ella ecos de diversión, pero Clara simplemente sonrió. No parecía gustarle el hecho de que Estrella se burlara de la señorita Igarzábal de aquella manera—. Debo confesar, de todos modos, que la creía más joven. Es usted muy menuda para sus años. Además, conserva todavía rasgos infantiles.

—No me diga.

—Sí. Creo que será usted una de esas mujeres que jamás pierden del todo el rostro de niña.

—¿Le parece? —Ana frunció el ceño. Esa mujer jamás le había caído en gracia. Empezaba a considerar la posibilidad de que tal vez el sentimiento fuera mutuo.

—Sé que es joven aún, señorita Igarzábal. Sin embargo, a su edad, ya debería tener un par de admiradores. Además, es usted muy bonita.

—Gracias. Qué amable.

—¿Existe algún pretendiente interesado en obtener su mano? —dijo Clara e intentó desviar la conversación hacia un tema menos urticante. Sabía que Ana era muy sensible respecto de que la consideraran una niña, en especial lo concerniente a la altura. Difícilmente alcanzaba el metro cincuenta, lo que le causaba un gran disgusto.

—No, señorita.

—¿No? Pero eso es imposible. —Clara hizo una pausa—. Bueno, no hay que desesperar tampoco. Ya llegarán. Cuando eso suceda, créame, tendrá que espantarlos con un palo.

—En realidad no tiene importancia.

—¿Cómo que no?

—Bueno, no deseo casarme con nadie por ahora —explicó la joven con desenfado. Por supuesto, no pensaba casarse con nadie que no fuera Antonio, razón por la cual, no le importaba tener admiradores o no.

Estrella curvó las comisuras de los labios en una sonrisa pensativa. Clara, por su parte, la observó con admiración. Ella jamás se atrevería a expresar semejantes ideas en voz alta.

—Comprendo —musitó Estrella—. ¿Qué cree usted es el matrimonio, Ana?

La jovencita frunció el ceño. Intentaba encontrar las palabras para responder a aquella pregunta sin parecer una completa tonta.

—La unión por amor entre un hombre y una mujer —comenzó, dubitativa.

Estrella rio suavemente; ocultaba parte de los labios con la punta del abanico.

—Querida, creo que se equivoca —dijo—. No hay amor en todos los matrimonios. A veces, las razones para llegar hasta el altar son más bien banales y mundanas.

—Estrella, por favor —amonestó Clara.

—¿Qué sucede?

—Es solo una niña.

La viuda de Miraflores abrió muy grandes los ojos con una mano sobre su pecho, como si fingiera espanto.

—¿Acaso miento, Clara? ¡Por supuesto que no! El matrimonio es un convenio, cuyas cláusulas son acordadas por los hombres.

—Estrella, basta.

—Pero si es la verdad. El futuro marido solo pretende conseguir, a través de ese acuerdo, una esposa obediente y una camada de hijos. La felicidad de la esposa le importa muy poco.

—Toda mujer necesita un marido e hijos para ser feliz —acotó Clara con remilgo.

—No, amiga mía, toda mujer necesita un hombre, que no es lo mismo.

Clara enrojeció hasta la raíz de los cabellos, pero no se arredró.

—¡Un marido, Estrella! Porque, ¿de qué otro modo obtendría la protección de un apellido y la satisfacción de ser madre? Tenerlos fuera del matrimonio está fuera de toda cuestión.

—¡Qué dice! ¡Juro que he visto a mujeres encintas sin estar casadas! —replicó la viuda, divertida—. ¡Y le aseguro que no es cosa de *payé*!

—¡Calle, por favor, que hay una inocente entre nosotras!

Las mejillas de Clara habían adquirido un subido tono rojo mientras Ana intentaba contener la risa. La señorita Cabral debía de ser muy inocente también si creía que ella, debido a su edad, era una ignorante en esas cuestiones. De hecho, una de las ventajas de vivir en el campo era, precisamente, que la sola observación de los animales en época de celo desgarraba con brutal violencia el velo de misterio que los adultos insistían en colocar sobre el acto de unión entre un hombre y una mujer. Ella consideraba que el acto sexual entre las personas no debía de ser tan diferente del de los animales. Aunque tenía ciertas dudas sobre el cómo, tampoco se sentía capaz de preguntar semejante cosa a la señorita Cabral, ni a nadie en realidad. Era, con todo, reconoció, un tema muy escabroso. Clara dirigió a su amiga una dura mirada de advertencia. Luego se volvió hacia la señorita Igarzábal muy afligida.

—Tiene que disculpar a Estrella, Ana —murmuró con dulzura, apresuradamente—. A veces no sabe cuándo callar.

—¿Qué dice? —Estrella hizo un mohín.

—La verdad.

—Me ofende, Clara.

—La señora de Miraflores tiene razón —intervino Ana—, para tener hijos solo hace falta un hombre.

Estrella soltó una carcajada.

—¡Oh, por Dios! —jadeó Clara. Dirigió una veloz mirada hacia el interior de la sala por temor a que su anciano padre escuchara semejante conversación.

—Tiene usted razón, Clara, esta criatura es muy divertida —dijo Estrella de buen humor—. Lo más importante en esta vida, señoritas, es amar y ser amada por un hombre digno de nuestro respeto.

—Bueno, eso es cierto —admitió Clara.

—Créame, Ana: es preferible la soltería a tener que soportar a un marido indeseable —continuó Estrella—. Si usted ama a alguien realmente, poco le importará estar o no casada con él.

—¿Podríamos cambiar de tema, por favor? —Clara parecía sumamente incómoda—. Esta conversación se está volviendo inmoral.

Tanto Estrella como Ana la ignoraron.

—¿Cree en el amor, señorita Igarzábal? —preguntó Estrella, observándola con atención.

Ana no dudó.

—Sí.

La viuda asintió. Por un instante, sus ojos volaron hacia el potrero, hacia Antonio Gil. La expresión del rostro se le suavizó con una sonrisa.

—Es bueno que crea en el amor, porque a veces llega inesperadamente. Una mirada, una palabra, una caricia, un beso puede cambiarlo todo.

—¿Sí?

—Así es. Solo ocurre: llega y no nos deja más opción que dejar el corazón en manos de un hombre. Se desea amar y ser amada. Entonces es cuando pierden importancia cuestiones como el honor, el recato y la reputación. —Estrella volvió la mirada hacia Ana y la observó, pensativa—. Pero si el amor llega, si es con la bendición de Dios, mucho mejor. ¿No es así, Clara? —concluyó con desenfado sin prestarle atención a la atribulada expresión de su amiga.

—Así es. —Clara estuvo debidamente de acuerdo con la observación, pero no hizo comentarios por temor a iniciar una discusión que, con toda seguridad, terminaría atrayendo a su padre hasta la galería. ¡Entonces sí se las verían en figurillas! Decidió cambiar de tema de inmediato—. ¿Qué opina de la guerra, Estrella?

—Ese asunto en particular no me interesa.

Clara se mostró sorprendida.

—Pero ¡el ejército paraguayo está avanzando hacia Goya!

—Eso ya lo sé, y no me importa.

—No diga eso, Estrella. ¿Imagina usted el terror de las buenas mujeres del pueblo cuando lleguen los invasores?

—Sí, me imagino. Sin embargo, como no puedo hacer nada por ellas más que sentir pena, no veo la utilidad de hablar del tema —replicó, e hizo un gesto hacia el potrero para dirigir la atención de la señorita Cabral hacia Antonio Gil—. Clara, veo que aquel hombre es el mismo que se ocupó de domeñar los caballos de mis hermanos. ¿Le importaría llamarlo? Quisiera preguntarle si podría ocuparse de mi yegua. Está un poco arisca. Quizá se lastimó.

—¿Se refiere a Antonio Gil? —Clara se puso de pie y llamó a una criada. Una mujer rápidamente llegó hasta ella, secándose las manos en el delantal—. Vaya y dígame que se apresure, por favor —indicó con premura—. Antonio Gil ha resultado muy amable en verdad, aunque, al principio, no sabía qué pensar de él: ¡es tan callado! —comentó en tono agradable.

—Sí, eso parece —murmuró Estrella.

—Ana, usted debe de conocerlo muy bien, porque es peón de don Rosendo —continuó la señorita Cabral—. Creo que incluso llegó a ser su compañero de juegos en la infancia, ¿verdad, querida?

—Sí —respondió Ana—. Es muy honesto. Sabe mucho de caballos y de vacas. Creció en Los Ceibos. Todo lo que sabe lo aprendió de su padre, José. —Había afecto en su voz. Los ojos le chispeaban admirados—. No sé cómo lo hace, pero los animales confían en él y se dejan amansar enseguida.

—Qué admirable.

—Mi tío dice que tiene muy buena mano con los bichos y los críos. Por eso lo deja quedar en las tierras de la estancia.

—Entiendo. —Clara le apartó algunos cabellos de la frente con ternura—. ¿Acaso a su tío él no le agrada?

Ana se encogió de hombros.

—Dice que es arrogante y pendenciero, pero yo no lo creo.

—Mi padre le pidió que se ocupara de *ziTormento* por unos días. Hasta ahora no hemos tenido problemas —dijo la señorita Cabral, pensativa—. Parece un buen muchacho.

—¡Y lo es! —asintió Ana con bríos—. No hay una pizca de maldad en él. Jamás le he visto darle la espalda a un niño lloroso o a un animal herido. Nunca le he oído tampoco decir una mentira ni eludir sus deberes con excusas. Trabaja de sol a sol. Aunque se cansa mucho, nadie le ha escuchado nunca quejarse de su suerte. Es admirable, sí. Lo conozco casi desde la cuna, señorita Clara; y le puedo jurar que no encontrará hombre más bueno que él jamás.

—Parece ser que usted lo aprecia —dijo Estrella.

—Es así.

La mujer le dirigió una gélida mirada. Ana se la devolvió. Sin saber por qué, de pronto, esa mujer le había revelado parte de la antipatía que sentía hacia ella. Estrella apretó los labios, contrariada.

—Oh, aquí está.

Clara se puso de pie y fue hasta el joven con una amable sonrisa en la boca. Haber reconocido el aprecio, aunque leve como término, había hecho que las mejillas se le enrojecieran. Antonio había llegado hasta las gradas de la galería en silencio y con el sombrero en la mano. Cuando la viuda de Miraflores fijó sus ojos en él, secretamente asustada de que la hubiera escuchado, no notó expresión alguna de enojo en el rostro de Curuzú. Suspiró aliviada.

—¿Cómo le va, Antonio? —preguntó Clara suavemente.

—Bien, señorita —respondió él con voz grave. Saludó a la viuda de Miraflores y a Ana con una leve inclinación de cabeza. Luego volvió la mirada serena hacia la señorita Cabral—. ¿Deseaba usted algo de mí?

Mientras Clara le explicaba que la viuda de Miraflores precisaba que examinara a su yegua, Antonio clavó sus ojos en Estrella. La mirada no reveló emoción alguna, pero los labios del peón insistían en curvarse hacia arriba en una ligera sonrisa. Ana frunció el ceño al observarlos, consciente una vez más de los celos que se retorcían en ellas.

—Me haría usted un gran favor si le examinase las patas a mi yegua. Estoy muy preocupada por ella.

—Como usted guste, señora —dijo. Se pasó el dorso de la mano por la frente, secándose el sudor—. Ahora mismo, si quiere.

—Antonio, ¿no desea un poco de agua? —preguntó Ana de pronto, al notar el polvo que le cubría la ropa, el calor que despedía su cuerpo y la humedad que le perlaba la piel del cuello, justo debajo de los cabellos—. Ha estado trabajando toda la mañana con *Tormento* y no le he visto beber ni un trago. Si no se cuida, podría enfermar.

Antonio le sonrió, aunque la consideraba fuera de lugar allí, sentada en compañía de las dos damas. En su opinión, Ana, con ese temperamento vivaz, alegre y desenfadado, pertenecía a los montes. Era allí donde debería estar: correteando con los perros, trepándose a los árboles y montando a pelo hasta la laguna. No junto a aquellas dos mujeres que, con toda seguridad, intentarían aplacar el fuego de su carácter.

—No se preocupe por mí, señorita Ana. Estoy acostumbrado a estos trotes. Le agradezco.

La niña enrojeció hasta la raíz de los cabellos bajo la mirada penetrante del gaucho.

—No, no es nada.

La viuda de Miraflores crispó los labios en una sonrisa tensa.

—Antonio, si lo desea, puedo mostrarle dónde le duele a mi yegua. No me gustaría que perdiera su tiempo por mí —intervino. Lo observaba con atención, como si estuviera intentando leer su mente—. ¿Vamos ahora? Mi *Lorena* debe de estar en los corrales.

—Como guste, patrona —dijo con una leve inclinación de cabeza.

Clara escuchó la voz de su padre llamarla desde los fondos de la casa. Se disculpó apresuradamente y se marchó, murmurando que regresaría pronto. Estrella esperó a que los pasos de la señorita Cabral se perdieran en el interior de la casa y luego fue hasta el peón, impaciente.

—Antonio. —Estrella apoyó con suavidad la punta de los dedos sobre su brazo. El contraste entre la blancura de su carne y la piel atezada del peón era tan vivo que él le clavó los ojos en los dedos.

—Señora.

Ella le buscó la mirada. Cuando él levantó la cabeza hacia la joven, la mujer sonrió.

—Espero no haberlo molestado con mi pedido. Pero necesitaba...

Antonio la observó en silencio con los acerados ojos negros fijos. Sabía que Ana, desde su posición, era incapaz de notar el contacto que los unía.

—¿Sí, señora? —musitó—. ¿Qué necesitaba?

Ana frunció el ceño. Clavó la mirada en la viuda de Miraflores; luego en Antonio con una expresión que revelaba que estaba mortificada. No le gustaba en absoluto ver a esa mujer tan cerca de Curuzú.

—Antonio, creo que debo regresar a mi casa pronto —dijo.

Estrella apartó bruscamente la mano del brazo de Antonio y fijó sus ojos claros en la niña, disgustada.

—Señorita Igarzábal... —comenzó.

—Antonio, ¿no deberíamos irnos ya? —preguntó Ana, ignorando deliberadamente a la viuda y a su expresión—. Usted debe terminar de trabajar con *Tormento*. Yo quiero regresar a casa antes de la comida.

—Muy bien, señorita Ana. Tiene usted razón —murmuró él con una cálida sonrisa—. Cuando termine de revisar a la yegua de la señora de Miraflores, vendré por usted y la acompañaré a su casa. Después regresaré por *Tormento* y terminaré mi trabajo con él.

Así, con aquellas sencillas palabras, logró que el corazón de la niña comenzara a retumbar, desbocado.

—Está bien, Curuzú. Esperaré por usted.

—¿Curuzú? —Estrella enarcó una ceja, fingiendo una sonrisa que no sentía—. ¿Y ese nombre? Nunca antes lo había escuchado. ¿Acaso la niña le ha bautizado como a un perro, Antonio?

Ana enrojció ante el insulto, pero el muchacho simplemente sonrió.

—Así me llaman en mi rancho, señora. Curuzú es un nombre que solo conocen mi familia y mis amigos.

—Comprendo. —Estrella apretó los labios, contrariada—. Pero la señorita Igarzábal no es ni lo uno, ni lo otro. ¿O sí?

—Es verdad, señora, no compartimos la sangre. Es como si fuera mi hermana. La señorita Ana puede hablarme como le guste.

Ana enrojció hasta la raíz de los cabellos. Clavó los ojos en el suelo, avergonzada.

—Antonio, es usted muy amable.

—Debería tener cuidado con lo que dice, Antonio —recomendó Estrella casi con los dientes apretados, olvidándose de toda precaución una vez que los celos comenzaron a corroerle las entrañas—. Recuerde que Ana es una dama, no una campesina. Si usted la sigue tratando con tanta familiaridad, su reputación se resentirá, hasta podrían considerarla la querida de un peón.

Ana la miró boquiabierta; de pronto, con las mejillas ardientes. Jamás nadie se había atrevido a insultarla de aquella forma ni a insinuar en su presencia semejante cosa. Se puso lentamente de pie con las mejillas muy coloradas y la respiración agitada.

—¿Cómo se atreve? —jadeó.

Estrella se volvió hacia ella, rabiosa.

—¡Usted, señorita, debería dejar de perseguir a este peón como si fuera una...!

—¡Ya basta! —ordenó Antonio con voz tajante—. Yo que usted, señora, cerraría el pico.

Estrella estaba espantada.

—¡Antonio! —exclamó.

—Venga conmigo, señorita Ana. Nos vamos ahora. Y a su yegua la puede atender otro, porque yo aquí tengo que ocuparme de mi patrona.

Cuando él se volvió, casi se llevó por delante a Clara. La señorita Cabral retrocedió un paso y miró a Estrella, a Ana y a Antonio alternadamente.

—¿Sucede algo? —preguntó. Fijó sus ojos en los dedos fuertes que se cerraban sobre la delicada muñeca de la joven Igarzábal.

—No, nada en absoluto, querida —sonrió Estrella, tensa—. Es solo que la señorita Igarzábal no se siente bien, y Antonio la llevará a su casa.

—¿Le duele algo, querida? —Clara se apresuró a tocar la frente de la niña—. Quizá le afectó el calor. ¿Está segura de que no desea quedarse aquí y descansar?

—No, gracias —balbuceó Ana, que sentía los dedos firmes de Antonio alrededor de los suyos. Hacía mucho tiempo que él había dejado de tomarle de la mano. Y era un contacto que ella había extrañado—. Solo quiero regresar a mi casa.

—Comprendo. —Clara la miró apenada. Luego volvió sus bondadosos ojos hacia el peón—. Cuide de ella, por favor. Si precisa algo, no dude en pedírmelo.

—Sí, señorita. Una cosa: avísele al patrón, por favor, que me llevaré al *Tormento* conmigo para cansarlo —dijo Antonio mientras tiraba de Ana—. En cuanto deje a la señorita en las puertas de Los Ceibos, regreso.

—Muy bien.

Clara tenía los ojos muy abiertos. Nunca antes había recibido órdenes de un peón. Cuando ambos se perdieron detrás de la casa, meneó la cabeza con suavidad, preocupada. Fijó los ojos en la seda de su abanico y frunció ligeramente el ceño.

—Sé que don Rosendo no es muy cuidadoso con su sobrina. Espero que ese muchacho, Antonio, no olvide acudir a mí si la niña precisa de alguna atención especial. ¡Se preocupa tanto por ella!

—Eso parece.

—Estrella, ¿no cree que es admirable que un peón...?

—Perdóneme, pero acabo de recordar que tendré invitados en mi casa esta tarde y debo regresar a la finca cuanto antes —la interrumpió Estrella casi groseramente—. Un amigo de mi hermano quiere comprar unas tierras cerca del río y está ansioso por conocer la opinión de Gregorio. Discúlpeme, pero tengo que irme. Regresaré otro día con más tiempo —concluyó la mujer mientras intentaba dominar sus emociones.

Lo último que necesitaba era que Clara comenzara a expresar su admiración por la amistad tan profunda que unía a la señorita Igarzábal y a Antonio Gil. Amistad que ella misma consideraba repugnante. Estrella crispó las manos contra su abanico, único gesto de impotencia que se permitió expresar. Con la sangre que le hervía en las venas a causa de los celos, fingió alisar un pliegue inexistente en su vestido para disimular la irritación. Necesitaba estar a solas, se dijo, pensar con sensatez, tranquilizar su espíritu, controlar su rabia. Apretó los labios en un gesto de inquietud, sintiéndose de pronto incapaz de dominar sus emociones. ¡Tenía que estar equivocada! ¡Esa niña jamás podría ser una rival para ella! ¿Cómo podría? Era solo una cría salvaje, una chiquilla tonta que de ninguna manera podía compararse con ella.

—Pero ¿y su yegua? —preguntó Clara, confundida. Siguió a su amiga unos pasos, preguntándose vagamente si no habría hecho o dicho algo incorrecto, algo que pudiera haber ofendido a la viuda de Miraflores.

—¿Qué pasa con ella?

—¿No estaba lastimada?

—Está bien —respondió Estrella mientras se despedía de su anfitriona apresuradamente y con una sonrisa—. Solo debe de estar cansada. Adiós —dijo y, después de dedicarle un gesto de despedida, poco le faltó para echar a correr hacia el establo donde había dejado a *Lorena*.

Clara enarcó una ceja, pensativa.

—Qué extraño —musitó. Mantuvo la vista sobre la viuda de Miraflores hasta que se alejó de la estancia a todo galope, azuzando al caballo como si se le fuera la vida en la carrera.

*

Antonio silbó con suavidad para ordenarle al caballo que fuera despacio por la vera del camino. Cuando el animal obedeció, le palmeó el pescuezo y alivió la tensión de las riendas. Notaba que *Varón* insistía en ponerse de lado para observar a *Tormento*. Era obvio que no se sentía a gusto con el alazán a la zaga, mucho menos cuando lo escuchaba soltar cada tanto un bufido de descontento. *Varón* agitó la crin e intentó caminar de lado una vez más mientras *Tormento* lo observaba con las orejas moviéndose hacia adelante y hacia atrás continuamente, muy atento a los movimientos que hacía.

Antonio inclinó la cabeza. Por el rabillo de ojo, notó que Ana cabalgaba despacio, a poca distancia de él, con los ojos bajos y las manos crispadas contra las riendas.

—Tenga cuidado, señorita Ana. Está poniendo nervioso a su caballo.

Ella dio un respingo y asintió. Consiguió relajar las manos, pero los hombros revelaban la tensión que la embargaba. Con la espalda rígida como una vara de hierro y el rostro contraído en una máscara de tristeza, cabalgaba distraída, muy despacio, sin la menor atención en el camino.

Antonio dobló el recodo de la senda. No le gustaba la expresión de la niña. Ana echó una breve mirada a su alrededor, quizá preguntándose cómo había llegado hasta allí. Tan enfrascada en los pensamientos estaba que se desorientó. A los lados de aquel viejo pasaje de arena blanca y fina, los arbustos crecían salvajemente, unos tan juntos de otros que parecían enmarañados. Conformaban una caótica profusión de ramas, flores y espinos. El exuberante follaje de aquellos arbustos salvajes se levantaba como un muro a ambos lados del camino; dificultaba la vista de los sembradíos que se extendían más allá, hacia los límites de El Socorro.

—Señorita Ana. Afloje las riendas —insistió con voz grave—. Sabe que su *Negro* es muy sensible.

Ella asintió, avergonzada. Más cómodo, el moteado relajó sus músculos y siguió a *Varón* a paso tranquilo. Antonio esperó a que ella lo alcanzara. Luego comenzó a observarla con atención. No había intentado hablarle después de abandonar la estancia de don Cabral. Imaginaba que, quizá, la chica precisara de silencio para tranquilizarse. Era evidente que la viuda de Miraflores la había ofendido.

Ana se encontraba demasiado aturdida como para iniciar una conversación ligera sobre cualquier tema, incluso uno tan intrascendente como el calor o la serenidad de la siesta. “Es tan callado”, pensó la joven, distraída. De pronto, cayó en la cuenta de que Antonio siempre había sido así: silencioso, tranquilo, taciturno, reservado. Era ella quien parloteaba hasta quedarse ronca mientras él simplemente la escuchaba con una eterna sonrisa. Ahora que era ella quien permanecía enfrascada en sus pensamientos, pensó, el silencio entre ambos parecía convertirse de a ratos en un profundo abismo que ninguno se atrevía a cruzar. Suspiró. A su espalda, *Tormento* pifió y soltó un agudo relincho. Aun así, Antonio ni siquiera le dirigió una mirada, impertérrito. La niña, por el contrario, volvió la cabeza hacia el animal, preocupada. ¿Habría visto alguna serpiente? Cuando el animal notó la mirada, agitó la crin y caminó de lado, molesto. El hombre soltó un agudo silbido. El caballo se calmó, aunque poco a poco, como si fuera un crío desobediente y obstinado.

—Está tratando de llamar la atención —dijo con tranquilidad—. No le haga caso y estará bien.

Antonio no pudo evitar sonreír al recordar que había sido él quien la había montado por primera vez sobre un potro y le había enseñado a mantenerse erguida sobre la montura, aun cuando el animal pifiara o brincara. A don Rosendo le había importado muy poco que llevara a una niña tan pequeña hasta el potrero, y solo le había advertido que cuidara de que no lastimara a ningún caballo. Pero después, su propia madre le había hecho arder las orejas a fuerza de regaños mientras revisaba las piernas y los brazos de Ana en busca de algún moretón. Ana aprendió a cabalgar. Doña Encarnación no volvió a hablar del tema, aunque resultaba evidente que Antonio la había desoído.

Él despertó bruscamente de sus recuerdos cuando la chica se acomodó en la silla y lo miró de reojo, ceñuda. Antonio fingió no notar el examen. Entendía el silencio de la muchacha. Eso le molestó: ella debía sentirse muy desasosegada si insistía en permanecer hundida en aquel mutismo.

Estaba acostumbrado a escucharla, a sentir el vivaz entusiasmo que vibraba en el tono de su voz cada vez que le revelaba sueños y deseos. Deseaba saber si había logrado encontrar el pañuelo perdido, si su tío seguía insistiendo en que aprendiera a tocar el piano, si había logrado recordar peinarse antes de salir como disparada hacia el palmeral en busca de caracoles y mariposas.

—Perdóneme —dijo de pronto—. Por mi culpa le regañará a usted don Cabral por no ocuparse del caballo allá en sus corrales.

—No diga eso.

—Mentí al decir que debía regresar a casa antes de la comida, y usted lo sabe —continuó ella—. No debí hacerlo. Me siento muy apenada por lo que sucedió. Es que me enojé. ¿Está molesto conmigo?

—No.

—¡Debería estarlo! ¿Cómo no? Le obligue a abandonar sus tareas cuando usted nunca lo hace. Le obligué a acompañarme a mi casa, aun cuando sabe que soy perfectamente capaz de llegar a salvo yo sola, porque conozco todo esto como a la palma de mi mano —afirmó y abarcó con un gesto los montes—. Fui mala y egoísta; lo lamento en verdad.

—No lo haga.

Acercó el caballo al de la joven. La miró desde arriba bajo la sombra de su sombrero. Ana frunció el ceño.

—¿Qué hace? —preguntó.

—Acérquese —ordenó el peón.

Chasqueó la lengua, y el caballo se detuvo. A su espalda, *Tormento* soltó un bufido a guisa de protesta. Sin embargo, volvió la cabeza a un lado del camino y hundió el morro en las altas matas que crecían a los lados, entre las zarzas, contento de tomar finalmente un descanso.

Ana fue hasta él, que admiró la elegancia de sus movimientos, pero también notó, divertido, el contraste de aquella elegancia con el natural descuido por su apariencia: como de costumbre, el borde de su vestido lucía incontables manchas de barro, al igual que las mangas. La miró a la cara. Vio que los grandes ojos de la muchacha estaban inundados de pena. Era tan joven y se veía tan triste.

—Soy yo quien debe disculparse con usted. No debí sacarla de esa casa así: con su mano en la mía y con usted casi corriéndome detrás. Tampoco debí responderle a la señora de Miraflores de la manera en que lo hice. —Apretó los labios en una fina línea de disgusto. Casi podía imaginar la riña que tendrían en cuanto se encontraran a solas. Con certeza, Estrella en ese momento debía de estar maldiciéndolo, furiosa, incapaz de comprender sus razones para salir en defensa de la señorita Igarzábal.

—No, supongo que no —musitó Ana.

—Espero que mi actitud no estropee la amistad de ustedes.

—No es mi amiga —lo corrigió ella con un mohín—. No me agrada.

—¿Por qué no?

Ella se encogió de hombros como solo sabían hacerlo las campesinas y las sirvientas. Antonio tuvo que sonreír. Si don Rosendo la hubiese sorprendido en aquel gesto, con toda seguridad la habría amonestado a voces.

—No lo sé, solo no me agrada. Hoy fue muy mala conmigo.

—¿Sí?

—Sí. *Añeté ha-é ndéve*. ¡Es cierto lo que digo! Y no sé por qué, yo jamás hice nada que pudiera molestarla. Juro que no. Usted me cree, ¿verdad? Tiene que creerme.

—Le creo.

Él estiró la mano. Afectuosamente, le revolvió el cabello. Ella rio.

—No me gusta verla así —dijo—. No pasó nada. Ya verá que don Cabral no me dice ni pío, porque estoy trabajando con *Tormento*, aunque en otro lugar nomás, no es para tanto. No debe preocuparse por mí.

—Usted insultó a la viuda de Miraflores —continuó, como si no pudiera dejar el tema—. Esa mujer probablemente se lo contará a don Gregorio, a don Juan, ¡o a los dos!

—A mí qué me importa.

—¿No teme que sus hermanos le pidan explicaciones? Podrían hacerle daño.

—No lo creo.

—Si quiere yo puedo ir y decirles que usted no tuvo intención de molestar a la señora Estrella, que, en realidad, todo fue un malentendido. ¿Por qué se ríe? —gritó exasperada—. ¿Acaso dije algo gracioso?

Antonio no pudo contener un momento más la risa y soltó una fuerte carcajada, aunque tuvo que admitir para sí que la determinación de la señorita Ana de protegerlo, incluso hasta el punto de enfrentarse sola a dos hombres que la doblaban en tamaño y peso, le había llegado a lo más profundo de las entrañas.

—¡Qué cosas dice usted! —sonrió—. ¡Bueno sería yo si dejara que una nena me ocultara bajo su falda! Ni se le ocurra. Ya no mueva el avispero.

Antonio desvió la mirada. Observó el camino un momento, de pronto con expresión tensa. Pensó en Estrella; pensó en cómo había insultado a Ana: como si estuviese midiéndose con una mujer, no con una nena de catorce años.

Ana Igarzábal era una niña todavía, una chiquilla demasiado joven para comprender que la viuda de Miraflores la había atacado porque, por un momento, por alguna razón, había visto en ella a una mujer capaz de disputarle a su hombre. Después arreglaría cuentas con Estrella.

—¿En verdad no está molesta con la dama? —preguntó por lo bajo.

Ana observó en silencio el horizonte un instante, apenas el tiempo suficiente para componer en su rostro una expresión que ocultara la vergüenza que sentía, el dolor que le habían causado las acusaciones de la viuda de Miraflores. Lejos, más allá de los árboles que salpicaban el

horizonte con sus copas azuladas, las pesadas nubes oscuras de una tormenta comenzaban a enfilarse hacia el norte, lentamente, muy lentamente, como si quisieran tomarse el tiempo para llegar a destino.

—No —dijo después de un momento—. Solo que no entiendo por qué se enojó tanto conmigo. Quizá la ofendí de alguna manera. ¿Habré dicho algo malo?

—Usted es incapaz de herir a nadie.

Ella se encogió de hombros.

—*Anina re yapó upéa*. No haga eso —la riñó con suavidad.

—¿Usted también me dice cómo debo comportarme? —preguntó ofuscada, y luego continuó—: tiene que haber una razón para que se haya molestado tanto conmigo.

—Hay gente que no necesita de razones para herir a los demás. Olvídense de lo que pasó hoy, y sonría. No me gusta verla con el hocico fruncido como un gato mojado.

Ana se ruborizó, avergonzada. La ciega confianza que tenía en ella la perturbó. Aun más el evidente afecto que le profesaba. De pronto, al mirarlo, sus ojos parecieron chispear bajo la luz del sol.

—¡Muy bien, lo pasado pisado! —dijo, e hizo un gesto infantil con la mano, como si arrojara al viento su tristeza—. ¡Ya me siento mejor! No necesita preocuparse más por mí.

—¿Por qué siempre me dice “señorita Ana”? ¿Por qué no me llama “Ana” simplemente? Somos amigos, Curuzú. Si yo no tengo miedo de gritárselo al mundo, ¿por qué usted sí?

—Sabe que no puede ser amiga de un peón como yo.

—¡No veo por qué no!

—Usted no lo ve porque tiene el corazón de oro, señorita. Y cree que está bien andar detrás de mí y corretear por los montes con mis hermanos, e incluso jugar con mi hermanita sentada en el suelo del rancho. No le importa sentarse y compartir el mate con mi taitá, ni ayudar a mi madre a tender la ropa recién lavada. Eso no está bien. No hay nada de malo en que lo haga, pero no está bien.

—¡Usted es el único amigo que tengo!

Él le dirigió una mirada firme.

—Tiene usted razón: yo soy su amigo. No le conviene andar diciéndolo por ahí así nomás.

La lealtad absoluta que la niña sentía hacia él era un bálsamo para sus sentimientos muchas veces heridos por el desprecio de los demás. Con la expresión reflejó por un instante la ternura que la muchacha había despertado en él.

—Solo no lo haga. —Acercó su caballo al de ella y le palmeó con naturalidad la mano—. Es por su bien.

Antonio notó entonces el intenso rubor que comenzaba a extenderse por las mejillas juveniles de la señorita hacia el resto de la cara: el sol la arrebatava. Muy probablemente, pensó con humor, al final del día la señorita Ana estaría roja como un pavo y quejándose de las quemaduras. El gaucho tomó su sombrero y, con un rápido movimiento, se lo encasquetó sobre la cabeza.

—Cúbrase y no se lo quite hasta que llegemos a Los Ceibos —advirtió—. O terminará como un tomate.

Ella rio suavemente. Lo miró de reojo, por debajo de las largas pestañas.

—*I catú*. Puede ser —dijo—. ¿Cree que me vería linda?

—*He-é*. Claro que sí.

Ella sonrió, complacida.

—Usted nunca se quema, Curuzú. Le envidio. —Ana hizo una mueca—. Yo me pongo toda roja. Luego no puedo dormir de la fiebre.

—Porque usted es blanca, señorita. Como la leche. En cambio, mi piel es del color de los blancos de la tierra, de los que nacemos y crecemos en los montes.

Antonio pensó que con esa niña se sentía en paz. No tenía que esforzarse por buscar un tema de conversación para entretenerla y evitarle el aburrimiento. Podía estar callado durante horas enteras, y a la señorita Igarzábal no parecía disgustarle su actitud; por el contrario, buscaba su compañía y se sentaba en las cercanías, aprendiendo cómo tratar a los animales en silencio sin comentarios insulsos ni risitas tontas. De hecho, ella era la que, a veces, parloteaba hasta cansarse sin necesitar de él más que unos pocos comentarios que a veces se reducían a un “ajá” ocasional.

Le hablaba de los animales que había visto en los montes, de los árboles a los que había trepado para alcanzar una fruta o una flor particularmente bella, de su tío y los continuos regaños, de lo mucho que le agradaba visitar a la señorita Clara Cabral cuando se encontraba en El Socorro. Antonio la escuchaba con atención, aunque a veces no lo pareciera. “Qué buen par”, pensó Antonio, divertido. “A ella le gusta hablar y a mí escuchar”. Endureció la expresión al pensar que aparte de él y su familia, nadie más se interesaba en la señorita Igarzábal ni en lo que tuviera para decir. Para la mayoría de las personas, era una niña sin importancia, huérfana de padres, sin un centavo a su nombre; para su tío, una molestia, una responsabilidad que aceptaba, aunque jamás había deseado; para unos pocos, solo una cría salvaje a la que había que tolerar por respeto a don Rosendo Gómez.

Él, por el contrario, se había convertido sin saber cómo, en su amigo, su maestro, su protector y su hermano. Quizá no fuera un hombre culto ni la mejor compañía para una joven dama; sin embargo, la quería sinceramente y, Dios mediante, siempre estaría cerca para cuidar de ella.

Con Ana se encontraba a gusto. Por el contrario, reflexionó, cuando estaba con Estrella, se desesperaba por parecer más inteligente de lo que era, por aparentar que conocía el significado de casi todas las palabras que ella utilizaba, por fingir que le importaban los libros y sus chismes sobre los buenos vecinos de Mercedes, cuando en realidad no sabía leer ni escribir, ni conocía a la mitad de las personas a las que ella llamaba amigos. A veces, recordó con enojo, cuando la miraba perplejo sin saber qué había querido decir con una palabra particularmente extraña, notaba, en el hermoso rostro de la viuda, una sonrisa condescendiente. Ella inmediatamente comenzaba a explicarle el significado de aquello que no comprendía; lo hacía con paciencia y aire de mártir, pero él era incapaz de sentirse agradecido ante su esfuerzo. Por el contrario, se sentía como un crío duro de entendederas, enojado, avergonzado e impaciente.

Con la señorita Ana eso no sucedía. Ella tenía la sencillez de las mujeres del campo, de la tierra negra de los montes, de la luz del sol en el verano, de la lluvia de abril. No le hablaba con palabras difíciles ni se reía de él. Solo disfrutaba de su compañía; a la vez, él gozaba de la de ella.

—Vi a su padre en El Socorro —dijo Ana después de un momento—. Estaba haciendo de apadrinador, ¿verdad?

—Sí.

—Era él quien debía acompañarlo a cansar a *Tormento*, no yo.

—Ajá.

—No se habrá molestado conmigo, espero.

—¿Mi taitá? Para nada. Si él habla con usted, dígame lo mismo que yo: que se sintió mal por el calor y la humedad, que por eso la acompañe a su casa.

Ella abrió muy grandes los ojos y lo miró, asombrada.

—¿Por qué le mintió?

—Tengo mis razones.

—¿No puede decírmelas?

—No.

—Usted odia mentir.

—Sí.

—¿Y entonces por qué lo hace? No fue su culpa. Me sacó de allí cuando esa mujer comenzó a insultarme. De hecho, se comportó como todo un caballero.

Él alzó una ceja y la miró a los ojos. Resopló porque no le gustaba explayarse en una explicación que consideraba obvia.

—Mi taitá es viejo. Y por viejo, sabe más del mundo que nosotros. Él dice que las malas lenguas bailan cuando hay humo, aunque no haya fuego a la vista. Lo que dijo la viuda de Miraflores, que podrían decir que usted es mi querida, le dará la razón a él. No quiero que se enoje, como no quiero que usted sufra por los chismes. Escuche, mi taitá una vez me advirtió.

—¿Qué cosa?

—Me advirtió que tuviera cuidado por usted —dijo finalmente—. Que la protegiera. Porque la gente es mala y querrá ver la misma maldad que hay en ellos en una inocente como usted. Me dijo que, en cuanto tuviera usted edad para querer como mujer, debía alejarme, porque entonces las lenguas comenzarían a bailar, y usted sería la víctima inocente de todo eso.

—Pero usted no hará caso, ¿verdad? —preguntó Ana con el corazón en los ojos mientras detenía al caballo. Tendió la mano hacia él, le apoyó los dedos en el brazo. Bajo su tacto, sintió la tela áspera de la camisa, la humedad de la piel bajo el calor de la siesta, la fuerza contenida de sus músculos.

—Dígame que desobedecerá a su padre por mí.

Antonio se volvió hacia ella. Apoyó la mano sobre la suya.

—Ya lo desobedecí, señorita. Estoy aquí con usted.

Ana pareció aliviada.

—No sé qué haría sin usted —reveló ella de pronto, en voz baja.

—Todo lo que hace ahora mismo —replicó Antonio con los ojos brillantes por la diversión—. Pero sin mí para vigilarla. Entonces andaría más sucia, más despeinada, más roja y mucho más salvaje.

Los dos rieron.

—¿Corremos? —preguntó ella de pronto. Ante el mutismo del gaucho, agregó—: bueno, hay que cansar a *Tormento* antes de intentar ponerle la silla. ¿Qué dice? ¿Le puedo ganar al mejor domador del Pay Ubre?

Antonio comenzó a reír.

—¡Puede intentarlo! —gritó.

Se lanzó al galope, azuzando al caballo con órdenes en guaraní. Los cabellos negríssimos se le agitaban salvajemente con el viento. Mientras, el rostro atezado, fiero y decidido se volvía hacia el camino con determinación. A su espalda, el cuchillo lanzaba destellos bajo la brillante y cálida luz del sol.

Ana sonrió antes de salir a la carrera tras él. Con el torso inclinado sobre el pescuezo de *Negro* y los ojos fijos en su Curuzú.

—Me querrá usted como mujer —decía entre dientes—. Ya lo verá.

Capítulo 2

Esa mañana, poco antes de las nueve, Estrella Díaz de Miraflores, decidió finalmente que, si deseaba recuperar el afecto de Antonio Gil, debía ser ella quien diera el primer paso. Supuso que él estaría esperando una disculpa de su parte por la desafortunada conducta que había tenido con la señorita Igarzábal. Aunque detestara hacerlo, estaba dispuesta a admitir que había sido muy grosera con esa niña a cambio de regresar a sus brazos y volver a sentir contra la piel los besos ardientes, las ásperas caricias, el amor duro y salvaje de Antonio.

Desde aquel día en el que había sido incapaz de controlar la lengua, recordó, él había dejado de acudir a las citas nocturnas en la vieja choza abandonada que se hallaba en los límites de La Valencia, cerca del palmeral. Aunque ella se había obligado a soportar el parloteo de Clara Cabral durante horas enteras con la esperanza de verlo, Antonio tampoco había regresado por El Socorro, porque, según le había comentado Clara, había terminado el trabajo con *Tormento*.

Estrella se colocó los guantes, pensativa, mientras cruzaba el salón. Antonio incluso había dejado de visitarla en su casa, como acostumbraba hacerlo cuando sus hermanos salían de caza y su hija iba a pasar el día a casa de los abuelos. Eso ya había comenzado a preocuparla. ¿Acaso estaba tan disgustado con ella que estaba dispuesto a romper la relación que los unía? Apretó los labios, único gesto de irritación que se permitió expresar allí, donde cualquiera de los peones podía verla y notarla desanimada. “Solo está molesto”, se dijo. “Hablaré con él y todo volverá a ser como antes.”

Ataviada con un sencillo traje de paseo y un sombrero, cruzó la galería y se dirigió resueltamente hacia el sulky que su difunto marido le había obsequiado cuando había nacido Anabel, la hija de ambos. Estaba segura de que hacía lo correcto. Si debía hincarse ante Antonio por recuperar su querer, lo haría. Después de todo, ella lo necesitaba a su lado.

Impaciente, llamó a Rosita Álvarez; una de las muchachas que había decidido contratar a principios del invierno como sirvienta personal mientras un viejo peón se encargaba de enganchar a un criollo de pelo oscuro a su carruaje.

—¿Va a querer que la acompañe, patrona? —preguntó el tropero después de palmeare con afecto el morro del caballo.

—No será necesario, gracias —respondió Estrella con una sonrisa—. Puede volver a sus labores, Tomás.

Mientras esperaba a Rosita, la dama observó su hogar, al principio distraída. Pronto una lenta sonrisa de contento se le extendió por los labios y la ternura se reflejó en su mirada. Sintió un poderoso orgullo al contemplar aquel antiguo caserón de estilo colonial construido a mediados del siglo xviii por el abuelo de su difunto marido con piedras del río, madera y adobe.

Siempre había admirado esa bellísima casa de amplias galerías, grandes ventanales de madera de roble, adornados con rejas de Vizcaya, y hermosas columnatas tornasoladas.

La Valencia; tal era el nombre de la estancia de treinta y dos hectáreas que había heredado. No era la más grande de la región ni la más importante, pero, a sus ojos, era una antigua belleza de piedra y madera rodeada por extensos jardines de rosas, magnolias y lapachos en flor, surcada, hacia el norte, por extensos sembradíos y, hacia el sur, por ganado.

—¿Me llamó, señora? —preguntó Rosita.

A sus diecisiete años ya tenía marido, un peón de la estancia, y dos hijos pequeños muy bulliciosos que, a veces, Estrella tenía la desafortunada ocasión de escuchar. En su opinión, esos críos necesitaban unos buenos azotes.

—Sí. Necesito que me acompañe al pueblo.

—¡Al pueblo! ¿Y para qué? Todavía no terminé de lavarle los calzones.

—Rosita, iremos al pueblo a comprar frutas y verduras frescas —respondió la viuda de Miraflores, haciendo gala de su paciencia—. Necesito que venga conmigo para cargar con todo.

—¿Para qué quiere ir a comprar si acá sobran? —preguntó, confundida—. En la huerta hay todo tipo de verduras. Si le pide usted a mi esposo lo que quiere, él puede conseguirle las frutas que a usted se le antojen acá cerca

nomás.

—No me discuta —dijo Estrella trepándose al estribo y subiendo al sulky con cuidado de no enganchar la falda en el pescante—. Usted busque un canasto para la compra y regrese aquí. Se viene al pueblo conmigo.

—A *pitá co-ápe*. Estoy aquí, me quedo aquí. Sus calzones...

—¡Olvídese de los calzones y vaya por un canasto, por Dios! —ordenó Estrella, de pronto irritada.

Estrella tomó las riendas con las manos enguantadas después de que la muchacha subiera con el canasto. Esbozó una sonrisa. Ahora solo tenía que encontrar a Antonio. Sabía dónde buscarlo a esas horas de la mañana sin llamar la atención de su familia ni de ningún buen vecino del Pay Ubre.

—Usted ya sabe que no es necesario ir hasta el pueblo por frutas y verduras —comenzó la criada—, pero, como vamos de todos modos, pensé que debería comprar unas velas también, algo de aceite y jabones. Un poco de todo; ¿me entiende, usted? Esta misma mañana, cuando estaba haciendo los *chipa* cuerito para los peones, mi esposo estaba en la cocina compartiendo un mate conmigo antes de salir para el campo. ¿Y sabe qué me dijo mientras estaba ahí?

—No me importa.

Rosita no se arredró.

—Que deberíamos aprovechar que ahora hay y comprar de todo para llenar las cocinas, porque no sabemos si habrá más adelante, por los paraguayos, ¿sabe? Parece que están bajando paralelo al río hacia Goya. ¿Y si deciden doblar para acá?

—Rosita.

—Hay muchos hombres que se están yendo como voluntarios a defender la patria, pero, digo yo, si se van todos *ya-há porá ñaína* —continuó la joven en tono fastidioso—. ¿Quién quedará para defendernos de esos soldados? Mi esposo dice que no nos harán nada, que son hombres buenos que están luchando por una causa, pero quién sabe, cuando una es mujer, no puede confiarse.

Estrella asintió, distraída, sin prestar atención a las palabras de la joven. La guerra era un asunto de hombres que a ella no la concernía ni le importaba. Además, no veía razones para preocuparse por la posible

presencia de soldados paraguayos en la zona: no los consideraba enemigos. Por el contrario, como afirmaba su hermano Gregorio, el enemigo era Mitre, ese perro de los brasileños, que los obligaba a luchar contra los hermanos del norte por puros intereses económicos. Pese a todo, muchos hombres del campo abandonaban los pagos para luchar bajo las órdenes del general Juan Crisóstomo Madariaga.

—¿Me está escuchando, patrona? —preguntó.

—Sí, la escucho. No podría dejar de hacerlo aunque quisiera.

Sin embargo, se sumía en los propios pensamientos hasta que lo que la criada le decía se transformaba en un sonido lejano. “Antonio”, reflexionaba. “Mi Antonio, regresará usted conmigo, ya lo verá.”

*

Herminio Contreras tiró de las riendas con suavidad. La carreta dobló el recodo del camino con un traqueteo lento y desapasionado, para internarse en una angosta callejuela de tierra que conducía a la plaza principal del pueblo. Con cuidado, vadeó un enorme charco de barro húmedo que se extendía de lado a lado sobre la calle. Chasqueó la lengua con satisfacción cuando las ruedas de la carreta salieron airoso de aquella trampa pegajosa y maloliente. Azuzó al caballo con suavidad. Pensaba en que, antes de regresar a Los Ceibos, tendría que detenerse a la orilla de la laguna para limpiar la carreta para hacer desaparecer hasta la última mancha de barro de las ruedas. Si no lo hacía, el patrón jamás volvería a permitirle usar el vehículo porque lo devolvía en mal estado.

Varón estaba amarrado al pescante. Seguía dócilmente a la carreta a trote corto.

—¿Todo bien allá atrás? —preguntó Herminio en voz alta con los ojos fijos en el sendero. Bajo el ala del sombrero, los ojos castaños le brillaban con suavidad bajo la luz del sol.

—¡Sí, todo bien! —respondió Encarnación Núñez con una sonrisa mientras sostenía entre los brazos a Rosario.

Ambas estaban cómodamente sentadas detrás del pescante junto a varios canastos de verduras, pañoletas de lana tejida y botellas de dulce de mamón.

Una vez cada tres semanas, Encarnación y su hija cargaban en la carreta todos los productos que habían logrado elaborar con sus propias manos en el rancho mientras los hombres trabajaban en Los Ceibos, e iban a venderlos en la feria del pueblo por unas monedas.

Herminio echó una rápida mirada hacia atrás. Sonrió con suavidad al notar el entusiasmo de Rosarito. La niña, ataviada con las mejores ropas que poseía y un par de viejas alpargatas, miraba a un lado y otro de la calle con los ojos oscuros agrandados por la emoción. A su lado, su madre, vestida con sencillez, intentaba evitar que la niña se asomara por el borde del vehículo y terminara de bruces en el suelo.

Herminio miró entonces de reojo al amigo que lo acompañaba en el pescante: Antonio Gil se veía ensimismado, con los ojos fijos en algún punto del camino. Bajo el sombrero, se había recogido el pelo en una coleta, preparándose ya, quizá, para enfrentar el calor del mediodía.

Solía acompañar a su madre y a su hermana hasta la plaza. Se ocupaba de acomodar a las mujeres bajo la sombra de un árbol, de cargar los canastos por ellas hasta el lugar elegido. Finalmente, ayudaba a acomodar los productos sobre una manta en el suelo. Después, cuando consideraba que ya estaban debidamente situadas, montaba en *Varón* y regresaba a la estancia antes de que el patrón notara que faltaba.

—¿En qué piensa, Curuzú? —preguntó Herminio por lo bajo, solo para los oídos de su amigo. A la espalda, podía escuchar la dulce voz de Rosarito, contándole a su madre su primer encuentro con una víbora, en los montes que rodeaban el rancho mientras Encarnación le recomendaba una y otra vez que se quedara quieta.

—En la guerra.

—¡Usted también con eso! —Herminio hizo un gesto de desazón con la cabeza.

—¿Qué dice?

—Me estoy hartando de ese tema. ¿Qué me dirá usted, que los paraguayos son buenos, son malos o que *Ñandejára* sabrá?

—No me importa lo que sean, pero no me gusta nada que hayan entrado en Corrientes sin permiso. Me gustaría ir hasta ellos y ayudar a echarlos de nuestro suelo.

—¡No me diga! ¿Qué va hacer? ¿Ir de voluntario a la guerra?

—Ganas no me faltan. —Antonio hizo un gesto hacia la parte de atrás de la carreta—. Pero debo pensar en mi familia.

—Su mamá se muere si usted se va para la matanza —advirtió Herminio despacio—. Y a su taitá le da un ataque. Sabe que aprecia mucho a los paraguayos.

—Lo sé. —Antonio volvió los ojos hacia el camino. Adelante, ya se divisaba la frondosa arboleda que bordeaba la plaza—. Además hay una mujer.

Herminio alzó las cejas, de pronto de muy buen humor.

—¡Ya me parecía a mí que había algo más que su familia tirando de usted! ¡Y era nomás un pelo de...!

—Cállese, que lo van a escuchar.

—Si sus amores con una hembra tienen que ser un secreto, algo malo debe de haber. Si tiene que andarse con cuidado —dijo Herminio, de todas maneras, con aires de sabiduría—, mejor no tener esa clase de amoríos.

—Ajá. Ya tarde llegó el consejo.

—¿Qué pasa: es casada?

—No.

—¿Entonces?

—Ya le contaré —dijo Antonio, evasivo, y señaló un lugar bajo un ombú—. Deténgase allá. Parece que ahí hay bastante sombra.

—Como quiera. —Herminio condujo la carreta con cuidado mientras Rosario comenzaba a brincar de emoción—. Pero después tiene que terminar de contarme todo el cuento.

Antonio simplemente sonrió y bajó de un salto.

—Ya le contaré —prometió—. Tenga paciencia.

*

Estrella caminaba despacio entre la multitud que se había reunido en la plaza, observando a su alrededor con atención en busca del rostro amado. Sabía que él debía estar por allí, en algún lugar, pero no lograba divisarlo entre tanta gente. Se recogió la falda con cuidado cuando un par de críos

pasaron corriendo a su lado seguidos de cerca por una pandilla de perros. La joven se apartó de las manos sucias de una mendiga harapienta a quien arrojó, como buena cristiana, unas monedas.

—¡Patrona, mire qué naranjas! —exclamó la criada de pronto.

—Sí, Rosita, las veo.

—¡Son tan grandes que apenas caben en mi mano!

—Sí, muy lindas —murmuró Estrella, distraída.

Mientras Rosita examinaba la madurez de las frutas con gran entusiasmo, Estrella retrocedió unos pasos para alejarse de los hombres y mujeres que vociferaban y armaban bullicio en la plaza, de los ladridos de los perros y de los chillidos de los críos que correteaban de un lado a otro.

—¡Rosita, Rosita, venga! —llamó, tensa—. ¡Deje esas naranjas de una vez y venga aquí, que la estoy llamando!

—¡Pero, señora, si parecen pomelos de tan grandes! ¿No quiere tocarlas? ¡Están bien jugosas!

—No, no quiero.

Estaba comenzando a entender por qué la plaza, a esas horas de la mañana, no era un buen lugar para que paseara una señora como ella: demasiado trajín, demasiada falta de formalidad.

—¡Pero no corra, patrona, que no puedo ir tan rápido con todo esto encima! —Rosita se quejó—. ¿Por qué corre?

—Camine, Rosita.

—Sí. *Nda pitá-mo-ái co-ápe*. No me quedaré por aquí. ¿Acaso vio algún ladrón?

—¡Lo único que faltaría, ver a un ladrón, nada menos! —exclamó Estrella.

Entonces lo encontró.

Antonio estaba de pie junto a una de las carretas de don Gómez; ayudaba a su madre y a su hermana a descender mientras un peón de Los Ceibos, cuyo nombre Estrella no logró recordar, se encargaba de dejar los cestos de Encarnación en el suelo bajo la sombra de un ombú.

Cuando aquel peón de pelo crespo y ojos castaños terminó de acomodar los productos sobre la manta, volvió a subir a la carreta.

Antonio desató las riendas de su caballo del pescante.

Luego se despidió del otro.

La carreta partió de inmediato calle abajo.

Desapareció cansina.

Estrella observó a la mujer que se colgaba del brazo de Antonio mientras él la ayudaba a sentarse en un tocón. Se preguntó si debía acercarse a ella primero a saludarla antes de dirigirse a Antonio.

Encarnación Núñez era una mujer rolliza, bastante bajita, de hombros fuertes, busto generoso y caderas anchas. En su rostro contrastaban vivamente las facciones del padre, un rozagante español venido a menos y una correntina de rasgos patricios.

Tenía los pómulos altos; la nariz corta, delgada; los labios gruesos atractivos; la frente amplia y los ojos oblicuos, rasgados hacia arriba, como si llevara en sus venas sangre india.

La piel era más oscura que la crema, pero más clara que la de sus hijos, sin mácula alguna, apenas marcada por las arrugas propias de la edad.

Los cabellos entrecanos se mantenían prisioneros en un pesado rodete a la altura de la nuca mientras la raída pañoleta de lana que llevaba sobre los hombros la protegía del frío matutino.

Una blusa desteñida por el tiempo, una falda de algodón estampado y unas viejas alpargatas oscuras completaban el sencillo atuendo.

Estrella sintió pena por aquella mujer. Se decía en el pueblo que su padre había llegado a ocupar un alto cargo en España antes de haber sido expulsado por problemas de dinero; se decía que su madre había sido una mujer de buena familia, a pesar de los bajos recursos. Incluso había rumores sobre su suegro, que, según las habladurías, había peleado por la independencia junto a Simón Bolívar y había mostrado gran valor en batalla.

Estrella, al mirarla, no dudaba en descartar como mentiras todos aquellos chismes, porque no veía en ella más que una pobre campesina harapienta.

La viuda de Miraflores había ofrecido a Antonio, muy amablemente, obsequiarle a Encarnación algunos de los vestidos de su propia madre que aún guardaba en un baúl en una de las habitaciones de La Valencia.

Mientras él la miraba con los ojos fijos, con ese silencio pétreo, nerviosa, apresuradamente, le había explicado que aquellas prendas solo necesitarían algunos arreglos: subir el ruedo, ensanchar la cintura, acortar las mangas.

“Y si no pueden comprarle ropas a la niña, a Rosario, también podría obsequiarles los vestidos que Anabel ya ha desechado.”

“Cállese” había dicho Antonio: había detenido la ansiedad de Estrella con un solo gesto.

Con el orgullo de su estirpe, el gaucho la había mirado fríamente mientras le aseguraba que ni Encarnación ni Rosario necesitaban “los trapos de una señora”, como había dicho.

Si, en todo caso, precisaran de ropa nueva, él mismo podría comprarla.

Estrella se disculpó entonces por haberlo ofendido, pero Antonio le había explicado que ni a su madre ni a él los ofendían la caridad, pero sí la insinuación de que ni él ni José Gil podían llevar lo suficiente a la casa como para comida y vestido. La mujer se había sentido muy avergonzada.

La viuda dio un paso hacia él. Se detuvo cuando Encarnación volvió el rostro hacia ella. Comprendió que, sin embargo, no había sido vista. Antonio se volvió para amonestar a Rosario: entonces cuando la vio. Endureció la expresión. Apoyó la mano sobre la cabeza de la niña, y la empujó con suavidad pero con firmeza hacia el centro de la plaza.

—Puede ir a ver a sus amigos, pero ya deje de chillar.

La chiquilla hizo caso. Estrella llamó con un gesto a su sirvienta.

—Sígame —le dijo. Se dirigió resueltamente hacia él con Rosita a la zaga. Y no hable.

—¿Cómo le va? —saludó amablemente cuando se detuvo frente a Antonio.

—Tan bien como a usted —respondió el gaucho, aunque la cortesía no fuera precisamente la adecuada. Parecía que quería subrayar el hecho de que no deseaba hablar con ella en ese momento. Le volvió la espalda y tiró suavemente de las riendas del caballo—. Que tenga un buen día —se despidió.

—¡No, espere, yo...! —Estrella dio un paso y se detuvo sin saber cómo detenerlo sin hacer una escena.

—Señora —dijo Encarnación con voz suave pero firme—, ¿necesita algo? Quizá yo pueda ayudarla.

Estrella apretó los labios en una sonrisa, incapaz de pensar con claridad. “Ella sabe que quiero hablar con su hijo y no quiere dejarme.” No sabía qué decir, vacilaba.

—Mi patrona anda comprando frutas y verduras por aquí —intervino Rosita—. ¿Qué tiene usted para ofrecer? ¡Mire que yo me fijo muy bien en lo que compro para la señora, así que nada de ofrecerme cosas podridas!

Encarnación frunció el ceño. Las dos mujeres discutieron por la fruta. “¡Rosita, bendita sea!”, pensó la viuda de Miraflores más animada.

—Aquí Rosita le dirá lo que necesito —dijo apresuradamente—. Yo tengo que hablar con su hijo de algo muy importante.

—¿Y cómo sabré yo lo que usted necesita, señora, si no está para decirme qué comprar? —preguntó Rosita con voz de sonsonete.

—¿Acaso no es usted quien cocina para mí? —continuó exasperada—. ¿Acaso no sabe cuántas frutas y verduras necesitamos en casa? ¡Ahora fíjese que encuentra aquí para la comida, y cómprelo! Ahora, ¿me disculparía? —le dijo a Encarnación—. Preciso hablar con Antonio.

Encarnación asintió, perpleja. Rosita se inclinó hacia ella. Empezó a inspeccionar los productos que ofrecía con la concentración de un sabueso. La viuda de Miraflores fue hasta Antonio con determinación.

—Necesito hablar con usted —dijo en un susurro. Temía que alguien pudiera escuchar sus palabras.

Antonio la observó de pies a cabeza. Luego le volvió la espalda, descortés. Comenzó a examinar la cincha de la cabalgadura.

—Hable —dijo.

—No, aquí no. —Estrella apretó los labios—. En otro lugar.

—Aquí.

—No, Antonio. Tiene que ser en otro lugar. Cualquiera, no me importa. Pero no aquí donde todos pueden vernos.

—O me habla aquí o no me habla, señora. Tengo mucho trabajo y no puedo perder mi tiempo con usted.

—¿Cómo se atreve?

—Me atrevo. Ahora, dígame lo que tiene atorado en el buche o me voy.

—Muy bien. —Estrella bajó la voz hasta convertirla en un cuchicheo, preocupada porque Encarnación o la estúpida de Rosita o cualquiera que pasara por allí cerca, pudiera escuchar—. Antonio, yo quería pedirle...

—¡Estrella, amiga mía, que extraño encontrarla por aquí! —La voz de una joven dama sonó de repente junto a la viuda de Miraflores, lo que le provocó un respingo—. Justamente estaba pensando en usted.

Estrella se volvió bruscamente. Sabía que reconocería aquella voz en cualquier parte del mundo donde se encontrara. Se topó con doña Juana Blanchart de Vidal, una mujer perteneciente al patriciado correntino, particularmente dada a las habladurías. Su marido, un joven abogado de Goya, saludó a Estrella cortésmente. La conversación tuvo el cariz de la trivialidad de las conversaciones casuales. Luego, la guerra, la invasión paraguaya a Goya, de donde había escapado la mujer, la expectativa por la eventual reconquista del general Madariaga se adueñaron del diálogo. Antonio estaba apenas un paso detrás de Estrella y contemplaba a los amigos de la viuda con un aparente vago interés. Sin embargo, estaba atento a todo cuanto decía aquella pareja mientras sus ojos negros permanecían fijos en la señora de Miraflores. Los recién llegados notaron la incómoda presencia del gaucho. Se ofrecieron a acompañarla. Le consultaron si el hombre estaba con ella, si, con la charla, habían interrumpido algo. Estrella casi perdió el habla. Sintió que las mejillas le ardían, aunque no sabía por qué exactamente.

—Sí, lo conozco. No, no han interrumpido nada importante. Es Antonio —dijo apresuradamente—, solo un peón de una estancia vecina a la mía. Estaba diciéndole que me gustaría que me acercara hasta mi casa algunas frutas que no ha podido traer hoy hasta aquí.

Juana perdió interés en el asunto de inmediato, pero, cuando estaba a punto de comentar algo más, Antonio dio un paso al frente y sonrió.

—No soy solo un peón —comenzó.

Blanca como un papel, Estrella se volvió hacia él muda. Lo miró con los ojos muy abiertos. Pidió en silencio que no se atreviera a decir nada.

—¿No es solo un peón? —dijo el abogado de Goya.

—¿Y qué es? —quiso saber Juana, perpleja.

Antonio clavó los ojos en Estrella. Después de un instante, su mirada de obsidiana no reflejó más que la leve luminosidad del sol en las sombras.

—No soy solo un peón —dijo—. Soy un peón domador, que no es lo mismo.

Estrella no atinó a moverse, apenas respiraba. Sentía todavía el sudor frío en la piel del cuello. Adalberto y la esposa intercambiaron una mirada divertida.

—Me alegro. Debe de ser una profesión muy interesante —comentó el caballero.

—Qué bien —musitó doña Juana. Luego tomó del brazo a Estrella—. ¿Nos vamos?

—Por supuesto.

Estrella llamó a su sirvienta que, por entonces, se había enfrascado con Encarnación en una acalorada discusión sobre la excesiva madurez de unas cebollas. Luego, se volvió hacia Antonio—. Que tenga usted un buen día — se despidió.

Él inclinó la cabeza, pero no dijo nada. Rosita llegó hasta su señora prácticamente a los saltos.

—¡Pero todavía no compré nada, señora! —protestó.

—Nos vamos — dijo Estrella.

Mientras Adalberto las conducía hasta el carruaje, Juana comenzó a comentar los últimos chismes que había logrado coleccionar desde su llegada al pueblo sin notar la falta de interés de la viuda de Miraflores en ellos. Estrella la escuchaba apenas. Sentía todavía sobre sí, aun después de acomodarse dentro del carruaje del señor Vidal, la ardiente mirada de Antonio clavada en la espalda.

Encarnación suspiró. Miró a su hijo con infinita ternura. Le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

—Venga aquí, m' hijo, siéntese conmigo un momento —dijo—. Quiero hablar con usted.

—Tengo que volver a Los Ceibos.

La madre lo ignoró y palmeó un lugar a sus pies junto al tocón donde estaba sentada. Cuando finalmente Antonio fue hasta ella y se sentó a su lado, tomó su mano entre las suyas.

—Deje a esa mujer, Curuzú —musitó—. ¡Se lo ruego!

—Sabe que no puedo.

Encarnación lo estudió en silencio, de pronto sorprendida al notar que Antonio ya era un hombre. Lo observó. Se admiró de la altura del muchacho, de la fuerza de sus hombros, de las piernas de jinete, de las manos grandes, acostumbradas al trabajo duro, del rostro de varón bravío, de la frente amplia, de los ojos intensos. Pero también notó esa arrogancia que ostentaba, esa terquedad que lo hacía llevarse todo por delante. Eso la preocupó. Porque, en un hombre, aquellos eran rasgos que, con toda seguridad, lo obligarían a marchar por un camino de espinos.

—Esa Estrella le arrastrará por mal camino. Terminará mal m' hijo, si continua penando por los amores de esa mujer. Usted lo sabe, ¿verdad?

—No tema por mí.

Ella meneó la cabeza.

—Aunque esa dama le quiera, los blancos como ella no le dejarán ser feliz a su lado.

—¡Usted también! —dijo él con insolencia—. El taitá ya hablo de esto conmigo.

—Habló, sí, pero usted no escuchó. Desde que conoció a esa mujer, usted no escucha nadie. Búsquese a una buena moza para usted, m' hijo, una como usted, que no se avergüence de decir que le conoce —murmuró.

—Usted quiere que me aleje de la hembra que me pertenece.

—Le pertenece en el catre, pero no fuera de él —dijo la madre, tensa, pero con una mirada apenada en los ojos—. ¿Acaso no vio el salto que dio cuando sus amigos la sorprendieron hablando con usted? ¿No vio lo blanca que se puso? Parecía a punto de caer al piso o de rogar al cielo para que la tragara la misma tierra hasta sus entrañas. El amor no se avergüenza. Pero usted es cabeza dura y no quiere ver lo que *Ñandejára* le quiere decir. ¡Ah, mi Curuzú!: su propio nombre ya dice cómo habrá de ser su vida. ¡Y yo acá tratando de advertirle! No ponga esa cara, no se enoje con su madre que le quiere tanto que todo lo que le digo es por su bien nomás.

—Perdóneme —dijo Antonio, suave—. No quise faltarle.

Encarnación le rozó la cara con la punta de los dedos en una caricia gentil:

—Fíjese lo que hace, m' hijo, no se me equivoque de camino.

El muchacho volvió la vista hacia otro lado sin atreverse a mirar a la mujer de frente. Porque sentía vergüenza de que ella hubiese presenciado cómo lo había negado Estrella, cómo se había asustado por la sola idea de que sus amigos descubrieran la relación que los unía. Y vergüenza también porque no podía negar la verdad en las palabras de su madre. ¡Ya sabía Antonio que Estrella no era para él! El problema era que no podía evitar lo que sentía en las entrañas cuando la veía.

—Tengo que trabajar —dijo. Se puso de pie.

Encarnación tendió la mano. Crispó los dedos contra la ropa.

—Si no piensa en usted, piense en ella entonces. Piense en cómo le volverán la espalda sus amistades si sigue con usted. Piense en los hijos que podrían nacer.

—No lo diga, madre, ¡que a mis hijos nadie le pondrá los pies encima ni le llamarán nada malo! Su Curuzú ya es hombre y sabe lo que hace. Déjeme obrar a mí. El resto de las cosas de la vida y la muerte las decide el Padre Eterno. Usted sabe que Él manda. Lo que me suceda, sucederá porque Él así lo quiere.

Capítulo 3

Estrella se detuvo un instante en el umbral del galpón. Observó a su alrededor con atención. Temía ser sorprendida en aquel lugar sin ninguna excusa para estar allí. ¿Cómo explicaría su presencia en Los Ceibos cuando nada tenía que hacer en esa estancia? Ninguna amistad la unía a don Gómez. Mucho menos a Ana Igarzábal. Podía fingir que necesitaba ayuda, pensó, que su caballo se había lastimado, incluso que se había caído y que precisaba de las atenciones de un médico. Sabía que nadie creería sus cuentos. No en esas tierras. No donde ya había quien sospechaba que ella y Antonio Gil tenían una relación amorosa.

Quizá por eso había decidido llegar a Los Ceibos a la hora de la siesta. La mayoría de los mortales se encerraba dentro de las casas y dormía hasta bien entrada la tarde. Hasta que el calor del sol remitía. Hasta que el frescor del ocaso aliviaba el bochorno del día.

Efectivamente, la estancia parecía abandonada. El calor del sol hería la tierra con fuerza inusitada para esa época del año. El viento barría el polvo del camino entre el caserón de don Gómez y el galpón. La brisa traía consigo el calor sofocante que caracterizaba agosto. No había nadie a la vista. Ni siquiera los perros de don Rosendo habían acudido a ver quién era la mujer.

Volvió los ojos hacia las caballerizas. Tampoco vio a nadie. Sonrió con suavidad. Después de inspeccionar el patio una vez más con una nerviosa mirada, se hundió en las sombras de la estancia, empapándose al instante con la fuerte humedad del recinto. Apretó el pañuelo entre los dedos. Se secó el sudor del cuello y la frente mientras seguía los pasos de su amante.

Antonio estaba de pie junto a una mesa de madera sobre la que amontonaba una pila de viejas sillas de montar. Con cada uno de sus movimientos, la tela de la camisa se le tensaba sobre los músculos de la espalda: revelaba la fuerza contenida de su cuerpo. Estrella lo observaba. Seguía con los ojos los movimientos del gaucho.

—¿No debería estar echando la siesta en la casa? —preguntó él, todavía de espaldas.

—Sí. Pero necesitaba verlo, Antonio.

—Puede usted verme cuando quiera, para eso tiene ojos. Ahora, si lo que quiere realmente es hablarme, ahí tenemos un problema. Usted no admite quererme ante su familia ni amigos —dijo, recordando lo sucedido en la plaza—. Y a mí no me gusta andar a escondidas con nadie.

—Le comprendo, Antonio, pero debe usted entenderme a mí —comenzó ella con voz suave, con una expresión de inocencia que tantas veces lo había ablandado, lo había convencido para que hiciera la voluntad de la mujer.

—¿Qué quiere que entienda?

—Soy una dama. No puedo simplemente anunciar que quiero a un hombre de este...

—A un gaucho como yo —concluyó él, mirándola de frente. Los ojos parecían no decir nada—. Dígalo, Estrella: usted es una dama, yo solo un peón de campo.

—No.

—Sé que me mira con ansias, que, cuando la toco, su piel se calienta con mis caricias, que mis besos le hacen hervir la sangre y que, si yo quisiera, ahora mismo se arrodillaría ante mí y me serviría. Pero, fuera del catre, soy solo Antonio Núñez Gil: un peón indigno de besar el suelo que pisa.

—No me hable así, yo le quiero.

—¡Me quiere a su manera! —replicó él con amargura—. ¡Cuándo y cómo a usted le conviene!

La joven se llevó la mano a la garganta. Retrocedió un paso. La impresionaba la violencia contenida en la mirada oscura de Antonio.

—¿Tanto me odia? —preguntó ella por lo bajo con un ligero temblor en la voz.

—¿Qué dice?

—Dígame, ¿cómo puede odiarme cuando yo le quiero tanto?

—¡Odiarla a usted! Ya quisiera...

Estrella dio un paso hacia su amante y se detuvo sin saber exactamente qué hacer.

—Antonio, sé que está enojado conmigo, pero debe tener paciencia. Todavía no puedo presentarlo con mis hermanos como mi pretendiente. Quiero esperar un poco.

Él la miró fijo, provocándole el silencio. Casi sonrió al verla desviar la mirada. Estrella jamás había logrado sostenerle la mirada cuando balbuceaba excusas para no revelar la relación que los unía. Y cada vez que eso sucedía, pensó con desánimo, él terminaba haciendo lo mismo: intentaba desterrar de su mente la certeza de que ella mentía, de que jamás tendría el valor de admitir que se había enamorado de un simple peón.

—Antonio, usted respetará mi deseo de esperar, será paciente conmigo y me seguirá queriendo hasta que yo encuentre el momento adecuado para revelar mis sentimientos por usted. ¿Puedo creer eso?

—Puede creer usted lo que quiera.

Antonio dio un paso hacia ella y se detuvo, como si temiera acercársele.

—Sabe que jamás haría nada que usted no quisiera. Pero eso no me hace estúpido. Sé que sus hermanos jamás me aceptarán, que sus amigas le volverán la espalda si se atreve a pasear de mi brazo por la calle y que usted se avergüenza de mí y del amor que dice tenerme.

—Antonio, no me diga eso, no me hable así, por piedad.

Él la miró a los ojos y luego suspiró.

—Usted me lastima, señora, y ¿soy yo quien debo ser piadoso con usted? Bueno, tendrá mi piedad. Y mi perdón.

Estrella ahogó un sollozo. Se arrojó a sus brazos, incapaz de soportar un reproche más. Apoyó la cabeza en su pecho. Antonio hundió los dedos entre esos cabellos suaves.

—Tranquila, no llore —dijo en voz baja. La besó con ternura—. No quiero verla llorar.

Ella asintió. Él la estrechó contra su cuerpo.

—Ahora quiero que haga algo por mí. Quiero que se disculpe con la señorita Ana.

—¿Por qué?

—Fue usted muy cruel con ella. Es solo una niña. Y usted la ha atacado como si fuera una rival.

—¡Y es mi rival, Antonio! Compíte conmigo por su atención: ella tiene ventaja. No debe mentir para verlo, ni ocultarse para hablarle. Usted la quiere y la protege. Está siempre pendiente de su seguridad. Pasa con ella más

tiempo que conmigo. Es mi rival, sí. ¿No se da cuenta de que ya incluso está usted de su lado?

—Es solo una niña.

Estrella enarcó una ceja.

—Las niñas también aman, Antonio.

Él rio suavemente, atrayéndola hacia sí.

—La señorita Ana es como una hermana para mí —dijo—. La conozco desde que nació.

—Usted no entiende.

—No necesita sentir celos de ella —dijo.

—¿Cómo podría tener celos de esa niña? —susurró—. No, no, Antonio. De ella, no. Pero de lo que usted siente por Ana, sí.

—No la entiendo.

—¡Sí que me entiende! Usted daría su vida por ella. Vertería su sangre a sus pies si con ello pudiera librarla de un tormento. Es su padre, su hermano, su amigo y su protector; ella lo es todo para usted. ¿Yo qué soy?: solo su amante.

Antonio tomó el rostro de Estrella entre sus manos callosas. La obligó a mirarlo a los ojos.

—Lo que siento por la señorita Ana y lo que siento por usted son dos cosas diferentes. A usted la amo como mujer.

—Demuéstremelo.

Estrella apoyó las manos contra el pecho varonil: sentía bajo los dedos la dureza de los músculos del gaucho, el calor de esa piel, el rápido palpar de su corazón. Subyugada, le rodeó el torso con los brazos. Le hundió la nariz en el cuello.

—Estrella.

Ella respiró profundamente. El olor del hombre la envolvió: caliente y fascinante. Una mezcla salvaje de fragancias, de sudor, caballos, cuero, caña y tabaco.

—Demuéstremelo —repitió.

Antonio se apoderó de su boca en un beso profundo e intenso mientras un ramalazo del más puro deseo lo golpeaba en las entrañas con fuerza suficiente como para dejarlo sin aliento. La atrajo contra sí. Simplemente, no pudo

contenerse. Exploró los labios de la mujer con la lengua. Crispó los dedos en la cabellera oscura que se le ofrecía. La arrastró contra la pared desnuda del galpón. La aprisionó entre su cuerpo y el muro. La besó aun sabiendo que era un error hacerlo allí, que cualquiera podía entrar y sorprenderlos. Pero esa mujer era veneno para su sangre.

Estrella gimió suavemente. Clavó las uñas en los hombros del peón. Lo atrajo hacia ella. Lo hundió entre las sombras que echaban sobre los dos las pacas de forraje y las planchas de cuero que colgaban del techo. Sintió que las manos de él se crispaban en las mangas de su vestido, que los dedos estrujaban la tela para llegar a la piel ardiente de sus senos.

—Antonio —musitó ella, soñadora.

Echó la cabeza hacia atrás cuando él comenzó a besarle el cuello.

—Por favor —jadeó.

Incapaz de contenerse, Antonio le rodeó la cintura con un brazo de hierro y la volvió de espaldas a él. La acorraló contra la pared. Le sujetó el cuello con una mano. La inmovilizó bajo el influjo de su cuerpo.

—Usted es mi mujer —dijo el joven casi con reverencia, inclinándose sobre su oído—. Usted es mía. Dígalo. Admita ante mí que es mía, solo mía. Que siempre lo será.

Estrella asintió con un débil jadeo. Tenía las manos crispadas contra la pared, la espalda tensa, curvada, los cabellos despeinados, la expresión ardiente.

—Dígalo —ordenó por lo bajo.

—Soy suya —jadeó Estrella, incapaz de contener un gemido—. Suya para siempre.

—Quieta —musitó Antonio junto a su oído.

La boca del gaucho estaba en el cuello de la dama. La lengua sobre su piel. Los dedos la buscaban, la abrían, la obligaban a responder a él.

—¡Antonio, por favor!

Ella calló. Respiró profundamente cuando él humedeció los dedos en ella, cuando la tocó íntimamente. Estrella arañó la pared con las uñas. Cerró los ojos con fuerza. Él la acariciaba con cuidado. La sostenía con una mano. Los

dedos la buscaban. La hurgaban por dentro. Enredó en un puño los cabellos de Estrella. La obligó a echar la cabeza hacia atrás. Le hundió, una vez más, la boca en el cuello.

—Dígame que me quiere. Necesito escucharlo.

—Antonio, sí, yo...

—Dígamelo —repitió.

—Lo quiero —jadeó—. Lo quiero tanto, Antonio.

Entonces, con los labios apretados, tensos, con la mirada oscurecida por la pasión, con el ardor del deseo calentándole la sangre, la atrajo con violencia hacia él. La penetró profundamente.

Capítulo 4

Ana desmontó de un salto. Amarró las riendas de *Negro* a un palenque al lado del rancho. Le palmeó el pescuezo. Luego, alisó las arrugas de la falda con las manos. Intentaba mejorar un poco su descuidada apariencia. Empezaba a considerar el hecho de que, tal vez, Antonio no la veía como mujer porque su aspecto desaliñado era más propio de una niña que de una dama.

Una vez que decidió que ya no podía hacer más por sí misma, fue hasta la puerta. Se detuvo un momento en el umbral, indecisa. La cortina de cuero estaba apartada, sujeta a un clavo que sobresalía de la pared de adobe. Sin embargo, todo estaba tan silencioso que no parecía haber nadie en el interior de la casa.

—¿Hay alguien? —llamó la niña con suavidad—. ¿Encarnación? ¿Antonio?

—¡Niña, qué alegría verla! —exclamó Encarnación Núñez mientras doblaba la esquina del rancho con un enorme cesto de ropa seca entre los brazos—. ¿Ha llamado mucho?

—No, acabo de llegar.

—Ah. Estábamos atrás, mi Rosarito y yo, colgando las ropas mojadas y bajando las secas. Mire nomás la cantidad que pude secar hoy. Pero este tiempo no nos durará mucho, ya lo verá —comentó con una breve mirada hacia el cielo azul, perfecto, sin una sola mácula en forma de nube a la vista—. Tiene que llover en algún momento.

—¿Sí?

—Sí. Y, cuando llueva, se nos acabará el calor y volverá el frío por unos días.

—¿Usted cree?

—Se lo digo yo, que viví aquí toda mi vida, que conozco nuestro clima como nadie. Los lapachos en flor dicen que ya no habrá heladas. Ahora, que hará frío, ¡hará frío!

—¡Ana! ¡Ana! —gritó de pronto Rosario también con un cesto de ropa seca.

—¡Rosarito, qué linda está! —le acarició la mejilla—. *I porá co ibotý.*

—¡Ana! —gritó la niña—. ¡Ana, qué bueno que ha venido! ¿Se quedará a comer *chipa* cuerito con nosotros?

—¿Qué dice, m' hija? “Señorita Ana” para usted, caramba. ¿Es que no le he enseñado nada yo?

—Pero mamacita —se quejó la niña. Miraba a la muchacha a hurtadillas con una sonrisa.

Ana sonrió.

—Déjela, está bien.

—No, no está bien. —Encarnación meneó la cabeza—. Cada quien en su lugar, caramba.

—¿Se quedará a comer, señorita Ana? —insistió la niña para congraciarse con la madre.

—Bueno, no lo sé. En realidad, vine a buscar a Antonio. ¿Necesita ayuda? —preguntó. Tendió las manos hacia Encarnación—. Si quiere, puedo doblar esa ropa.

—No, señorita, ¿cómo cree?

—Pero yo podría.

—Rosarito, deje ese cesto en el suelo y vaya a calentar el agua para el mate —ordenó la mujer. Luego volvió los ojos hacia la chica mientras dejaba también el cesto de ropa junto a la puerta bajo la sombra del alero—. Seguro que vino a buscar a mi Antonio para que la acompañe a cazar. Pero él no se encuentra en este momento. Fue al monte a buscar unas yerbas para mis tripas.

Ana la miró, preocupada.

—¿Se siente mal? —preguntó.

Encarnación hizo un gesto con la mano para restarle importancia al asunto.

—¡*Tupá-ci!* ¡Mi Dios! ¡No! Un dolor de estómago nomás.

—¿Necesita algo? ¿Quiere que busque al médico?

—¿Médico, yo? —sonrió la anciana—. No, m' hija. Cuando me siento muy mal realmente, voy hasta la casa de Fermina, acá a la vuelta, para que me cure el empacho. ¿Pero qué hace aquí conversando con esta vieja todavía? ¿No quería buscar a mi Curuzú?

—Sí, pero descansaré un poco, si me lo permite. —Ana se sentó en un tocón mientras la mujer comenzaba a doblar una a una las prendas.

—Como guste. ¿Por qué está tan sudada?

—Es que vine a la carrera, antes de que mi tío me atrapara yéndome del casco de la estancia y me ordenara quedarme para la cena.

—¿No le gusta comer con su tío?

—Sabe que no. Termina regañándome por cualquier cosa, lo que no me permite disfrutar de la comida.

—Entiendo.

Después de un momento de silencio, la niña sonrió con timidez.

—Le agradezco que me deje quedar aquí. En pocos lugares me siento tan a gusto.

—Esta es su casa, señorita. —Encarnación le sonrió mientras seguía ocupada en su quehacer—. Puede quedarse todo lo que usted quiera. Habrá puchero también para llenar el buche más tarde, si quiere quedarse a comer con nosotros.

—Gracias, pero no. Solo deseaba hablar con Curuzú de algo muy importante.

—¡Algo muy importante! ¿Una niña como usted ya tiene cosas importantes de que hablar?

—Sí. Tengo casi quince años.

—Ah, sí, ya es toda una mujercita, perdóneme. —Encarnación meneó la cabeza mientras reía con suavidad recordando viejos tiempos—. Pasa que la vi cuando usted era así de pequeña, apenas más grande que mi mano. ¡Una cosita tan chiquita! Cuando una ve así a alguien, ya nunca crece. ¿Entiende lo que le digo?

Ana asintió. En un impulso, fue hasta Encarnación y le dio un abrazo. Le apoyó la cabeza en el seno. Suspiró.

—Puede verme usted como quiera, porque para mí es como mi mamacita —dijo con ternura, con la sinceridad propia de una niña—. Yo la quiero mucho.

—Yo a usted, mi niña. ¡Cómo no la voy a querer! Si es usted tan buena.

Ana sonrió y se apartó de Encarnación cuando Rosarito tiró con suavidad de la manga de su vestido.

—¡Ah, antes de que me olvide, traje algo para usted! —exclamó la chica. Salió corriendo hacia el caballo.

—¿Algo para mí? —Rosarito la siguió a los saltos.

—Espere un momento y lo verá.

Ana sonrió. Le mostró una muñeca a la nena.

—Es para usted.

Completamente muda, Rosario deslizó una voraz mirada por los finos cabellos dorados de la muñeca, los ojos celestes, las mejillas apenas coloreadas, el vestido de seda y encaje. Unos primorosos zapatitos a juego completaban el atuendo de aquella dama en miniatura. Intentó decir algo, pero estaba tan conmovida que no pudo articular una palabra completa. Comprensiva, Ana sonrió y dijo:

—Pensé que le gustaría.

Encarnación acarició la cabeza de su hija.

—Eso debe de ser muy caro, señorita —comenzó—. No es para mi niña.

—Sí, es para ella.

—Señorita, ella la romperá.

—¿Y qué si la rompe? ¿No la quiere, Rosario? Estoy segura de que usted sabrá cuidar de ella.

—¿Es para mí? ¿De verdad? ¿Para siempre? ¿No se la llevará después a su casa otra vez?

—Es suya para siempre.

—¿Puedo tocarla?

—Por supuesto que puede. Es suya, no tiene que devolvérmela.

Encarnación meneó la cabeza, segura de que debía detener aquello. Muñecas como aquella las tenían las niñas ricas, las blancas de la ciudad, pero no pequeñas de piel atezada como su Rosarito.

—Esta muñeca necesita una niña. Y aquí está Rosarito que promete cuidarla, ¿verdad?

—¡Oh, sí, sí que la cuidaré! —La niña estaba extasiada. Contemplaba a la muñeca como si nunca hubiese visto algo más bonito en toda su vida.

—Mire, la puede peinar, si gusta. —Ana quitó el sombrero que la muñeca llevaba: una deliciosa toca de diminutas plumas verdes y encaje. La larga cabellera rubia cayó hasta cubrir la mano de la nueva dueña—. Es pelo de verdad. Fue hecha en Francia, creo. Ya no lo recuerdo.

—Oh. —Rosario estaba boquiabierta. Imaginó que Francia debía de ser como el Cielo, porque solo allí podrían crear algo tan hermoso. Miró a Ana con adoración—. Yo la querré muchísimo.

—Eso espero. —Ana sonrió y luego miró a Encarnación—. Déjele tenerla. Esa muñeca estaba muy sola en el fondo de mi baúl, hace mucho tiempo que dejé de jugar con ella. —Vio que la mujer se aprestaba a protestar una vez más y añadió—: no quiero escuchar más nada sobre esto, ¡ni una palabra! Ahora sí, dígame, ¿hacia dónde fue Curuzú?

—Hacia el palmeral, m' hija. Ya sabe cómo hay de yuyos medicinales en esa zona. —Le señaló un camino entre la maleza—. Si usted va por ahí, seguro lo encontrará pronto. No hace mucho que se fue. —Observó la expresión de la joven que se había quedado pensativa—. ¿Sucedó algo?

—No, todo está bien.

—Bueno, vaya nomás, m' hija —dijo—. Y recuerde que habrá puchero para comer más tarde.

—Gracias, pero hoy no puedo quedarme —respondió Ana.

Don Rosendo ya había comenzado a fruncir el ceño al imaginar que a veces visitaba en su rancho a la mujer que la había cuidado de pequeña. No quería ni imaginar lo que diría si averiguaba que se sentaba a comer con ella y su familia también. Ana sonrió. Se despidió con un gesto.

Media hora después, poco antes del ocaso, finalmente encontró a Antonio. Casi de puntillas por temor a llamar la atención, se deslizó silenciosamente sobre las matas y se inclinó sobre los pastos altos, debajo de los arbustos, para observarlo a voluntad. Él estaba hundido en la laguna hasta las caderas, refrescándose. Se había quitado la ropa y la piel bronceada le brillaba bajo los últimos rayos rojizos del sol. Ana se estremeció cuando él se

puso de pie para salir del agua. Con las manos crispadas contra la falda, lo observó con ojos muy abiertos, con interés de verlo en plenitud, aunque apenas pudo observar algo por la distancia a la que estaba. Él comenzó a vestirse ajeno al silencioso examen al que era sometido.

Varón levantó la cabeza. Movi6 las orejas, de pronto atento. Había un olor muy particular en el aire, un aroma nuevo, que no había percibido antes por allí. Una fragancia que él conocía muy bien, decidió. Giró el morro hacia donde se encontraba la chica. Clavó los ojos en los arbustos que crecían salvajemente a unos metros de la laguna. Si fuera posible afirmar que un caballo era capaz de sonreír, Ana estaba segura de que eso había sido lo que habría hecho *Varón*. Comenzó a caminar hacia ella, alejándose de la sombra donde lo había dejado su amo con una enorme sonrisa en su hocico. Ana hizo un gesto con la mano para ahuyentarlo, exasperada. Pero *Varón* la conocía y le tenía cariño. No ignoraría su presencia allí. El animal hizo un sonido entre dientes. Se dirigió a paso lento hacia el escondite de la chica. Agitaba la cola con vivacidad. Parecía creer que Ana estaba jugando con él. La chica intentó alejarse, retrocediendo despacio entre los arbustos, pero la manga del vestido se le enganchó en un espino. La inmovilizó. Ana tironeó de la tela inútilmente. *Varón* bufó y metió el morro entre la maleza con la intención de tocarla.

—¡Vete, vete! —siseó Ana.

—Oh, por Dios —jadeó la joven, ya desesperada cuando, de pronto, alguien apartó los arbustos bruscamente. Se encontró con la divertida mirada de Antonio.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó.

La barba de días le daba un aspecto casi salvaje.

—Yo... nada.

Se inclinó hacia ella. Apartó al caballo con una orden en guaraní. Desprendió con cuidado la manga atorada en el espino. Luego la tomó de un brazo con suavidad. La ayudó a incorporarse.

—¿Cómo “nada”?

—Ah, sí, quería hablar con usted —dijo Ana. Rogaba que él no adivinara que había estado escondida allí un buen rato antes de que *Varón* la descubriera.

—¿A esta hora? —Antonio sonrió con suavidad—. No creo, señorita Ana. Ya es tarde. Debería estar usted en su casa.

—Es importante —dijo ella, obstinada.

—¿Sí?

—Estoy preocupada por usted.

—¡Por mí! —Él hizo un gesto con la mano—. ¿Y por qué teme por mí? No he hecho nada malo ni nadie me tiene entre ceja y ceja. Sea buena niña y vuelva a su casa.

Ana apretó los labios. Lo seguía de cerca. Él iba por sus pertenencias a la orilla de la laguna. Empezó a colocarse la faja alrededor de la cintura e insertó en ella el cuchillo.

—No me trate como una chiquilla. ¡No soy una niña! —exclamó ella en un airado susurro—. Ya casi tengo quince años.

—Perdóneme —dijo Antonio. Disimuló una sonrisa—. Había olvidado que a tan avanzada edad, pronto será toda una mujercita.

—Antonio.

—¿Sí? —Chasqueó la lengua y *Varón* fue hasta él al trote—. Puede hablarme de sus preocupaciones mientras la acompaño a su casa.

Los pasos de la joven resonaron quedamente sobre la tierra, a su espalda.

—Antonio, ¿esa mujer es su amante? —La pregunta llegó hasta él con lentitud. El peón no fingió ignorar a quién se estaba refiriendo—. Sé que estuvo ayer en Los Ceibos, a la siesta. Me lo dijo Martina, ya sabe que ella nunca duerme y que está atenta a todo lo que pasa en la estancia.

El gaucho, aun con sus años y experiencia, pudo percibir con absoluta claridad las emociones que se ocultaban en la pregunta de la jovencita, en la entonación, en la breve pausa, en la respiración agitada. Ana lo miraba expectante, muy quieta, con las manos unidas contra el estómago, con la expresión tensa. Los cabellos castaños, del color de los maderos añejos, le caían sueltos sobre los hombros y la espalda. Le enmarcaban el rostro. Los ojos se mantenían fijos en él esperando una respuesta. Antonio enarcó una ceja.

—Debería saber que no es correcto que me haga esa clase de preguntas.

—No me importa.

—A pesar de su avanzada edad de casi quince años, es muy chica para hablar de estas cosas. Mucho menos con un hombre —dijo él con voz ronca, algo avergonzado. La aspereza del tono resonó en la quietud de la tarde con la acritud de la censura.

Ella lo miraba intensamente, disgustada, con la respiración agitada y una expresión tormentosa. Al verla así, con aquellos ojos brillantes por la emoción, con los pechos altos y pequeños, tensos contra la delgada tela del vestido, comprendió lo que decía la sombra del secreto anhelo agazapada en su mirada. “No, imposible, quiso creer él. Debo de estar equivocado.” Apretó los labios. No quería lastimarla, pero tenía que detener eso en ese momento.

—Sí lo es.

Ana palideció.

—Dios mío, Antonio —murmuró con tristeza, pero enseguida frunció el ceño—. ¿La quiere?

—Sí.

En la expresión de Ana, en las profundidades de esos ojos, él percibió el dolor que su respuesta había provocado. Entonces agregó, apaciguador:

—Estrella a veces puede comportarse como una mujer terca y manipuladora, pero es una hembra a la que considero digna de respeto y admiración. Además, prometió disculparse con usted.

Antonio rio entre dientes ante el malhumor y la expresión caprichosa del rostro bonito de la muchacha. Fue hasta ella. Con ternura, le revolvió el cabello.

—No me haga pucheros. Vamos, la acompaño a su casa.

Ana inhaló profundamente, como si quisiera de aquella manera darse valor para continuar enfrentándolo. Buscó su mirada, desesperada.

—Sabe que a la viuda de Miraflores la pretende don Eulogio, el comisario —dijo en voz baja—. Y según mi tío, está decidido a casarse con ella.

—Ya sé.

—Si usted insiste en perseguir a esa mujer, se convertirá en un obstáculo en su camino.

—No se preocupe por eso.

Ella asintió, alicaída. Lo siguió mansamente por el sendero. Él iba delante. Llevaba a *Varón* de las riendas. El caballo caminaba despacio. Movía la cola de un lado a otro. Con los ojos fijos en la espalda de Curuzú, como si percibiera el malhumor. Ana le acarició el pescuezo. *Varón* volvió hacia ella sus dulces ojos marrones.

—No pasa nada —le dijo—. Todo estará bien.

“Ojalá yo pudiera creer en mis propias palabras”, pensó la chica, desanimada.

*

Ana se inclinó sobre la montura. Tendió los brazos hacia Antonio cuando se acercó para ayudarla a desmontar. Él le rodeó el talle con las manos y no la soltó hasta que ella apoyó los pies sobre la tierra.

—Antonio, ¿cree que algún día creceré? —preguntó, en un vago intento por comenzar una conversación intrascendente. Antonio casi no le había dirigido la palabra. Eso estaba comenzando a afectarla—. ¿Qué dice? ¿Tengo esperanzas todavía?

Siguió al peón con pasos cortos mientras llevaba a *Negro* de las riendas, hundido en un profundo silencio, con los ojos fijos en el camino.

—Tal vez.

—Mi tío dice que me quedaré así para siempre —insistió.

—Tiempo al tiempo. Si Dios así lo quiere, usted crecerá —respondió finalmente.

De pronto, al doblar la esquina de la casa hacia el establo, él se detuvo bruscamente. Ella lo miró, sorprendida.

—¿Qué sucede?

Intentó adelantarse para ver qué le había llamado la atención y lo había obligado a detenerse. Antonio le detuvo con brusquedad.

—Cállese —musitó sin mirarla—. Quédese aquí y no asome el hocico.

Dijo que sí con la cabeza, un poco asustada. Él se apartó, dejándole las riendas de *Negro* en las manos. Cuando se alejó, ella dio unos pasos. Asomó la cabeza hacia el establo. Entonces, se cubrió la boca con una mano. Delante del potrero se encontraba su tío, Rosendo, con las piernas bien separadas y un

rebenque en las manos. Dos de sus hombres sostenían a José Gil de los brazos. El anciano estaba con la cabeza gacha sobre el pecho. Aunque parecía inconsciente, levantó la cabeza cuando Antonio llegó hasta ellos. El hermano menor de Antonio, Francisco, estaba de pie junto a Herminio, a pocos pasos de don Gómez. Francisco tenía las manos a los lados de su cuerpo convertidas en puños. Temblaba. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Antonio.

—No haga nada de lo que pueda arrepentirse después, m' hijo — murmuró José entre dientes.

Rosendo Gómez miró al peón con los ojos entornados, golpeando rítmicamente la punta del rebenque contra las botas. Era un hombre de sólida musculatura, de espaldas y hombros anchos, de brazos fuertes, de torso grande. Llevaba los cabellos cortos a la altura de la nuca y un sombrero calado sobre la frente que dejaba en sombras la expresión de sus ojos castaños.

—Este perro dejó escapar a una de mis reses —dijo, enojado. Señalaba a José con el rebenque—. La vaca tuvo que ser sacrificada después de que se torciera las patas en un zanjón.

—Perdóneme, señor —jadeó el anciano sin atreverse a mirar a sus hijos.

Estaba bien dispuesto a suplicar perdón porque sabía que su descuido había perjudicado a don Gómez. En la expresión, sin embargo, se le adivinaba el malestar: aunque era pobre, tenía orgullo. Ser tratado de aquella manera estaba marcándole el alma. Antonio dio un paso hacia él.

—Taitá —comenzó.

—¡Usted cállese! —ordenó el anciano. Luego volvió los ojos hacia don Rosendo—. Patrón, le juro que no fue mi intención, pero mis huesos... Cuando quise detenerla, mis huesos fallaron y caí. Perdóneme.

Rosendo curvó las comisuras de los labios en una mueca de desprecio.

—Este viejo se dice tropero y domador, pero ya no sirve para nada — gruñó. Señaló a los hombres el potrero, donde un palenque del grosor del torso de un hombre estaba clavado al suelo—. ¡Amárrenlo! ¡Ya le enseñaré yo a descuidar los animales!

—¡No, no, se lo suplico, patrón! —gritó Francisco, pálido, con los ojos agrandados por el terror y la respiración agitada, como si le faltara el aire. Cayó de rodillas con las lágrimas rodando por sus mejillas—. ¡Mi taitá está enfermo!

—¿Y a mí qué puede importarme?

—¡No podrá soportar un castigo!

—¡Cállese! —dijo José con los ojos brillantes de orgullo—. ¡Se hará lo que el patrón ordene! —Miró a Herminio. Le hizo un gesto con la barbilla—. Llévelo adentro. No quiero que vea a su padre así.

Herminio asintió e intentó empujar al chico hacia el interior del establo, pero Francisco parecía haber echado raíces en la tierra, inmóvil como estaba. Antonio dio un paso hacia don Rosendo y se detuvo. Sabía que su padre tenía razón, que no debía exaltarse ni perder los estribos o toda su familia pagaría caro por ese error.

—Suéltelo, patrón —dijo, suave, con el tono que acostumbraba a utilizar para domeñar a los caballos fieros—. Mi taitá está viejo y cansado. No sobrevivirá a su rebenque.

—Qué arrogancia la de este peón —murmuró don Rosendo con expresión avinagrada—. Dame órdenes a mí. ¿Y cómo me pagará este viejo infeliz el disgusto de haber perdido un animal tan valioso?

—Castigue al culpable, patrón. No le dé tantas vueltas al asunto —indicó Eusebio Ramírez, un peón de pocas pulgas que se había ganado a pulso la confianza del patrón desde la infancia. Mestizo de sangre, llevaba en la piel y en los rasgos de los ojos la marca de una estirpe ya casi extinta—. No creo que tengan con qué pagarle nada.

—Veinte azotes le enseñarán a este desgraciado a tener más cuidado con los animales —acotó otro.

Rosendo se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano, pensativo. Curvó las comisuras de los labios en una mueca desagradable.

—¡A la estaca! —ordenó.

—¡Por Dios, se lo suplico! Tenga piedad de mi taitá —lloró Francisco con la mano extendida hacia su patrón, temblorosa—. No le haga daño, no lo resistirá.

—Veinte azotes están bien para mí —dijo.

Con las manos crispadas contra la pared, Ana ahogó un gemido, incapaz de creer lo que estaba viendo y oyendo. Jamás había presenciado tanta crueldad, ni había imaginado que su tío fuera capaz de generarla. Observó al padre de Antonio. Notó tierra en la bombacha de trabajo y rastros de sangre en las pantorrillas. De pronto, lo supo: esos hombres lo habían arrastrado hasta allí. Tuvo la certeza, al observar a Antonio, de que él también lo sabía. Ana tembló al notar que el joven estaba haciendo grandes esfuerzos por no arremeter contra su patrón. Tenía los labios apretados en una fina línea de furia, las manos crispadas, convertidas en puños a los lados del cuerpo, la expresión fiera, listo para saltar sobre aquellos que se atrevieran a lastimar a su padre.

—No, patrón, escúcheme, no haga eso —dijo Antonio. Endureció la expresión. Hizo un gesto hacia Herminio, para que arrastrara al hermano menor a la fuerza si era necesario hasta el interior del establo.

—¿Qué quiere que haga, pues? —preguntó Rosendo con tono sardónico.

Herminio tomó al chico por el cuello de la camisa. Prácticamente lo alzó en vilo para llevárselo. Cuando Francisco desapareció de la vista, Antonio volvió los ojos hacia el patrón.

—Mi taitá está viejo. Castígueme a mí, en su lugar. Yo pagaré por su error.

Rosendo apretó los dientes en una sonrisa que no se reflejó en la mirada. No le gustaba que un peón le dijera qué hacer, pero debió admitir para sí que aquel pobre diablo tenía razón: José Gil era ya un viejo débil y enfermo. Existía la posibilidad de que muriera a causa de los golpes. Entonces se convertiría en una molestia para él, una molestia que tal vez tendría que explicar ante la ley.

—Como quiera, Antonio —dijo finalmente—. ¡Amárrenlo!

José Gil estaba desesperado:

—¡No, m' hijo, por Dios! —gritaba.

Antonio endureció la expresión. Apretó la mandíbula.

—¡Usted cálese, padre!

Antonio se quitó la faja con movimientos rápidos y seguros. La arrojó a un lado. El cuchillo siguió la misma suerte. Se desprendió la camisa. La dejó caer al suelo junto al sombrero. Cuando lo hizo, los músculos se movieron

bajo la piel morena, tensos. Había sentido la caricia del rebenque del patrón varias veces en su vida. Creía poder soportar el castigo. Hacía mucho tiempo que el patrón no le ponía un dedo encima. Asintió.

—Estoy listo —dijo.

Cuando los peones del patrón se acercaron para arrastrarlo hasta la estaca como si fuera un perro, Antonio levantó la mano para detenerlos.

—Iré solo. Conozco el camino —aseguró. Aquellas palabras hicieron recordar a don Gómez las veces que lo había fustigado cuando todavía era un crío—. Cuando quiera, patrón —dijo.

Rosendo apretó los dedos contra el cuero trenzado del mango del rebenque y lo levantó.

—¡Maldito peón! —comenzó.

Antes de que pudiera decir o hacer algo más, un grito lo detuvo. Echó la cabeza hacia atrás y frunció el ceño al ver a su sobrina correr hacia él. Levantaba con las manos la falda hasta las rodillas en la prisa por alcanzarlo.

—¡Tío, no lo haga! —gritó. Decidida, se detuvo frente a don Gómez y lo miró a los ojos—. ¿Por qué hace esto, tío? ¡Es tan cruel!

—¿Qué?

—Deténgase por favor.

—¡Vaya adentro, niña! —ordenó Rosendo con un empujón—. ¡Esto es cosa de hombres!

—¡No, esto es cosa de salvajes!

—¡Maldición, Ana! ¡Métase en la casa!

Ella meneó la cabeza.

—El padre de Antonio está enfermo y no puede culparlo por la pérdida de ese animal —gritó—. ¡Estoy segura de que no lo ha hecho a propósito!

—Cállese —dijo Rosendo, disgustado.

Antonio observó a la chica enfrentar a su tío de una manera que no lo habría hecho un hombre siquiera. Sintió un orgullo inmenso por ella, algo más que no supo definir le sacudió las entrañas. Jamás olvidaría el valor que ponía al defenderlo. Nunca nadie había intentado jamás salir en su defensa, excepto la propia familia. Tampoco él habría esperado que una joven dama blanca como aquella lo hiciera.

Ana apretó los labios y elevó el mentón, desafiante.

—¡Usted no puede ser tan cruel como para castigar de esta forma a un inocente! —gritó fuera de sí con las mejillas rosadas a causa de la emoción y los puños crispados a los lados del cuerpo.

Don Rosendo enrojeció de furia.

—¡Ya cállese! —vociferó.

—¡No me callo! ¿Dónde está su piedad? ¿Dónde, su corazón, tío?

Rosendo hizo un gesto hacia Eusebio que se adelantó. Comprendía la orden muda del patrón. Tomó a la chica de un brazo. La apartó con serenidad, aun cuando la niña insistía en golpearlo y patearlo para que la dejara en libertad. Eusebio rio suavemente mientras la mantenía inmovilizada.

—Quieta, señorita —dijo con sorna—. No querrá lastimarse. Y mucho menos por defender a un peón cualquiera.

Ana lloraba a gritos. Suplicaba. Antonio se volvió. Apretó los dientes unos contra otros. Cerró los ojos con fuerza y endureció el cuerpo.

—Cuando quiera, patrón —repitió.

Entonces, sintió la primera caricia del rebenque.

*

—Antonio, ¿está despierto? —dijo Ana.

Se arrodilló frente al catre. Lo observó un momento en silencio. Lo observó con tristeza. Luego, muy suavemente, le rozó la frente con las manos en una caricia gentil.

—Hábleme, por Dios.

El joven abrió los ojos con lentitud.

—¿Señorita Ana? —dijo con voz ronca.

Clavó la mirada turbia en ella. Luego desvió los ojos hacia un lado. Intentaba descubrir dónde se encontraba exactamente. Se sentía perdido. La consciencia iba y venía. En algún momento, recordó a Estrella, quiso que fuera Estrella quien estuviera a su lado.

No recordaba de cuánto tiempo atrás eran las imágenes que se le agolpaban en la cabeza. Meses, con certeza. La turbación lo hacía pensar años.

Iluminado por el fulgor rojizo de aquella tarde de verano, Antonio apoyó la espalda contra el tronco de un jacarandá y atrajo contra sí el cuerpo de la mujer amada. Estrella se le acomodó sobre los muslos de jinete, le apoyó la cabeza sobre el hombro. Disfrutó plenamente de la caricia del sol sobre la piel desnuda. Las largas piernas de magnolia hacían un agudo contraste contra la oscura piel bronceada de Antonio.

—Lo quiero —dijo con suavidad.

—¿Es cierto eso?

—Sí; muy cierto, mi señor. Me gustaría quedarme aquí eternamente —dijo.

Antonio le olió el cuello. Le aspiró profundamente el cálido aroma de la piel. Ella rio con suavidad cuando él fingió comerle el hombro de un mordisco.

—¡Antonio! —chilló, feliz—. ¡Ya basta!

—Está bien —dijo él. Apoyó el mentón sobre la cabeza de la joven mientras la abrazaba con fuerza.

—Dice que me quiere, que soy el centro de su universo, pero ahora está siendo muy frío conmigo, señor mío —musitó y bajó las pestañas.

—¿Qué dice?

Estrella sonrió de pronto, traviesa. Se volvió hacia él. Sus pechos se asomaron entre los rizos de su cabellera cuando se apoyó contra su amante y buscó sus labios con la punta de la lengua.

—Después de hacer el amor, debería mostrarse más cariñoso con su mujer —instruyó todavía mohína—. Si no, podría lastimarle los sentimientos.

Antonio le buscó los ojos. Cuando descubrió el ardor de esa mirada, le rodeó el talle con las manos y la apretó contra el cuerpo, incapaz de contener el anhelo que lo poseía cada vez que la tenía entre los brazos. La dama deslizó los dedos por el pecho de Antonio en una caricia dulce.

—Con suavidad —dijo. Bajo las palmas, ella percibió el rápido palpitar del corazón del gaucho. Contra el vientre, la dureza de su virilidad. Sonrió, satisfecha. Percibió la masculina fragancia y tembló de deseo. Era un olor mezcla del almizcle del sudor, del cuero de los pertrechos y los resabios del aguardiente que habían compartido unas horas antes, poco después de la comida—. Bésame. Has aprendido a hacerlo muy bien.

—Tengo una excelente maestra.

Antonio inclinó la cabeza. Los labios tibios rozaron con suavidad las comisuras de los de ella, que gimió. Él la buscó. La tentó con la lengua. La saboreó con la suavidad de un roce hasta que la mujer lo recibió en la boca. La besó intensamente. Hundió las manos entre los cabellos y la atrajo hacia él. La tendió sobre su cuerpo desnudo. Estrella suspiró.

—Tócame —dijo—. A una mujer le gusta eso: las caricias, el roce suave de los dedos contra la piel caliente.

Antonio la sentó a horcajadas sobre él. Le acarició el rostro con los labios. Le depositó un ramillete de besos sobre los párpados y las mejillas. Deslió las manos sobre los muslos y la cadera.

—¿Así? —preguntó.

—Así —dijo.

Suspiró de placer cuando sintió las manos grandes y ásperas de su amante acariciarle las caderas, el abdomen, el torso, hasta que finalmente llegaron a los senos. Con ternura, ya sin la ansiedad de la inexperiencia, Antonio rozó los pulgares contra las puntas erectas de los pechos. Estrella echó la cabeza hacia atrás. Cerró los ojos. Él bajó la cabeza y la humedad de su lengua rozó un pezón y luego el otro.

—Así, Antonio, así.

Antonio le rodeó la cintura con las manos. La acomodó sobre su masculinidad. Le gustaba tenerla muy cerca, sentirle el calor, la suavidad de esa piel húmeda, ardiente, contra él.

—Despacio. —Estrella lo miró a los ojos—. Todavía estoy sensible.

Antonio le buscó la mirada.

—¿Te hice daño?

—No. Siempre debe ser gentil con una mujer, mi señor, hasta que esté lista para recibirlo en su interior. Porque a veces duele. A veces, se necesita tiempo.

Antonio le rozó las mejillas con sus besos.

—¿Quiere que me detenga?

—No. Solo tiene que besarme, acariciarme y hacerme sentir hermosa.

—Usted es hermosa.

Ella sonrió e inhaló profundamente. Él la tocó con suavidad. Humedeció los dedos en su interior.

—Dígame que me quiere —pidió la joven con un suspiro—. A una mujer le gusta sentirse querida.

—La quiero.

Estrella contuvo el aliento cuando Antonio mojó sus dedos en ella. La acarició justamente allí, donde parecía centrarse todo el calor de su cuerpo. Cerró los ojos y clavó las uñas en los hombros del gaucho.

—¿Está lista ahora?

—Sí —jadeó—. Estoy lista.

Antonio le tomó el rostro entre las manos. La miró intensamente a los ojos. Sus pupilas oscuras brillaban como auténticas piedras de obsidiana bajo el suave resplandor del sol cuando la penetró. Estrella se aferró a él, confiada.

—Soy suya —dijo la joven en un murmullo.

—Repítalo.

—Soy suya, soy suya.

Luego, después de los gemidos, de las palabras de amor, de aferrarse el uno al otro, Estrella dijo:

—Estoy exhausta.

—¿Tan pronto? —Antonio enarcó una ceja—. Qué mujer tan floja tengo.

—Oh, cálese —gruñó. Hubo un largo silencio de los dos. Solo se escuchaba el murmullo avejentado de las aguas de la laguna al chocar contra las rocas de la orilla—. Me gusta cómo me hace el amor. Ha aprendido a ser un buen amante.

—¿Usted cree?

—Sí. Sabe cómo complacer a una mujer. Cualquier muchacha se sentiría feliz de estar entre sus brazos.

—Solo la quiero a usted. No me interesa complacer a nadie más que a mi *Mbyja*, mi Estrella.

—¿Me lo jura? —preguntó ella en voz baja.

—Se lo juro. Confíe en mí. Siempre la amaré solo a usted.

—¿Señorita Ana? —dijo con voz ronca.

Se despertaba de a ratos. Le costaba orientarse. Abrió los ojos. La ensoñación con Estrella, el recuerdo de aquella tarde había pasado. Estaba en su rancho, concluyó después de un momento. Intentó moverse porque se sentía incómodo. No consiguió hacerlo. Boca abajo, con los cabellos recogidos a la altura de la nuca con una cinta de cuero, con la espalda desnuda, no se sentía capaz de hacer mucho por sí mismo. Eso le molestaba. Sentía que le ardía la piel, que se tensaba sobre los músculos del torso, que le aplastaba las costillas. Cerró los ojos un momento. Por un instante, creyó mecerse otra vez hacia las profundidades del sueño. Una vez más, esa voz volvió a arrancarlo del sueño, insistente.

—¿Cómo está, Antonio? Hable conmigo. —Aquella voz dulce y balsámica se interrumpió con un sollozo.

Él intentó volver la cabeza hacia ella con la intención de tranquilizarla. No quería que llorara por él. No había razones para llorar. Estaba con vida. La deuda de su familia con el patrón había sido saldada.

—Antonio.

—Señorita Ana —musitó. Sentía la lengua arenosa, la garganta seca.

Entonces ella se arrodilló junto al catre. Pudo verla con claridad. Tenía los ojos hinchados y rojos de tanto llorar. Estaba despeinada.

—Antonio, *pendé ñaró* todos ustedes. ¿Cómo pueden soportar?

Veinte marcas sangrantes le cruzaban la piel. Aunque Encarnación le había asegurado que las heridas no eran profundas, sangraban profusamente. Ana temía que le quedaran cicatrices.

—Señorita, no me mire así. No llore.

Ella intentó secarse las lágrimas que seguían saliendo. Él habló con esfuerzo:

—Usted es una santa. Jamás nadie intentó defenderme como lo hizo usted.

—¿Le duele mucho?

—Ya pasará. ¿Y mi taitá?

—Su madre le pidió que fuera a comer algo. No ha querido apartarse de su lado desde que dos peones lo trajeron hasta aquí, pero Encarnación le ha convencido.

—¿Y mi hermano?

—Con José. Está muy preocupado por usted.

—Estoy bien.

—Antonio, mi tío no lo quiere más a su padre en Los Ceibos. Dijo que ya no lo necesita.

—Ya me parecía que eso iba a pasar.

—Pero mi tío está dispuesto a permitirle a usted seguir trabajando para él. Él cerró los ojos. Musitó algo por lo bajo.

—Antonio, cuídese, por favor —dijo ella—. La manera en que ha enfrentado a mi tío puede traerle problemas.

—Sí, señorita Ana, sé que ser un gaucho alzado no ayuda, pero ¿usted no habría hecho lo mismo por su taitá? —Hizo una larga pausa, acompañada de quejidos—. No olvidaré lo que hizo por mí, niña.

Ella guardó silencio un momento con las mejillas rosadas.

—Mi padre está enfermo —dijo él—. Viejo y enfermo.

—No diga eso. Solo necesita descansar. Ya verá que se sentirá mejor después de unas semanas de no hacer nada. Se repondrá, y usted olvidará este día.

—No quiero olvidar. Porque entonces olvidaría su lealtad y su coraje para enfrentarse a don Rosendo por mí.

Él estiró la mano hacia ella y le rozó con ternura la mejilla.

—Vaya a su casa —musitó—. Pídale perdón a su tío por gritarle delante de los peones. Luego échese a dormir. Necesita descansar.

—¿Por qué habría de pedirle perdón a mi tío?

—Porque usted le faltó el respeto.

—¡Pero le ha hecho daño! ¡Y ha dejado a su padre sin trabajo! No, jamás me disculparé con él. ¡Le odiaré siempre por su dolor! Nunca volveré a hablarle, ni a mirarle siquiera.

—Es su tío. La cuida a usted desde pequeña. No sea ingrata.

La niña hizo un mohín, caprichosa. Él tuvo que sonreír.

—Váyase, señorita, antes de que caiga la noche. No querrá encontrarse en el monte con los espíritus, ¿verdad?

—Está bien —aceptó—. ¿Me promete que mandará a avisarme si necesita algo? ¡Cualquier cosa! Yo intentaré conseguirlo para usted.

—Lo prometo —dijo—. Usted sí que es una verdadera dama.

Capítulo 5

Dos semanas después, Ana estaba sentada sobre una paca de heno en el establo. Observaba a Herminio Contreras cepillar el lomo de uno de los caballos más valiosos de su tío. La chica tenía los codos apoyados en las rodillas, la cara, a su vez, en las manos. Seguía todos los movimientos de Herminio con gran interés. Estaba descalza. Como siempre, había olvidado recogerse el pelo, de modo que le caía sobre la espalda en suaves ondas.

—Eso le gusta —comentó—. Tanto que creo que se va a orinar.

El peón la miró con una sonrisa en los labios. Por respeto a su presencia en el establo, se había quitado el sombrero.

—Este es así. Siempre me moja, pero el patrón no quiere que lo saque fuera con este calor. Ya sabe cómo lo quiere a este.

—Lo sé. No quiere ni que me le acerque por miedo a que lo lastime —dijo Ana—. ¡Como si yo fuera capaz de lastimar a un caballo!

—Don Rosendo tiene sus ideas —dijo Herminio simplemente.

—Pero, en cuanto se descuide, lo montaré. Ya lo verá.

Herminio la miró. Ana casi lo imaginó pensando en su tamaño, tan pequeña y menuda. Luego él observó al caballo, un garañón enorme de patas fuertes, de aspecto fiero.

—Tal vez usted no se lastime —susurró el peón con voz débil—. Pero el patrón me desollará a mí —concluyó por lo bajo.

Ana recordó entonces la golpiza que Rosendo le había dado a Antonio. Se estremeció. Ella le prometió que no montaría el caballo sin expresa autorización.

—Gracias, señorita, no sabe el peso que me quita de encima. ¡Usted es capaz de cada cosa! No sé cómo una hembra puede ser tan cabezota.

—¡Herminio!

Tenían una confianza de años construida a base de tardes en los establos, del cariño de Ana y la dedicación de Herminio por los caballos. Ella creía que podía contarle cualquier cosa. Incluso, tal vez, un día, le hablara de Curuzú, de esa otra forma de amistad que había entre ellos.

—No se ofenda, señorita Ana, pero nunca conocí a una cría como usted, incapaz de temerle a nada ni a nadie. —Su expresión se tornó pensativa—. Me da miedo imaginarla como mujer, porque sufrirá mucho.

—¿Por qué sufriría? —preguntó, curiosa.

—A una cría se le perdonan muchas cosas: la viveza, la valentía, la inteligencia e incluso la astucia. A una hembra adulta, no. Usted no le teme a nadie porque es lista y sabe manejar a la gente a su antojo. Ahora, ¿acaso cree que su marido va a dejarla hacer lo que quiera? No, señor, la regañará por ser quien es. Y usted sufrirá porque jamás podrá ser feliz con un hombre así a su lado.

—Si todos los hombres son como usted dice, entonces no me casaré nunca.

—¡Qué cosas dice! —Herminio meneó la cabeza. Cuando el caballo bufó, el muchacho le rascó detrás de las orejas, divertido—. Voy a darle unas zanahorias. Ya verá cómo se calma —sonrió.

Ana miró al caballo que relinchó. Exigía también atención de su parte.

—No traje manzanas hoy —dijo. Le mostró las manos vacías al animal que perdió interés en ella de inmediato.

—Si sigue así, echará a perder a ese caballo —dijo Antonio.

Había entrado al establo con un enorme fardo de forraje en los brazos. Lo puso a un lado. La miró con las manos en la cintura. Tenía los cabellos despeinados por el viento. El sudor le manchaba la camisa. Se desanudó el pañuelo que tenía alrededor del cuello y lo utilizó para secarse la frente—. Ya le dije que no les dé cosas a escondidas. Se malcrián.

Ana se encogió de hombros sin dejar de sonreír. Siempre la hacía feliz verlo, aunque él insistiera en regañarla por las cuestiones más nimias.

—A él le gusta —se defendió.

—Y si le gustara el veneno, ¿también se lo daría? —Antonio le hizo un gesto a Herminio—. ¿Por qué no la vigila mejor? Deténgala si la ve malcriando al animal.

—¿Yo? ¿Acaso tengo el poder de decirle al viento que no sople o a la lluvia que no moje? ¡Qué cosas dice, chamigo! ¡Jamás he oído algo más zonzo! —Le guiñó un ojo a Ana—. Esta mocosa es escurridiza como una víbora malintencionada: en un momento la ve y en otro no. ¡Y, cuando

finalmente la ve, ya ha hecho de las suyas! —Hizo un gesto con la mano, todavía riendo—. ¡Vigílela usted a ver si puede! La señorita Ana estuvo aquí toda la tarde y usted ni le echó una mirada.

—¿Ahora soy como una víbora? —siseó Ana con un mohín.

Antonio la ignoró. Volvió a cargar contra Herminio. Era una conversación que habían tenido muchas veces. Curuzú se volvió hacia ella. La miró de pies a cabeza. Se veía limpia. Con la ropa bien planchada. Notó que algo desentonaba. Le miró el cabello. Frunció el ceño. Debería llevarlo recogido. Percibió también que no llevaba botines.

—¿Otra vez descalza? Su tío le daría un buen regaño si la ve así, andando por la casa como una india. Cuando sea mayor tendrá los pies tan duros como una piedra. ¡Cuando se quiera dar cuenta, podrá escarbar como las gallinas!

—No me diga eso.

—Le digo la pura verdad. —Le hizo un gesto a Herminio—. Mírela nada más. Una señorita no debe andar así. ¿Y usted no le dijo nada?

—¿Qué le voy a decir? Es la patroncita. Si quiere andar descalza por ahí, ¡bueno estoy yo para ordenarle lo contrario!

Antonio soltó un gruñido.

—¿Dónde está su tío para que usted no tema andar así por el establo?

—Está ocupado.

—No está —intervino Herminio—. Salió hace un rato ya. Fue a la casa de don Gregorio Díaz.

—¿Don Gregorio? ¿Y qué tiene que hacer el patrón por esa finca? Que yo sepa, don Díaz no le cayó en gracia desde que lo vio reventar a su caballo a fuerza de azuzarlo.

—Ahora que me acuerdo de eso, tiene usted razón. Pero ahí fue, seguro, porque me lo dijo antes de llevarse al *Motitas*. Dijo que iba a la casa de don Díaz y que me ocupara de todo hasta que él volviera.

Ana parecía ansiosa.

—Antonio, acompáñeme a casa —dijo de pronto, vehemente, apurada—. Quiero mostrarle algo.

—Señorita Ana. ¿Acaso su tío no iba a la estancia de Miraflores por la fiesta?

—¿Una fiesta? —quiso saber Antonio, confundido.

—Ninguna que a usted le importe —dijo Ana, aferrándole del brazo—. Ahora venga conmigo, por favor.

Herminio se rascó la cabeza.

—Parece que la viuda de Miraflores se comprometerá con el comisario. Al menos, eso escuche que decía. Creo que por eso don Gregorio organizó una fiesta. A él le agrada el comisario, sabe usted.

Los ojos de la jovencita volaron hacia Antonio. Él estaba de pie bajo la sombra que echaba el alero dentro del establo, con las piernas separadas y la expresión vacía, pero los ojos parecían arderle.

—Ya sabe usted que don Eulogio le anda arrastrando el ala a la viuda de Miraflores desde hace largo tiempo. Parece que hoy le pedirá que se case con él —continuó Herminio sin pensar, sin reflexionar lo que estaba revelándole mientras frotaba las orejas del caballo—. A don Rosendo no le parece. Dice que el comisario no es de fiar, que él jamás le daría la mano de una hembra de su familia, ni aunque se le fuera la vida en ello.

Ana apretó los labios.

—¿Podría callarse ya? —gritó. Luego, se arrepintió del exabrupto—. Perdóneme, Herminio, por favor. Perdóneme, es que me acordé que tengo que hacer algo muy importante, y usted no paraba de hablar —dijo apresuradamente.

—No, señorita, ¿enojarme yo con usted? Para nada.

—Herminio, ¿podría buscar a mi *Negro* y ensillarlo por mí? —pidió apresuradamente—. Yo me quedo aquí. Cuidaré que este no se orine sobre el heno.

Herminio asintió y salió del establo. Comprendía lo que ella se proponía, y lo que implicaba lo que él mismo había dicho.

Antonio la miraba intensamente. Con una expresión temible, una mirada fiera.

—¿Es cierto eso? —preguntó el gaucho.

—¿Qué cosa?

—No se haga la zonza conmigo y respóndame: ¿es cierto?

—Sí. Pero no haga caso, Curuzú.

—¿Cómo?

—¡Se lo ruego, cálmese!

—¿Usted lo sabía? ¿Sabía de esta fiesta de compromiso y no me dijo nada?

—No es una fiesta de compromiso. Es solo una fiesta. —Ella hizo un gesto con la mano, restándole importancia al asunto—. Mire, mi tío habla de más, ya lo conoce usted. Y Herminio también, usted sabe que a veces no piensa antes de abrir la boca. A veces dice cosas que no son —continuó ella—. Son chismes, nada más.

—Los chismes siempre tienen algo de razón, usted lo sabe. Si no hubiera carbón, no habría fogón.

La miró un momento en silencio. Ella se colocó entre él y la puerta, como una portera inflexible.

—No vaya, Antonio. Si va, se descubrirá lo que hay entre usted y esa mujer.

—Nunca lo he ocultado. Es ella la que lo hace.

—¡Entonces hágalo por ella! Quédese aquí. Espere. Verá que son habladorías sin sentido. Que el comisario no se atrevera a pedirle la mano. Que si lo hace, ella se negará.

—¿Y quedarme acá sin hacer nada? ¿Quedarme a ver como otros resuelven por mí? Me voy, no me lo impida.

Ella hizo un último intento para evitar que él fuera a encontrar un destino tal vez adverso.

—Usted no sufrirá solo las consecuencias de sus arrebatos, Curuzú. Su familia también sufrirá. Si usted se mete con don Eulogio, el querrá apresarlos, llevarlos a la cárcel. Algo hará por apartarlos de la mujer que quiere. Cuando eso pase, ¿qué hará su familia? Su padre está viejo y enfermo, sin trabajo. Su madre no puede mantener sola a la familia —dijo con elocuencia—. Piense en ellos, por favor.

—¡He dicho que me voy! —gritó él.

Le aferró un brazo con desusada fuerza. Ana ahogó un quejido al sentir los dedos de él enterrados en su piel, pero nada hizo por apartarse. Por el contrario, se aferró a él que la empujó a un lado. Ella tropezó con su propia falda. Cayó al suelo. Lo miró con los ojos inundados de lágrimas. No sintió el escozor de las manos heridas.

—Se lo ruego —susurró—. Quédese conmigo.

Antonio la miró con los ojos entornados, las cejas juntas, los labios apretados en una fina línea de furia. Sintió un ramalazo de culpa al ver a la chica en el suelo con las manos sangrantes al haber caído sobre los pedregullos de la entrada. Aplastó aquel sentimiento de culpabilidad bajo el peso del enojo que sentía. Él jamás había hecho daño a una mujer a propósito. Sin embargo, ahí estaba la prueba de su maldad, sentada a sus pies, llorosa, con el rostro desencajado por la desolación.

—Yo... —comenzó sin saber cómo disculparse, sin saber si algún día podría perdonarse haber sido el causante de su dolor. Antes de que pudiera decir algo más, Herminio lo apartó de la puerta con un empujón, en la prisa por acercarse a su patrona.

—¡Señorita! ¿Qué le pasó? ¿Se cayó?

—No vaya, Curuzú —sollozó ella.

Herminio endureció su expresión. Miró al peón por encima del hombro.

—¿Qué ha hecho usted? —siseó.

Antonio lo miró a los ojos.

—Yo no quise.

—Curuzú no me hizo nada. Solo me caí. —Inspiró profundamente—. Por favor, Herminio, dígame que se quede aquí.

Antonio le dio la espalda.

—Perdóneme —dijo antes de irse.

*

—Estrella, esta noche se encuentra usted particularmente hermosa —dijo don Eulogio Acosta con ojos ardientes de deseo—. Es una lástima que no se sienta bien. Con esta velada maravillosa.

Ella intentó retirar la mano de entre los pegajosos dedos del hombre. Había intentado fingirse enferma para deshacerse de él. Parecía, sin embargo, que todo esfuerzo sería inútil.

—Señor, por favor. Suelte mi mano.

Eulogio ignoró las palabras de la joven. Apretó los labios en una sonrisa.

—Es usted una mujer muy hermosa, Estrella. Es un honor para mí contar con su compañía esta noche.

—No recuerdo haberle permitido llamarme por mi nombre, señor. —
Distraída, pensó que debía regresar al salón. No sería bueno que comenzaran
rumores entre ella y el comisario.

—Yo necesito hablar con usted en privado. Discúlpeme —dijo él. Cerró
los dedos sobre su mano con más fuerza—. Está muy pálida.

—Ah, ¿sí? No me siento bien, ya se lo había dicho. Por eso creo que
deberíamos regresar al salón. Mis hermanos deben de estar preocupados por
mí.

—Es necesario que me escuche.

—¿Qué quiere?

—Estrella, necesito una respuesta.

—Señor, por favor, suelte mi mano —repitió. Notó que estaban solos en
el jardín—. Ya le dije que no puedo aceptar su oferta de matrimonio.

A pesar de los candiles que iluminaban aquí y allá el jardín, Estrella sintió
que la noche se cerraba tensa sobre ella.

—¿Puede decirme la razón? —Eulogio habló con suavidad.

—Tengo mis razones, pero ninguna de ellas le incumbe —dijo Estrella
con irritación. Apartó bruscamente la mano de entre los dedos del comisario.
Intentó alejarse de él—. Le ruego, no insista.

—¡Entonces es cierto!

—¿Qué dice?

—¡Escuché que la anda rondando ese peón de Los Ceibos! ¿Acaso está
interesada en él?

—¿Cómo se atreve?

—Me atrevo a eso y a mucho más por la mujer que quiero —replicó don
Eulogio. Clavó en ella los ojos marrones, fieros y decididos—. En el pueblo
se dice que ese peón, Antonio Gil, está perdido por usted. Y que usted le da
alas para creer que puede tenerla.

Estrella esbozó una sonrisa para disimular el miedo.

—Señor, me insulta. Soy una dama. Jamás me rebajaría a requerir los
amores de un peón de campo. Que usted piense que sí, me ofende.

—Dígame que son todas mentiras, que usted no se encuentra con él en los
montes, que no iba a la finca de don Cabral para verlo, que no ha aceptado
sus besos, sus caricias.

—Son todas mentiras. —Estrella respiró profundamente—. Ahora que he resuelto sus dudas, déjeme pasar. Quiero regresar dentro y alejarme de usted.

Antes de que ella consiguiera apartarse, él cerró los dedos sobre su brazo y la atrajo hacia sí.

—Entonces demuéstremelo, señora. Demuéstreme que no ama a nadie, que su corazón está libre para mí.

—¿Cómo se atreve?

—Hace mucho tiempo que la quiero. Usted lo sabe. Además, cuento con el permiso de sus hermanos para cortejarla.

Estrella intentó apartarle la mano inútilmente.

—Señor, no deseo volver a casarme. ¡Déjeme en paz, por favor!

El comisario la acercó aun más hacia sí.

—Usted necesita un marido, Estrella. Es mujer. No puede ser feliz sin un hombre a quien complacer.

—¿Cómo se atreve a decirme lo que necesito?

—Déjeme demostrarle que usted me necesita. Le enseñaré lo que es un hombre de verdad.

Estrella se volvió a ciegas en un vano intento por alejarse de ese hombre. Apenas pudo apartarse lo suficiente como para ver que el comisario estaba decidido. Eulogio parecía divertirse mientras ella comenzó a forcejear.

—Se casará conmigo —le informó don Eulogio, encerrándola entre sus brazos—. Yo la quiero y sabré tratarla como la dama que es.

Eulogio quiso contener sus forcejeos, pero al hacerlo, le tiró bruscamente de la manga del vestido. Se la arrancó. Estrella apretó los labios, contrariada. Intentó arreglarse el vestido, pero le fue imposible hacerlo. No solo porque el traje estaba arruinado, sino porque las manos le temblaban incontrolablemente.

—No debería tratar a una dama de esta forma.

—¡Una dama! —Eulogio finalmente la miró a los ojos—. Usted no es una dama. No si la mitad de los rumores que corren entre usted y Antonio Gil son ciertos —gruñó. Intentaba mantenerla quieta—. Escuché que ese Antonio ya la conoce como mujer. Usted no va engañarme, no a mí.

Estrella luchó contra él. Soltó un sollozo cuando sintió las manos de aquel hombre que la exploraban debajo del vestido, sobre las piernas desnudas, sobre las nalgas. Cerró los ojos con fuerza.

—Por favor —sollozó.

De pronto, el comisario la soltó bruscamente. Estrella parpadeó confundida. Lo vio entonces. Se llevó las manos al pecho.

—Deténgase —susurró.

Antonio golpeaba la cabeza del comisario contra la pared. Una y otra vez.

—¡Cerdo asqueroso! ¡Ella es mía! ¡Nadie toca lo que es mío!

Un plantero se desprendió de la pared y cayó al piso con gran estrépito. El sonido de la arcilla hecha trizas contra las lajas del piso pareció arrancar a Estrella de la inmovilidad en la que había caído.

—¡Antonio, lo va a matar! ¡Deténgase, por favor!

Él cerró el puño y lo estrelló con fuerza contra el estómago de don Eulogio. El comisario soltó un gemido. Se dobló en dos. Cayó al suelo con un ruido seco. El gaucho miró a la que consideraba su mujer sin expresión alguna en su rostro.

—¿La lastimó? —exigió saber con voz fiera.

Vio la manga destrozada del vestido, los labios hinchados a fuerza de la presión de los besos indeseados, la palidez mortal de la piel de la mujer, los cabellos desgredados que le caían en salvajes ondas sobre la espalda.

—Contésteme, ¿la lastimó?

Entonces ella se echó a llorar. Asustada, se lanzó contra él. Le rodeó la cintura con las manos. Le hundió la cabeza en el pecho. Él le levantó el rostro bañado en lágrimas con el dorso de la mano. Los ojos se le oscurecieron peligrosamente.

—¿La lastimó? —musitó una vez más.

Ella meneó la cabeza.

—¿Cómo cree? ¡Si me hubiese hecho daño, yo misma le habría matado!

Antonio esbozó una breve sonrisa. Se apartó. Estrella vio que el comisario estaba tendido en el suelo con las sienes ensangrentadas, la piel casi cetrina. Cuando apartó la vista, se aferró a los hombros de Antonio, desesperada.

—Él sabe. Está seguro de lo nuestro.

—Así sabrá que no debe meterse con usted, que ya tiene dueño. Y que su dueño soy yo. Ahora cúbrase el pecho y sígame. Usted se viene conmigo.

Estrella frunció el ceño.

—¡Antonio! ¿Qué dice? Irme con usted ¿a dónde, por Dios?

—¡A mi rancho! Se viene conmigo ahora mismo. No la quiero aquí. Pasaremos a buscar a su hija. Se quedarán las dos en mi casa.

Estrella se apartó de él, de pronto muy pálida.

—No, no puedo —empezó. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Recuperó el control de sí misma. No podía permitirse que la encontraran en brazos de un peón. Lo miró a los ojos—. ¿Por qué quiere que me vaya con usted?

—¡Porque no la dejaré sola aquí donde no está segura! La quiero conmigo, en mi casa, esta misma noche, a usted y a su hija.

—Ese cerdo libidinoso se atrevió a tocarme, sí, pero no es peligroso —se apresuró a decir—. No lo volverá a hacer. Estoy segura. Hablaré con mis hermanos. No necesita llevarme a su rancho. Hablaremos de esto después cuando esté usted más tranquilo. Por ahora, necesito que se ponga a salvo. Váyase.

—¡Irme! ¿Y dejarla aquí sola?

—¡Tiene que irse, Antonio! Él lo matará.

El gaucho la ignoró. Apartó de él las manos de la joven. Fue hasta el comisario. Lo agarró de la camisa. Lo levantó en vilo contra la pared. Lo sacudió.

—¡Despierte! —ordenó—. ¡Le enseñaré a no tocar a una hembra a la fuerza!

Estrella apretó los labios, de pronto muy asustada.

—¡Antonio, váyase, por Dios! Piense en su familia.

Don Eulogio comenzó a despertarse. Antonio lo soltó. El comisario cayó al piso con un gruñido. Estrella se apartó de un salto.

—Despierte de una vez.

El comisario apretó los labios. Enfocó la mirada en el peón. Furioso, se incorporó con dificultad. Observó a Antonio con los ojos entrecerrados y la cabeza gacha, como si fuera a embestirlo como un toro.

—Así que aquí está el gaucho del que hablábamos —dijo—. Ahora, frente a este estúpido, vuelva a decirme lo que me dijo, señora. Dígame que usted no se rebajaría a relacionarse con un peón como este.

—Cállese, ¿cómo se atreve después de lo que intentó hacer?

—Dígame aquí y ahora, frente a este peón, que no lo quiere.

—¿Qué cree que está haciendo?

Eulogio ni siquiera la miró. Fijó los ojos en Antonio.

—La señora de Miraflores está muy molesta con los rumores que corren en el pueblo —dijo—. Se siente ofendida porque insinúan que usted y ella son amantes.

—¿Eso es verdad? —preguntó Antonio.

—Yo no dije eso.

Estrella se interrumpió al notar la expresión del comisario. Sabía que ese hombre era peligroso, que no bien ella aceptara su relación con Antonio, buscaría la manera de humillarlo, de lastimarlo, tal vez incluso de matarlo. Palideció al imaginar a Antonio indefenso ante él con los arrebatos de un pretendiente rechazado. Don Eulogio era un hombre temible, un perro rabioso buscando sangre.

—¿Qué dice, señora? ¿Quiere a este peón o no?

Estrella habló decidida.

—Yo no tengo por qué estar aquí, escuchando sus preguntas insolentes, señor. No me quedaré para ser insultada.

—Usted se queda —dijo Antonio—. Dígale a don Eulogio que a quien quiere es a mí.

Estrella observó al comisario, desesperada.

—No puedo.

—No lo mire a él, míreme a mí —pidió—. Hable.

Estrella no dijo nada. Se limitó a mirarlo con una enorme pena en los ojos, incapaz de hacer algo.

—Antonio, creo que hay un malentendido. Creo que ha confundido mi generosidad y mi amabilidad con algo más. —Se volvió hacia el comisario con expresión confusa—. Usted, señor, no debería creer en los rumores del pueblo. Yo soy una dama. Jamás podría ser amante de un hombre como este.

El comisario esbozó una sonrisa. Se limpió la sangre de las sienes con un pañuelo.

—Los dejaré solos para que aclaren el malentendido —dijo con amabilidad—. Señora, la espero en el salón. No tarde mucho o me veré obligado a salir a buscarla.

Cuando el comisario se marchó, ella miró a su amante. Él habló:

—Si tiene miedo de ese hombre, cuénteme la causa. Sabe que, si es necesario, la protegería con mi vida. Pero no mienta así.

Estrella levantó la barbilla y sonrió. Tenía que ser fuerte y acabar con el problema de inmediato. Casi podía sentir sobre sí la mirada aterradora de don Eulogio. El comisario no dejaría las cosas como estaban. Encontraría la manera de vengarse por haber sido golpeado y humillado por Antonio Gil, un hombre al que consideraba poco más que polvo bajo sus pies.

—No me haga esto más difícil, Antonio. Sabe que no puedo permitir que en el pueblo se juzgue mi reputación. Las cosas se están complicando demasiado debido a los sentimientos que me profesa. Yo preferiría que se marchara ahora.

—¿Acaso ese hombre la está forzando a decirme esto?

—Antonio, le mentí —dijo—. No deseaba que fuera así, pero tuve que hacerlo. ¿No se da cuenta de que todo fue un malentendido? Me gusta usted, mucho. Pero jamás podría haber algo más entre nosotros. ¡Somos tan diferentes!

—Estrella, usted dijo algo distinto.

—Dije muchas cosas, Antonio. Olvídelas ya —lo interrumpió abruptamente, aterrada. Tenía que alejarlo de allí, antes de que al comisario se le ocurriera volver. Tenía que ponerlo a salvo—. Lo cierto es que necesito que se vaya y que no vuelva a buscarme. Váyase, por Dios.

—Míreme y repita todo lo que dijo.

—Antonio, basta. No haga las cosas más difíciles para mí, por favor, ya es bastante triste saber que estoy lastimándolo. —Calló un instante. Luego sonrió—. He llegado a sentir afecto por usted. Por eso creo que es mejor separarnos ahora. No deseo que siga creyendo que algún día me casaré con usted. Eso es imposible. Usted dijo que quería llevarme a su rancho. Sabe que eso es imposible. ¿Cree que yo sería feliz en un rancho como el suyo? Usted

me gusta, me atrae; lo sabe. En eso jamás podría mentirle. He llegado a sentir afecto por usted, como mi amante, pero no lo quiero como usted piensa. ¿Cómo podría? Le respeto y admiro, pero no es el hombre para mí. Usted no es de mi clase. Fue usted mi primer amante en años. Le aseguro que jamás lo olvidaré.

—¿Su primer amante? ¿Acaso piensa tener otro?

—Cuando lo necesite, sí. Ahora ya puede retirarse.

“Como un sirviente, como un simple esclavo que perdió todo su valor, pensó.” Tenía los ojos húmedos. Con los dedos, rozó las perlas del collar de Estrella. Entonces, ella tomó una decisión. Se quitó la gargantilla y la tendió hacia él.

—Tómelo —dijo, suave—. Úselo para huir de aquí. No está seguro en el pueblo. No después de haberse enfrentado al comisario. Váyase. Y no regrese.

Él solo la miró en silencio. Estrella sonrió.

—Por favor, Antonio, no sea orgulloso. Tómelo.

—¿Orgulloso? —musitó y rio cruelmente—. A veces lo único que le queda a un hombre es el orgullo.

Él se inclinó e hizo una profunda reverencia ante ella para ocultar la humillación, la angustia. Sonrió.

—No necesita pagar por mis servicios, señora. Ha sido un placer, a pesar de todo.

Ella le tomó la mano. Puso el collar en la palma. Se la cerró con delicadeza, con un suspiro. Antonio crispó los dedos contra las perlas.

—Esa es la costumbre, ¿no?: pagar después del placer. —Él lo arrojó a sus pies—. La puta aquí es usted, señora —concluyó.

El insulto le dolió más a él que a ella.

Capítulo 6

Herminio Contreras desmontó de un salto. Amarró las riendas del caballo al palenque que se encontraba al frente de la pulpería de don Goyo. *Varón*, que ya estaba allí, lo miró con los suaves ojos marrones. Relinchó en señal de reconocimiento. Herminio le acarició el morro al pasar a su lado. Observó ceñudo aquel viejo edificio de ladrillos y techo de madera que se erguía orgulloso en una callejuela de tierra a escasa distancia de la iglesia.

—Por lo menos lo encontré —murmuró para sí.

Se quitó el sombrero. Fue hasta el umbral con la expresión fiera, con los labios apretados en una fina línea de enojo. Había cabalgado hasta la finca de Miraflores como si se le fuera la vida en ello. Cuando llegó allí, uno de los peones de doña Estrella le había dicho que Antonio ya había abandonado la estancia, que había enfilado hacia el pueblo.

—¿Sabe usted adónde pudo haber ido? —preguntó entonces.

Si regresaba a Los Ceibos sin él, la señorita Ana desesperaría. Ya la había visto así cuando Curuzú se había marchado en busca de la viuda. Se maldijo una vez más por aquel comentario. Pensó que no quería volver a ver en los ojos de su patrona aquella expresión de espanto que lo había impulsado a azuzar al caballo hasta casi matarlo en el afán por alcanzar a su amigo.

—De seguro, a matarse, chamigo —respondió el peón, santiguándose—. Que Dios me castigue si miento, pero ese muchacho estaba como poseído. Yo buscaría en lo de don Goyo. Ahí terminamos todos cuando estamos con líos de faldas.

Herminio notó la delgada bandera blanca que se aferraba a una caña de tacuara frente a la entrada, anunciando al viento la existencia de bebidas alcohólicas en el local. Entró. Observó el local hasta que encontró finalmente a quien buscaba. Cruzó la estancia en silencio. Antonio estaba sentado en una esquina frente a una mesa de madera de roble, con la espalda contra el respaldo de la silla, con un vaso de ginebra en una mano.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó al recién llegado.

Herminio arrastró una silla hasta sentarse frente a su amigo.

—¿Cuánto ha bebido ya?

—No tanto como quisiera.

—Deje eso. Creo que ya fue suficiente, Curuzú.

—¡Suficiente! Ni he empezado todavía.

—¿Qué dice?

—Quiero beber hasta morir. Váyase y déjeme en paz.

—No puedo dejarlo. Se lo prometí a la señorita Ana.

—¿Ana?

—Sí, Ana. Tiene tanto miedo por usted. Ahora déjese de tonterías y venga conmigo.

—No. No quiero que ella me vea así.

—¿Se refiere a la señorita Ana?

—¡Claro que a ella! ¿A quién más? A la otra no; a la perra traicionera, con seguridad, no. ¿Sabe qué me dijo? Que me tiene afecto. Como si fuera un perro que lame sus pies —rió con amargura.

Herminio apretó la mandíbula.

—Era cierto, entonces —dijo—. Le estaba usted arrastrando el ala a la viuda de Miraflores.

—Sí. Era cierto, pero solo para mí, porque para ella todo fue una mentira.

—Cálmese, chamigo —dijo, suave—. Lo que pasa es que esa mujer está muy alto para usted.

—Sí, como una estrella —dijo. Se mofó de sí mismo con un gesto despectivo—. Esto me lo busqué yo mismo, por creer que una señora como ella podría querer a un peón como yo. —Antes de que el otro pudiera acercarse, palmearle la espalda, mostrar conmiseración, decidió echarlo—. ¡Déjeme en paz, váyase! Vuelva a Los Ceibos. Dígale a la señorita Ana que estoy bien. Dígaselo y asegúrese de que ella le crea, porque, si no, no podrá pegar ojo en toda la noche.

—Antonio, regrese conmigo. ¿Cree que se irá a la cama tranquila sabiendo que usted anda por ahí?

—Volveré, sí, pero no ahora. Con el sol, mañana. Asegúrese de que no me espere, porque no quiero verla. Ruéguele que me perdone. No me siento capaz de mirarla y ver que ella siempre lo supo.

—¿Qué sabía la señorita Ana?

—Que esto acabaría así. Ella intentó advertirme, pero no la escuché. Es tan niña, me decía, ¿qué podría saber ella? Lo sabía todo.

—Usted fue un tonto, Curuzú. Perdóneme que se lo diga. ¡Mire que ir a meterse con una falda de calidad! Pero ya se terminó. Enfréntelo como un hombre y vuelva a Los Ceibos conmigo. Irá a saludar a la señorita Ana y le pedirá perdón por preocuparla. Después le llevaré a un catre para que duerma la mona. Está muy mamado para hacer algo más que eso.

—Don Eulogio no es estúpido, sabe que fue mía —musitó Antonio—. Aunque Estrella lo niegue, él no se dejará engañar por ella. En eso es más listo que yo el cerdo ese. Ya verá usted que no me dejará en paz. No después de que le rompí el hocico contra un muro.

—¡Pucha, chamigo! —Herminio había palidecido tanto que su piel había adquirido el color de las cenizas—. ¿Está loco?

—No me mire así. Usted hubiera hecho lo mismo si ese condenado hubiera estado tocando a su hembra. Lo habría terminado de matar si Estrella no me lo hubiera impedido. Jamás sentí tanta furia: ver a la mujer que quiero siendo atacada, manoseada así.

Herminio se puso de pie lentamente.

—El comisario no dejará las cosas así, lo sabe.

—Sí, lo sé, y estoy listo para enfrentarle cuando quiera. Nomás tiene que avisarme el día y la hora.

—No se haga el gallito, que no le conviene —dijo Herminio en voz baja.

Él sabía que don Eulogio no descansaría hasta encontrar a Antonio y hacerle pagar con sangre su osadía.

—Venga, póngase de pie. Se viene conmigo a Los Ceibos. Ahí pensaremos qué hacer.

—¡Qué voy a hacer! Las cosas ya están hechas, Herminio. Ella fue mía. Eso él no me lo perdonará. —Levantó los ojos hacia su amigo—. Sé que teme por mí, pero no se preocupe más. Váyase usted —dijo, y aunque parecía borracho, no lo estaba tanto como Herminio creía: después de todo, siempre había aguantado bien la bebida—. Váyase, porque seguro me buscará. Y no quiero que corra más sangre que la mía.

—Déjese de decir tonterías y venga conmigo. Piense en los suyos, caramba.

Antonio lo miró a los ojos un momento. Le hizo caso. Pensó en su taitá, viejo y enfermo, pensó que él debía trabajar para llevar pan a la mesa. Necesitaba velar por ellos. Tenía que conservar la vida por ellos.

—Tiene usted razón, mi amigo. Pero creo que es demasiado tarde ya.

*

Herminio apretó los labios al ver a don Eulogio Acosta de pie en el umbral de la puerta con la mirada clavada en Antonio Gil. Vestía aún con sus mejores ropas. Seguramente se habría visto más elegante unas horas atrás, antes de que las manchas de la propia sangre arruinaran la pulcra blancura de la camisa. Seguido de cerca por dos de sus hombres, entró a la pulpería sin apartar en ningún momento los ojos de su presa.

—¡Antonio Gil! —llamó el comisario con un vozarrón que hizo temblar las vigas del techo—. Venga conmigo, quiero cruzar unas palabras con usted.

Muy lentamente, Herminio se llevó la mano a la espalda con la intención de empuñar el cuchillo. Curuzú hundió los dedos en el brazo para detenerlo.

—Este no es su asunto —dijo—. Váyase.

Herminio sonrió apenas cuando varios de los hombres, que hasta entonces habían estado bebiendo hasta la inconsciencia, se espabilaron lo suficiente como para abandonar la pulpería. Los naipes habían quedado olvidados sobre las mesas, quietas las manos de los apostadores. El silencio se extendió entre los paisanos, pesado y atemorizante. Logró interrumpir todo movimiento, toda conversación en el recinto. El pulpero observaba al comisario desde su puesto, detrás de la barra de madera, todavía con un vaso de caña a medio llenar entre las manos. Parecía asustado.

Herminio no se movió, expectante. Antonio dio un paso hacia el comisario con la frente en alto, con la expresión dura. Se detuvo. Lo miró.

—¿Qué busca usted conmigo? —preguntó.

Don Eulogio Acosta le enseñó el cuchillo. La débil luz de un candil se reflejó en el acero mortal de la hoja.

—Una revancha, m' hijo —sonrió sin humor—. Su sangre por la mía.

Antonio se arrancó el cuchillo de la faja. Era un arma letal en sus manos, bella, antigua, poderosa. Había pertenecido a su abuelo y a su padre. Ahora era suya para todo lo que necesitara: carnear, trabajar e incluso, pensó, matar. Tenía la empuñadura de asta con gavilán en cruz, muy parecido a los antiguos facones de principios de siglo. Con un aullido de furia, el comisario se lanzó contra Antonio con el propio cuchillo blandido con gran empeño, pero poca pericia.

Antonio se hizo a un lado. Envolvió el poncho de un paisano en su brazo izquierdo. Eludió el beso mortal de la hoja. Eulogio Acosta arrojó una silla al suelo de una patada. Una vez más fue por su enemigo. Antonio atacó. Eulogio soltó un gruñido entre dientes al sentir en su brazo el rasguño del arma. Entonces Curuzú viró el cuerpo abruptamente. Del cuchillo solo el reflejo del candil en la hoja se notó. El filo probó sangre. Con un aullido de dolor, Eulogio se echó hacia atrás, trastabilló, cayó de espaldas. En su mejilla, sangraba el corte que, con toda seguridad, lo dejaría marcado de por vida, con una cicatriz que le cruzaría la cara desde la barbilla hasta debajo del ojo derecho. El cuchillo del comisario hizo un sonido hueco al golpear contra el suelo de ladrillos.

—¡Hijo de puta! —jadeó.

Buscó a sus hombres con la mirada. Estaban de pie casi en el umbral. Contemplaban la escena desde las sombras. Junto a ellos, tres peones de El Socorro impedían que intervinieran en la refriega.

—Esto es entre Antonio Gil y usted nomás, don Eulogio —dijo un viejo. Escupió una bola de tabaco al suelo—. No hay necesidad de meter a estos críos en el asunto.

Eulogio tragó saliva. Volvió a mirar a Antonio que le devolvió la mirada con los ojos entornados, el cabello salvaje, la expresión furiosa.

—Máteme, si quiere —gritó Eulogio con el corazón desbocado, los ojos agrandados, la sangre que le resbalaba por el cuello, el hombro, el pecho—. Pero sepa que su destino está sellado.

Antonio curvó las comisuras de sus labios y asintió casi imperceptiblemente.

—Eso ya lo sé —dijo, suave. Entonces guardó el cuchillo a la espalda. Lo atravesó por encima de sus riñones—. Pero yo no sellaré el suyo.

*

Los golpes desesperados contra la puerta principal del viejo caserón de Los Ceibos arrancaron a Ana de las brumas del sueño en el que había caído, exhausta, después de pasar las últimas horas de la noche en vela, de pie junto a los amplios ventanales que daban hacia el camino, esperando por Herminio. Todavía adormilada, con los párpados hinchados por el llanto y el sueño, con las mejillas húmedas por las lágrimas vertidas, se puso de pie. Miró por la ventana. Vio que estaba lloviendo. Un relámpago cruzó el cielo de lado a lado e iluminó la estancia con cegadora claridad. Ana encendió una vela. Los golpes en la puerta reanudaron.

—¿Es usted, Herminio?

—Ábrame, por Dios. Tengo que hablar con usted —respondió una voz desesperada del otro lado.

—¿Doña Estrella?

Ana corrió el cerrojo y abrió la pesada puerta de madera, de pronto asustada. ¿Acaso había ocurrido una desgracia? Los pasos presurosos hicieron eco en el silencio de la casa. La viuda de Miraflores entró rápidamente a la sala. Miró a la señorita Igarzábal. Con un sollozo apenas contenido, la mujer dejó caer sobre sus hombros la mantilla oscura que cubría su cabeza. Bajo la penumbra de la única vela que ardía sobre la mesa, se veía muy pálida, casi cetrina, con los ojos enrojecidos, agrandados por el miedo. Los cabellos despeinados caían en húmedos mechones.

—He venido a verla en cuanto pude escapar de la vigilancia de mis hermanos —comenzó, estrujando sus dedos unos contra otros. Nerviosa, temblaba y se estremecía—. Perdóneme, pero no sabía a quién más acudir. Solo usted puede ayudar a Antonio.

—¿Qué sucedió, señora? —preguntó—. ¿Le pasó algo a Curuzú?

—No; él está bien. Eso me han dicho.

—¿Cómo? ¿Él no estaba con usted?

—Discutimos, y se marchó. Luego, un peón me dijo, me avisó que había tenido una pelea con el comisario en la pulpería.

—¿Qué dice? ¡Hable y deje de llorar!

—Antonio se enfrentó con don Eulogio en mi casa; lo golpeó y luego se fue. Un peón de mi finca lo vio en la pulpería del pueblo. Allí, don Eulogio lo encontró.

—¿Está herido?

—¿Quién, Antonio? No, el que está herido es don Eulogio. Por eso estoy tan asustada. Le ha marcado de por vida con su cuchillo. ¿Entiende usted lo que ha ocurrido? Si no se matan entre sí, uno matará al otro.

—Entiendo —musitó Ana.

—Sé que no le gusto a usted, y ambas sabemos por qué —dijo Estrella, agitada—. Pero tiene que ayudar a Antonio; tiene que hacer algo por él.

—¿Qué puedo hacer? —dijo Ana. A pesar de su temple de hierro, de pronto pareció lo que era: solo una niña.

—¡Dígale que huya!

—¿Dónde está?

—¿Cómo podría saberlo? Pero sé que un peón de Los Ceibos se lo llevó.

—Herminio. —Ana sonrió apenas, un poco más tranquila—. Herminio lo mantendrá a salvo. —Pensó que lo habría llevado al rancho—. No entiendo qué quiere que haga —dijo—. ¿Decirle que se vaya? ¿A dónde?

—¿Qué importa a dónde. Usted tiene que pedirle que se vaya. Por su vida, tiene que irse.

—¿Cree que yo podría convencerle? —Ana, alarmada, comenzó a sentir el palpito desesperado del corazón.

—A usted la escuchará. Don Eulogio está como loco, furioso. Vino a hablar con mis hermanos, dijo que Antonio Gil, el peón de Los Ceibos, me había faltado. Dijo que había que darle caza.

—Él sería incapaz de faltarle a usted.

Estrella hizo silencio.

—¿Qué ha dicho usted? ¿Lo ha defendido? No ha dicho nada, ¿verdad? Ha dejado que lo incriminen y lo juzguen sin decir una palabra en su defensa.

—¡Perdóneme!

—¿Cómo puede?

—¡Soy una cobarde! —Se dejó caer al suelo, de rodillas ante Ana, incapaz siquiera de mirarla—. Tengo miedo; no pude decir nada.

—Cobarde.

—No, no es por cobardía. Usted jamás entendería. ¿Se imagina las consecuencias, si admitiera tener una relación con él? No puedo. Usted puede ayudarlo a escapar. Háblele, convénzale de que lo haga ahora mismo, antes del amanecer, porque después le buscarán y seguramente le matarán.

—No le matarán si usted lo admite.

—¡No lo admitiré jamás! —lloró la mujer—. ¿Acaso no entiende que, si lo hiciera, él correría aun más peligro? Por ahora, mis hermanos solo quieren propinarle una paliza, expulsarlo del pueblo. A don Eulogio le temo: está furioso. Antonio le hizo un tajo en la cara con su cuchillo. Ahora quiere vengarse de esa humillación.

—¡Y todo por su culpa! —escupió Ana entre dientes.

—Ódieme si quiere, pero ayúdelo. Convénzale de que huya del pueblo por un tiempo, que se esconda, que desaparezca hasta que las cosas se calmen. A usted la escuchará. A usted la quiere y la respeta. Señorita Igarzábal, tiene que salvarlo.

—¡Salvarlo! —Ana cruzó la sala. Salió a la galería. Llovía a torrentes, pero pudo ver la puerta del establo agitarse con el viento en medio de la breve luminosidad de los relámpagos—. Si él se va, volverá por usted en algún momento. Una vez más estaremos en lo mismo. ¿Para qué salvarlo ahora si su destino a su lado está sellado? —dijo solo para herir a la mujer: porque no era tan buena como todos creían, porque como una humana también sentía celos y rabia, furia e impotencia ante los sentimientos que Antonio le profesaba a esa mujer.

Él moriría por ella, se dejaría matar. ¡Y allí estaba la viuda de Miraflores diciéndole que no tenía el valor de protegerlo, de dar la cara por él, de ponerse en vergüenza por salvar la vida del hombre que decía amar! Ana miraba el establo. Se preguntaba si sola podría ensillar el caballo, qué camino tomar para llegar al rancho de Antonio lo más rápido posible.

—Señorita Ana, por favor.

—No lo salvaré si es para que luego muera por usted —concluyó.

Estrella le tomó la mano. La miró a los ojos, decidida, con las lágrimas que le abrillantaban la piel de porcelana. Respiraba jadeante, con los labios entreabiertos, perdida para siempre toda esperanza de regresar alguna vez a los brazos de su amante. Sabía que Antonio jamás le perdonaría las palabras

cruelles, el haberlo engañado, negado, humillado. Tomó una decisión: el corazón se le reflejó en los ojos cuando fijó la mirada fiera en las pupilas de la niña.

—Juro por Dios que me observa que, si lo salva usted, me apartaré de él. Si regresa y quiere verme, solo encontrará una amiga en mí, pero nada más —dijo. La voz tembló. Se contrajo por el dolor—. No seré yo la causa de su muerte, porque, desde este momento, me convertiré en nada, un recuerdo, un nombre nada más, en el pasado. Quédeselo. Será suyo si la acepta, pero sálvelo. Yo me hago a un lado.

Ana se ruborizó intensamente. No hizo comentarios.

—Está bien —dijo finalmente.

Ana se desprendió de los dedos de la mujer que insistía en retenerla. La miró fríamente.

—Váyase a su casa y quédese allí. Yo me ocuparé de esto.

*

—¿Qué ha hecho, m' hijo? Ha traído la desgracia a su vida por esa mujer —sollozó Encarnación, hundiendo la cara en sus manos—. Ahora me lo matarán como a un perro, y yo moriré también. Porque una madre a la que le matan un hijo ya no es una madre, ni una mujer, sino un cadáver, un cuerpo sin corazón.

Antonio estaba de pie en el umbral del rancho con los ojos fijos en la oscuridad del horizonte. Solo bajo la luz ocasional de un relámpago se le podían ver con claridad los ojos fieros, la expresión dura del rostro, la curva amarga de la boca.

—No llore. No sé qué otra cosa decir. No llore por mí, no merezco una sola de sus lágrimas.

—Dígame que todo saldrá bien, que usted no morirá, que vivirá. Entonces le perdonaré cualquier cosa, incluso este dolor que me está causando con su insensatez, con sus arrebatos.

Antonio alzó la cabeza y la miró a los ojos.

—Cálmese, no llore, le hará daño.

Encarnación lo miró. Vio en ese muchacho ya hombre al niño que había traído al mundo en ese mismo rancho, al pequeño varoncito que se colgaba de sus faldas cada vez que veía a don Rosendo vociferar en los campos como un condenado, al crío amable y de ojos dulces que nunca había dejado de llamarla “mamacita” ni siquiera cuando lo retaba o le daba un cachete.

—No ha hecho nada malo. Solo se ha enamorado de una mujer que está demasiado alto para usted, y que no es buena. —Volvió a llorar—. ¿Qué pasará ahora?

—Usted sabe tan bien como yo que pasará lo que tenga que pasar —dijo—. Si ha llegado mi hora, ¿quién soy yo para escapar de los deseos del Padre Eterno? Ni sus lágrimas ni sus lamentos podrán cambiar el destino que Él eligió para mí.

Por un momento, el intenso silencio que embargó el rancho fue tan profundo que era audible el sonido de las gotas sobre el alero, el croar de las ranas en los montes y hasta el arrullo del viento entre las hojas del palmeral. José se persignó. Cerró los ojos un momento, angustiado.

—No llore, mujer —dijo. Rodeó los hombros de su esposa con un brazo, atrayéndola hacia él. Encarnación inclinó la cabeza. Hundió la mejilla en el pecho de su marido—. Lo hecho, hecho está. Ahora tenemos que esperar y ver qué decide hacer el comisario.

Ambos estaban sentados juntos en la cocina frente a una vieja mesa de madera. José se veía aun más viejo esa madrugada con las arrugas de los ojos profundas. A su lado, su mujer no tenía mejor aspecto. Desde que supo del altercado entre su hijo y el comisario, parecía haber envejecido diez años al menos.

Solo la luz del brasero iluminaba el recinto, inundándolo todo con una profunda penumbra amarilla.

Amarillos se veían los pocos muebles que atestaban el rancho: la mesa y los bancos de madera, el baúl donde se guardaban las ropas y una vieja cabeza de buey forrada con piel que, a veces, servía de asiento para los invitados.

Amarillas eran las paredes, el piso de tierra, los catres de la pieza adyacente y los rostros asustados de sus hermanos.

Francisco estaba sentado en el suelo junto a la única ventana del rancho, con las manos unidas sobre las rodillas.

Estaba en silencio, pero con el valor reflejado en sus labios apretados.

Había dicho estar dispuesto a pelear hasta la muerte por defender a su hermano de don Eulogio, pero Antonio lo había reprendido: no deseaba que se derramara más sangre que la suya, jamás se atrevería a arrastrar a inocentes a la desgracia por errores propios.

Rosario, la más pequeña de la familia, se había quedado profundamente dormida en un catre, abrazada a la muñeca, apenas unas horas antes, sin entender del todo lo que había sucedido entre su hermano y el comisario.

—Tiene usted que marcharse —dijo Herminio Contreras de pronto sin apartar la vista del brasero. Sentado sobre un tosco banco de madera, hacía mucho tiempo había olvidado el mate a un lado junto a la pava, hasta el punto que ya debía de estar frío—. Si se queda, don Eulogio no lo dejará en paz hasta verlo tieso.

—No me iré a ningún lado —dijo Antonio. Fue hasta el umbral y una vez más, clavó los ojos en el horizonte—. Si el comisario me busca, me va a encontrar. No me esconderé de él como un perro con el rabo entre las patas. Usted lo sabe, me conoce.

—Sí, porque le conozco a usted muy bien es porque le digo que se vaya del pueblo. Si se queda, no podrá con su genio y saldrá al encuentro del comisario como el gallito que es —afirmó Herminio con aspereza—. Entonces, don Eulogio le soltará un tiro con el trabuco, y usted no podrá hacer nada para evitarlo.

Antonio no respondió. Sentía en el rostro el azote del viento. A veces, también, sobre los pies descalzos, le llegaba la caricia de la lluvia que arreciaba. Había allí, en la tempestad, algo que lo atraía, que tranquilizaba su espíritu alterado. Confiaba en Dios, en que sabría tener la fuerza para enfrentar todas las pruebas que Él deseara enviarle. Temía, sin embargo, por su familia. Temía que el comisario volcara la furia contra los suyos, contra su taitá viejo e inútil, contra su hermano, un niño todavía, contra su madre, indefensa entre lágrimas y contra su Rosarito, la niña mimada, tan joven, tan querida.

—Hágale caso a Herminio —intervino Encarnación.

—Mamacita, no me haga esto: no me pida que abandone mi rancho, mi familia.

—Si teme que alguien nos haga daño, no tema. Yo estoy aquí —dijo José. Se puso de pie. Dejó un cuchillo sobre la mesa. La luz del brasero danzó sobre la hoja mortal—. He cuidado de los míos mucho antes de que usted viniera al mundo. Lo seguiré haciendo, Dios mediante, hasta que me muera. No necesito que un hijo se sacrifique por mí o por mi mujer.

Los cascos de un caballo en el camino llamaron la atención de Antonio. Herminio se puso de pie de un brinco. Se llevó la mano a la espalda. Empuñó el cuchillo. Francisco hizo lo mismo, de pie, delante de su madre.

Entonces la vio. Antonio frunció el ceño cuando, entre la lluvia, el viento y la negrura de la noche, una luz de relámpago iluminó la menuda figura de Ana, que montaba a pelo y azuzaba a *Negro* como si la persiguieran todos los diablos.

Antonio salió a la noche bajo la lluvia para ayudarla a desmontar, pero ella no esperó a que él se le acercara. Simplemente se arrojó a sus brazos desde el caballo. Hundió el rostro en el cuello del gaucho.

—¡Mi Curuzú! —decía una y otra vez, temblorosa.

Antonio la abrazó. La llevó bajo el alero del rancho, pero no había ya cómo protegerla de los elementos. Estaba totalmente empapada, con la ropa pegada al cuerpo gélido, descalza, los largos cabellos adheridos a la piel del rostro, del cuello, de la espalda.

—¿Qué hace aquí? —preguntó. Le quitó el pelo de la cara, preocupado.

—¡Señorita Ana! —exclamó Encarnación desde el umbral, sorprendida—. ¿Qué pasó?

—¿Sucedió algo en Los Ceibos? —preguntó Antonio a su vez.

—¡Hombre estúpido! —le gritó ella, furiosa—. ¡Siempre preocupándose por los demás antes que por usted mismo!

—¿Qué dice?

—¿Cómo puede preguntarme eso? Le sucedió a usted algo, y algo muy grande. No fue capaz de ir hasta mi casa y contármelo. ¿Cómo pudo enfrentarse a cuchillo con el comisario? —continuó ella, enojada, con grandes aspavientos—. ¿Acaso es tonto? Ese hombre es malvado y está celoso de usted. Hará cualquier cosa por herirlo.

Antonio estaba perplejo.

—¿Cómo supo? —preguntó.

Ana lo ignoró, miró por encima del hombro del joven. Vio a Herminio allí.

—Se olvidó de mí, ¿verdad? —lo acusó, ceñuda—. ¡Y yo que me quede la noche en vela esperándole!

Herminio tuvo la decencia de ruborizarse.

—Perdóneme, señorita, pero tenía otras cosas en mente —dijo, contrito.

Ana volvió a Antonio. Le rodeó la cara con las manos frías y blancas.

—Míreme y escúcheme bien, Curuzú: no está seguro aquí y usted lo sabe —comenzó—. Necesito que se vaya. Sé que no querrá hacerlo. Por eso estoy aquí, para convencerle. No hable y escúcheme. Todos aquí estamos preocupados por usted. ¿Quiere morir?

Hubo un momento de silencio.

—No.

—Muy bien, no morirá —aseguró—. Se marchará al amanecer, abandonará el pueblo por un tiempo hasta que no corra peligro su vida. Volverá al final del próximo invierno o en el verano cuando las cosas por aquí ya se hayan calmado un poco. ¿Me entiende, Curuzú?

—No puedo abandonar a mi familia—dijo.

—M' hijo, no se preocupe por nosotros —dijo Encarnación desde el umbral—. Estaremos bien. Una vez que el comisario vea que usted no anda por aquí, nos dejará en paz. Nada hemos hecho para ofenderle, no tendrá motivos para encarnizarse con su taitá ni conmigo.

—Váyase en paz, Curuzú —musitó Herminio—. Yo le echaré un ojo a su familia de vez en cuando. Y me encargaré de que nada les falte.

—¿Lo ve? No tiene nada que temer —aseguro Ana, voluntariosa—. Ahora hágame caso: recoja las cosas que crea necesitar y váyase. Hablaré con mi tío. Le pediré que contrate a José otra vez como un apadrinador.

Antonio suspiró. Algo había cambiado. Comprendía que sería imposible quedarse, porque eso era perpetuar esa noche. Su presencia repetía la humillación escrita a facón en el rostro del comisario. Si desaparecía, la

afrenta se borraría como una mancha en la tela después de haber sido lavada en el río. Entonces, así, ayudaría a los suyos. Una cosa era irse; otra muy distinta, escapar.

—Si me voy, y Dios quiere conservarme la vida en el cuerpo, no huiré para ser nadie en los campos. Encontraré la manera de servir a mi tierra y serle útil al Padre Eterno hasta que pueda regresar aquí con los míos —dijo Antonio con serenidad. Ya no la miraba a ella, a la niña llorosa que se mantenía aferrada a sus brazos, sino a su madre y a su padre—. No sé cuándo volveré.

A Encarnación le temblaron los labios. Se acercó al hijo. Intentaba controlar sus miedos, sus lágrimas.

—Váyase, m' hijo, adonde lo guíe Dios. Pero, a donde vaya, recuerde que usted no es un hombre malo, que no tiene dentro suyo ni una pizca de maldad. —Le acarició los cabellos—. Lleva en la sangre esta tierra, esta vida de sol, de sudor, de tantas penas. No permita que nadie haga de usted un hombre del que su taitá y yo debiéramos avergonzarnos.

—Mamacita.

—Júreme que volverá a nosotros, a los que le queremos bien. Júreme que, cuando lo haga, lo hará con la frente en alto y el corazón limpio, así como se va ahora sin llevar en su espalda nada de lo que pueda arrepentirse.

Antonio tomó las manos maternas ajadas por el trabajo duro. Se las llevó a los labios.

—Lo juro.

*

Solo la leve luminosidad del amanecer convertía las negruras de los montes en una diáfana penumbra azul.

La tormenta había terminado apenas una hora antes.

Las pesadas nubes oscuras se habían deslizado hacia el oeste.

Dejaron en su lugar el azul intenso del cielo.

A lo lejos, los primeros rayos del sol empezaban a teñir de oro y fuego el horizonte.

El viejo camino de tierra que conducía a las afueras del pueblo se había convertido en un lodazal durante la noche.

Ana guió al caballo con cuidado hacia un claro, debajo de la sombra de un ombú. Tiró de las riendas con suavidad para ordenarle así a su *Negro* que se mantuviera en silencio.

Desmontó.

Unió las manos contra el pecho, como si ese gesto pudiera calmar los latidos de su corazón. Observaba el sendero ansioso con los labios entreabiertos y el alma en los ojos. Aunque la ropa ya no estaba empapada, todavía permanecía húmeda y fría. Los cabellos se le habían secado. Ahora le enmarcaban el rostro en suaves ondas. La piel se veía muy pálida, los ojos opacados por el miedo, por el temor a no tener el valor de decir lo que quería confesar.

Entonces lo vio. Las emociones se anudaron en un apretado montón en el centro mismo de su vientre. Oculta bajo las sombras del árbol, debía ser invisible para él. Tomó aire para darse valor, consciente de que esa era una acción infantil. Fue a su encuentro.

—¡Curuzú! —lo llamó.

La voz le temblaba tanto como las manos. Él detuvo al caballo. La miró un momento en silencio, confundido. Llevaba un manto sobre los hombros, única protección contra el viento frío de la mañana. Debajo del sombrero, notó ella, Antonio se había recogido los cabellos a la altura la nuca con una diminuta tira de cinta.

—Señorita Ana, ¿qué hace aquí?

Varón relinchó en señal de reconocimiento. Se acercó al trote corto a ella hasta que estuvo lo suficientemente cerca para olisquearle las manos.

—No hay manzanas —dijo ella.

Antonio desmontó. Notó que Ana llevaba la misma ropa que hacía unas horas, que no había regresado a la casa como había jurado hacer, que todo el tiempo había estado allí, a la vera del camino, esperándolo.

—¿Qué sucede?

—Antonio.

—Se enfermará.

—Yo lo quiero —soltó ella de repente. Avergonzada, pero sin apartar la mirada.

Hubo un momento de silencio. Antonio le revolvió el cabello con ternura.

—Yo yo lo quiero de verdad, como mujer. —Ana tomó la mano del gaucho—. Lo he querido desde siempre. Quería decírselo, revelarle lo que siento, porque no quiero que se marche sin saber cuánto lo adoro.

Antonio la miraba serio con el ceño apenas fruncido, como si estuviese intentando resolver un problema de difícil solución. Incluyó la cabeza. La miró a los ojos.

—No debe tener esos sentimientos por mí —dijo él—. Es una niña aún, aunque no quiera admitirlo. Yo soy un peón que la quiere como a una hermana nomás. Usted debería verme así, como a su peón, su guardián, su hermano del alma.

Aunque sabía que él no correspondía a sus sentimientos, aunque sabía que él la rechazaría, que no aceptaría su amor, igualmente se sintió exultante, porque finalmente había logrado revelarle al hombre que amaba lo que sentía por él.

—No sé qué espera de mí —dijo Antonio.

—Nada, Curuzú. Solo quería que lo supiera. No sé adónde iré, pero adonde fuere, quiero que se acuerde que aquí estaré esperando por usted, porque jamás podré querer a nadie más.

Antonio desvió la mirada hacia el horizonte.

—No sé si regresaré —dijo, suave.

—¿Qué dice? —Ana intentó sonreír—. Por supuesto que regresaré, el verano próximo o poco después. Usted regresará, y yo estaré feliz de verlo.

—¿No escuchó lo que le dije a mi taitá? —preguntó después de un momento—. Si me voy, dije, y salgo con bien del Pay Ubre, no huiré para ser nadie en los campos y vivir como un paria solo porque puse mis ojos en la mujer equivocada. Por Ñandejára, que me mira, serviré a mi patria y la protegeré de sus enemigos.

Entonces comprendió. Ana crispó las manos contra su camisa e intentó hablar, pero ninguna palabra salió de sus labios.

—¡No iré a la guerra!

—Desde que los paraguayos pisaron suelo correntino, me ha estado rondando la idea de ir a defender a mi tierra, pero tenía muchas cadenas amarrándome a Los Ceibos: mi familia, Estrella, incluso usted. Ahora que debo irme, no veo razones para no ofrecer mi sangre por el suelo que me vio nacer.

—¿Qué dirá su madre?

—Ella no lo sabrá.

Era una orden velada. Ella asintió para hacerle saber que había entendido.

—Es en esto en lo que pensaba allá en el rancho, ¿verdad? Mientras nosotros temíamos que lo matara el comisario, usted pensaba en marcharse a un lugar donde no tuviera que pensar en nada ni en nadie, solo en sobrevivir.

Él la miro en silencio. Había en sus ojos incredulidad y admiración. Se asombró una vez más de cuán bien lo conocía esa niña. Esbozó una sonrisa. Admitió que, si ella hubiera sido mayor y las cosas diferentes, no habría podido encontrar en el mundo una hembra mejor para él. Y habría luchado por ella como no estaba dispuesto a luchar por la otra.

—Tiene razón —admitió finalmente.

Ana desvió la mirada un momento. Luego, intentó sonreír.

—Rezaré por usted todas las noches hasta su regreso. Solo cuídese. —Las lágrimas acudieron a los ojos. Su voz se quebró de pronto. Se arrojó a los brazos del gaucho. Enterró la cara en ese pecho que se le ofrecía.

Antonio la tomó por los hombros. La apartó. Le buscó la mirada. Sonrió. La vio llorosa, asustada, acongojada por el dolor. Un ramalazo de ternura lo sacudió.

—No se preocupe por mí —dijo—. Estaré bien, Dios mediante.

Antonio tomó el pañuelo y le apretó la nariz con él.

—Ahora suéñese y deje de llorar —ordenó—. Así me gusta. No quiero recordarla con los mocos colgando.

—¡Curuzú! —gritó ella, avergonzada.

—Ahora quiero que regrese a casa y descanse. Mañana se sentirá mejor. Verá que no tiene nada que temer, que este peón sabrá cuidarse hasta el día en que la vuelva a ver.

Ana asintió. Antonio sonrió. Montó de un salto al caballo. La miró desde arriba con una expresión gentil en los ojos oscuros.

—Adiós, Ana —dijo. Silbó suavemente. Guió al animal hacia el camino.
Ana se cubrió los labios con las manos, temblorosa, helada. Susurraba el nombre querido entre lágrimas.

—No, adiós no —dijo con voz suave—. Nunca adiós. Solo hasta pronto.

Segunda Parte

Capítulo 7

Batalla de Piribebuy, 12 de agosto de 1869.

Algo lo despertó, quizás un bufido o tal vez un relincho quejumbroso, le fue imposible saberlo, hundido como estaba, en la profunda oscuridad del infierno. Antonio estiró la mano sobre la tierra negra y crispó los dedos contra la gélida humedad. Emergía poco a poco del abismo de negritud en el que había caído después de cruzar el arroyo Mboreví. Su mente parecía flotar en las nieblas de la confusión y el dolor. Le impedía saber incluso cómo había llegado allí, qué había sucedido con él. Muy vagamente logró evocar la frialdad del agua helada del arroyo bajo los pies desnudos, la caricia cortante de la hierba en las piernas cuando corría, el cálido deslizar de la propia sangre sobre la piel cuando algo impactó contra ella por encima de las costillas y lo arrojó de la montura.

Quiso incorporarse. Una poderosa y ardiente punzada de dolor le atravesó las costillas. Se fijó en su mano. Después cayó otra vez en las tinieblas. Algo parecido al recuerdo acudió a él. Las noches en el campamento aparecían en su memoria.

En algún lugar hacia el oeste estaba lloviendo, muy lejos de los campos del Guarnipitán, pero la tormenta no llegaría esa noche a Itá Ybaté. Quizá después, pero no ahora, pensó Antonio con desánimo. En el silencio nocturno, el campamento aliado, ubicado a poca distancia de las trincheras paraguayas, en un área de una extensión aproximada de un acre y medio, fue sumiéndose de a ratos en la triste penumbra del anochecer. Argentinos, brasileños y uruguayos muy pronto quedaron envueltos en la más profunda oscuridad de las tierras altas detrás de la artillería apostada en aquel campo abierto denominado Lomas Valentinas, al quedar la luna cubierta por la creciente nubosidad. Entre las deformes y oscuras siluetas de los árboles, entre las matas de pastizales y pajonales rojizos, las fuerzas aliadas habían levantado en unas pocas horas una infinidad de carpas. En su conjunto,

conformaban una visión grotesca. Después de la batalla de Pikiciry, muchas de ellas habían quedado hechas jirones, otras manchadas de sangre y barro, unas pocas acribilladas a balazos.

Un cúmulo de fogatas se había encendido al caer la tarde, a pesar de las órdenes de Luís Alves de Lima e Silva, duque de Caxias, quien había advertido que las fuerzas paraguayas contaban con un observatorio y telescopios colocados sobre trípodes con los que podían observar los movimientos de los aliados.

—*¿O que pensam fazer esses imbecis?* —gruñó el marqués, mariscal de ejército en la guerra contra el Paraguay cuando notó que sus órdenes habían sido deliberadamente ignoradas por los argentinos que estaban bajo su mando —. *¿Facilitar-lhe o trabalho aos paraguaios assinalando o lugar de descanso com lenhas acesas?*

El enojo del mariscal no amedrentó a las tropas argentinas. Después de haber experimentado el infierno en Ytororõ, poco les importaban el enfado del anciano duque de Caxias. Las fogatas se mantuvieron encendidas toda la noche.

Los pocos médicos que habían decidido acompañar al ejército aliado en su acometida contra el mariscal López se apresuraban a continuar con sus tareas habituales a pesar del cansancio y el hambre. No había descanso para esos hombres que debían ocuparse noche y día de una infinita cantidad de enfermos y heridos. Contaban con el apoyo de un par de mujeres que habían seguido a la artillería brasileña como prostitutas, que las circunstancias habían convertido en enfermeras. Las medicinas comenzaban a escasear y los médicos habían decidido hacer uso de yuyos y tisanas para tratar dolencias comunes. No solo se había extendido la gangrena entre las tropas aliadas, también la disentería, el tifus y el cólera estaban comenzando a hacer estragos en la escuadra. Las úlceras se multiplicaban por momentos, al igual que los casos de cólicos, pleuresía y tuberculosis.

Algunos soldados brasileños y argentinos hacían bromas alrededor de las fogatas imitando los gestos de Caxias y sus subalternos. A veces, una carcajada quebraba la tenebrosa quietud nocturna. Unos pocos se ocupaban de remendar los uniformes en silencio con los ojos entornados ante la huidiza

luminosidad del fuego. Otros hablaban de la querencia en voz baja con la vista clavada en el suelo. Murmuraban una y otra vez el nombre de una madre, una hermana, una hija o una esposa.

Cerca de las fogatas, se había echado una jauría de perros hambrientos esperando la ración que les correspondía como parte del ejército. Antonio hizo una mueca. Si ya casi no había comida para los hombres, pensó, menos habría para los animales. Buscó algo entre la ropa. Luego de cortar un trozo de carne seca de la tira que llevaba consigo, arrojó al resto a un pequeño perro que se había acercado a él gimiendo con la cola entre las patas. Cuando el animal se abalanzó sobre la comida y la devoró, Antonio comenzó a masticar despacio su ración. Había que comer algo, aunque fuera carne podrida, pensó. Después, en la tranquilidad de la tarde, los ojos comenzaron a pesarle.

—*¡Oi, gaúcho!* —La voz llegó hasta él con suavidad, pero consiguió arrancarlo bruscamente del ensimismamiento—. *Não se durma.*

Antonio abrió los ojos. Se encontró con el rostro de uno de los artilleros de su escuadrón, un joven de cabellos oscuros, ojos pequeños y nariz prominente—. *¿O senhor está bem?* —preguntó el soldado brasileño con expresión cansina.

Tenía gran parte de su mejilla izquierda cruzada por viejas cicatrices que parecían conformar un áspero encaje de quemaduras sobre sus pómulos altos, desde las sienes hasta la base del cuello. Una noche, poco después de haberse unido a la escuadra, había comentado que su casa se había incendiado, que un tablón encendido lo había golpeado en la cara, que le causó aquellas horribles marcas. “Adão”, recordó Antonio de pronto. “Su nombre es Adão Oliveira.”

Antonio comprendía el idioma de sus compañeros brasileños, aunque no sabía hablarlo. Había aprendido a entenderlo durante la guerra. Adão lo miró un momento. Luego esbozó una sonrisa triste. Tendría poco más de diecisiete años, quizá diecinueve.

—*¿Estranha seu lar?* —preguntó.

—Sí. No sé si regresaré con mi familia alguna vez o si lo haré con vida.

—*Às vezes penso como o senhor* —dijo. Cerró los ojos—. *E tenho medo de não ver minha mãe de novo.*

El silencio se extendió entre ambos mientras la melancolía de la noche comenzaba a oscurecer los ánimos de todos en el campamento. Medianoche. Era a esa maldita hora cuando los recuerdos de las batallas se agazapaban entre las sombras y se cernían como almas en pena sobre todos aquellos que habían luchado. Casi podía sentirse la pegajosa tibieza de la sangre entre las manos.

Abrió los ojos. Algo del recuerdo lo traía de vuelta a la realidad, a la batalla terminada, a la desolación, al cruce del arroyo Mboreví. Se miró la mano: sus dedos estaban ensangrentados. Entornó los ojos. A lo que se aferraba no era a la humedad natural de la tierra fértil, sino a la tierra húmeda por su propia sangre. Giró en el suelo. Se quedó un momento tendido de espaldas con la mirada clavada en el cielo. Llovería. Quizá poco después del atardecer, pensaba, mientras contemplaba aquel cielo invernal, plomizo, triste. Hacía frío. El viento del sur agitaba con suavidad las ramas de los árboles, arrastraba consigo los nauseabundos olores de la batalla.

Antonio cerró los ojos un momento. El dolor de las costillas era intenso. Mucho más le escocía una herida que al parecer tenía en su pierna derecha. Consiguió ponerse de rodillas. Hundió la cara entre los jirones de la camisa para respirar superficialmente, incapaz de soportar aquella pestilencia. El olor a la carne muerta, a la sangre, a los vómitos llegó hasta él. Antonio se puso de pie. Miró a su alrededor.

El silencio del valle era apenas interrumpido por el estertor de los hombres que, horas antes, habían caminado a su lado con las bayonetas en la mano, listos para pelear. Ahora yacían a unos metros de él: agonizantes algunos, muertos otros. La mayoría de ellos tenían bayonetas enterradas en el cuerpo; otros, el abdomen destrozado por las balas. Unos pocos habían sido degollados. Junto a ellos, descansaban los cuerpos sin vida de los paraguayos que habían ido al encuentro del batallón, también heridos y muertos en batalla.

Lejos, alguien lloraba.

Creían que podrían atacar a los paraguayos divididos en dos columnas, que se cerrarían sobre el enemigo como una tenaza, que tendrían la ventaja de la sorpresa de su parte. Pero en medio de la gélida niebla de aquella fría mañana de invierno, no solo habían tenido que enfrentarse a hombres,

también a mujeres y niños. Eso los había horrorizado. Muchos de los soldados aliados retrocedieron, aun cuando las órdenes superiores eran las de matar a cualquiera que llevara el nombre del Paraguay en los labios. Solo unos pocos se atrevieron a avanzar. Antonio fue uno de los que se quedaron rezagados, incapaces de levantar las armas contra aquellas mujeres y los niños que las acompañaban.

Antonio deambulaba entre los caídos. Rememoró las horas que habían pasado acucillados entre los matorrales esperando las órdenes para atacar. El hambre, el cansancio, la sed, la desolación de tener que pelear contra paraguayos habían hecho flaquear las fuerzas de muchos hombres que habían preferido la muerte a seguir sesgando las vidas de aquellos a los que alguna vez habían considerado hermanos. Pero las órdenes llegaron y la matanza comenzó. El rugido de los cañones todavía parecía llenar sus oídos, al igual que los gritos, los agónicos estertores, las maldiciones, los lamentos. Recordó el silbido de una bala en el aire y luego se vio a sí mismo caer violentamente de su caballo después de que el plomo penetrara en su hombro con la fuerza de un golpe. *Varón* relinchaba enloquecido. Entonces alguien lo atacó. *Varón* se encabritó. Un agudo dolor cortante le atravesaba el muslo derecho. Vio al caballo arremeter contra el soldado que lo había herido. Después de aquello, ya no recordaba nada más. Antonio había caído entre las matas y los arbustos presa del dolor, para luego perderse en la bendita oscuridad de la inconsciencia.

Allí, despertó. Pero lo hizo en un recuerdo, en otro despertar, tiempo atrás, una noche en la que los paraguayos atacaron por sorpresa el campamento.

—*¡Acorde, amigo!* —susurró Adão, intranquilo.

Antonio abrió los ojos y lo miró, ceñudo.

—¿Qué pasa? —musitó.

—*Escutei algo estranho lá, entre as árvores. Acho que tem alguém lá.*

Él también lo escuchó: el chasquido casi imperceptible de la hierba al doblarse bajo el peso de unos pasos. Se inclinó y avanzó a gatas hacia el fuego. Hizo una señal de advertencia a Adão, que se había incorporado también. Echó tierra sobre las llamas. Se deslizó hacia las sombras de los árboles con los pies descalzos. Esperaba pasar desapercibido. Adão lo seguía

de cerca con el fusil en la mano. Antonio fue hacia los arbustos que crecían salvajemente al pie de un árbol. Sin hacer ruido, se inclinó entre las ramas. Cuando el brasileño llegó junto a él, un pequeño grupo de no más de diez soldados paraguayos ya había avanzado entre la arboleda hasta el borde del campamento con los fusiles en la mano y la expresión de quienes están dispuestos a matar o morir. Antonio buscó el cuchillo que siempre llevaba a su espalda, cruzado sobre sus riñones, y lo sujetó con fuerza entre los dedos. Le hizo una seña a su compañero. Adão asintió. Al ras del suelo, se dirigió hacia la izquierda bajo las sombras detrás del contingente paraguayo. No era más que una oscura silueta en la penumbra, que se deslizaba sobre la hierba.

Antonio tenía intención de atacar por la retaguardia. No había tiempo para dar la voz de alarma. Si no los detenía en ese momento, llegarían hasta sus compañeros y comenzaría una masacre. Se inclinó entre los arbustos para tratar de decidir cómo sorprender al enemigo. Adão se puso bruscamente de pie. Apuntó hacia la patrulla paraguaya con el fusil. Gritó a todo pulmón.

—*¡Estão-nos atacando!*

El muchacho disparó, pero erró el objetivo por mucho. Los paraguayos se dispersaron entre la arboleda. Adão abrió muy grandes los ojos cuando sintió el ardiente roce de una bala en el hombro. Otra en la pierna. Con el rostro lívido, retrocedió un paso. Luego otro, todavía con el fusil en la mano. Antonio lo arrojó al suelo para salvarlo, si era posible. Se arrastró detrás de un árbol mientras el campamento comenzaba a despertar en medio de una pesadilla: las balas silbaban en el aire, los alaridos de dolor sucedían a los gritos de advertencia, flores de sangre se abrían en el suelo, los caballos relinchaban, los perros ladraban rabiosamente.

—*¡Brasileño de mierda!*

Un paraguayo saltó con facilidad el salvaje entramado de los pajonales. Apuntó el fusil hacia Adão, que se encontraba de rodillas en el suelo, al descubierto.

—*Mãe...*

El paraguayo presionó el gatillo.

—*Mierda piojosa...* —sonrió.

Antonio, que se había alejado del muchacho herido, lanzó el cuchillo hacia el enemigo. El hombre se volvió, sorprendido. La punta de la hoja se le clavó en el pecho. Los ojos se le abrieron desmesuradamente. La sangre comenzó a humedecerle la casaca.

—Usted... —susurró.

Apretó los dientes. Casi con el último aliento, disparó el fusil contra el gaucho correntino, casi a ciegas a causa del dolor, antes de caer de bruces en un charco de lodo. Murió sin saber que había errado el blanco. Antonio se ocultó una vez más detrás de un árbol, justo en el momento en que una bala impactaba en la corteza con fuerza y desprendía una miríada de astillas.

—¡Adão! ¿Está usted bien? —gritó.

—*¡Caralho! Tenho uma bala no lado* —jadeó—. *Me dói.*

Antonio se le acercó. En el camino, se topó con el paraguayo al que había matado. El gaucho se persignó, cerró los ojos aún abiertos del soldado muerto y le arrancó el cuchillo del pecho.

—Váyase en paz.

Después de un momento, siguió hasta donde se encontraba Adão.

—Déjeme ver.

—*Não quero morrer.*

—No morirá —aseguró Antonio.

La sangre que intentaba contener se escurría entre sus dedos, cada vez más oscura. Adão buscó su mirada.

—*O senhor não é bom para mentir.*

Después tembló casi convulso.

—*Não tem estrelas. Tivesse gostado de vê-las.*

Otras palabras despertaban a Antonio ahora. Ya no en un recuerdo, sino en ese presente que parecía irreal, pero que era tan palpable como el dolor que sentía en el cuerpo.

—El infierno está aquí y lo hemos creado nosotros.

Las palabras dichas en voz baja flotaron hacia él con suavidad desde algún lugar en la niebla, embebidas en la más profunda de las penas.

—¿Quién habla? —llamó Antonio—. ¿Está bien? ¿Necesita ayuda?

—El infierno está aquí.

Las suaves y dolidas palabras flotaron hasta él una vez más. Antonio buscó el lugar de donde provenía aquella voz. Finalmente lo vio. Fue hasta él trabajosamente. Se arrodilló como pudo junto al muchacho, un joven soldado porteño. Yacía boca abajo con las manos crispadas contra los espinos de un arbusto, como si aquel doloroso contacto fuera lo único que lo mantuviera consiente. Varios agujeros rasgaban la espalda de su uniforme, lugar donde había recibido los estacazos de una bayoneta. Era solo un niño, no llegaría a los diecisiete años. “Morirá como un hombre”, reflexionó Antonio.

—Usted estará bien, ya lo verá —dijo, suave, con la misma voz que otrora utilizara para tranquilizar a los caballos.

—Dios nos cobrará esto —musitó y escupió sangre con su saliva—. Tantas mujeres, tantos niños.

—*Ñandejára*, perdona —musitó Antonio, más para consuelo del niño que para él—. *Ñandejára*, perdona —repitió en voz muy baja.

Tomó al muchacho entre los brazos. Antonio había creído defender la bandera. Había llegado hasta allí con el grito de la patria en los labios. Esa batalla, sin embargo, solo había traído vergüenza sobre él y los suyos. Iba a decir algo más, pero vio que el muchacho había muerto. Le apoyó los dedos sobre los ojos. Se los cerró con suavidad con una oración por el descanso eterno de esa alma.

Intentó incorporarse, pero un agudo dolor en la pierna le hizo jadear. Notó entonces que, entre los jirones de sus ropas destrozadas, tenía el muslo derecho en carne viva a causa de la herida provocada por una bayoneta. Respiró profundamente en un vano intento por controlar el dolor.

Desde que se había convertido en un perro del gobierno, había peleado armado con una caña de tacuara y un pedazo de hierro atado en la punta sin querer tocar nunca una bayoneta. Si debía matar a un hombre, prefería una pelea más limpia y justa. No era el único que pensaba así. De pronto, decidió que morir allí sería un justo castigo a sus pecados. Sin embargo, las heridas que tenía no eran de peligro. Lo sabía sin necesidad de que se lo dijera un matasanos.

Miró a su alrededor. Desde las nieblas de recuerdos que poblaban su mente, evocó a los paraguayos que vio cruzar el arroyo, que vio lanzarse en picada contra los brasileños y los pocos argentinos que conformaban el

batallón. Muchos de ellos niños y ancianos cubiertos de barro, de sangre, gritando enloquecidos el nombre de la patria que defendían. Él había quedado rezagado, horrorizado al notar cómo las hembras emergían de entre los arbustos y los altos pastos listas para defender con poco más que sus uñas a sus hombres o a sus muertos. No había entrado en aquella guerra bajo las órdenes del general Madariaga para terminar obedeciendo a los brasileños. Mucho menos para asesinar a viejos, mujeres y niños.

No quería seguir recordando. Sin embargo, la traidora memoria le imprimió el recuerdo de otra batalla. Habían salido al ataque al campamento del mariscal Solano López. En un instante, Antonio se había visto solo. Entre insultos y gruñidos intentaron cercarlo, pero *Varón* corcoveó. Se alzó en dos patas una vez más, alejando a los enemigos. Los ojos se veían ansiosos en la penumbra, pero los movimientos eran firmes, seguros. *Varón* estaba dispuesto a enfrentar el miedo, a proteger a su amigo hasta el final. Antonio siseó una orden por lo bajo. El caballo avanzó tirando coces a diestra y siniestra. Con su tacuara en mano, el gaucho se lanzó contra sus enemigos. Entre maldiciones, Antonio hundió su cuchilla en el vientre de un hombre. Se volvió, propinó una patada a otro, luego rebanó el cuello a un tercero, las piernas cerradas con fuerza contra su montura. El largo de la tacuara le permitía eludir a los atacantes, apartarlos del camino, mantenerlos lejos de él y de *Varón*. En el fragor de la batalla, los cañones escupían fuego bajo la lluvia que, de pronto, se había vuelto torrencial. Los sables, las bayonetas y los fusiles se hacían visibles bajo las luces de los relámpagos, empuñados por fantasmas de piel cerúlea, de ojos oscuros. Los aullidos se sucedían unos a otros en una escalofriante cacofonía donde la vida se encontraba con la muerte. Antonio vio a un muchacho muy joven caer ante el fusil de un brasileño. Sin pensarlo, desmontó de un salto y se lanzó contra su compañero de armas cuando pensaba rematar al niño con la bayoneta. Empujó con su cuerpo al brasileño que cayó al suelo con un gemido. Antonio se inclinó, empujó al chico hacia la precaria seguridad de los árboles.

—¡Fuera! —gritó.

El niño lo ignoró. Empuñó su arma una vez más, ajeno a la herida que tenía en el pecho. Volvió a la batalla con un grito de “¡viva la patria, carajo!”, ajeno a todo dolor.

—*¡Imbecil! Esse rapaz é um paraguaio* —gritó el soldado brasileño, furioso—. *¡Morto teria sido mais útil para nós!*

Antonio volvió al combate. *Varón* lo siguió como si quisiera protegerlo, bufando una y otra vez. Los ruidos de la batalla fueron apagándose poco a poco cuando los proyectiles paraguayos comenzaron a mermar. Los cadáveres ambulantes que durante tantos días habían peleado por el país bajo las ordenes del mariscal ya no podían tenerse en pie a causa de la debilidad y el hambre les que corroía las entrañas. Decenas de hombres corrían hacia la muerte entre las sombras de aquella noche lluviosa bajo la bandera del Paraguay. Ancianos, niños y mutilados disparaban sus fusiles contra el enemigo, aun cuando era evidente que perderían la batalla. Los aliados los sobrepasaban en número. En la refriega, los sables parecían relucir bajo la tormenta mientras la sangre oscurecía las ropas. Los caballos piafaban, relinchaban, se alzaban en dos patas. Las lanzas encontraban el camino a las entrañas paraguayas, las bayonetas se enterraban en la carne de los brasileños, los sables argentinos sesgaban vidas. Los brasileños gritaban bajo el mando del duque de Caxias, que empuñó la espada y montó a su caballo para que lo siguieran. La caballería enfiló hacia las líneas enemigas a todo galope con las gorras blancas intactas, sin mácula alguna bajo la lluvia. Los soldados argentinos también lo siguieron, entre ellos Antonio. El gaucho correntino montó en su caballo. Se inclinó. Las balas silbaban junto a sus oídos, le rozaban las sienes. Azuzó al animal hacia el enemigo.

Una banda de chiquillos emergió de los arbustos. Comenzó a disparar contra la caballería. El fuego se extendió a lo largo de la barricada. Jóvenes y ancianos de diferentes banderas se confundían en una batalla feroz. La artillería aliada formó un semicírculo perfecto alrededor del enemigo, avanzando, siempre avanzando, para aplastar toda esperanza del ejército paraguayo de lograr una victoria esa noche. El rugido de los cañones era infernal: truenos creados por humanos en nombre de la patria, el honor y la victoria mientras la caballería aplastaba toda posible resistencia. La sombra de la muerte los había hecho insensibles al dolor.

El ejército paraguayo estaba rodeado. Ya no quedaban hombres sanos para seguir peleando. Los heridos se multiplicaban, los niños, con sus rostros tapados por barbas falsas para disimular la corta edad, rugían de rabia

mientras disparaban a ciegas en la oscuridad. Un grupo de mujeres, que hasta entonces había estado atendiendo a los heridos, abandonó la seguridad de los arbustos. Corrió hacia el enemigo con los pertrechos de los aliados muertos. Al grito de “¡por la patria, señoras!”, se lanzaron contra las tropas argentinas. Los paraguayos comenzaron a retroceder mientras niños y mujeres caían bajo el ataque enemigo. Antonio cabalgaba velozmente frente a la caballería con los cabellos sueltos y los ojos brillantes bajo las luces de los relámpagos con el corazón que le palpitaba con fuerza en el pecho y la sangre que le rugía en los oídos. “No moriré”, pensaba. “No aquí, no lejos de mi familia, de mi hogar, de mi Ana de los Montes.”

Se puso de pie y buscó con la vista a su caballo que también había sido un héroe de la batalla, un compañero, un amigo. El pobre animal estaba tendido cerca del arroyo con los ojos turbios por el sufrimiento. Tenía parte del cuello desgarrado y una de las patas dobladas en un ángulo imposible. Jadeaba con suavidad, con la respiración entrecortada; barboteaba sangre entre sus dientes.

Antonio ahogó un gemido. Fue hasta él sin saber que estaba llorando. Se arrodilló a su lado. Le rozó el morro en una caricia gentil. El animal pareció tranquilizarse. Su fiel compañero no lo había abandonado aún, se había mantenido con vida hasta asegurarse de que su dueño estaba bien. Entonces recordó lo que lo había despertado: el sonido insistente y desesperado de los relinchos del animal. Le acarició el cuello, le murmuró en guaraní unas palabras de afecto. Le recordó suavemente los años que habían estado juntos, le rascó las orejas.

—*Oí porá*. Usted fue un buen amigo, un buen compañero —musitó. En el tono de voz fue perceptible la profundidad de su pena—. Usted no merece sufrir más.

Tomó entre los dedos el cuchillo que descansaba en la espalda bajo la faja. Apretó los labios. El animal lo miró a los ojos con los suyos vidriosos, sufrientes.

—Adiós —dijo.

Lo mató con la hoja del facón en el cuello. No apartó la mano del morro de *Varón* para transmitirle serenidad mientras moría a su lado.

Después de un momento en el que solo permaneció allí en silencio, de rodillas ante el animal, se puso de pie. Ocultó el cuchillo en la espalda una vez más, debajo de la faja sucia de polvo, lodo y sangre. Comenzó a caminar lentamente con los jirones de la bombacha colgando entre las piernas ateridas de frío. Los pies descalzos lo llevaban sin rumbo entre los cadáveres. Siguió caminando como en sueños con los ojos de obsidiana fijos en algún punto del camino bajo los zarcillos de niebla que se le aferraban a la carne, perdido en aquella pesadilla. No quería ver ni escuchar, ni oler, pero veía la muerte ante sí, a su alrededor. En algún momento, dejó de sentir el dolor del hombro, de las costillas, de la pierna.

—El infierno está aquí —musitó entre dientes mientras avanzaba entre las matas de pastos altos hacia donde creía que estaba el pueblo de Piribebuy. Recordaba las palabras del muchacho que había muerto en sus brazos—. Y los demonios somos nosotros.

*

“Ahora sí, pensó Antonio, he llegado al infierno.” Se detuvo bajo la sombra de un árbol para contemplar la plaza de Piribebuy. Incontables bayonetas habían sido olvidadas en los cadáveres que yacían muertos por doquier con las ropas destrozadas, con los rostros desencajados por el dolor. Las calles parecían ríos de sangre, debajo de los restos de innumerables piedras de diferentes tamaños. La tierra había absorbido la vida de todos aquellos que habían luchado por defenderla, tornándose rojiza, opaca, casi tornasolada bajo las luces del ocaso.

Antonio dio un paso y se detuvo, incapaz de hacer algo más que recorrer con la vista aquella carnicería. Entre las mujeres muertas —muchas de ellas desnudas, con los senos cercenados, con la ropa hecha jirones en torno a los muslos desnudos—, brillaban bajo la débil luminosidad del atardecer los vidrios rotos de botellas que habían sido utilizadas contra el enemigo en defensa de la patria y el honor. Junto a ellas, los cadáveres degollados de soldados paraguayos se encontraban ya a merced de las moscas.

Todavía flotaban en el aire, arrastrados por el viento, restos de documentos quemados que se desperdigaban por el pueblo como si fueran hojas marchitas. Antonio tendió la mano. Cerró los dedos fríos sobre una diminuta partícula de papel ennegrecido, incapaz de imaginar siquiera las razones que habían llevado a los aliados a realizar semejante acto. Con los pies hundidos en la niebla que comenzaba a extenderse por el pueblo, Antonio avanzó por la calle lentamente; oraba entre dientes por el descanso eterno de aquellas almas que habían luchado en una batalla perdida hasta la muerte.

A juzgar por las ruinas del edificio carbonizado, las puertas y ventanas habían sido tapiadas. La crueldad de aquel acto lo había dejado paralizado. Imaginó el dolor, la desesperación, la horrible muerte de aquellas personas que habían permanecido dentro de esa tumba de fuego. Se puso de pie. Grabó en la mente, en lo más recóndito del corazón, todo cuanto veía, todos los horrores de la guerra, porque eso le ayudaría a recordar por qué nunca jamás derramar la sangre de un hermano.

Con cuidado, lentamente, fue hasta el templo de *Ñandejára guazú*, cayó de rodillas y se persignó. No quedaban hombres con vida, notó. Solo restaban unas pocas mujeres deambulando como en sueños por el lugar, llorando a sus muertos vestidas con harapos, cubiertas de sangre, con los cabellos desgredados sueltos a la espalda y los ojos extraviados.

—Duerme, mi niño —comenzó a cantar con suavidad una mujer en la penumbra del atardecer, de espaldas a Antonio, bajo la sombra de un árbol. Su voz herida, monótona, revelaba un gran pesar, uno tan grande que ya no podía aliviarse con lágrimas.

Antonio se volvió. La observó un momento, incapaz de apartar los ojos de esa espalda recta y esos cabellos castaños. “Ana”, pensó.

—Señorita Ana —murmuró.

La mujer estaba arrodillada junto al cadáver de un niño que no debía de tener más de diez años, con la cabeza inclinada. Parte del rostro estaba oculto detrás del velo del cabello. Antonio fue hasta ella con pasos inseguros, con la mano tendida.

—¿Señorita Ana? ¿Es usted?

La mujer se volvió bruscamente al oírlo acercarse. Antonio se detuvo, todavía sin aliento, con el corazón desbocado, con los dedos temblorosos ante la sola idea de refugiarse entre los brazos de aquella niña a la que tanto quería. Pero no era ella. No era su Ana de los Montes. La decepción oscureció su mirada una vez más. Pensó los días que había pasado se habían ido, que no había forma de que volvieran. Pensó que su señorita Ana ya debía de haberse convertido en una mujer adulta. Quizá se había casado. Tal vez fuera madre de un par de niños.

—¿Qué busca aquí? —preguntó la mujer.

No había en su mirada emoción alguna.

—Perdóneme, la confundí.

—¿Qué más puede querer de nosotros un perro como usted? Poco queda por robar. —Como si temiera turbar el sueño del niño muerto entre sus brazos, muy suavemente, le cubrió el rostro con un sucio pañuelo de algodón blanco—. Pero si le place matar a mujeres, aquí estamos. No huiremos, así como tampoco huimos de los asesinos que lo precedieron. ¿No pretende robar a un pueblo ya destrozado? Bien, lo comprendo. Aquí no queda nada. Ni oro, ni plata, menos aún comida. Los perros del conde D’Eu han arrasado con todo. Lo que no se han llevado, lo han quemado. ¡Como quemaron el Hospital de Sangre con todos nuestros hombres dentro! —La mujer hablaba como si la palabra la poseyera por dentro y tuviera que salir a borbotones. Antonio solo podía quedarse y escucharla: escuchar ese recitado ignominioso—. Qué desgracia la mía, que me interrumpen cuando estoy velando el sueño de mi hijo —dijo contrariada. Antonio no supo qué decir ante lo evidente. Ella acariciaba los cabellos de su niño con ternura—. Usted ¿de dónde es?

—De Corrientes, de la región del Pay Ubre —respondió en voz baja.

—Un correntino —retomó su retahíla—. No vi muchos por aquí; creí que se habían marchado todos junto con los porteños después de ocupar Asunción. Cuando pienso que somos hermanos, los correntinos y nosotros. Al menos, nos considerábamos hermanos, y ahora... —Sus ojos se deslizaron con tristeza sobre las calles. Luego hizo un gesto que abarcó las ruinas del hospital—. Esto lo hicieron los brasileños. El conde D’Eu ordenó esta carnicería. ¡Maldigo su sangre, su vida! —Se le quebró la voz. Se inclinó sobre el niño para apartarle de la frente algunos mechones de cabello—.

Usted no puede saber el horror que vivimos. El coronel Pedro Caballero fue degollado frente a los ojos de su familia. Era un hombre valiente, ¿sabe? Lo mataron como si fuera un animal; al igual que a todos nuestros hombres. No diga nada, ¿para qué? ¿Cree que puede importarme algo lo que tenga para decir? Mi esposo estaba herido. No podía caminar. Estaba allá, en el hospital. Los brasileños lo quemaron vivo. Luego mataron a mi hijo cuando corrió en busca de su padre. ¿Cree usted poder aliviar mi dolor con unas palabras? Tal vez quiera justificarse, decir que llegó hasta aquí para defender a su tierra de la invasión del mariscal Solano López. —Antonio estaba impresionado por cómo la mujer adivinaba—. Tal vez quiera decirse valiente, invadido, que los paraguayos rompimos la hermandad cuando invadimos Corrientes. Pero nada de eso justifica esta reacción desmedida, ¿no cree? Qué importa qué crea. Tal vez quiera volverse a su pago y olvidar esto. Pero esto no se olvida, como yo no podré jamás dejar de ver cómo uno de los soldados del conde D'Eu tomó a mi niño de entre mis brazos y lo degolló solo por querer defender a su padre. Esa, también, será su condena, amigo, los recuerdos de Piribebuy le desgarrarán cuando menos lo espere, le atormentarán en la noche, en los sueños, cuando no pueda defenderse de ellos. Y no habrá peor castigo para usted que recordarme a mí diciéndole que su alma no tendrá paz hasta que pague cada gota de sangre que derramó en vano. No intente disculparse. ¿Qué haría yo con las disculpas de alguien? ¿Amortajar con ellas a mi hijo? Váyase ahora, conviértase en un desertor. Quizás, con el tiempo, consiga usted perdonarse a sí mismo por haber sembrado la muerte entre sus hermanos paraguayos.

—No volveré a matar. No lo volveré a hacer. Pagaré con bien el mal que he causado en esta guerra maldita.

—Bien. Ahora váyase, que mi niño duerme.

Capítulo 8

Antonio Gil caminaba despacio bajo la tibieza del sol del mediodía. Se alejaba de la guerra contra el Paraguay. Con los ojos oscuros fijos en algún punto del horizonte, sonreía con suavidad, imaginándose ya el reencuentro con sus padres y hermanos, con Ana, con Herminio, con todos sus viejos amigos del pueblo. A pesar del cansancio, de pronto, los pasos parecieron apresurarse. Cuánto deseaba estar una vez más entre todas aquellas cosas que le resultaban familiares: la rústica belleza del rancho durante las últimas horas del día, la aspereza de la tierra negra, el olor almizcleño del monte al llegar la noche. Antonio rio suavemente. Arrastraba tras de sí el andrajo de su ropa. Se detuvo un momento, todavía con una sonrisa en los labios. Buscó algo dentro de un sucio saco de tela que llevaba amarrado a la espalda. Encontró una botella de agua. También tenía zanahorias que había conseguido en un huerto a la vera del camino. Se dedicó a saciar la sed. Examinaba el horizonte con ojos atentos.

Después de abandonar los caminos frecuentados por el ejército argentino, por los hombres de Mitre, había decidido dirigirse hacia su hogar por senderos ocultos entre los montes, inexistentes para aquellos ajenos a la región. Suponía, de todos modos, que no debía confiarse, que debía permanecer atento a la aparición de algún contingente de soldados que lo reconociera como desertor e intentara ajusticiarlo por ese delito.

En las tres últimas semanas, había tenido contacto con algunas personas: pordioseros, otros desertores, campesinos. Cumplía la promesa de realizar buenas obras con el fin de pagar con ellas los propios muertos de la propia guerra. Porque era de él el enfrentamiento que quería purgar, no el de Mitre, no el de los brasileños. Compartió con todos los que lo necesitaran agua, comida e, incluso, la poca ropa que había conseguido. También curó heridas, ayudó enfermos con los conocimientos sobre plantas curativas que había heredado de su madre.

Las costillas habían sanado, al igual que la herida del hombro. Él mismo se había extraído el plomo con ayuda de su cuchillo. Había cauterizado el agujero con un hierro caliente después de extraer el proyectil. El hombro había recuperado la movilidad. La herida de la pierna derecha era diferente. Había conseguido cerrar la cortadura con una sutura decente. Pero tenía la certeza de que el músculo se había dañado seriamente. Ya no podía caminar sin cojear un poco a causa del dolor. Por las noches, después de haber caminado, la pierna lo laceraba con puntadas que no lo dejaban dormir.

Una voz lo sacó de sus pensamientos. Una voz que lo llamaba desde las sombras de unos arbustos a la vera del camino. Vio el rostro gris y macilento de un hombre que le resultó vagamente familiar. Parecía estar sufriendo con el sudor en las sienes a pesar del frío, con los ojos vidriosos, con la respiración trabajosa.

—¡Sí, usted, aquí, aquí, venga!

Se acercó con la intención de aliviarle el sufrimiento si estaba en sus manos hacerlo. Entonces lo reconoció. El corazón le comenzó a latir en los oídos con la fuerza intempestiva de un tambor. Se trataba del coronel Estanislao Velásquez, un caballero honrado y valiente al que había visto un par de veces durante la guerra cuando estaba al mando de las tropas de infantería como asistente del general Mitre. Antonio sabía que era peligroso quedarse allí, hablarle siquiera, porque podría reconocerlo, apresarlo, enviarlo a la horca por su desertión. Sin embargo, la sangre que manchaba el uniforme del coronel hizo que se arrodillara para asistirlo.

—Señor, ¿qué le pasó? ¿Qué puedo hacer por usted?

Estanislao Velásquez, antes hombre de fuerza inexpugnable, decidido, orgulloso, incapaz de prestar atención a las propias dolencias por cumplir con las obligaciones, tendió una mano temblorosa hacia Antonio. Habló en voz baja, ahogada por el dolor.

—Me dispararon mis hombres, los que me acompañaban. Han desertado y me han dejado por muerto. Mi caballo huyó.

—No se exalte, cálmese. Tome un poco de agua. —Buscó la caramañola improvisada—. Tranquilo, coronel. —Le rodeó el cuello con un brazo. Lo ayudó a beber—. Despacio, despacio o se ahogará.

Estanislao bebía con sus ojos fijos en los de Antonio, ceñudo, como si estuviera intentando hallar en su mente la solución a un complicado problema.

—Yo lo conozco.

—Cállese o se fatigará.

—Yo lo conozco. ¿Cómo se llama?

—Antonio Gil, señor.

Rompió la tela del uniforme del coronel con el filo del cuchillo. Observó la herida de fusil con atención. Deslizó el dedo muy suavemente por encima de la piel lacerada. La carne estaba inflamada alrededor de un pequeño agujero a la altura de la cintura.

—Esto no se ve bien, señor,

—Usted era uno de los soldados de Madariaga, ¿verdad?

—Sí.

—Pero entonces...

—Le va a doler.

Antonio hundió el dedo en la herida en busca del plomo. Estanislao lanzó un gruñido de dolor. Se dobló en dos con una retahíla de maldiciones entre dientes.

—¿Qué está haciendo? ¿Quiere matarme acaso?

—Tranquilo, coronel. Confíe en mí. Ya tengo experiencia, sabe. También recibí uno de esos en Piribebuy.

Estanislao volvió la mirada hacia aquel hombre que había considerado en un principio solo un mendigo harapiento. Ese hombre ahora le ofrecía intentar extraerle el plomo, a pesar del dolor que le podría causar. Estanislao desvió la vista un instante. Estaba pálido, sudado, con la piel ardiente por la fiebre. Finalmente, volvió la mirada hacia Antonio.

—¿Cree que servirá de algo?

—Si Dios quiere, usted estará bien —dijo.

—Haga lo que quiera. Cualquier cosa es mejor que esto. —Después de un momento, preguntó—: ¿qué hace aquí?

Antonio echó un poco de agua sobre un pañuelo para limpiar la sangre y el polvo que cubría la herida.

—Vuelvo para mi rancho —respondió con una sonrisa—. A mi casa, con mi familia. —Hizo una pausa. Luego agregó—: deserté, coronel.

—Lo suponía. Y no lo culpo. ¿Cómo podría? La guerra es un infierno. ¿Y sabe por qué? Claro que lo sabe, usted estuvo allí: es el mismísimo infierno, porque allí solo hay hombres como usted o yo, dispuestos a matar o morir. —Hizo una pausa con los ojos velados por los recuerdos—. No hay ríos de fuego ni demonios esperando por nosotros en nuestro infierno. Solo marionetas de un gobierno servil a los intereses ajenos, que mueren o matan porque sí, porque no hay otra opción: solo la deshonra de la deserción.

—¿Cree que desertar me ha deshonrado?

—A los ojos de los demás, es una deshonra.

—A los ojos de Dios, es una prueba de valor —replicó Antonio con seguridad—. Porque no escapé por cobardía, sino porque ya no quería sentir en mis manos la sangre de otros. Yo fui de voluntario bajo las órdenes de Madariaga porque creí estar defendiendo suelo correntino de las garras de los paraguayos. Así lo hice, pero lo que vi en Piribebuy no tiene nada que ver con defender la patria ni la bandera ni, los ideales. Aquello fue una carnicería. Yo no seré parte de ello, ya no.

Antonio ayudó al hombre a levantarse. Tenía que llevarlo a la sombra para que no sufriera el agobio del sol, para que pudiera descansar. Una vez en la sombra, el hombre se descargó de palabras:

—El general Mitre dijo que solo estaríamos tres meses en Asunción. Solo tres meses. Luego regresaríamos victoriosos a nuestra patria con nuestras familias y amigos después de haber liberado al Paraguay de su Némesis. Cuánta fe tenía en sus soldados —habló con ironía y tristeza—, cuánta fe en el deseo de los paraguayos por ser libres de Solano López. Ahora resulta que la mayoría de los hombres que luchan bajo sus órdenes no están de acuerdo con esta carnicería; resulta que los paraguayos han sacrificado incluso a sus hijos por defender al maldito dictador. Casi cinco años después, seguimos quemándonos en este infierno. —Hubo un largo silencio en el que el coronel pareció seguir con el pensamiento la argumentación que había dicho. Luego, como si algo lo hubiera despertado, preguntó—: ¿sabe que su cuello peligra si llega a oídos de los tribunales la decisión de desertar?

—Sé lo que puede suceder. Aún así, ya no mataré a nadie nunca más. Si *Ñandejára* así lo quiere, moriré por desertor, pero a mí no me obligan a regresar a esa matanza jamás.

—Supongo que muchos hombres piensan como usted. El soldado que me disparó no me miraba con odio cuando jaló del gatillo: había desesperación en su mirada, ¿sabe?

—¿No imaginó que ocurriría algo así, coronel? —preguntó Antonio con la intención de mantener la mente de Velásquez ocupada en otras cuestiones, además del dolor.

Estanislao asintió.

—Estaba yendo hacia el cuartel de Mercedes para reunirme con el coronel Salazar cuando los tres soldados que me acompañaban, al parecer, decidieron que este era un buen lugar para matar al único hombre que se interponía entre ellos y la libertad. Además, el monte podía protegerlos: sería imposible encontrarlos en esta zona. Poco antes del amanecer, uno de ellos, el más joven, me disparó. Caí. Mi caballo huyó, me dieron por muerto. Creí que moriría aquí, hasta que lo vi.

Con ayuda de Antonio, el coronel Velásquez se dejó caer sobre la hierba bajo la sombra de un árbol. Antonio colocó los restos de su andrajoso abrigo bajo el cuello de Estanislao para proporcionarle algo de comodidad. Cerró los ojos con un suspiro, muy fatigado.

—Le agradezco que se detuviera a ayudarme, dada su situación.

Antonio se echó a reír con suavidad mientras encendía un pequeño fuego con una varilla de acero, un trozo de carbón y un puñado de hierbas secas.

—No me agradezca nada. Ni *Ñandejára*, ni mi conciencia me lo perdonarían nunca si le hubiese dejado ahí tirado. Ahora, vamos a quitarle ese plomo que tiene ahí dentro.

Estanislao hizo un gesto con la mano.

—Hágalo ya.

Antonio asintió.

—Aguante, coronel, que aquí voy —dijo y sonrió—. Dios mediante, todo saldrá bien.

*

—¿Se encuentra mejor?

Estanislao asintió todavía con los ojos cerrados. Se concentró en respirar muy lentamente, una y otra vez. Temía que un ramalazo de dolor le desgarrara la carne. Eso no sucedió. Después de un momento, movió la mano. Se la llevó a la cintura con la intención de palpase la herida. Antonio lo detuvo.

—No toque —advirtió—. O se hará daño.

Estanislao asintió. Percibió que ya no había sol, que estaba por salir la luna.

—¿Qué sucedió?

—¿Qué cree usted?

—Que me desmayé como una señorita.

Antonio sonrió. Estaba sentado a un lado de Velásquez con los hombros cubiertos por una vieja manta de lana, las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. La luz del fuego le iluminaba con suavidad parte del rostro.

—Quédese tranquilo, no se lo diré a nadie.

—Gracias.

—Le saqué la bala y le quemé la herida para que no se infecte. —Antonio se puso serio—. Intenté bajarle la fiebre, pero todavía quema.

—¿Cree que moriré?

—Si aguanta hasta mañana, estará bien.

Estanislao no hizo comentarios. Simplemente sonrió. Contempló el cielo en silencio, escuchando el crepitar del fuego.

—No me gusta quedarme de espaldas.

—Acuéstese nomás —le dijo Antonio—. Si hice bien mi trabajo de curandero, pronto podrá levantarse de ahí. Si no, ya me lo reprochará desde el cielo. Ahora quédese quieto y coma esto.

—Se le da bien dar órdenes, muchacho.

Antonio le ofreció un trozo de carne. Estanislao frunció el ceño, desconfiado.

—¿Qué es?

—Víbora. Tenga cuidado, está caliente.

Estanislao comenzó a comer con voracidad.

—Así me gusta —sonrió Antonio, satisfecho. A su vez, se llevó a la boca un bocado—. No está mal, ¿eh?

—Supongo que no —dijo Estanislao entre bocado y bocado—. Cuénteme de su familia.

—¿Qué quiere saber?

—¿Qué dijeron de su decisión de ir a la guerra?

—Nada, fui a unirme a las filas del general Madariaga sin avisar a nadie. Mi taitá pensaba que los paraguayos luchaban por una causa justa; no le habría hecho gracia que un hijo suyo fuera a pelear contra ellos. En cuanto a mi madre, ¿cree que habría podido pegar un ojo, en todos estos años, sabiendo a su hijo en una guerra? No, no podía hacerle eso. No dije nada. Me fui a ver al general, así nomás.

—¿Qué razones dio para marcharse?

—Ninguna. Yo tenía que irme del pueblo. Tuve un problema con la autoridad.

—Entiendo.

—Mi familia creía que iba ausentarme por un año, poco más, solo hasta que se calmara mi asuntito con el comisario. Y míreme nomás: estoy regresando casi cinco años después.

—¿Y una mujer? ¿Lo espera de regreso una mujer?

Antonio contempló el fuego con expresión ausente. Evocó el rostro de Ana en la noche en que decidió marcharse del pueblo. Recordó esa expresión angustiada, las manos unidas contra el pecho, los ojos.

—Sí —dijo finalmente—; una mujer me espera.

—Siempre es bueno regresar a casa. Volver a los brazos de una mujer querida es mucho mejor. —Comió un poco más, miró el paisaje, disfrutó de los sonidos de la noche. Luego, habló—: cuando necesite usted de mí, avíseme. Haré todo lo que esté a mi alcance por ayudarlo, Antonio.

—¿Usted tampoco desea seguir con esta carnicería?

—Aunque quisiera hacer lo mismo que usted, no puedo. Porque juré guiar y acompañar a mis hombres a la victoria. No puedo dejarlos solos; mi honor no me lo permitiría.

—Entiendo.

—Cada quien con sus ideas, ¿verdad? Usted tiene que apañárselas con su conciencia; y yo, con mi honor.

Comieron, bebieron en ese humilde banquete.

—¿Qué hará con sus hombres? —preguntó Antonio con curiosidad, ajeno a los pensamientos del coronel.

Estanislao apretó los dientes con la mirada oscura, tensa, cargada de ira.

—Matarlos si se me cruzan en el camino alguna vez. No los buscaré, porque no tengo tiempo para eso, pero, si algún día me los encuentro, tenga por seguro que personalmente los enviaré al infierno uno por uno. No me mire así, Antonio. Déjeme explicarle: los mataría no por desertores, porque eso, como le dije, puedo entenderlo. Los mataría por haber atentado contra mi vida en la forma en que lo hicieron. Me dejaron tirado como a un perro para que me desangrara hasta morir. Por eso. Porque no me dieron la oportunidad de defenderme, porque me tiraron a quemarropa, sin advertencia, como se mata a un animal. —Se calló un instante. Hablar lo fatigaba, pero lo distraía del dolor—. ¿Qué haría usted en mi lugar? —quiso saber Estanislao.

—Intentar perdonar y olvidarlos. Con ayuda de Dios, lo lograría. Les perdonaría y los olvidaría solo después de darles una buena zorra —dijo con una sonrisa—. Entonces tendría algo de paz en mi alma.

Estanislao soltó una carcajada. Le dolió. Cerró los ojos un rato en el que pareció dormir. Después, volvió a hablar.

—Escúcheme con atención: continuaré por ese sendero y llegaré a mi destino. Cumpliré con mi deber, con mi honor: seguiré en esta guerra maldita hasta el final. Pero, cuando todo haya terminado, quiero que se ponga en contacto conmigo. Quizá pueda ofrecerle un trabajo.

—No es necesario.

—Sí, lo es. Cállese y escúcheme: Antonio, le debo mi vida. Tiene que permitirme pagarle de alguna manera o me volveré loco.

—Ya le dije cómo pagarme: ayude en mi nombre a todos aquellos que necesiten algo de usted. Comida, abrigo, una mano amiga, una palabra de aliento. Si usted hace eso por mí, su deuda estará saldada. Y esto no es bondad, es justicia. Si usted tiene algo que le sobra, es porque hay alguien al que le falta. Lo justo sería entregar a ese alguien aquello que usted no

necesita. Si lo que piden de usted es ayuda o comprensión, ¿no cree que sería justo dar ambas cosas con generosidad cuando no le cuesta a usted nada auxiliar a su prójimo?

—Como usted diga, entonces —se rindió.

Antonio sonrió.

—Sí —dijo—. Sabía que entendería usted.

Capítulo 9

Los Ceibos, Mercedes, provincia de Corrientes, 1870.

Las luces del ocaso teñían de bronce y sangre el horizonte. Las oscuras nubes de la noche se arrastraban lentamente hacia el norte. Sumían a los montes que bordeaban Los Ceibos en una bucólica penumbra azul. Con el oro y la sangre del crepúsculo cerniéndose sobre las ondulantes colinas que rodeaban lo que había sido su hogar, Antonio se detuvo bajo las sombras de los árboles para contemplar la devastación.

Confundido, con el corazón golpeándole salvajemente contra las costillas, con los ojos semeando ascuas encendidas bajo aquel atardecer de fuego, dio unos pasos y se detuvo con el rostro pálido.

El rancho que lo había visto nacer, crecer y hacerse hombre ya no existía. En su lugar, solo había un cúmulo de viejos maderos chamuscados, corroídos. Los restos calcinados de los pocos muebles atesorados durante años estaban diseminados por doquier. Los restos carbonizados de lo que había sido el hogar de Antonio se alzaban, imperturbables, entre los yuyos y los espinos que habían reclamado el terreno quemado para sí. Todo había sido quemado, todo destruido. Los árboles que cobijaban al rancho también habían recibido los azotes de las llamas. Desprovistos de follaje, vida y color, así, deformes, ennegrecidos como estaban parecían extender las ramas retorcidas hacia el cielo, como si fueran gigantes de huesos hincados en un oscuro mar de pastos, decididos a ofrecer una plegaria a Dios.

Antonio tenía la boca seca, la piel helada, los ojos vacíos. Con la mente embotada por el dolor y la confusión, permaneció de pie allí, bajo las últimas luces del crepúsculo, con la mirada fija en los restos incinerados de su hogar.

Antonio se volvió. Observó los alrededores como si esperara ver a su padre, a su madre, a sus hermanos avanzar hacia él desde el monte bajo la penumbra azul del atardecer. En torno suyo no había más que la oscuridad que se iba haciendo más intensa por momentos.

No quería creer que se hubieran marchado, que no lo hubieran esperado. Anhelaba el reencuentro, como lo había hecho a cada paso que lo había acercado hacia el hogar, ahora inexistente. Se encontraba allí, en medio de las cenizas. En ese momento, notó cuánto había extrañado su padre, a las palabras y consejos que él le daba. La figura de la madre se le aparecía como en sueños, intensa, amorosa, comprensiva.

Ya casi había oscurecido completamente. A lo lejos, en el horizonte, por encima de las oscuras copas de los árboles, apenas un leve resplandor rojizo restaba del atardecer. Antonio recorrió con la mirada su entorno: esperaba ver a su hermana pequeña salir corriendo de entre los arbustos, tal y como hacía en las siestas de verano después de pasar casi todo el día en la laguna. A pocos pasos de la niña, estaría Francisco, siempre sereno y callado, con los ojos oscuros brillantes por la diversión, con los labios extendidos en una suave sonrisa de contento. Rosarito ya sería una mujer; Francisco, un hombre.

Rodeó las ruinas con pasos inseguros sin saber exactamente qué estaba buscando. Bajo la leve luminosidad de la luna, caminó con lentitud. Se detuvo un momento. Contempló una vez más los restos del rancho. Debía buscar a su familia, pero no sabía por dónde empezar. Se dejó caer de rodillas entre los escombros ennegrecidos sin saber qué hacer, hacia dónde ir, dónde buscar.

Jamás supo cuánto tiempo estuvo allí, abrumado por la profunda soledad y la intensa tristeza que percibía a su alrededor. Pensó en todo aquello que había perdido a causa de su arrogancia, de sus amores, de su imprudencia. Incluyó la cabeza. Se cubrió la cara con las manos, incapaz de sentir otra cosa que no fuera el frío, el silencio, la angustia de saber que su camino aún no había llegado a su fin. Con los ojos fijos en los restos de lo que había sido parte de la propia infancia y juventud, cerró los ojos. Comenzó a rezar.

—¿Mba'ehápa? —repetía una y otra vez—. ¿Mba'ehápa? ¿Mba'ehápa? ¿Mba'ehápa esto ndijapýrai? No termina más.

*

Fermina chasqueó la lengua cuando su mano rozó una ortiga. Ignoró el picor y meneó la cabeza.

—Esta noche no te necesito —dijo—. A Dios gracias, no hay nadie sangrando.

La anciana rozó con suavidad varios tallos, buscando cedrón y burrito.

—Si la hoja es áspera, dentada y huele a limón, es cedrón —dijo entre dientes, repitiendo las mismas palabras que dijera su madre, ochenta años atrás cuando decidió enseñarle a reconocer las propiedades curativas de las plantas que crecían en los montes—. Si es tersa, suave y huele a menta, es Burrito.

Pensó que, si tenía tiempo de buscar algún yuyo más antes de que comenzara a llover, sería bueno aprovisionarse de corteza de ceibo para las llagas de don Celestino, de algunas hojas de cola de caballo para aliviar los riñones de Ramón.

Fermina Ayala, la curandera de Los Ceibos, era una anciana menuda, de ojos claros, verdes como las colinas del Pay Ubre en primavera, rostro enjuto y nariz aguileña. Las mejillas, marcadas por profundas arrugas, no disimulaban su edad, así como tampoco lo hacían las encías desdentadas, los cabellos blancos y ralos, ni las manchas de la piel.

Dos veces viuda, madre de diez hijos, abuela de veinticuatro críos, entre niños y niñas, y bisabuela de cinco mocosos que muy pronto, Dios mediante, sabrían distinguir una hoja de boldo de una de hierbabuena, era una mujer acostumbrada a lidiar con todo tipo de problemas que afectaban a la salud.

Avanzó despacio entre los arbustos que habían crecido sobre el viejo camino de tierra que conducía hasta la casa del patrón, don Rosendo Gómez. Fue entonces cuando lo vio. Se detuvo abruptamente. Frunció el ceño. Fijó la mirada en las sombras. Forzó los ojos miopes a identificar la oscura silueta que dormía entre los restos carbonizados de lo que había sido el hogar de José Gil y su familia. Iluminada por el débil resplandor azulado de la luna, la anciana se acercó hasta el hombre dormido. Intentó no hacer ningún ruido que pudiera despertarlo. Se inclinó sobre él. Observó su perfil. De pronto, sintió que se estremecía. No de frío esa vez.

—¿Antonio? —susurró con voz cascada, presa de una profunda preocupación—. Despierte. ¡Despierte, Curuzú!

—¿Madre? —musitó confundido.

—No, m' hijo, no soy su madre. Curuzú, levántese m' hijo —dijo con ternura, aferrándose a su brazo—. Se enfriará si sigue usted ahí tirado. Venga conmigo para mi rancho. Allá habrá fuego y unas mantas para usted. ¡Levántese le digo!

—¿Fermina? —murmuró—. ¿Qué pasó con mi familia?

—Después, muchacho, después. Venga para mi casa primero.

—¿Dónde están mi taitá, mi mamacita y mis hermanos? Necesito verlos, Fermina, dígame dónde puedo encontrarlos.

—Ellos han muerto. Todos han muerto, hace dos años, poco más.

Antonio apretó los labios, incapaz de controlar el temblor que se le había apoderado del cuerpo. Una sombra profunda le veló la mirada. La piel perdió parte de su color. Bajo las primeras luces de una tormenta que jamás olvidaría, el rostro reveló una agonía que nada podría igualar. Inclino la cabeza. Se cubrió la cara con las manos. El sonido amargo del llanto quebró la quietud nocturna.

—¿Cómo? ¿Fue él? ¿Fue don Eulogio? —preguntó—. ¿Ese perro los mató?

—No, m' hijo. Esto, todo esto... —Abarcó con un gesto de la mano los restos calcinados del rancho sin decir palabra—. Todo es consecuencia de una desgracia.

—¿Qué sucedió?

La mujer le pidió que se sentara. Lo hizo sin pensar.

—A mediados de 1868, llegó el cólera al pueblo —comenzó.

—¿El cólera?

—¿Sabe qué es eso, m' hijo? ¿No? Es una terrible enfermedad, Curuzú. Afecta las tripas y los intestinos. Causa diarrea y vómitos. Puede ocasionar la muerte en muy poco tiempo. Nadie sabe por qué aparece, pero dicen que la ingesta de naranjas y sandías pueden originar esta dolencia. Pero nadie sabe realmente cómo se contagia uno. No hay cura, ¿me entiende usted?

—Sí.

—Don Rosendo aconsejó no comer sandías, ni duraznos, ni melones por temor a que la enfermedad se extendiera. La gente comenzó a enfermar y a morir de todos modos. Primero fueron los críos de los peones. A nadie le

importó. Pero, luego, cuando enfermó la hijita de don Hilario Torres, todo el mundo se asustó. Porque no había una chiquilla más mimada que esa. Los padres la protegían demasiado. Era gordita, hermosa, rubia como un ángel. Jamás enfermó de nada. De repente, los médicos no pudieron hacer nada por ella. La sangraron y ni aun así lograron que reaccionara. Don Hilario incluso me llamó. Imagínese nomás su desesperación. Nunca quiso tener trato conmigo porque decía que era una bruja de los montes, ignorante y chismosa. Pero ahí me lo encontré una mañana, en la puerta de mi rancho. Estaba desesperado, blanco como un muerto. No pude hacer nada por ella. Murió en brazos de su padre, así como tres días después moriría la madre. Don Hilario se volvió loco de dolor. Se encerró con la esposa muerta en la habitación. Dicen que se pegó un tiro mientras acunaba a su mujer contra el pecho.

Antonio apretó los labios con los ojos negros aun más negros por la angustia, fijos en la anciana.

—Mi familia —exigió.

—Ya llego, ya —asintió Fermina—. Quiero que entienda lo terrible que fue esa enfermedad para todos nosotros, Curuzú, que nadie pudo hacer nada por los enfermos, ni los doctores con todos sus libros, ni yo con todo lo que sé sobre yuyos. No quiero que viva usted pensando que, si hubiera estado aquí, su familia estaría aún con vida, porque no es así. Y lo que pasó después es cosa de *aña* nomás. No hay que culpar a nadie.

—¿Qué pasó?

—Déjeme continuar: como le decía, nadie puede luchar contra el cólera si ya está en el cuerpo. Rosarito ya lo tenía cuando finalmente su taitá acudió a mí por ayuda.

—¿Rosarito?

—Sí. Ella lo contrajo primero. Una tarde, su madre la vio vomitar y ensuciarse. Creyó que estaba empachada. Le preparó un té de burrito y la mandó a acostar. Creyó que se pondría buena en la mañana. Pero se puso peor. Entonces su taitá corrió a buscarme. Fui hasta el rancho. Le juro, Curuzú, que el alma de esa niña ya debía de estar con los angelitos, porque se la veía tan tranquila entre las mantas, con la carita tan serena. Intenté hacerle tomar una infusión que preparé especialmente para ella, pero lo vomitó todo. Pasé la noche a su lado junto a Encarnación, que lloraba suplicándole a Dios.

José estaba sentado junto al catre con los ojos fijos en la nena. Rosarito murió poco antes del amanecer como si se hubiese dormido nomás. Así de tranquila fue su partida. Sabía que su taitá y su mamacita sabrían encontrar consuelo para su terrible perdida, pero Francisco... Cuando lo miré, Curuzú, creí que estaba viendo a un muerto. Perdóneme por decirle esto, pero yo sabía que ese chico no sobreviviría mucho tiempo sin su hermanita. Sí, Antonio, por su cara sé que entiende lo que quiero decirle. Cuidó de Rosarito hasta el último momento. Fue él el que la enterró, porque Encarnación cayó enferma la misma tarde en que la niña murió. José tuvo que quedarse a cuidarla. José jamás se apartó del catre donde agonizaba ella. Intenté que comiera, que descansara, pero, m' hijo, él quería morirse, quería ir a reunirse con su mujer y con su hija, así como había decidido hacer don Hilario. Su taitá aguantó bastante, sabe, porque quería volver a verlo, Antonio; me aseguró que usted volvería, dijo que no dejaría morir a su mamacita porque usted querría antes despedirse de ella.

Antonio desvió la mirada.

—¿Y mi hermano? ¿Enfermó también?

Fermina se arrebujo en la mantilla. Observó los oscuros nubarrones que poco a poco iban encapotando el cielo.

—No —dijo después de un instante—. Él no. Fue muerto por un fusil.

—¿Asesinado? ¿Por qué?

—Encarnación estaba muriendo. José moriría también si ella no resistía. Francisco no quería ver a nadie más de su familia morir a causa de esa enfermedad. Creía que las medicinas de los ricos podrían ayudar, aunque yo le aseguré que no, que ya estaban en manos de Dios. No tenía plata para comprarlas tampoco. Desde que usted se fue, apenas había para llenar el buche en la casa. Don Rosendo echó a su madre de la estancia en cuanto supo que usted había atacado al comisario. El patrón, en aquel entonces, le temía a don Eulogio; no quería problemas con él. José hacía lo que podía. Ya estaba viejo. A Francisco nadie lo quería en la zona por temor a que don Eulogio pudiera ofenderse. Nadie quiso ayudar a su familia, solo Herminio, que se daba una vuelta por aquí dos veces por semana con yerba, algo de leche y poco más. Tampoco los dejó a su suerte la señorita Ana, que nunca hizo ningún caso a don Rosendo, que no le temía a nadie. Les traía comida, ropa,

lo que fuera necesario. —La vieja resopló; estaba fatigada de tanto que debía contarle. Pero todavía faltaba. Se pasó la mano por la frente. Siguió con el relato—. Esa noche, su hermano se había ido a buscar medicinas y volvió con ellas, con un montón. No quiso decirle a nadie de dónde las había sacado. Estaba pálido, muy pálido. Insistía que estaba bien, que me ocupara de su madre. Entonces comenzó la espera. Llegué a pensar que las medicinas de los doctores funcionarían cuando, poco antes del amanecer, Encarnación pareció mejorar. Francisco estaba de rodillas junto al catre, rogándole que no se fuera. Entonces, llegó el comisario para buscar al muchacho. Acompañado de cinco hombres, lo sacaron a la rastra del rancho. Don Eulogio comenzó a recoger las medicinas que sobraban.

Francisco estaba furioso, no quería que se las quitaran. Decía que lo llevaran preso por robo, que era justo, pero que los remedios debían quedarse allí. Advertimos, mientras él forcejeaba con la ley, que Encarnación había muerto. Su hermano se volvió loco. Empezó a gritar, a maldecir, a jurar que los mataría a todos por no haber permitido que su madre muriera en paz.

Antonio la miraba sin decir nada. La mujer respiró profundamente. Estaba agitada.

—Fue entonces cuando llegó la señorita Ana. Desmontó de un salto y se enfrentó al comisario. Echó una rápida mirada hacia Francisco. Luego señaló a don Eulogio con el rebenque. Le quería obligar a que soltara a Francisco. El hombre estaba furioso: no le gustaba que ninguna mujer lo cuestionara; mucho menos una tan joven. Por supuesto, se negó. Dijo que lo llevaría a Goya para que fuera juzgado por ladrón. La señorita Ana sabe tan bien como usted o yo qué significa eso. Supongo que imaginó que matarían al muchacho en el camino, que lo harían a traición además. Ella se acercó al comisario y le dijo que pagaría por todos los daños que hubiera podido causar Francisco, que incluso obsequiaría a don Eulogio y a sus hombres una fuerte suma de dinero por las molestias de esa noche si lo dejaban en libertad. El comisario se echó a reír. La insultó, le dijo “zorra estúpida”. Ella se enfureció; discutieron a los gritos. Él la abofeteó hasta que la niña cayó desmayada. Francisco, entonces, soltó un alarido que me estremeció hasta los huesos. Creo que ahí perdió la poca razón que le quedaba. Se sacudió de encima a los hombres que lo sostenían y se lanzó contra el comisario con el cuchillo en la

mano. “¡Venga aquí, cobarde! ¡Yo le enseñaré a respetar a las hembras!, gritaba. ¡Venga a probar mi hoja!” Don Eulogio no se iba a andar con vueltas. Fue hasta el caballo, tomó el fusil y descargó un tiro contra su hermano. El muchacho estaba muerto antes de caer al suelo. José gritaba. Yo sostenía a la señorita Ana. Su padre intentó llegar hasta el hijo en el piso. Quizá lo creía con vida. El comisario le apuntó con el fusil: “¿Usted también se me alza, viejo de mierda?” José se volvió hacia el comisario, creo que sin comprender del todo lo que había dicho, porque pienso que la única intención que tenía había sido ir hacia el muchacho y asegurarse de que se encontrara bien. Entonces entornó los ojos. Se llevó la mano a la espalda como si fuera a agarrar también su cuchillo: “Usted ha hecho mucho daño. Ya llegará el momento en que pague todo el mal que nos hizo”, le dijo. Antes de que pudiera decir algo más, don Eulogio le pegó un tiro.

Antonio cerró los ojos. Se concentró en la oscuridad de los párpados. No quería ver nada. No quería poner en imágenes las palabras de Fermina.

—Antes de irse, don Eulogio me amenazó. Me prohibió que contara cómo habían sido las cosas. Si la señorita Ana preguntaba, debía decirle que los había matado en defensa propia, que no había tenido opción, que había tenido que elegir entre la vida propia y la de Francisco y José. Cuando la niña despertó, le mentí. Le mentí y lo volvería a hacer. Era una forma de protegerla de que no cometiera una locura. Don Eulogio murió el año pasado de fiebres. Le diré que murió con mucho miedo, diciendo que iría al infierno por sus crímenes.

Antonio no hizo comentarios.

—El diablo lo ha salvado —gruñó.

—No diga eso. *Ñandejára* ha impedido que usted haga una locura —dijo la anciana—. Ahora, déjeme decirle que la señorita Ana debe quererlo a usted mucho, porque, después de velar a su padre y a su hermano un buen rato, se secó las lágrimas y me dijo que quería enterrarlos cerca del palmeral para que usted pudiera encontrarlos con facilidad a su regreso. Don Rosendo no se opuso a pesar de lo que creímos todos. Lo único que dijo fue que había que quemar el rancho. La niña no quiso. Entonces, él le contestó que, si se obstinaba en defender un puñado de maderos podridos, tal vez infectados por esa terrible enfermedad, más tarde tendría que lamentar “la desaparición de

unos cuantos cuerpos que parece querer usted tanto”. La señorita Ana asintió, y no se habló más del asunto. El rancho ardió hasta los cimientos. Su familia se quedó dónde está bajo los cuidados de la patroncita.

—Don Rosendo debe de haber cambiado mucho —comentó Antonio.

—Sí. Está viejo. Ya no es el mismo que antes —aseguró Fermina, pensativa—. Ahora es la señorita Ana quien manda en Los Ceibos. Todavía aparece por el palmeral. A veces lleva unas flores.

Antonio asintió, ausente.

—¿Y su marido? —preguntó—. ¿La merece? ¿La trata bien?

Fermina lo miró con atención.

—No, m’ hijo. Ella jamás se casó. Ahora lléveme a mi casa, que no veo a un palmo de mi nariz. Tendrá que venir conmigo y asegurarse de que llegue bien a mi rancho. Sé que quiere ir a ver a su familia —continuó la anciana, comprensiva—, pero esta noche no. Hace frío y pronto lloverá.

—Está bien —dijo finalmente.

Fermina sonrió con suavidad. Empezaron el camino.

Capítulo 10

Ana apoyó los codos sobre la valla del potrero. Se inclinó hacia adelante para observar de cerca al padrillo de un año que había conseguido comprar unos días antes en San Roque.

El animal se veía tranquilo con los ojos fijos en algún punto del palenque mientras Herminio le examinaba los músculos de las patas y los cascos.

—Creo que mi tío tendrá que admitir que este padrillo es un encanto —dijo, orgullosa.

Si bien don Rosendo se había opuesto terminantemente a que viajara sola hasta la estancia de don Fernando Hidalgo para examinar al caballo reproductor que le había ofrecido vender a don Rosendo a principios del invierno, Ana había hecho caso omiso de las advertencias. Con Herminio por toda compañía, había partido hacia Las Rosas de inmediato. Había regresado a la casa la noche anterior con aquel magnífico caballo amarrado al pescante sin ningún problema.

—La verdad que sí.

—En un mes podríamos tenerlo ya aclimatado para empezar con los servicios. ¿No lo cree así, Herminio?

—Usted no debería hablar de eso como si tal cosa —la regañó él con suavidad sin mirarla. Herminio estaba observando con atención la coordinación en los movimientos del animal—. ¿Qué diría su tío?

—Que no debería comportarme ni hablar “como un hombre; menos aun como un gaucho, porque no es correcto” —recitó, divertida.

El peón se volvió finalmente. La observó con una sonrisa en los labios. Para variar, había permitido que María, la esposa de Herminio, le recogiera el pelo en un moño y le rizara el fleco.

—Estoy muy contenta, Herminio —confesó—. Cuando mi tío vea al padrillo, lo amaré tanto como yo.

“Es cierto: se la ve contenta”, pensó Herminio. Pero eso no lo sorprendía. La señorita Ana siempre se mostraba feliz después de haberse salido con la suya. No cabían dudas de que había hecho su voluntad: ahora el patrón tenía

un padrillo propio, tanto si quería como si no. La muchacha lo había comprado. Había regateado con el dueño como una tendera. Herminio se alegró de verla tan dichosa. Aunque no le agradara el motivo: había desafiado una vez más al patrón. Había conseguido lo que quería sin reparar en las posibles consecuencias de sus actos. ¿Qué habría pasado si don Hidalgo se ofendía por tener que hacer tratos con una mujer? ¿Y si don Rosendo, en lugar de reñirla, como lo hizo, hubiera decidido encerrarla en una habitación hasta que entrara en razón y comenzara a comportarse como la señorita que era? Herminio se estremeció. ¿Qué hubiera sucedido si el animal resultaba ser un viejo jamelgo incapaz de servir a nadie? Sin embargo, a la señorita Ana se le había metido entre ceja y ceja comprar aquel caballo. Había tenido una calurosa discusión con su tío. Había argumentado que podrían dedicarse a la cría caballar para mejorar la situación económica de Los Ceibos. El patrón adujo que no tenía ni el tiempo, ni las ganas de ir en ese momento hasta San Roque a comprar al maldito padrillo de marras. Ella insistió en que eso no era un problema realmente, porque podía ir en su nombre.

—¡Ir en mi nombre, nada menos! —había exclamado don Rosendo con un vozarrón que hizo temblar las vigas del techo—. ¡Una mujer quiere ir a comprar un padrillo como si tal cosa! ¿Usted se da cuenta de lo que me está diciendo?

—Sí.

—¡No, no se da cuenta, señorita! ¿Cómo podría? Usted es solo una niña. ¿Cómo se atreve, además, a insinuar siquiera que yo la dejaría ir sola hasta San Roque? ¿Es que está loca?

—No, tío, no creo. Pero, volviendo a nuestro tema, quiero asegurarle que no iría sola. No creo que me cueste nada encontrar a alguien dispuesto a acompañarme hasta allá. Después de todo, hay muchos peones que podrían hacerlo.

—¡Usted no irá a ningún lado!

—¡Sí, iré!

—¿Qué dirían los vecinos de usted?

—¿Y a mí qué puede importarme?

Después de la retahíla de advertencias y amenazas vertidas por su tío esa tarde, la señorita Ana había terminado haciendo su voluntad. Dos días después, aprovechando un descuido de don Rosendo, que había decidido ir hasta el pueblo para reunirse con unos viejos amigos en la pulpería, la señorita Ana había llegado hasta el establo muy elegante. Le había ordenado que preparara la carreta para acompañarla hasta San Roque. Herminio quiso excusarse, pero no encontró los argumentos.

—No me discuta y haga lo que le digo —replicó ella.

Así, sin más, habían abandonado Los Ceibos: la señorita Ana de muy buen humor, canturreando entre dientes; él a su lado con la idea de que su espalda serviría para estrenar el rebenque nuevo del patrón en cuanto pusiera un pie en la estancia otra vez. Cuando llegaron a Las Rosas, Herminio se preparó mentalmente para enfrentar a don Hidalgo de hombre a hombre e intentar comprar al animal a un buen precio en nombre de don Rosendo mientras la señorita Ana permanecía en la carreta, como la dama que era. Pero el que se quedó en la carreta fue él. Ella descendió del vehículo con un salto sin esperar ayuda alguna de nadie. Fue directamente hasta don Hidalgo para decirle que venía de Los Ceibos para ver y comprar a un padrillo, que esperaba ofrecer un buen precio por él. Si a don Hidalgo le sorprendió la desfachatez de la jovencita, no lo demostró. Además, le importó muy poco, ansioso como estaba por deshacerse del animal. Después de un vergonzoso regateo, la señorita Ana obtuvo el caballo que quería a mitad de precio. Casi brincaba de alegría mientras un peón lo amarraba a la carreta.

—Señorita Ana, ¿no cree que haya algo malo con este animal? —preguntó Herminio con voz dubitativa—. Don Hidalgo parecía feliz de haberse deshecho de él.

—Por supuesto que estaba feliz —dijo Ana con desparpajo—. Necesita dinero para la dote de la hija, y yo le he dado una buena cantidad. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. La niña está en estado interesante, ya me entiende usted, y el padre quiere casarla rápido antes de que se note el zapallito, al menos.

Herminio se ruborizó. Se preguntaba si la señorita Ana estaba al tanto de cómo había llegado ese zapallito a las tripas de la hija de don Hidalgo. Por temor a recibir una respuesta que no quería escuchar, no hizo preguntas. Se

limitó a azuzar al caballo. Cuando, finalmente, regresaron a Los Ceibos, don Rosendo estaba en el establo esperándolos con el rebenque golpeando rítmicamente contra uno de los muslos. Los ojos le ardían suavemente bajo las últimas horas del atardecer. La boca permanecía apretada en una fina línea de furia contenida.

—¿Adónde fue, señorita? —preguntó con los ojos fijos en la cara de su sobrina.

—A comprar un caballo —dijo ella con tranquilidad. Y luego añadió con una sonrisa—: a San Roque.

—¿Sola?

—Herminio fue conmigo —dijo. Tuvo el descaro de sonreír—. ¿Verdad que sí, Herminio?

El peón se estremeció de pies a cabeza cuando los ojos del patrón se clavaron en él con brutal intensidad.

—Sí, señorita —respondió Herminio con voz ahogada, incapaz de hacer algo más que mirar fijamente el rebenque del patrón—. Sí.

—¡Míreme! —ordenó—. ¿Fue usted con ella? —preguntó.

—Sí, patrón.

—¿Hubo algún problema?

—No, patrón.

Don Rosendo finalmente abandonó el establo sin decir una palabra más. Tanto Herminio como Ana habían suspirado de alivio al unísono mientras los pocos peones que aún se encontraban en los alrededores volvían al trabajo, de pronto, con el ánimo más ligero.

—Herminio, ¿no cree que mi tío exagera? —preguntó ella de pronto, lejos de los recuerdos, ya de vuelta al caballo que examinaban.

—No, no creo. Y tiene toda la razón al amonestarla por su comportamiento, señorita. Así nunca logrará pescar un marido.

—¡Falta que me hace! —exclamó y se encogió de hombros. Luego, preguntó—: ¿está bien mi *Rey*?

—¿Qué clase de nombre es *Rey*?

—Le queda bien. Será el rey de Los Ceibos. Ahora deje de criticarme por todo y contésteme: ¿qué tal está?

—Bueno, cojeaba un poco, ¿sabe? Estaba mal herrado. Pero ya me encargué de colocarle una herradura bien puesta, y ya está mejor.

—Me alegro mucho. ¿Mi tío ya lo vio?

—No. Creo que se está haciendo el difícil.

—Ya vendrá a verlo. Ama a los caballos tanto como yo. No podrá resistirse a este. ¿Dónde está ahora?

Herminio hizo una mueca.

—Se fue a Goya esta mañana temprano —respondió. Chasqueó la lengua. Descargó una suave palmada sobre la grupa del caballo—. ¡Mírelo nada más, señorita, este desvergonzado anda como si fuera dueño de todo el lugar!

El animal relinchó un par de veces. Dio un par de vueltas en el potrero con los ojos marrones atentos a todo cuanto veía.

—¿Vio que le queda el nombre *Rey*? —Ana volvió los ojos hacia Herminio con expresión risueña—. ¿Sabe usted si mi tío regresará pronto?

Herminio se rascó la cabeza sin apartar la vista del padrillo.

—Mire, señorita, yo, la verdad, no sabría decirle. Pero el patrón dijo que estaría aquí para ver parir a sus ovejas. Eso será en una semana más o menos.

Ana frunció el ceño ligeramente.

—Espero que no sea una de esas reuniones políticas —murmuró—. Las cosas se están poniendo muy feas entre los celestes y los colorados. Mi tío ya no está para esas cosas.

Ana frunció el ceño ligeramente, distraída. Pensaba en que las violentas rencillas entre unitarios y federales, que habían desangrado al país durante más de tres décadas, parecían haber sobrevivido en la provincia de Corrientes a través del Partido Federal, fundado en 1856 por el doctor Juan Pujol —alineado con el general Urquiza—, con el lema “¡Viva la Federación Argentina!” y las banderas de color rojo; y el Partido Liberal —alineado con Mitre—, fundado también en 1856, bajo el lema “Patria, Libertad, Constitución”, con el color celeste en sus banderas.

El Partido Autonomista, los colorados o federales, de tendencia netamente localista, más preocupados por defender los intereses de la provincia frente a los porteños que por mejorar la situación económica, encontraban a sus seguidores principalmente en el interior de la provincia,

donde los labradores, campesinos y peones, muchas veces tratados como esclavos, mal pagos y acostumbrados a las penurias de la vida diaria, estaban bien dispuestos a enrolarse bajo las filas de los colorados.

El Partido Liberal o los celestes, por otro lado, buscaba sus acólitos en las principales ciudades de la provincia. Eran, por lo general, hombres de gran prestigio social y una posición económica holgada dispuestos a apoyar las decisiones de los porteños hasta las últimas consecuencias, ya que se sentían más identificados con Buenos Aires que con su propia tierra.

A raíz de las muchas diferencias que separaban a los colorados de los celestes comenzó una encarnizada lucha por el poder donde las amenazas, los altercados y los atentados entre los seguidores de ambos bandos parecían ya cosa de casi todos los días, hasta el punto de que los gobernadores no podían mantenerse en el poder por mucho tiempo: eran rápidamente destituidos por sus adversarios políticos a través de revueltas y asonadas.

Los nombres se sucedieron a toda velocidad: el doctor Pujol fue reemplazado en el gobierno de la provincia por el sacerdote José María Rolón, quien intentó mejorar la educación y realizar una serie de obras públicas, tal y como lo había hecho su predecesor. Sin embargo, a pesar de los denodados esfuerzos por gobernar una provincia signada por luchas políticas intestinas y la paciencia demostrada hacia sus opositores, los liberales intentaron varias veces deponerlo a través de violentos atentados contra su persona. Consiguieron finalmente aquel objetivo en 1861 cuando fue obligado a renunciar y a exiliarse en el Paraguay. Asumió el gobierno entonces el señor José Pampín, un liberal fiel al general Mitre; luego Manuel Ignacio Lagraña. Evaristo López sería nombrado gobernador al término de ese gobierno después de las elecciones provinciales de 1865. López, político considerado por sus congéneres como un hombre leal a la patria y honesto. Se vio obligado a abandonar la gobernación cuando, una noche, en la madrugada, los liberales –ansiosos por apoyar la candidatura de Domingo Faustino Sarmiento, cosa a la que supusieron, se opondría el gobernador– fueron hasta su casa y amenazaron su vida. En octubre de 1869, luego de una etapa de caos político en que se sucedieron varios gobernadores, el coronel

Santiago Baibiene asumió el gobierno provincial. Coartó las libertades de los ciudadanos e impidió que el Partido Federal hiciera algo más que “revolcarse en su rabia”, como decía don Rosendo.

—Definitivamente —dijo Ana, preocupada—, la lucha entre celestes y colorados en su afán por mantenerse en el gobierno no es algo que deba tomarse a la ligera.

Herminio la observaba, sorprendido.

—No sabía que estaba enterada de esas cosas, señorita —comentó.

—¡Cómo! ¿Usted también me cree tonta, Herminio? ¡Qué vergüenza! Y yo que lo creía un buen amigo. Pero no, resulta que usted, como todos los hombres, considera que las mujeres no tenemos la capacidad mental para entender las cosas más simples, menos aún de política.

—¡Perdóneme, señorita, yo no quería ofenderla, es solo que me sorprendió!

Ana soltó una carcajada.

—Cálmese, Herminio. Le estaba haciendo una broma —dijo, risueña—. Sé que no me cree tonta, por el contrario, a veces tengo la impresión de que considera que soy más inteligente de lo que me conviene. Ahora, dígame, ¿mi tío le hizo algún comentario sobre los celestes?

—No, señorita, ¡qué esperanza! ¿Cómo me va a decir el patrón algo sobre política? —Herminio echó una rápida mirada a su alrededor, como si temiera que alguien lo escuchara—. Pero él tira para ese bando nomás.

—Eso no me gusta nada. Los celestes no son muy honorables.

—Eso es verdad, señorita Ana. Me dijeron que allá, en la capital, están mandando a matar a todos los cristianos que se les enfrentan —dijo por lo bajo—. Así, nomás, como si nada. Aquellos que se ponen ariscos, de lado de los colorados, no tardan en ser visitados por un asesino que les degüella a cuchillo.

Ana estaba horrorizada.

—Por Dios —musitó—. Herminio, ¿es cierto eso?

—Sí, señorita, yo jamás le mentiría. Haría usted bien en advertirle al patrón que no se meta en esos líos. Que no vale la pena. ¿Entiende? Hable con él y hágale ver que usted está sola en esta vida, que no tiene ningún otro pariente varón que vele por su seguridad.

—Tiene razón. —Ana miraba al caballo, ausente.

—Dígale que si a él le pasara algo, Dios no lo quiera, usted quedaría a cargo de Los Ceibos y de todas sus ovejas, vacas y caballos —continuó de pronto Herminio con tono ligero—. ¡Tenga por seguro que, de solo imaginarla a usted como la patroncita de Los Ceibos, don Rosendo abandona toda idea de meterse en entuertos políticos para siempre!

Ana frunció el ceño. El peón sonrió.

—Quería hacerla reír, señorita —dijo, y luego se puso serio—. Está realmente asustada por él, ¿eh?

—Sí. No quiero que le suceda nada malo. —Ana suspiró—. Intentaré sacar el tema con mi tío cuando regrese, pero usted sabe que no me hará caso. Sé que reunió a todos los peones aquí hace una semana y les dijo algo de política. ¿Qué fue? No me mire así y contésteme, Herminio.

—Dijo que, como él es celeste, todos nosotros debemos serlo también, porque él es el patrón y sabe lo que nos conviene. Dijo que, si no nos gustaba su decisión, las puertas de Los Ceibos siempre estaban abiertas, tanto para los que se quieren quedar, como para los que se quieren ir.

Ana apretó los labios, disgustada.

—Pero usted no está de acuerdo con él, ¿verdad? Le agradan más las ideas de los colorados.

—Sí, señorita, la verdad que sí. Esos son como nosotros: se sientan a tomar mate en cualquier lado. No temen ensuciarse las botas en el barro para llegar hasta los ranchos. Además, no nos hablan con palabras difíciles ni se ríen cuando nos ven por ahí hablando en guaraní. No como los gallitos de la ciudad que nos creen ignorantes. Pero hay algo que me preocupa. —El peón hizo una pausa—. Dicen que a los celestes los protege la Virgen, ¿sabe usted? Y, si es así, debería cambiarme de bando nomás, aunque no me guste, porque no quiero que la Virgencita se moleste conmigo.

—Tonterías. La Virgencita tiene cosas más importantes por hacer que andar metiéndose en política —respondió Ana con arrogancia—. Con toda seguridad, le perdonará a usted que elija el bando de los colorados. —Hizo una pausa—. Hablaré con mi tío y veré si puedo apartarlo un poco de la política —dijo después de haber reflexionado.

—Haría usted muy bien. Aproveche este momento. Ahora que los celestes están en el gobierno, él está a salvo. ¿Qué pasaría si los colorados quieren hacerse con el poder? Hay rumores de que quieren hacer una revolución —susurró Herminio, preocupado—. Si yo fuera celeste, no me confiaría.

—No me asuste, Herminio.

—Es la verdad, señorita, aunque son rumores nada más. El coronel Baibiene debe de estar pensando en eso, en qué hacer para detener a los autonomistas. La cosa puede ponerse color de hormiga, ya sabe a qué me refiero.

—Entiendo —dijo, pensativa—. Entiendo muy bien.

*

Media hora después, Ana cabalgaba al trote en su habitual paseo diario por la propiedad siguiendo casi inconscientemente el viejo sendero de tierra que conducía hacia el palmeral. El viento gélido del sur que había llegado hasta Los Ceibos en la noche todavía silbaba con suavidad entre los sembradíos, al parecer, decidido a quedarse hasta muy entrada la mañana. Ana guiaba al caballo con firmeza bajo las sombras que echaban sobre el pasaje los grandes lapachos que crecían a la vera del sendero. Cuidaba de no ensuciarse la falda con los charcos que encontraba en el camino. Había empezado a apreciar la mirada de aprobación que le dirigía su tío cuando se veía acicalada y con la ropa en buen estado. Y, además, no podía menos que sonreír cada vez que pasaba a su lado y él asentía, satisfecho, como si se felicitara a sí mismo por algún logro en particular.

Ana rio entre dientes cuando el viento despeinó sus cabellos, liberándolos salvajemente del moño que María había hecho para contenerlos. Su pelo, largo y hermoso, reflejó por un instante todos los colores del amanecer mientras le caía sobre los hombros y la espalda, cubriéndola como un manto. Recordó a María. Desde aquella mañana en la que Herminio había pedido trabajo en Los Ceibos para su reciente esposa, Ana siempre tenía la ropa limpia, remendada y bien planchada. Jamás lograba salir de la casa despeinada, porque María insistía en recogerle el pelo en un moño.

Don Rosendo no podía estar más satisfecho con la criada, porque, desde que se había hecho cargo de su sobrina, ya no escuchaba tan a menudo a la gente llamarla “Ana de los Montes” o “La pequeña salvaje de Los Ceibos”, aunque jamás nadie se había atrevido a nombrarla así en su presencia.

Ana recorrió la orilla de la pequeña laguna en silencio. Observaba los destellos que sembraba el sol sobre las aguas azuladas. Entre los camalotes que cubrían una pequeña parte de la costa, había irupés, lirios y jacintos de agua, además de un puñado de helechos y nenúfares. En los matorrales de la orilla, tordos, cardenales y gorriones se acercaban una y otra vez hasta la playa, atentos a la posible aparición de un carancho.

Ana tiró de las riendas bruscamente cuando una yarará se deslizó a gran velocidad frente a las patas de la yegua. Luego, se perdió entre los yuyos. Pronto llegó hasta aquel pequeño paraíso de las aves donde la salvaje proliferación de palmeras pindó, yatay y caranday había dado el nombre al lugar. Desmontó. Llevó a la yegua de la brida hasta las sombras de una palmera caranday. Ató las riendas a un arbusto.

Caminó un corto trecho hasta una pequeña colina cercana, donde una sencilla cruz de madera adornada con una pequeña profusión de flores indicaba el lugar de descanso de la familia de José Gil. Frunció el ceño ligeramente al notar junto a las tumbas varias pisadas todavía frescas en la tierra mojada. Se sentó un momento junto a las cuatro piedras mora que ella misma había encontrado, en las que había tallado el nombre de cada uno de los integrantes de aquella familia que consideraba propia. Se preguntaba quién se acercaría hasta allí para visitar las tumbas, además de ella misma y Fermina.

Con un suspiro, observó el palmeral y luego más allá. Comenzó a dialogar con los muertos, como una compañía inmanente. Les decía que extrañaba compartir mates con ellos, que ya prácticamente no tomaba, porque no tenía con quién hacerlo. Les contaba las cosas diarias, lo orgulloso que se sentía don Rosendo ahora que ella se vestía como una señorita, lo que le servía para hacer lo que quería. Les habló de cuando había comprado a *Rey*.

Calló bruscamente cuando vio entre las palmeras, a la distancia, la oscura silueta de un hombre detenerse bajo las sombras de un puñado de yatay con los ojos fijos en ella. Se puso de pie y fue hasta el caballo. El animal se

removía nervioso mientras Ana intentaba tranquilizarlo, preguntándose quién sería y qué hacía allí. Apretó los labios sin saber qué hacer. No acostumbraba a sentirse insegura en sus tierras, pero la situación se había vuelto inusual. Se fijó en la oscura figura que la contemplaba desde las sombras de los árboles. El corazón se desbocó, de pronto; sintió la garganta seca. Entonces, él se acercó con paso lento hacia ella, que dio un paso hacia él, presa de una gran emoción. El tiempo pareció detenerse por un instante. Todo en él parecía de hielo y piedra. Llevaba el pelo oscuro muy largo, hasta debajo de los hombros, un bigote que le ocultaba parte de boca y una expresión en la cara que le resultaba familiar.

—Imposible —murmuró con las manos unidas contra el pecho.

Él dio un paso hacia ella. Se detuvo.

—¿Curuzú? —Ana se llevó los dedos a los labios—. ¿Es usted?

Él la miró un momento en silencio sin expresión alguna. Apenas le sonreía.

—Sí, soy yo. Su Curuzú.

La cría rebelde y voluntariosa, sucia y desgredada que él había protegido desde que tenía memoria ya no existía. En su lugar, había una hermosa mujer cuyo sencillo vestido no podía ocultar las curvas de su cuerpo. Ya no llevaba la falda rota ni manchada de barro, ni los cabellos hechos nudos alrededor de su cuello. Las pecas se habían borrado con los años. Tenía la piel pálida y lozana, notó. La boca seguía siendo llena y generosa. La mirada, intensa y desafiante; los ojos castaños, muy claros, tan expresivos como antes. Antonio la observó en silencio.

—Veo que ahora lleva zapatos. Se hizo mayor en mi ausencia, señorita Ana.

Ella finalmente pudo liberarse de la parálisis en la que había caído. Con los ojos inundados de lágrimas, soltó un sollozo.

—¡Mi Curuzú!

—Su Curuzú ya está aquí. Ya estoy. Ya volví.

Por primera vez en mucho tiempo, él sintió que estaba en el lugar que debía estar.

—No quiero verla llorar, señorita Ana. Mucho menos por mí.

Ana simplemente asintió. Sabía que, si intentaba hablar, se le quebraría la voz. Inclino la cabeza. Las lágrimas se le deslizaron sobre las mejillas apenas un instante antes de que ella las borrara con el dorso de la mano. Estaba sentada sobre la hierba con las rodillas recogidas bajo los pliegues de la falda y el rostro vuelto hacia las sombras, todavía con las emociones a flor de piel.

Antonio la observaba con atención, aun cuando sabía que no debía mirarla fijamente porque no era correcto, porque podría intimidarla o, peor aún, ofenderla. Desvió la mirada hacia el cielo intensamente azul. La obsidiana de sus ojos se oscureció un instante con la certeza de que jamás conseguiría mirar a otra mujer como a ella. Apoyó la espalda contra el tronco de una caranday e, inevitablemente, una vez más, la miró. Deslizó los ojos suavemente por la joven. Supo que se había convertido en una mujer bellísima, a la que ningún hombre podría ignorar fácilmente.

Ana lo miró un instante. Él sonrió. Pensaba que, a pesar del tiempo transcurrido, aunque se mostrara un poco cohibida cuando lo observaba, lo hacía con aquellos mismos ojos límpidos y honestos, llenos de ternura, como siempre.

—¿Cuándo llegó? —preguntó ella de pronto, más segura de sí misma, ajena al efecto que causaba en él—. ¿Hoy?

Antonio meneó la cabeza.

—Ayer por la tarde, poco antes de la tormenta. Fermina me encontró allá, donde era mi rancho. Habló conmigo. Me contó lo sucedido. Luego, me llevó a su casa.

—¿Se quedará con ella?

—Quizás, al menos por un tiempo. Me ofreció techo, comida y un catre. —Hizo una pausa—. ¿Qué más podría necesitar un hombre como yo? Me quedaré con ella hasta que decida qué hacer con mi vida.

Ana se alisó la falda, distraída.

—¿Desertó del ejército? —preguntó. Ocultó el leve temblor de los dedos bajo los pliegues de la falda.

—Sí, deserté. Ya no me sentía capaz de seguir en ese infierno.

Ella asintió, comprensiva.

—¿Cree que lo buscarán?

—No sé. Y no me importa. ¿Cómo podría importarme? Deserté para regresar a mi familia, y mi familia ya no existe. No tengo a nadie.

—Me tiene a mí. —Ana sostuvo su mirada con valentía, aun cuando el temblor de las manos se le había acentuado visiblemente y el rubor comenzaba a arder en sus mejillas.

Él la miró en silencio un momento con los ojos aun más negros, si tal cosa era posible. Ella apartó la mirada bruscamente, de pronto cohibida.

—¿Sabe lo que sucedió con su familia? —preguntó de repente, incapaz de soportar un momento más aquel silencio opresivo, intranquilo.

—Sí.

—Perdóneme. Debí hacer algo para evitar que su hermano intentara alzarse contra el comisario.

—¿Qué habría podido hacer? —Antonio extendió la mano. Después de un breve titubeo, la apoyó sobre la cabeza de la muchacha, como antes, cuando ella solo era una niña díscola y él su guardián—. Yo no la culpo de nada. Nadie en sus cabales podría hacerlo.

—Yo necesito pedirle perdón.

—¿Cree que necesita disculparse conmigo? Sepa que, cualquier cosa que usted haga, aunque fuera un crimen, yo le encontraría excusas y la perdonaría. Acuérdesse de lo que decía mi madre, señorita Ana: Nada ocurre en este mundo sin que Dios así lo haya decidido. ¿Acaso quiere discutirle a Tupâ? No me mire así, sabe que lo que digo es cierto. *Ñandejára* pensó que ya era hora de llevarse a mi familia con él. Así lo hizo. Ahora ellos están en paz.

—¿Fue usted quien estuvo por aquí esta mañana? —preguntó.

—Sí. Tenía que llorarlos a solas —respondió él por lo bajo—. Ahora decidí regresar para buscar unas flores para cubrir las piedras y me encontré con la flor más hermosa de Los Ceibos ya aquí, haciéndole compañía a los míos.

Ana se ruborizó intensamente. Antonio siguió el vuelo de un pájaro con la vista.

—Gracias por todo lo que hizo. Por cumplir la promesa de velar por ellos en mi ausencia.

—Hice lo que pude, pero estaba tan preocupada por usted, Curuzú. Tenía tanto miedo de que resultara herido o muerto. Jamás pude compartir ni aliviar mis temores con nadie, porque sabía que usted no querría que se supiera dónde estaba. Guardé silencio, todo este tiempo. Fue muy difícil.

—Hizo bien, señorita Ana. Ellos murieron en paz, y es todo lo que me importa. Me creían a salvo. Jamás tuvieron que sufrir el dolor de pensarme muerto a la vera de un camino, o herido, desangrándome sin recibir ayuda alguna como hizo usted, con toda seguridad. —Hizo una pausa y suavizó el tono de su voz—. Perdóneme, fui un egoísta por haberle revelado dónde iba aquella noche, tantos años atrás. Eché sobre sus hombros una carga demasiado pesada. Esa noche estaba enfermo de celos y rabia.

—¿Ahora ya no se siente así? ¿Ya está mejor? —Ana deseaba preguntarle por la viuda de Miraflores, si la había visto o no, si todavía pensaba en ella. No se atrevía a preguntar directamente por temor a recibir una respuesta que odiaría escuchar.

—Eso está olvidado.

Ana guardó silencio un momento. Luego, frunció el ceño ligeramente.

—No vi a *Varón* por aquí —dijo.

—Murió, señorita Ana —dijo, suave—. *Varón* murió. En la guerra.

Ella lloró. Antonio tomó su mano con suavidad.

—No llore por él.

—Parece que usted no va a hacerlo, entonces, tengo que llorar yo por usted.

—No, señorita, no se equivoque. Yo ya lloré todo lo que un hombre puede llorar sin que se le haga astillas el alma. Por eso me ve así, tan tranquilo. Ya vi la muerte, la destrucción, la crueldad humana. En todos estos años, me vi obligado a hacer cosas que nunca voy a contarle. Basta que sepa que fueron terribles.

La amargura en su voz la conmovió profundamente. Deseó tener el valor para abrazarlo, para decirle que lo había esperado todos esos años. Solo pudo quedarse allí, sentada a su lado con la vista fija en el palmeral, con el dolor cerrándole la garganta. Sorprendida, fue entonces cuando notó que ella también había cambiado. Ya no actuaba con el impulso de una niña ni le parecía correcto demostrar las emociones abiertamente. Como la mujer que

era, se cohibía ante él, ante aquel Antonio que hablaba con amargura, que la intimidaba con ese aspecto duro, con los ojos fijos, con la voz serena, ausente de toda emoción.

—Curuzú, todavía me tiene a mí —dijo. Se mordió los labios. Luego agregó, porque necesitaba saber qué sentía él—: y puede tener a la viuda de Miraflores, si todavía la quiere. Después de usted, no volvió a relacionarse con otro hombre, que yo sepa.

—Eso ya está olvidado, se lo dije. ¿Para qué quiere obligarme a hablar de ella? Ya no la quiero. Creo que nunca la quise realmente.

—¿Es cierto eso?

—Era joven y atrevido, nada más. Quería creer esas cosas que me decía. Ella quería decirlas. Ninguno de los dos las sentía del todo. Así que: ¿para qué hablar de algo que a nadie importa ahora?

—Yo tengo que decirle algo: la noche en que se marchó, fue ella quien vino a decirme que usted estaba en peligro. Me suplicó que lo ayudara, que lo convenciera para que se marchara del pueblo. Ella lo quería mucho, a su manera, pero lo quería. No sé por qué, pero siempre pensé que usted debía saberlo, que fui mala al no decírselo.

—Siempre usted tan sincera. Si me importara algo, tal vez la reñiría, pero como me importa tan poco esa mujer y la historia que compartimos, solo puedo sonreír con amargura ante lo que hizo. Ha pasado mucho tiempo, señorita Ana. El corazón olvida.

“El mío no, pensó la joven. El mío jamás.”

—Antonio, ¿sabe que ahora manejo Los Ceibos cuando mi tío no está? —preguntó Ana después de un momento de silencio—. Jamás me dice que me deja a cargo, pero se entiende.

—Fermina ya me puso al tanto.

—Pase por la estancia mañana temprano, Curuzú. Herminio estará feliz de verlo. Seguramente querrá presentarle a su esposa. Mi tío no está. Tal vez pueda quedarse un par de días y ayudar a su amigo en algo. Podría ganarse unos pesos.

—No, señorita, no podría aceptar su caridad.

—Le estoy ofreciendo un trabajo, no caridad. Le aseguro que no pienso regalarle las monedas como si tal cosa. ¿Cree que no lo conozco, Curuzú? Usted jamás aceptaría nada de una mujer, mucho menos dinero. Ahora, hágame caso, lo espero mañana. Herminio necesita ayuda para arriar las vacas hacia las lomas para el pastoreo.

—Yo ya no sirvo para eso, señorita. Usted es amable y no me preguntó nada, pero seguro que me vio cojear. Me clavaron una bayoneta en el muslo. Desde entonces, ya no soy bueno para nada.

Ana frunció el ceño con la determinación brillando en su mirada.

—¿Ha subido a un caballo después de eso?

—No.

—Entonces no me diga nada. Lo espero mañana en Los Ceibos. Lo dejaré montar a mi *Negro*. Entonces veremos qué puede y qué no puede hacer, ¿me entiende?

—Se ha vuelto muy mandona, señorita.

Los dos rieron. Luego, Antonio la miró un momento, pensativo.

—¿Por qué no se ha casado? —preguntó.

Ana desvió bruscamente la mirada, de pronto tensa. Fingió sacudir la hierba de su falda mientras pensaba qué podía responderle. ¿Qué jamás había querido mirar a otro hombre porque su corazón siempre le había pertenecido a él? ¿Que siempre lo había esperado?

—Porque no quiero casarme, simplemente por eso.

—Fermina dice que, desde que se hizo mayor, se ha dedicado a espantar a todos sus adoradores con ese carácter difícil.

Eso la hizo sonreír, porque su tío decía lo mismo, pero con otras palabras.

—Se espantan solos.

—No me diga.

—Sí le digo. No estoy dispuesta a perder mi tiempo hablando de fiestas y paseos, ni me parece correcto chismorrear sobre la vida de los demás. Por lo tanto, no se me considera una compañía interesante. Además, no he visto a nadie poner mucho empeño en obtener mi mano, de todas maneras. No tengo dote ni cosa alguna para aportar a un matrimonio. Estoy acostumbrada a hacer mi voluntad. Tengo un montón de defectos: soy mandona, loca, descarada e imprudente. ¿Qué hombre aceptaría eso en una esposa?

—Pero usted es muy hermosa. Y un hombre podría olvidar todos sus defectos solo por tenerla.

Ana sintió que sus mejillas comenzaban a arder bajo el calor del rubor. Desvió la vista una vez más. Él frunció ligeramente el ceño, al parecer, disgustado consigo mismo por haber dicho aquello en voz alta. Se puso de pie también.

—Creo que debería regresar a casa, señorita Ana. En Los Ceibos estarán preocupados por usted. Puedo acompañarla, si gusta, pero solo la retrasaría con mi pierna como está.

Ella lo miró a los ojos.

—Curuzú, ¿sabe por qué no me he casado realmente?

Por un instante, se sintió como antes, como Ana de los Montes, como aquella niña que no temía decir lo que pensaba y expresar sus sentimientos libremente.

—Porque lo esperaba a usted. —A pesar del rubor, del corazón desbocado, de la respiración agitada, por primera vez en mucho tiempo se sintió ella misma: osada, valiente, libre—. Porque jamás pude olvidarlo, ni quise hacerlo. Porque lo quiero con todo mi corazón. No diga nada, no necesita hacerlo. Solo quería que lo supiera, porque no pienso disimular mis sentimientos, ni hacerle creer que solo lo aprecio como un amigo, qué digo, un hermano. Sepa que yo no fingiré no sentir nada por usted. Por su parte, Antonio —dijo y le sonrió con descaro—, ya no podrá fingir no haberse dado cuenta de lo que siento por usted.

Capítulo 11

Dos semanas después, la bruma que había cubierto las ondulantes colinas del Pay Ubre en la madrugada había llegado hasta Los Ceibos por la mañana. Bajo la débil luminosidad del día, se arrastraba lentamente hacia el potrero formando delicados y sinuosos torbellinos grises sobre la hierba. Ana se arrebujó en su chal, alisó los pliegues del vestido y se acercó al palenque con seguridad. Ignoró al frío que insistía en aferrársele a las piernas, por debajo de la falda.

—Pronto deberían terminar las heladas —comentó de buen humor.

—Eso dicen los lapachos —dijo Eusebio Ramírez—. Ya están floreciendo, sabe usted. Cuando eso sucede, seguro que se va el frío.

Ana asintió. Se volvió hacia el potro embozalado que estaba atado al palenque. Comenzó a acariciarlo. Luego, a cepillarlo bajo la mirada atenta del peón. Tenía la impresión de que su tío no confiaba en su destreza para domar a los caballos, que había ordenado a Eusebio que se mantuviera cerca, precisamente para que le indicara qué hacer en todo momento. El hecho de que él pareciera disfrutar de ese trabajo estaba comenzando a irritarle los nervios.

—Tenga cuidado, señorita —indicó Eusebio por enésima vez en una hora.

—Lo tengo.

El peón se llevó una brizna de pasto a la boca y la chupó, pensativo.

—Este *kavaju ra'y*, caballo mañoso, está pensando en patear, lo veo en sus ojos. —Hizo una mueca cuando el animal intentó morderlo—. *Ñaña, ñaña*. Muy malo.

Ana sonrió.

—Está bien, Eusebio. Ya se amansará.

—¿Piensa pasearlo después?

—Sí.

—¿Está segura de que puede hacerlo sola?

—Sí, Eusebio.

—Mire que este es traicionero.

—Eusebio, no se preocupe por mí.

—No, si no me preocupo.

Ella apretó los dientes.

—Ya puede irse a terminar con sus labores. Yo me encargaré sola de este potro a partir de ahora.

—No, señorita, aquí me quedo.

—¿Perdón?

—No tiene que disculparse conmigo, solo cumplo órdenes.

—No estaba disculpándome con usted. Ahora, váyase.

—No —sonrió el peón de buen talante, masticando su brizna con desparpajo—. El patrón dijo que la vigilara a usted de cerca, y eso es lo que pienso hacer.

Antonio sonrió cuando leyó en el rostro de Ana la furia. La vio contenerse, sin embargo, y volverse hacia el caballo con los labios apretados. Se dedicó a cepillar al animal vigorosamente, murmurando en guaraní lo que pensaba de Eusebio y de las órdenes de don Rosendo. Antonio la observaba con atención. Adivinaba el enojo en su expresión de niña. Se dio cuenta de que la conocía de una manera tan profunda y completa, que no había manera de que ella pudiera ocultarle alguna vez sus sentimientos. Sabía cuándo estaba enojada o contenta, aburrida o cansada.

—¡Curuzú, le estoy hablando, chamigo! —La voz de Herminio lo arrancó bruscamente de sus pensamientos—. Hágame caso, pues. No está bien que se quede mirando para otro lado como si tal cosa.

Antonio apartó los ojos de Ana.

—¿Decía usted?

—Le estaba diciendo que usted tuvo mucha suerte de que el patrón decidiera darle un trabajo, a pesar de su pierna. Y que puede contar conmigo para lo que necesite. Yo siempre ando por aquí y puedo echarle una manito cuando quiera.

—Sí, esa parte la escuché, Herminio. Se lo agradezco.

—Bueno, no me agradezca nada todavía, porque hay algo que quiero decirle y, después de que se lo diga, seguro que se molesta. Algunas cosas hay que hablarlas, ¿entiende?

Asintió.

—Para empezar, le diré que me parece que no le gustó nada a don Rosendo encontrarlo aquí sin que él lo haya contratado. ¡Ya sabe cómo quiere el patrón que se le pida permiso para todo, hasta para ir a mear! Imagínese nomás el disgusto que habrá sentido al descubrir que la señorita Ana decidió ofrecerle un empleo sin consultarlo; aún así, se comportó muy bien con usted, ¿verdad?

Antonio asintió sin saber exactamente a dónde quería llegar Herminio. Pero tenía razón, reconoció para sí. Don Rosendo se había comportado muy bien con él, a pesar de las circunstancias. Se perdió en el recuerdo, en especial cuando, después de que el estanciero se hubiera encabritado porque nadie le había avisado de la presencia de Antonio, Ana le había dicho: “Mi tío ladra, pero no muerde”.

—¡Otra vez en las nubes! —exclamó Herminio, irritado—. ¡Ya quédese conmigo de una vez, caramba! Está comenzando a enojarme.

Curuzú hizo un gesto con la mano. Herminio lo miró un momento en silencio y luego suspiró.

—Usted anda muy ido, últimamente —comentó—. Es de eso de lo que quería hablarle precisamente: de la manera en que se pone cada vez que está cerca la señorita Ana.

—Herminio, aprecio su preocupación, pero le aseguro que puedo ocuparme de mis asuntos sin usted.

—No se me retobe. Lo único que le digo es que tenga cuidado. Porque la mira como a una mujer. Y sabe perfectamente que no es para usted. No digo que esté mal, porque usted es hombre y tiene ojos para ver; tampoco que no sea correcto, porque es una hembra adulta y sin compromisos. Sí quiero advertirle que usted ya sabe lo que es mirar muy alto, así que no repita el mismo error.

—No hacer falta que me diga nada. Yo sé que no tengo nada que ofrecerle, yo sé que ella me seguiría si se lo pidiera y que no puedo pedirselo. Que no voy a arrastrarla a la miseria de una vida conmigo. Eso no hace que ella deje de ser mi Ana de los Montes.

—No la llame así, porque creerá que puede tenerla. Ella no es su Ana de los Montes, es Ana María Igarzábal, sobrina del patrón de Los Ceibos.

—Vaya a trabajar de una vez. Que el patrón no le paga por meter sus narices en los asuntos de los demás.

—No se enoje —sonrió Herminio—. Yo nomás decía.

*

El cielo se veía intensamente azul bajo el fulgor platinado de la luna llena. Las verdes colinas que rodeaban la dehesa parecían mecerse con suavidad bajo la casi imperceptible caricia de la brisa que provenía del sur. Hacía frío. Nadie se quejaría de ello esa noche. Ana se arrebujó en la mantilla que llevaba sobre los hombros. Siguió el sinuoso sendero de tierra que conducía hasta el rancho de Eusebio Ramírez. Llevaba colgado de una de las manos un enorme cesto repleto de comida. A los lados del camino se alzaban amenazantes en la penumbra, entre los pastizales, las siluetas de espinos, algarrobillos, palmeras.

Cuando llegó a un recodo del sendero, sonrió al escuchar las voces que, de pronto, parecían impregnar el aire de algarabía. Apresuró los pasos después de rodear un cúmulo de jacarandáes que se cernían sobre el camino. Ana se encontró con la mayoría de los peones y aparceros que trabajaban en Los Ceibos reunidos alrededor de un fogón junto a las mujeres e hijos. Festejaban el nacimiento del tercer hijo de Eusebio.

Ella acostumbraba a concurrir a esos festejos desde que era una niña. Siempre disfrutaba plenamente de aquellas veladas de asado, guitarras, payadas y mate. Compartía con los jornaleros y sus familias las bromas, las risas y las anécdotas de la vida rural. A don Rosendo esas veladas lo tenían sin cuidado. Jamás asistía a ninguna. No le agradaba que ella se relacionara tan abiertamente con los peones y mucho menos con sus familias, pero, como no tenía la menor idea de cómo mantener a su sobrina lejos de los jornaleros, prefería cerrar la boca y no decir nada.

Ana sonrió mientras se acercaba al fogón.

—¡Señorita Ana, sabía que vendría usted! —la saludó Fermina, haciéndole señas desde su lugar frente al fuego. Tenía sobre las rodillas a un niño pequeño, de poco más de dos años, mientras bebía un vaso de vino.

—Me encantan estas noches de fogón —comentó Ana. Se sentó junto a la anciana. Saludó cortésmente a todos los hombres y mujeres que conocía. Luego le sonrió a un joven arriero que se acercó a ella con un trozo de carne clavado en la punta de un cuchillo—. ¿Para mí?

—¡Claro, señorita! ¿Para quién más? Fermina ya comió —sonrió el joven, de buen humor—. Vamos, pruebe, a ver qué le parece.

Ana aceptó el cuchillo. Se llevó la carne a la boca.

—*Hevé*. Esto está delicioso —dijo con obvio placer—. Muy, muy rico.

—¿Vio que sí?

—Señorita —dijo Fermina—, yo siempre le dije que Eusebio puede ser insoportable y arisco como un gato del monte, pero sabe cómo hacer un asado.

Ana asintió. Observó a su alrededor con interés, preguntándose si Antonio llegaría en algún momento de la noche, o si habría decidido no asistir. Cuando le había preguntado si lo vería en el rancho de Eusebio, la había mirado de una manera muy extraña. Le había dicho que lo pensaría.

—¡Señorita Ana, mire lo que conseguí! —anunció Herminio. La arrancó de sus pensamientos—. ¡Mire nomás qué linda vihuela!

Ana pestañeó, atónita. María lo seguía de cerca con expresión abatida. La saludó con un gesto y una sonrisa. Luego se acomodó en un banco con el enorme vientre cubierto por una abrigada mantilla de lana.

—Le dije que dejara eso en casa —dijo con un mohín.

—No chille, mi reina —le sonrió Herminio—. Seguro que quiere escucharme cantar algo para usted.

—Oh, por Dios —susurró María, fingiendo horror—. Señorita, no lo permita o sangrarán sus oídos.

—Sé hacerlo muy bien —continuó Herminio como si su esposa no hubiera hablado. Tendió la guitarra hacia Ana—. ¿No quiere intentarlo? Recuerdo que le enseñé a tocar la vihuela cuando todavía era una cría. Y no lo hacía mal.

Ana meneó la cabeza. Aceptó de Fermina un vaso de vino.

—No, gracias, Herminio, eso es algo que le dejo a usted y a los hombres —dijo.

—¿Por qué?

—Tengo muchos talentos, pero sé reconocer que uno de ellos no es precisamente tocar la guitarra.

—Eso dice usted. Como quiera, yo nomás le digo que, si no practica, se le olvidarán las payadas que le enseñé —insistió, resuelto.

—No se preocupe por eso. Practicaré, lo prometo.

Herminio ocupó un lugar junto al fuego. Recibió de su esposa un trozo de carne ensartado en la punta del cuchillo. El asado se veía jugoso y tierno, pero aun más exquisitos parecían los bocadillos dulces que habían preparado las mujeres. Cuando una de las hijas de Fermina le ofreció un pastelillo de batata, Ana tendió la mano y lo probó con una ancha sonrisa en los labios.

—Mi tío no sabe de lo que se pierde —dijo entre bocado y bocado—. Esto le encantaría.

—Sin duda alguna. Al patrón le gustan las cosas dulces.

—¿Verdad que sí? El finge que no, pero a veces le veo comer los pastelillos de María como si no fuera a probar bocado nunca más.

—Ah, mire nomás quién decidió unirse a nosotros —anunció Fermina con una sonrisa—. Creí que no llegaría nunca.

—¿Quién?

—¡Antonio Gil! —exclamó la mujer, impaciente—. Dijo que prefería quedarse en el rancho y descansar, pero veo que decidió venirse hasta aquí nomás.

Ana alzó la mirada. A través de las llamas danzantes del fuego que chisporroteaba alegremente, vio a Antonio acercarse con lentitud al gentío acompañado por uno de los perros de la curandera. El animal saltaba a su alrededor con gran entusiasmo mientras él observaba a la multitud con atención, como si estuviera buscando algo o a alguien. Ana tomó aire. “Ha venido”, pensó. “Vino por mí. Porque se lo pedí.”

Antonio vestía con sencillez, con ropa que Herminio le había regalado unos días atrás después de caer en la cuenta de que su amigo no tenía otra cosa para vestir que su bombacha de trabajo. “Se ve muy bien, pensó Ana, aún con ese aspecto de rufián.” Si bien se había afeitado la barba, todavía conservaba el bigote y los cabellos largos hasta por debajo de los hombros, detalles que conferían a su rostro cierto aire amenazador. La joven se llevó

una mano al pecho cuando el corazón comenzó a latirle desbocado. Ansiosa por hablarle, comenzó a incorporarse, pero Fermina tiró de su manga con determinación y la obligó a sentarse.

—Quédese quieta, m' hija —dijo en voz baja, de modo que solo ella pudiera escuchar sus palabras—. Curuzú es hombre y, como todos los hombres, puede asustarse si una le va detrás.

—Yo no le iba detrás.

—No intente mentirme, que ya soy vieja. Ahora cállese y deje que venga solito hacia usted. Confíe en mí, niña: cuando un hombre como él está bien encaprichado por una guaina, nada lo detiene.

Ana sonrió. No le molestaba la impertinencia de la anciana.

Antonio se detuvo un instante. Luego avanzó hacia ella con los ojos fijos en el rostro de la joven sin revelar de ninguna manera sus pensamientos. Saludó con una vaga sonrisa a todos aquellos que se le cruzaban en el camino o le palmeaban la espalda, contentos de tenerlo otra vez en Los Ceibos. Fue hasta Ana. Luego de saludarla con la debida cortesía para beneficio de aquellos que los observaban, buscó su mirada y le frunció el ceño.

—Al menos pensé que tendría usted el buen tino de hacerse acompañar por su tío.

—Curuzú, ¿acaso está regañándome por haber venido aquí sola? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Cómo se atreve?

—Sí, ¿cómo se atreve? —intervino Fermina con los ojos chispeantes de diversión—. La señorita Ana es la patroncita y puede hacer lo que se le venga en gana cómo y cuándo quiera.

—Es muy tarde para andar por aquí, lejos de su casa, señorita —dijo—. Y sin la compañía de su tío además. Es peligroso.

—Conozco estas tierras como la palma de mi mano, Antonio; jamás podría sucederme nada malo. Además, a mi tío no le gustan estas cosas.

—¿Volverá sola?

—Sí. —Ana se echó a reír al ver su expresión contrariada—. ¡No me diga que ha venido hasta aquí para asegurarse de que llegue bien a mi casa, que no está más de un kilómetro y medio!

—Pues sí. No me gusta que ande sola; menos a estas horas de la noche.

—Le agradezco su preocupación —musitó ella con dulzura—. Pero no es necesaria. Sé cuidarme sola. Mire esto —dijo ella. Sacó de entre los pliegues de su mantilla un cuchillo no más grande que su mano—. Me lo compró mi tío en el invierno después de que viéramos en el camino a la ciudad a un par de soldados que, de seguro, eran desertores. Pensó que, como no podía mantenerme apartada de los montes, le convenía regalarme uno de estos.

Antonio la miró en silencio un momento, incrédulo. Atinó a quitárselo para protegerla.

—Cálmese, Curuzú —intervino Fermina de buen humor—. En mis tiempos, yo manejaba uno de esos tan bien como un hombre.

Antonio hizo una mueca. Vio cómo Ana ocultaba el cuchillo una vez más entre los pliegues de la mantilla, debajo de la faja del vestido.

—Me alegro de que haya venido, Curuzú —dijo entonces con una sonrisa tierna en los labios—. Lo habríamos extrañado.

—Por supuesto que sí —añadió Fermina—. No es bueno que un muchacho tan joven como usted se quede solo encerrado en el rancho cuando hace una noche tan linda; y menos aun cuando estamos todos aquí reunidos.

—¿Antonio? ¿Quiere comer algo? —lo invitó María, tendiéndole un trozo de carne—. Eusebio se encargó de preparar esto más temprano. Ya está a punto, como a usted le gusta.

Antonio aceptó. Observó el vientre hinchado de la muchacha.

—¿Para cuándo nace su crío, María? —preguntó.

—En dos meses. —Se recostó contra su marido y se acarició el vientre por encima de la mantilla—. Yo deseaba que fuera una niña, pero Fermina me dijo que, por el tamaño de mis tripas, será un varón.

—Un varón muy sano —dijo Herminio con afecto. Rodeó los hombros de su esposa con un brazo, acercándola a él—. Pero todo lo que quiero es que sea sano y fuerte como yo.

Antonio esbozó una sonrisa. Volvió sus ojos al fuego.

—Lo será, Herminio. Será igual a usted. No se preocupe, ese crío crecerá en los montes, fuerte como todos los hombres de la tierra.

Herminio alzó una ceja, divertido.

—¿Y cómo sabe usted eso?

—Lo soñé.

—¡Lo soñó! ¿Y cómo es eso?

—Últimamente a veces escucho a *Ñandejára* en mis sueños, aunque muy pocas veces recuerdo lo que dice.

Fermina se santiguó.

—Preste atención a sus sueños y trate de recordar, Curuzú, porque, a veces, *Ñandejára* quiere hablarnos a través de ellos. Mire, esta noche, antes de irse a dormir, le prepararé una infusión de tilo para tranquilizar su espíritu. Luego irá a descansar tan calmado como un bebé. Entonces soñará y, por la mañana, si recuerda algo de lo que soñó, me contará si Nuestro Señor le dijo algo.

—Sí, Fermina. Como usted quiera.

—No me sorprende que *Ñandejára* le hable en sueños, Antonio —comentó María—. Seguro Él le quiere. Cree que usted puede ayudarlo a hacer el bien aquí, entre nosotros.

—Curuzú, ¿se siente bien? —preguntó Ana por lo bajo, de modo que solo él pudiera escuchar sus palabras. Lo sentía distante, con los ojos fijos en las llamas que crepitaban entre los leños una y otra vez en un baile interminable.

—Sí, por supuesto. Estoy un poco preocupado nomás.

—¿Por qué?

—En mi sueño, *Ñandejára* me advirtió que tuviese cuidado, que iban a querer obligarme a matar otra vez. Yo no quiero hacerlo.

—¿Quiénes querrían obligarlo a hacer tal cosa?

—No sé, pero no quiero volver a matar.

—Y no lo va a hacer —dijo ella. Apoyó una mano sobre la de él—. Nadie le obligará a nada, ya lo verá. Solo fue un sueño. Anda muy cansado. Con el tiempo, dejará de tener esos sueños y se sentirá mejor, ya lo verá.

Le agradeció. Después de un momento, se volvió hacia Herminio para comentar con él los últimos sucesos del día, como la parición en el campo de una oveja, el asedio de los cuervos a una vaca enferma que habían hallado los troperos a la orilla de la laguna y, finalmente, el nacimiento del hijo de Eusebio, cosa que lo mantendría de buen humor unos días. Hablaron del que

acababa de ser padre. De cómo la cuidaba a Ana, que se sentía agobiada. Antonio dijo que solo por el hecho de cuidarla, ya le caía mejor Eusebio. Ella se ruborizó y desvió la mirada.

—Señorita Ana, ¿regresará sola a su casa? —preguntó Antonio.

—Sí.

—Bueno, ya no. Es peligroso. Yo la acompañaré.

—¿En serio? ¿Me protegerá de las lechuzas y los ratones que pueda encontrar en el camino? ¿Y si nos topamos con un tatú? ¿Qué hará usted para protegerme? ¡Imagínese que nos encontremos con un murciélago!

—Es suficiente —dijo—. No se burle de mí.

—No me burlo. Me gusta que quiera acompañarme a mi casa, pero no sus motivos. Ya le dije que puedo cuidarme sola.

—Y sí puede —aseguró Herminio—. Déjela en paz, hombre.

—Usted no se meta. —Antonio tomó aire—. Además, necesito hablar con usted.

—¿De qué quiere hablar con la patroncita, m' hijo? —preguntó Fermina, curiosa.

—De una cosa nomás.

Herminio puso frente a los ojos de Antonio la guitarra.

—Tóquela, chamigo —invitó—. ¿O ya olvidó cómo hacerlo?

—Por supuesto que me acuerdo.

Ana lo animó a que cantara. Él no quiso ya pensar que no había dejado de mirarla, que ahora era una mujer ante sus ojos. No quería saberla mujer, porque eso implicaba sincerarse consigo mismo, verla como un hombre. Comenzó a cantar.

*Atención, y presten sus oídos
al cuento del zorro y la flor
para que nunca olviden
cuánto puede doler el amor
si el corazón no sabe
elegir bien a su domador.*

De la flor más bella,

*se enamoró un día el zorro,
y fue tanto lo que la quiso,
que a sus pies absorto
pronto se convirtió,
esa bestia en tordo.*

*Cantaba y lloraba su amor
y todas sus desventuras
por amar a aquella flor
tan blanca en su hermosura.*

*El zorro por ella cantaba
en las noches de luna
“nacé para conocerla,
para amarla y por usted
morir, criatura”.*

*“Sueño con besarla”,
decía “sueño con quererla”
y lloraba porque sabía
que nunca podría tenerla.*

*Porque el zorro y la flor
son de distinta ralea
y ella querrá algún día,
más que un zorro,
la púa de una abeja.*

*Y es por eso, señores,
que al amar no se debe
fijar uno en las blancas
y bellas flores del campo,
porque, como el zorro,
terminaremos llorando*

solos y abandonados.

Antonio tocó un ligero floreo. Estallaron los aplausos. Ana lo observaba pensativa con el rostro ladeado. Cuando él la miró, ella curvó sus labios en una sonrisa.

—Muy bonito —dijo.

—Gracias.

Devolvió la guitarra a Herminio, que comenzó a recitar sus payadas a pesar de las protestas de su mujer. Antonio buscó a Ana con la mirada.

—Déjeme acompañarla hasta su casa. Necesito hablar con usted.

Escucharon a Herminio, divertidos por lo que payaba, divertidos por las muecas de desaprobación de María. Casi en un susurro, Antonio le dijo: —Señorita Ana, tiene usted razón.

—¿En qué?

—En que debo dejar de fingir —dijo—. Y hablar con usted sobre lo que sentimos el uno por el otro.

*

Esa noche, poco antes del amanecer, Ana abrió la puerta de la casa y la cerró suavemente tras ella. Casi de puntillas por temor a despertar a su tío, se deslizó silenciosamente sobre la alfombra que adornaba gran parte de la estancia. Se dirigió hacia la biblioteca seguida de cerca por Antonio. Con las emociones a flor de piel, empujó las altas puertas dobles y, ya dentro de la estancia, encendió una vela. Se estremeció de frío cuando una corriente que parecía provenir del pasillo llegó hasta ella. Se arrebujó en la mantilla que le cubría los hombros. Debajo, el vestido apenas lograba protegerla del aire helado del amanecer. Ana dejó la vela sobre una delicada fuente de plata sobre la mesa. Se restregó las manos una contra la otra intentando calentar su piel. Aunque en el día hiciera muchísimo calor, pensó, de noche todavía se sentía el frío del sur. Con las manos hundidas entre los pliegues de la mantilla, observó la habitación con ojos entornados. Intentaba distinguir algo en la penumbra. La llama de la vela comenzaba a cobrar fuerza. Ese lugar le gustaba: allí ella estudiaba los libros de la estancia por la tarde. Unas rosas

imposiblemente blancas adornaban el alféizar de la ventana. La luz de la luna se reflejaba sobre la lustrosa superficie del escritorio, una antigua monstruosidad del siglo xviii. Era un mueble enorme, negro, adornado con intrincados arabescos a lo largo de las patas en forma de garras. Se volvió y miró a Antonio con las manos unidas frente al estómago, la expresión serena y los labios curvados en una sonrisa. Él estaba de pie entre las sombras. La observaba en silencio. Ana suspiró.

—¿Por qué sonrías? —preguntó él.

—Por nada, en realidad, tonterías mías —respondió la joven en voz baja.

Fue hasta el umbral. Cerró las puertas de la biblioteca. Buscó una mayor intimidad. Antonio la miraba pensativo con las pestañas velando la expresión de sus ojos. Todavía riendo entre dientes, la joven se volvió hacia él. Al hacerlo, su pie tropezó con un pliegue de la alfombra y perdió el equilibrio. Intentó aferrarse al respaldo de una silla, pero no logró hacerlo a tiempo. Soltó un jadeo cuando creyó que caería.

—Tranquila. —La atrapó a tiempo. Le rodeó el talle con las manos enormes—. No la dejaré caer. ¿Se encuentra usted bien?

—Sí.

—Debería tener más cuidado.

—Bueno, fue solo un tropiezo.

—¿Por qué está tan nerviosa?

—Porque estamos solos, aquí, en la casa, los dos, a oscuras.

—Podemos ir a la galería si quiere.

—No, aquí estoy bien.

Él asintió. Después de un instante, apoyó las manos sobre los brazos de un sillón, de pronto tenso, de espaldas a los ventanales, a pocos pasos de distancia de la joven.

—Necesito sentarme.

—¿Se siente bien?

Antonio recostó la cabeza sobre el respaldo. Cerró los ojos un momento. Había un rictus de dolor en su rostro. Se restregaba los dedos lentamente sobre el muslo.

—Me vendría bien un vaso de ginebra. ¿Tiene un poco?

Ella hizo una mueca. Fue hasta un pequeño armario que se encontraba en una esquina de la biblioteca. Lo abrió. Se inclinó. Buscó algo en su interior. Sacó una botella. Sirvió una medida en un vaso. Se lo entregó. Él agradeció.

—¿Le duele mucho?

—A veces sí. Esta noche un poco más de lo habitual.

Ella se mordió el labio inferior. Se sentía culpable.

—Debió habérmelo dicho, Curuzú.

—Señorita, si cree que algo como esto iba a impedirme acompañarla a su casa, está muy equivocada. —Se había golpeado el muslo para ejemplificar a qué se refería—. Jamás la habría dejado caminar hasta aquí sola. Mucho menos atravesando la dehesa.

—Antonio, no exagere.

—No exagero. Es peligroso. —Hizo una pausa para beber sin apartar los ojos de la joven—. No ponga esa cara; no es su culpa. A veces duele. Eso es todo.

—Curuzú, déjeme ayudarlo.

Antonio la miró un momento en silencio. Luego le hizo un gesto para que se acercara.

—Olvídese de mi pierna. El dolor pasará, siempre pasa —dijo.

Extendió la mano y le rozó con suavidad la mejilla con la punta de los dedos. Ana tomó la mano que la había acariciado. La llevó hacia sus labios.

—Dígame la razón por la que fue esta noche al fogón. Sé que a veces va, pero no siempre. Ciertamente no cuando hace frío. Dígamelo, y tal vez encuentre algo de paz mental para mí.

—¿Paz mental?

—Por supuesto. Me altera los nervios imaginarla deambulando sola por los montes en la oscuridad. La guerra aún no ha terminado. Podría usted encontrarse con algún indeseable. Sé que usted se cree capaz de hacer cualquier cosa, incluso de defenderse del ataque de un hombre con ese ridículo cuchillito que lleva en la faja. Le aseguro que no es fácil luchar contra un hombre. Mucho más difícil es matar a uno. Si no escucha a su tío, que seguramente le ha advertido lo mismo durante años, al menos espero que me escuche a mí, porque no quiero que le pase nada malo. No podría soportarlo, ¿entiende?

Ella sonrió, enternecida.

—Usted me quiere. No puede negarlo.

—No quiero que se haga daño. ¿Comprende?

—Entiendo.

Antonio abrió los ojos lentamente. La miró sin expresión alguna en la mirada. Los dedos se habían contraído sobre la pierna. Arrugaban con fuerza la tela de los pantalones.

—¿Me alcanzaría otro vaso de ginebra? —preguntó por lo bajo.

Ella advirtió en el tono de la voz la inconfundible aspereza del dolor reprimido. Le sirvió la bebida. Le alcanzó el vaso. Los dedos de él, fríos, grandes y poderosos, rozaron apenas los de la muchacha. Tan leve contacto fue suficiente para que el corazón de la joven comenzara a latir con desusada violencia.

—Sé que no le gusta que beba, pero es lo único que me ayuda a calmar el dolor.

—¿Puedo hacer algo más por usted, Curuzú? —preguntó ella con ternura, como si eso pudiera calmar sus emociones.

—No, gracias.

Ana se había arrodillado a su lado, sobre la alfombra.

—¿Qué hace?

—Intento ayudarlo —respondió, razonable.

—Levántese.

Ella no dijo nada. Apoyó los dedos sobre la pierna de Curuzú. Deslizó las manos en lentos masajes sobre los músculos.

—¿Así está mejor? Se me dan bien los masajes, ¿sabe? A veces, he tenido que ayudar a alguna dama anciana. —Ella estaba muy colorada—. ¿Mejor? ¿Antonio?

Él no respondió. Entonces Ana levantó los ojos lentamente. Se encontró con una mirada oscura, tormentosa, ardiente. El rostro, todo ángulos y planos severos, mostraba una expresión tensa.

—¿Antonio? —repitió la joven. Se humedeció los labios con la punta de la lengua—. ¿Sucede algo?

Él respiró profundamente. Antes de que Ana pudiera adivinar sus intenciones, él le cerró los dedos sobre la nuca. La atrajo violentamente hacia él.

Ana cerró los ojos. Subyugada, se preparó para experimentar el beso que vendría. Con el corazón desbocado, con las mejillas ardientes, esperó. Nada. Después de un momento, levantó las pestañas y lo miró.

Él esbozó una débil sonrisa.

—Usted debería ir a la cama. Y yo, volver para el rancho de Fermina. Ya es muy tarde. No quiero que su tío despierte y nos encuentre aquí a solas. No es correcto.

—Pero usted quería decirme algo...

Él se puso de pie.

—Sí, quería, pero quizá no fue buena idea acompañarla hasta acá, porque no puedo hablarle si usted me mira así. Menos aun si me toca como lo estaba haciendo.

—Antonio, yo lo quiero —musitó ella.

—No me diga eso.

—¿Por qué no?

—Porque usted no sabe, no puede comprender lo que siento cada vez que lo dice.

Ana levantó el rostro hacia él, orgullosa, aunque los dedos se crisparon contra la tela de la mantilla.

—Lo amo.

Él, simplemente, la miró en silencio. Sintió el deseo en las venas, que le calentaba la sangre, que le desgarraba las entrañas. La deseaba. Con fiereza, salvajemente. Ella lo observaba con las mejillas arboladas, los labios apretados, el mentón elevado, tensa, orgullosa, expectante.

—Váyase a dormir —ordenó Antonio con voz inflexible—. Ahora.

Ana retrocedió una vez más, agitada, cuando la oscuridad en la mirada de Antonio se profundizó.

—No me agrada que me dé órdenes, Curuzú —dijo con dignidad—. No soy una niña pequeña.

—No —musitó él—, es usted una mujer.

Antonio fue hasta ella. La empujó contra la puerta de la biblioteca y la estrechó contra su cuerpo. Ana le rodeó el cuello con las manos. Él la aprisionó con firmeza.

Antonio le rodeó la cintura con un brazo. Envolvió sus cabellos en un puño.

—¿Qué quiere, Ana? ¿Qué quiere de mí?

—Ser suya.

Cuando lo miró con las mejillas ardientes, con la respiración agitada, Antonio aplastó la boca contra la de ella. La besó profundamente. Él la atrajo aun más contra su cuerpo, si tal cosa era posible. Intensificó el beso, obligándola a responder.

La mantilla cayó al suelo en arrugado montón a los pies de Antonio cuando ella gimió suavemente contra sus labios y alzó los brazos para rodearle los hombros. Él sabía a ginebra. Ana hundió los dedos entre los cabellos de Antonio. Se apretó a él. Percibió contra la delgada tela de su vestido, la fuerza y la excitación en el cuerpo masculino. Ana se ruborizó intensamente al sentir que el fuego se extendía sin control alguno por su vientre cuando la inflamada virilidad de Antonio presionó contra ella con largos y lentos movimientos. Ella se aferró a esos hombros anchos. Le clavó las uñas en la espalda. Antonio, sin dejar de explorarle la boca, deslizó las manos por la espalda de la muchacha por la curva suave de las caderas, por las piernas. Con los dedos crispados por la tensión y el deseo, él estrujó la tela del vestido entre las manos. Lo levantó lentamente. Él sonrió y la alzó contra su cuerpo, sosteniéndole los muslos con las manos. Con la espalda contra la puerta, con Antonio que le presionaba contra el vientre la virilidad, Ana olvidó todo vestigio de vergüenza. Ella movió las caderas contra él. Exigía algo que no comprendía, eso que podría calmarle el ardor, la ansiedad.

Un relámpago iluminó bruscamente el pasillo. Un trueno ahogó las palabras de la joven. Él recobró la conciencia de pronto. Con lentitud, apartó los dedos de ella. La dejó en el suelo. Recogió la mantilla.

—Esto es un error —dijo.

—No me importa. Quiero esto. ¡Lo quiero a usted!

Antonio le atrapó el mentón, ese mentón obstinado, altanero, soberbio, orgulloso. La obligó a mirarlo a los ojos. Los de ella estaban llenos de inocente pasión, confianza, luminoso deseo. En cambio, en la mirada de Antonio solo había frialdad, desprecio hacia sí mismo, tormento y oscuridad.

—Es usted una niña para mí —le dijo con helada franqueza—. No puedo tomar lo que me ofrece, señorita Ana. No puedo deshonrarla y tener una aventura con usted. No puede ser mi amante. Le haría daño, y no quiero. La quiero demasiado para eso.

—Quiero ser su amante.

Antonio la soltó casi como si su cercanía le quemara.

—Es suficiente.

—No, no lo es. Yo no soy una dama. O una niña. O la patrona de Los Ceibos. Yo soy su igual, y usted lo sabe.

Antonio sonrió con suavidad.

—Buenas noches, señorita Ana —dijo y se volvió.

Ana llegó entonces hasta la puerta de la biblioteca. Solo por un instante, se volvió y escudriñó la oscuridad con la mirada. Antonio permanecía de pie en el centro de la estancia con una expresión ilegible en el rostro. Intercambiaron una mirada.

—Váyase a dormir —dijo él—. Yo cerraré la puerta.

—Buenas noches.

Capítulo 12

Ana deslizó la mano sobre el morro del caballo. Herminio se apoyó sobre la valla del potrero con expresión preocupada. Hacía un rato que la rondaba como si no se animara a decirle algo. Con el tiempo, a pesar de que era solo un peón, se había transformado en una especie de confidente de la muchacha. Le conocía los estados de ánimo, se animaba a aconsejarla. Ana acarició el pelo de su caballo.

—¿Qué quiere decirme, Herminio? —preguntó ella con una vaga sonrisa en los labios. Intuía que el otro no se animaba a hablarle.

Él suspiró y la miró en silencio un momento con aquella expresión de cautelosa serenidad que lo caracterizaba.

—La veo a usted triste. He vuelto a sentir que se desespera mirando hacia allá, hacia el palmeral, como antes, cuando esperaba ansiosa por el regreso de Curuzú. ¿Qué sucede, señorita Ana? —preguntó en voz baja.

Ella no quiso responder.

—¿No le basta con que Antonio ya esté aquí, donde puede verlo y asegurarse de que está bien, a salvo?

—No, Herminio, no me basta. —Ana golpeó el anca del caballo. Lo observó alejarse al trote hacia una de las esquinas del potrero. El animal se veía saludable y de excelente humor—. Usted sabe lo que siento por él. Porque lo sabe, ¿verdad?

—Sí, señorita.

—Entonces podrá comprenderme: quiero que me corresponda. Ahora que ya está aquí, que pasó el sufrimiento de extrañarlo, quiero estar al lado de él, como su mujer. Usted es amigo de Curuzú, ¿no podría interceder?

—Señorita, me pide mucho. —Hizo una mueca que ella supo interpretar.

—¿Quería usted aconsejarme que me apartara de él? ¿Eso es? Lo suponía. Dígame, Herminio, ¿por qué debería ocultar mis sentimientos y fingir una amistad que en realidad jamás sentí?

—Señorita, no le conviene querer a un hombre de la tierra.

—No importa si me conviene o no. Es así. Le quiero. Desde siempre.

—Señorita Ana, no se vaya a enojar conmigo. Mire, usted tiene que saber que lo que voy a decirle lo diré porque la aprecio a usted mucho. La he cuidado desde que era una chiquitina y andaba a mi alrededor correteando descalza por toda la estancia, así que no me va a negar que la quiero bien.

—No, Herminio, no se lo voy a negar.

—Tiene que entender, niña, que Antonio es un hombre que ha vivido muchas cosas terribles en los últimos años —continuó Herminio con voz queda—. Está cansado de ver cosas que ningún hombre bueno debería ver; mucho más de sentir que se le desgarran el alma por la pena de estar solo, porque lo está, señorita Ana, su Curuzú está muy solo. Cuando un hombre se siente así, desolado, vacío de todo sentimiento, es capaz de aferrarse a alguien como una kuriju a un venado.

—¿Cómo puede decir eso?

—Le digo porque es la pura verdad: si lo obliga a amarla, él se aferrará a usted como esa kuriju. Y ya no la dejará porque será incapaz de vivir sin usted, ¿me entiende?

—No, Herminio, no lo entiendo. ¿Qué quiere decir exactamente?

—Digo que Antonio respirará, soñará y vivirá solo para usted. Así no podrá amar a nadie más. Y, si usted no lo quiere lo suficiente— agregó en voz muy baja—, su desamor lo matará.

Ana se mostró disgustada.

—Yo lo quiero —aseguró—. Si él me permitiera amarlo, jamás lo dejaría.

—Lo mismo decía la viuda de Miraflores. Aunque cuando Antonio le dijo que se fuera con él al rancho, le dijo que no. —La voz de Herminio sonaba tranquila en la serena quietud del mediodía. En su tono, sin embargo, vibraba el gélido acero de la amargura—. Seguramente, esa mujer se espantó de la sola idea de vivir lejos de los lujos a los que estaba acostumbrada. Entonces se olvidó de lo que decía sentir por él.

—Ella lo quería —musitó Ana. Recordó la expresión de Estrella la noche de tormenta en que había acudido a ella por ayuda. Evocó las lágrimas de la mujer, la palidez mortal del rostro, los labios temblorosos, los ojos intensos—. Ella lo quería —repitió—. A su manera, pero lo quería.

—Señorita Ana, no se engañe usted. Discúlpeme que le hable francamente, con palabras que una señorita de su clase jamás tendría que escuchar, pero quiero que me entienda: hay una gran diferencia entre el amor y la calentura. Usted a su edad ya debería saberlo, porque es más inteligente que la gran mayoría de las hembras que conozco y es tan astuta como un aguará-guazú. Para mí que lo que sentía esa mujer por Antonio era solo eso: calentura —continuó—. Por eso nunca le dije a nadie que andaba con él; mucho menos fue capaz de irse para su rancho cuando Antonio le pidió que se fuera con él.

—Herminio, esto no es lo mismo.

—Cállese y escúcheme. Él la quiere, como que *Ñandejára* existe, pero, a veces, el amor no es suficiente, ¿comprende? Si usted lo ama tanto como dice, tendrá que estar bien dispuesta a acompañarlo adonde vaya. Más ahora que él no tiene ni un techo sobre su cabeza. Esa no es una decisión sencilla para ninguna mujer, mucho menos para una señorita de su clase, acostumbrada a tener el buche lleno y a dormir sobre almohadas de plumas.

—Yo lo seguiría —aseguró—. Si Antonio me quiere y me pide que lo abandone todo por él, lo haría de inmediato. No me importaría dormir en los montes ni vestir andrajos por el resto de mi vida si él está conmigo. Usted duda de mis sentimientos. Incluso Antonio duda de lo que siento por él. No sé cómo convencerlo de que es real, de que debe confiar en mí.

—No es que no confíe en usted ni que no crea que lo quiere. ¡Si se ve a leguas eso! La verdad es que Curuzú teme hacerle daño. O que usted lo lastime a él.

—¿Cómo podría hacerle daño si le quiero tanto? Sé que Curuzú jamás me lastimaría, ni yo le haría daño de ninguna manera. ¿Cómo puede decirme eso?

—Usted podría hacerle astillas el corazón con solo una lágrima. Bastaría con que usted, ya estando a su lado, se quejara de hambre o de frío, o de extrañar su casa para que él se sintiera morir de angustia por no poder darle todo lo que necesita.

—Eso no sucederá —aseguró—. Si él aceptara hacerme su mujer, jamás saldrá una queja de mis labios. Seré una buena esposa, ya lo verá. Juntos encontraremos un lugar donde vivir, construiremos nuestro rancho y

comenzaremos una nueva vida, lejos de todo lo que podría separarnos.

—¿Ha pensado en lo que dirá su tío de todo esto?

—¡Mi tío no tiene nada que decir en este asunto!

—¡Ah, no me diga! Es su sobrina; y seguramente no querrá verla enredada con un peón de campo. Además es su tutor y el único pariente de sangre que tiene. ¿Cree que se quedaría tranquilo mientras usted corre detrás de un peón como si tal cosa?

—Ya sé que es mi tutor, pero sobre mi vida mando yo. Usted lo sabe.

—Lo sé, porque es usted terca como una mula vieja. Tan terca, que no descansará hasta darle alcance al hombre que quiere. Usted dice que no le importa nada si está al lado de él. Pero lo dice porque no tiene que comer paloma o carpincho porque no hay nada más, porque no se preocupa por los trapos para ponerse porque los consigue cuando quiere, porque no duerme en los montes porque tiene una cama mullida. Si alguna vez eso la acongoja, él sufrirá por usted, por no poder darle lo que merece. ¿No cree que Curuzú ya ha sufrido suficiente? ¿No cree que sería mejor dejarle en paz?

Ana pestañeó rápidamente. Herminio volvía sobre lo mismo. En alguna parte de su interior temía hacerle daño al hombre que amaba. Elevó los ojos al cielo. Intentaba controlar las lágrimas. Lejos, contra el azul violáceo de las nubes de tormenta, un círculo de caranchos se deslizaba hacia el oeste lentamente. Se convenció de que él estaba equivocado.

—Eso no pasará. Yo lo quiero.

—Entonces la kuriju es usted, señorita, porque con tal de tenerlo, no le importará asfixiarlo hasta matarlo.

Ella comenzó a llorar sin poder contener las lágrimas. Herminio se deshizo en disculpas, pero no consiguió calmarla. Ana apretó los labios. Se volvió en el mismo instante en que Antonio llegaba hasta ellos. Él la miró un momento. Luego sus ojos duros se fijaron en Herminio.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Ana se arregló. Contuvo las lágrimas.

—Nada —dijo suavemente.

Ella dio un paso atrás en un vano intento por alejarse de él. Antonio la aferró del brazo para detenerla.

—¡Déjeme ir! —exclamó Ana y sacudió el brazo para apartarse de él.

Cuando Antonio la soltó, recogió la falda con las manos y echó a correr hacia la casa, incapaz de enfrentarse a él.

—No se preocupe por la señorita Ana, chamigo —dijo Herminio con una vaga sonrisa en los labios para aliviar la tensión que había entre ambos—. Es una mujer, y las mujeres lloran todo el tiempo, ¿verdad?

Antonio fue hasta él y lo aferró por el cuello de la camisa.

—¿Qué le dijo usted para hacerla llorar así? —preguntó fríamente.

—Cálmese.

—Usted es mi amigo desde la infancia, pero no voy a permitir que la lastime, ¿me entendió? —Luego, insistió—: ¿qué le dijo?

—La verdad, chamigo —dijo Herminio sin amilanarse—. Que debería dejar de perseguirlo y dejarlo en paz.

—¿Por qué le dijo eso?

—Porque no son del mismo redil y jamás podrían ser felices juntos.

—No se meta en mis asuntos. Si no quiere tener problemas conmigo, cierre el pico y no se meta en donde no lo llaman —advirtió Antonio por lo bajo. Lo soltó—. Yo arreglaré lo que tenga que arreglar con la señorita Ana. Y usted no volverá a decirle nada que pudiera lastimarla, ¿me entendió?

—Sí. —Herminio apretó los labios, disgustado—. Entendí.

*

Poco antes de las once de la noche, Antonio encontró a Ana sentada entre las sombras del salón comedor con una botella de ginebra en una mano y un vaso vacío en la otra. Iluminada por el frágil resplandor de una vela, tenía los ojos fijos en los amplios ventanales que daban al jardín.

—Ana. —Antonio dio un paso hacia ella y se detuvo—, ¿se encuentra bien?

Ella apenas le dirigió una rápida mirada cuando él la contempló en silencio desde el umbral de la puerta. Él observó su perfil. Con creciente preocupación, estudió la expresión sombría de la muchacha, los ojos apesadumbrados, los labios entreabiertos por el llanto silencioso.

—¿Cómo le va, Curuzú? —saludó Ana con voz pastosa. Sonrió e hizo ademán de ofrecerle una silla, pero apenas logró señalar con el dedo algún punto del salón—. ¿No quiere sentarse conmigo?

—No sería correcto.

—Debe de estar cansado. Hubo mucho trabajo en la estancia desde el mediodía cuando empezó a soplar ese viento. Los animales se pusieron nerviosos, ¿verdad?

—Sí, señorita.

—Venga, siéntese conmigo —insistió.

—Su tío no lo aprobaría.

—No se preocupe. Mi tío no está. Fue a una de esas reuniones políticas. —Ana hizo un mohín—. Hablé con él y le dije que no fuera, que los celestes no son de fiar, pero no me hizo caso.

Antonio apoyó un hombro contra la jamba de la puerta.

—¿Qué sucedió con Herminio?

Ana contempló el vaso que sostenía entre los dedos con expresión irritada.

—Déjeme en paz —dijo, y se sirvió una medida de ginebra—. Cambié de opinión: ya no quiero que se sienta conmigo. Ahora quiero que se vaya.

Antonio guardó silencio un momento. Luego fue hasta ella. Le quitó la bebida.

—Devuélvame la. Es mía. Bueno, es de mi tío, pero la tomé prestada por esta noche. Démela.

—No la dejaré seguir bebiendo.

—Solo estoy intentando sentirme mejor. Porque las cosas que me dijo Herminio me hicieron pensar que él tiene toda la razón, ¿sabe, usted?

—No le haga caso. Herminio dice siempre un montón de estupideces.

—Un montón de estupideces, cierto. Pero me hizo pensar: tengo que encontrar la manera de darle caza sin lastimarlo. ¿Comprende?

—Quiere cazarme como a un pobre ciervo —dijo él con una sonrisa incrédula.

Ella asintió enérgicamente.

—Sí, así es. Un ciervo también dijo Herminio. Y ya sé cómo, pero tengo que pensarlo un poco más. Solo que ahora no estoy en condiciones de pensar mucho. Además, quería sentirme mejor. Usted parece sentirse mejor cuando bebe, así que pensé, ¿por qué no? Y aquí estoy. ¿Sabe una cosa?: no lo estoy consiguiendo; sentirme mejor, digo. De hecho, me siento peor. Pésimo.

—No está acostumbrada a beber.

—Es por su culpa —espetó. Luego examinó el vaso con gran interés—. Es todo por su culpa.

—¿Mi culpa? ¿Cómo podría ser yo el culpable de todo esto?

—Sí, es su culpa.

—¿Perdón?

—Acepto sus disculpas —dijo ella, y se echó a reír.

Hubo un momento de silencio. Antonio arrastró una silla hasta ella y se sentó a su lado. Le buscó la mirada. Ella le sonrió entre lágrimas. Él se inclinó. Le levantó el mentón con el dorso de la mano.

—Ya le dije, no le haga caso a Herminio, solo sabe armar líos.

Ella sonrió con dulzura.

—Esta noche le he escuchado llamarme por mi nombre sin el título de “señorita” delante. Eso es bueno. Significa que vamos progresando. —Hizo una larga pausa en la que hablaba para sí con voz muy queda, como si siguiera un razonamiento muy complejo que no podía enunciar, como si rezara un larguísimo rosario. Finalmente, dijo—: Herminio dice que si usted y yo estamos juntos, yo lo haré desdichado. Porque soy una dama. Dijo que usted terminaría odiándome, o yo a usted, ya no me acuerdo. Por el frío y el hambre, ¿entiende? ¡Ah, sí! Dijo que se mataría si yo lo dejaba.

—¿Herminio?

—¡No, usted! —Él sonreía. Ella hizo un puchero—. ¡No se ría de mí! ¿Cómo se atreve? Yo estoy sufriendo por su culpa y usted se ríe. ¿No le parece descortés de su parte? Debería disculparse conmigo otra vez.

—Mis disculpas —dijo él con una jocosa galantería—. ¿Está muy enojada con Herminio?

—¿Y a usted que le parece?

—Creo que está muy enojada, pero debe comprender que las intenciones de ese peón tonto son buenas. Él la quiere mucho. No querría verla desgraciada.

—Dígame, Curuzú: ¿usted está de acuerdo con él? —preguntó—. ¿También cree que le haré desdichado?

—No. Para nada.

—¿Me odiaría si yo lo cazara?

—No importa qué haga usted, con toda seguridad, jamás podría odiarla. Usted es buena.

Ana desvió la mirada hacia la vela un momento. Luego de examinar un momento la titilante llama, volvió los ojos hacia él.

—En realidad, no soy tan buena como usted cree. Porque sé que usted no quiere saber nada conmigo, pero yo le estoy persiguiendo como un sabueso a un zorro, como dijo Herminio. Muy pronto podría convertirme en una kuriju también, porque lo asfixiaré hasta matarlo.

—Ana, usted es encantadora —dijo entre risas.

Ana pestañeó. Pareció reflexionar un minuto. Otra vez el razonamiento silencioso, otra vez el rezo imposible.

—Quiero que me diga la verdad, Curuzú —dijo después de un rato con voz queda—. ¿Es tan imposible amarme?

Antonio se puso de pie. Fue hasta ella. La tomó por el brazo, la volvió hacia él. Entonces la abrazó con ternura. Hundió los labios entre los cabellos. Cerró los ojos un momento. Sintió la tibieza del cuerpo de la mujer.

—No, no es difícil amarla —respondió él finalmente, en voz muy baja—. Es condenadamente sencillo hacerlo.

Antonio tomó su rostro entre las manos. La obligó a mirarlo a los ojos.

—Ya la quiero, Ana —confesó. Pero por eso mismo no puedo tocarla. No quiero hacerle daño. ¿Qué clase de vida podría ofrecerle?

La joven se apartó de él bruscamente, ceñuda.

—¡Ah, usted también con esas tonterías! ¿Acaso acordó con Herminio arruinarme el día? —se quejó—. Le aseguro que yo podría vivir muy feliz como una campesina. ¡Y sabría tomarle el gusto a las víboras si quisiera!

—Ha bebido mucho.

Ella cerró los ojos un momento.

—Creo que voy a vomitar.

Palideció. Antonio fue hasta ella entre risas. Le apartó los cabellos de la cara. Con profundas arcadas, Ana vació su estómago sobre la costosa alfombra que adornaba el salón comedor de la casa. Antonio se inclinó. Le limpió las lágrimas y los labios con el pañuelo.

—¿Está bien?

—La alfombra. La arruiné.

—Es solo una alfombra —murmuró él con ternura—. No llore.

—¡Pero era tan bonita! —exclamó—. Mi tío me matará.

—Su tío puede permitirse comprar otro tapete. Le aseguro que no la matará, al menos no por eso.

Ella hipó. Volvió a sumirse en un soliloquio en voz baja. Habló como si hubiera comprendido una revelación:

—Si yo fuera una nadie, una simple Ana, Ana de los Montes, como me dice usted, ¿me convertiría en su mujer entonces?

Antonio no lo dudó.

—Sí, Ana, sería mi mujer.

Ella lo miraba a los ojos con expresión pensativa. Él le pidió:

—Prométame que no volverá a llorar por mí —dijo.

—Su Ana de los Montes se lo promete, Antonio —dijo—. Ana de los Montes es valiente, fuerte, decidida y está dispuesta a hacer cualquier cosa por el hombre que quiere, incluso jurarle que no volverá a llorar por usted. ¿Está bien?

—Está muy bien, señorita.

—Me gusta más cuando me llama por mi nombre. —Ana suspiró. Entornó los ojos cuando, una vez más, las paredes comenzaron a danzar en un lento vaivén alrededor de sus ojos—. ¿Podría llevarme hasta mi alcoba? No me siento muy bien.

Ana se acurrucó contra él. Cerró los ojos.

—No me gusta beber —musitó—. No me obligue a hacerlo otra vez.

Antonio apoyó los labios entre los cabellos de la joven.

—Está bien.

—Todo esto es por su culpa, porque lo quiero tanto —masculló ella con un bostezo.

Después de un instante de silencio, Antonio la besó con suavidad.

—Descanse.

Ana dormía profundamente entre sus brazos.

Capítulo 13

El coronel Juan de la Cruz Salazar observó la pulpería de don Goyo con los ojos entornados y la expresión pétrea mientras detenía al caballo junto al palenque de la puerta. El lugar parecía estar casi vacío, quizá debido al frío que había descendido sobre el Pay Ubre unos días atrás después de la última tormenta que había azotado la región. El coronel sabía que el hombre a quien buscaba estaba allí dentro. Bajo la débil luz de un candil que colgaba de un gancho en la pared, desmontó. Ató las riendas del alazán con movimientos rápidos y expertos. Se arrebujó en el abrigo cuando una ráfaga de aire lo obligó a respirar escarcha. Echó una rápida mirada hacia el horizonte. Se preguntó vagamente cuándo desaparecerían por fin esos extraños días de frío. Poco faltaba para el amanecer, pero no había en el firmamento la más ligera luminosidad que presagiara el nacimiento del nuevo día. El cielo estaba muy oscuro, salpicado por interminables racimos de estrellas, una estela de luces que se perdía a lo lejos, detrás de las oscuras siluetas de los árboles. Juan de la Cruz caminó hasta la puerta del edificio de ladrillos y techo de madera que tan poco concurrido se encontraba en ese momento. Se detuvo en el umbral sin expresión alguna en el rostro. Observó el interior del recinto en silencio, hasta que finalmente divisó entre un grupo de peones a aquel a quien buscaba. “Antonio Gil”, pensó. Una breve sonrisa curvó las comisuras de sus labios. “Finalmente lo encontré.”

Juan de la Cruz era un hombre alto, de poco más de metro setenta, de hombros anchos y torso macizo. Cabellos castaños lisos y lustrosos, pómulos altos, ojos profundamente azules. Con treinta y cinco años ya cumplidos, conservaba en los rasgos la impronta de alguien mucho más joven, la expresión propia de quien está acostumbrado a repartir órdenes. Caminó hacia Antonio Gil en silencio sin prestar atención a los murmullos que se habían desatado a su alrededor desde el momento en que había ingresado al local.

Antonio levantó la vista. Observó al coronel con ojos atentos. No tardó mucho en reconocer al hombre que tenía ante sí como un caballero de gran prestigio entre los porteños y los oligarcas de la capital, un valiente en los campos de batalla y un buen amigo del gobernador Baibiene, pero también como a un celestes dispuesto a hacer cualquier cosa por el partido, un cuchillero que no dudaba en hacer justicia por mano propia cuando la ocasión así lo requería.

—¿Es usted Antonio Gil? —preguntó. Los ojos azules brillaban con suavidad bajo el candil que colgaba de la pared. Le conferían a su semblante una expresión siniestra.

Antonio esbozó una sonrisa que no se le reflejó en la mirada.

—Sí, señor —dijo.

—¿Cómo le va? Soy el coronel Juan de la Cruz Salazar —saludó con cordialidad. Arrastró una silla hasta la mesa y se sentó—. Necesito hablar con usted un momento.

—Estoy para servirle. ¿En qué puedo ayudarlo?

—A mí, en mucho, pero, a su tierra, en mucho más —respondió después de que el pulpero dejara sobre la mesa un par de vasos y una botella de caña—. Escuche, amigo, seré directo con usted. A mí no me gusta andar con vueltas cuando tengo algo importante que hacer, ¿me entiende?

—Sí.

—Muy bien. Supongo que está al tanto de los problemas políticos que aquejan a nuestra provincia.

Antonio clavó en el coronel sus ojos oscuros y fríos.

—Sí, estoy al tanto —dijo mientras le ofrecía un vaso—. Pero no veo en qué puedo ayudar yo. Poco y nada sé sobre política. Nomás lo que comenta mi patrón.

—No necesita saber mucho para ayudar a su pueblo, chamigo. —El coronel sonrió y apoyó la espalda contra el respaldo de la silla para ponerse cómodo—. Bastará con que ofrezca su valor y su lealtad a los celestes para ayudar a hacer de Corrientes una provincia fuerte y rica.

—Mire, coronel, yo de política...

—Deje la política para los oligarcas de la ciudad, que saben cómo moverse en esas aguas. Hombres como usted y yo hacemos patria de otra manera —sonrió el militar mirándolo a los ojos. Hizo una pausa—. Sé que estuvo en la guerra y que desertó.

Antonio asintió.

—¿Está aquí para acusarme de eso? —preguntó con tranquilidad.

—No, en absoluto. —Agitó la mano en el aire, restándole importancia al asunto—. Nada más lejos de mí. Haré de cuenta que tuvo sus razones para abandonar la guerra.

—Y las tuve.

—Como usted diga. Me contaron que fue herido en batalla. Es un héroe entonces.

—Prefiero no hablar de eso —musitó Antonio. Le dirigió una mirada áspera sin ocultar desconfianza—. Dijo que no le gustaba dar vueltas. Entonces no lo haga. ¿Qué quiere de mí exactamente?

Juan de la Cruz lo observó un momento en silencio.

—Muy bien, hablemos claro entonces. —Sonrió—. Mientras usted no estaba por aquí, se nos pusieron ariscos los colorados. El gobernador Baibiene cree que podrían estar pensando en hacer una revolución para tomar el poder. Eso no sería nada bueno para nuestra tierra, ¿comprende?

—Los colorados me parecen buena gente. Están realmente preocupados por la situación que vivimos los peones aquí en el campo que dependemos siempre de la buena voluntad del patrón.

—Eso dicen ellos. Lo cierto es que, si logran hacerse con el poder, se olvidarán de todos ustedes y terminarán echándonos encima a los porteños en su afán por controlar el poder de la provincia. Los de Buenos Aires no quieren que Corrientes vuelva a convertirse en un problema. Mucho menos ahora que López Jordán está mostrando la hilacha allá, en Entre Ríos.

Antonio enarcó una ceja.

—¿Y lo que haga ese López Jordán a mí qué puede importarme?

—Le importará y mucho, porque, así como ese caudillo de mierda allá se la está buscando, los colorados aquí empezarán a alzarse. Cuando eso suceda, se acabará la paz de esta provincia —dijo el coronel. Se sirvió una medida de caña. Bebió un trago. Lo miró a los ojos—. Quiero que usted me ayude a

evitar que Corrientes vuelva a hundirse en una guerra entre hermanos. Por eso tengo una propuesta para hacerle con la que puede ganar mucho dinero, además de hacer algo por su tierra, por supuesto.

—¿Dinero?

—Sí, chamigo, mucho dinero. —El coronel hizo una pausa. Pensó que había detectado ya algo de interés en aquellos ojos—. Escuche, Corrientes es una moza díscola y subversiva para los porteños. Créame, a ellos les convendría que gobernasen los colorados para tener una excusa para ponernos la bota encima. No nos dejarían en paz. Corrientes siempre se ha rebelado contra el gobierno nacional y mire usted lo que hemos ganado: nada. Sería bueno mantener buenas relaciones con Buenos Aires, y así evitarnos más problemas de los que podemos manejar. Por eso quiero que piense en lo que le conviene a los suyos, a los trabajadores como usted, a los hombres del campo que viven con poco y necesitan mucho. Creo que, si tuviéramos el apoyo del gobierno nacional, su vida y la de todos los peones, aparceros y asalariados sería mejor. Lo que muchos no entienden es que la única manera de estar en paz con los de Buenos Aires es dejar que la parte más respetable de la sociedad tome el control del poder y lo mantenga.

—O sea, la oligarquía.

—Así es.

—Dijo que no iba a dar vueltas y las está dando. ¿Qué quiere de mí, coronel? Porque no es que lo escuche hablar de política y de porteños.

Juan de la Cruz sonrió. Apoyó los brazos sobre la mesa. Se inclinó hacia él.

—Sé que usted es muy hábil con el cuchillo, Antonio —comenzó—. Muchos de por aquí me han confirmado que su experiencia en duelos es limitada, precisamente porque le temen. Un par de hombres que conocí por los alrededores me han comentado detalles muy interesantes sobre un duelo que protagonizó usted aquí mismo con el ya fallecido comisario Acosta. Por lo que entendí, usted le perdonó la vida.

—Está muy bien enterado.

—Gracias, lo tomaré como un cumplido. Siempre pensé que recolectar información no era en absoluto una pérdida de tiempo; especialmente cuando uno debe tratar con personas de muy diversa índole.

—Diga ya qué quiere de mí.

—Quisiera que trabajara bajo mis órdenes.

—¿Haciendo qué?

Juan de la Cruz lo miraba con atención.

—Me gustaría que me ayudara a eliminar a ciertos hombres que se han convertido en los últimos meses en verdaderos estorbos para la paz de nuestro gobierno —dijo—. Usted, por supuesto, actuaría desde las sombras.

Antonio recordó el sueño de tiempo atrás.

—Quiere que mate a cristianos.

—Solo a los colorados que se nos pongan al brinco. Gente mala y sinvergüenza. Nadie que deba realmente importarle a su conciencia. Créame. Además, si se pone de nuestro lado y nos sirve bien, usted no tendrá preocupaciones de ningún tipo en el futuro. Nosotros cuidamos muy bien de los nuestros.

—Perdóneme, coronel, pero debo rechazar su ofrecimiento.

Juan de la Cruz sonrió.

—Sé que desertó de la guerra. Eso es un delito grave.

Antonio fijó en él los ojos oscuros. Controló la ira que lo invadió.

—Lo sé.

—Bueno, no ponga esa cara —dijo el coronel y comenzó a reír, como burlándose de su evidente desconfianza—. Lejos de mí está enviarlo a la horca. Si se nos une, le aseguro que yo mismo velaré por su seguridad. Hablaré con el gobernador Baibiene. Pediré clemencia para usted. Él encontrará la manera de convencer a los jueces de que su deserción, en realidad, no ocurrió. Que recibió un permiso para regresar al hogar debido a la herida que recibió defendiendo los ideales de su país en el Paraguay.

—¿Mentiría por mí?

—Seríamos amigos. Y los amigos se ayudan, ¿no es verdad? —Juan de la Cruz parecía contento—. Llevando nuestro color, podrá usted vivir tranquilo donde guste, aquí o en la ciudad. Cuando los celestes necesitemos de usted, solo tendrá que hacernos el favorcito de quitarnos a un colorado de en medio. Luego, podrá continuar con su vida como si nada.

—Entiendo.

—Créame, matar a un colorado es como matar a una cucaracha.

Antonio lo estudiaba con atención.

—He prometido no volver a matar a nadie —dijo con aspereza.

Juan de la Cruz rio con suavidad, aunque los ojos permanecían fríos, fijos en la expresión del peón.

—Eso dice ahora porque no está pensando en su tierra, en Corrientes, chamigo. ¿Acaso desea que se nos echen encima los porteños? Tenemos que estar unidos para proteger a nuestra provincia de las garras del gobierno nacional. ¿O a usted no le importa su patria?

—Me importa tanto que me metí en una guerra a pelear por ella. Pero, ¿sabe qué descubrí al llegar al Paraguay, coronel? Que ellos tenían sus ideas, así como nosotros las nuestras, que ellos peleaban por una causa y nosotros por otra. No sé qué se dirá en el futuro de esa guerra, pero sé qué pienso yo ahora de ella: fue una carnicería. Escúcheme, si tengo que pelear contra un hombre, me sobran huevos para hacerlo. Mi madre me parió macho y no me ando con remilgos cuando tengo que defender a mi patria, a una mujer o a un buen amigo. Hay quienes creen que deserté de la guerra por cobarde, pero no fue por eso. Yo no peleo con mujeres y niños. Allá, en el Paraguay, eso es lo que te ordenaban hacer. Vi a mujeres juntar piedras, arena y botellas para pelear contra cañones y fusiles. Vi a nuestros soldados violar a hembras inocentes que solo querían proteger sus casas y a sus hijos. Vi muchas cosas que solo creí que vería si me iba al infierno después de morir. Por eso deserté, porque no quería formar parte de algo que me condenaría para siempre. Es por lo mismo que no quiero trabajar de asesino para usted.

El coronel endureció la expresión.

—Los paraguayos también violaron a nuestras mujeres cuando estuvieron por acá —afirmó. Bebió un trago de caña con gesto adusto—. Robaron y asesinaron a inocentes mientras tuvieron a Corrientes cautiva. ¿Cree que son admirables? Debería haber visto cómo gozaban de las niñas que encontraban indefensas en los campos mientras avanzaban hacia Goya.

—Está bien, Salazar; es su palabra, y yo no la pondré en duda. Pero no puedo hablar de eso porque no lo vi. Solo puedo hablar de lo que viví.

—Esos miserables obtuvieron su merecido —dijo el coronel—. ¿Cree que me importa que algunos de mis hombres hayan violado a una puta paraguaya? ¿O a mil? No, no me quita el sueño pensar en eso, Antonio,

porque sé lo que hicieron esos miserables aquí en Corrientes. Estoy convencido de que obtuvieron lo que sembraron. Fue lo justo.

—No quiero hablar de eso para entretenerlo, coronel. Solo quería explicarle que fue precisamente en la guerra donde decidí no volver a matar —dijo Antonio con expresión tensa—. No quiero derramar la sangre de nadie. Menos aún de un hermano correntino, celeste o colorado. ¿Entiende?

—Me parece muy loable su intención. Pero piénselo, Antonio: podría tener mucho dinero.

—Ni todo el dinero del mundo podría hacer desaparecer la sangre que quedaría en mis manos, Salazar. No volveré a matar, se lo puedo asegurar.

Juan de la Cruz hizo un gran esfuerzo por controlar su temperamento, y eso fue evidente por la forma en que apretó los labios en una fina línea de enojo antes de que una sonrisa ocultara su creciente irritación.

—Mire, chamigo, yo tengo órdenes, que no deseo cumplir, para mandarlo a prisión por desertor. ¿Me entiende?

—Usted haga lo que quiera, que yo, por mi parte, haré lo que crea mejor. ¿Piensa que le tengo miedo? Después de vivir el infierno en Piribebuy, no le tengo miedo a nada ni a nadie.

Juan de la Cruz se puso de pie. Con arrogancia, arrojó unas monedas sobre la mesa.

—Le daré dos días para pensar bien lo que va a hacer, Antonio. Soy un hombre bueno y paciente, como verá. Entiendo que es usted un hombre íntegro. No dudo de que ahora su conciencia le reproche el escucharme siquiera. Pero creo sinceramente que, con un poco de tiempo, comprenderá la importancia de trabajar conmigo por el bien de la provincia.

—Ya le he dado mi respuesta.

—No se apresure, piense en todo lo que puede perder por alzarse en mi contra y en contra de los liberales, incluida la propia vida.

—¿Es una amenaza?

—Es una advertencia nomás. ¿Está claro?

—Como el agua, Salazar. Soy un hombre de la tierra, pero no soy estúpido. Entiendo lo que me quiere decir: o hago lo que usted dice o me mata.

Juan de la Cruz se echó a reír.

—Bueno, no nos pongamos tan serios —dijo de buen humor—. Piénselo nomás, y en un par de días nos encontraremos otra vez para ver qué decidió. Piense en el dinero, chamigo. Eso, por lo general, acalla la conciencia.

Antonio lo ignoró.

—Si me ofrece dinero, se nota que no me conoce, coronel —dijo.

Juan de la Cruz lo observaba con atención.

—Eso dicen todos. —Sonrió—. Pero, cuando la soga aprieta, la conciencia calla. Ya nos volveremos a ver, Antonio. Cuando eso suceda, espero que haya cambiado de opinión. O tendré que lamentar la pérdida de un héroe.

Capítulo 14

Antonio se incorporó lentamente. Fijó la mirada turbia en una de las paredes del rancho. Con un quejido, apoyó la frente entre las manos. Presionó los dedos contra las sienes mientras intensas y palpitantes punzadas de dolor amenazaban con hacerle estallar la cabeza. Identificó a la culpable de que le doliera: una botella de ginebra que había ganado jugando a los naipes. Con su camisa holgada de mangas largas a medio prender, dio unos pasos hacia el fogón, preguntándose vagamente si Fermina le habría dejado un mate antes de irse a juntar hierbas al monte, como acostumbraba hacer todas las mañanas.

Pensó en ir a la laguna para darse un baño después de tomarse un par de mates.

Eso lo ayudaría a sentirse humano otra vez después de haber pasado gran parte de la noche a la intemperie sentado bajo las estrellas, bebiendo hasta casi caer en la inconsciencia.

Hizo un esfuerzo por recordar cómo había llegado a su catre en la madrugada, pero solo consiguió intensificar el dolor de la cabeza.

Fermina debió de haberlo ayudado, supuso.

Nunca antes se había dejado vencer por la bebida.

Lo avergonzaba que hubiera sucedido cuando vivía en rancho ajeno.

Empujó la manta que cubría el umbral con una mano.

Cerró los ojos cuando la luz del sol del mediodía lo atacó.

Entonces, escuchó los cascos de un caballo acercarse al trote hacia el rancho por el viejo camino de tierra que conducía al monte.

Frunció el ceño.

Vio a Ana que se acercaba.

Ella lo miró desde la montura.

—Me imaginé que estaría usted aquí —dijo por todo saludo.

—¿Por qué no ha ido a trabajar?

Él se acercó para ayudarla a desmontar. Ana lo miró de arriba abajo. Sonrió cuando él cerró las manos sobre su talle y la bajó. Apoyó las manos sobre los hombros de Antonio. Sentía bajo los dedos la fuerza contenida de esos músculos. Antonio la apartó de él casi con brusquedad. Tomó a Negro de la brida. Murmuró algo sobre el infierno. Condujo al caballo hasta la sombra que echaba el alero. Sabía que no era sensato permitirle quedarse allí cuando no había nadie más en los alrededores y él sentía hervir la sangre. El murmullo de su falda rozó la tierra del suelo cuando ella se acercó a él. Antonio se puso tenso.

—Hace tres días ya que no aparece por mi casa. ¿Por qué? —quiso saber ella.

—Cosas mías.

—¡Cosas tuyas! ¿Cómo puede decirme eso? Usted trabaja en Los Ceibos. Tiene que ir y ocuparse de sus tareas.

Antonio desvió la mirada hacia el suave vaivén de las sombras que se movían con el viento entre los árboles que poblaban el monte, más allá del camino. Escuchó a lo lejos el chillido característico de un pitogüé. Apretó los labios cuando reconoció el canto de ese pájaro de mal agüero. Creía que había una advertencia allí.

—Váyase —repitió—. No tiene nada que hacer aquí. Ya no trabajo para su tío —dijo con aspereza—. Hablé con don Rosendo hace un par de días. Le dije que ya no volvería a Los Ceibos.

No le gustaba que ella lo encontrara así: a medio vestir, con la camisa todavía desabrochada, los cabellos sin peinar, lacios sobre sus hombros, la barba de un par de días que le sombreaba, apestando a alcohol.

—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Hice algo que lo ofendió?

“Ñandejára, dame fuerzas para no lastimarla”, pensó. Sentía el deseo, la sangre caliente.

—Aléjese de mí. Váyase, no quiero pedírselo más —dijo él.

La miró. Notó en los ojos de la muchacha el dolor del rechazo, la angustia de no saber por qué la echaba. Lamentó que las cosas no pudieran ser diferentes, que el destino se negara a permitirle hallar la felicidad en brazos de esa mujer. Ana intentaba rehuirle la mirada.

—No me iré hasta saber por qué ha decidido abandonar Los Ceibos — murmuró con serenidad, aunque había tensión en su tono—. ¿Cree que soy una tonta que no me entero de nada?

—¿Qué quiere decir?

—Le diré por qué estuve tan preocupada por usted en estos días —dijo, entonces, tal vez asustada—. Ya me enteré que el coronel Juan de la Cruz Salazar lo encontró en la pulpería de don Goyo. Ahora, dígame, ¿qué le dijo? ¿De qué quería hablar con usted?

—Mire, mejor no se meta.

—Conozco al coronel a través de mi tío, de lo que él cuenta desde que está con los liberales. Sé que es un hombre leal a ultranza a los celestes y que no se anda sentando a tomar cañas por ahí con extraños. ¿Qué quería, Curuzú? ¿Le ofreció degollar colorados por unas monedas para protegerlo de que lo acusen de desertor?

—Para ser mujer, está usted muy bien enterada sobre los asuntos de hombres.

—No se burle de mí y contésteme.

Antonio parecía contrariado. La miró de pronto con una determinación rayana en la violencia, con los ojos fríos e intensos. Asintió finalmente. A Ana el miedo le retorció el estómago.

—Tiene usted razón. Me dijo que deseaba emplearme para quitarle de en medio a los colorados que se alzarán en contra de los liberales. —Antonio la contemplaba fijamente sin expresión alguna en su rostro cincelado en piedra—. Sabe que soy un desertor. Para no aburrirla con detalles, le diré que amenazó con enviarme a prisión si no aceptaba hacerle de asesino. —Hizo una pausa—. Y ya sabe usted lo que eso significa.

Ana asintió.

—Le expliqué que prometí no volver a matar cuando dejé la guerra. Dijo que me daría un par de días para pensarlo o me acusaría ante la autoridad. —Hizo una pausa—. A estas horas ya debe de andar buscándome la policía. Una vez más, señorita, tendré que huir del Pay Ubre. —La miró. Vio el rostro encogido, los labios entreabiertos por el llanto contenido, el temblor casi imperceptible de las manos—. Pero, esta vez, dejaré mi corazón aquí, con usted.

Ana lo miraba fijamente con la desesperación que, de repente, había hecho presa de ella.

Apretó las manos contra el pecho, incapaz de controlar el temblor de los dedos.

Sentía la garganta seca, los ojos húmedos, el aire gélido contra la piel.

El miedo comenzaba a hacer añicos sus sueños.

La obligaba a imaginar de pronto un futuro sin el hombre que anhelaba.

En un instante, se pensó a sí misma sola, de pie en la galería de Los Ceibos, como antes, como cuando lo sabía en la guerra.

No lo quería lejos de ella.

No sabía si esta vez regresaría a su lado, cansado ya de huir de enemigos, de vivir ocultándose como si fuera culpable de un crimen.

Pensaba alguna solución a toda velocidad.

Lo miraba.

La desesperación se le juntaba en un dolor en el vientre.

Antonio se inclinó; le tomó el rostro entre las manos.

—Ana, no tengo opción.

—Está bien —dijo ella. Intentó sonreír. Los labios apenas lo lograron—. Entiendo. Entiendo que debe irse otra vez para salvar su vida. Está bien, lo comprendo.

Pero no entendía. Todavía buscaba la forma de hacer su voluntad a como diera lugar.

—Vivir huyendo. Qué desgracia la mía —dijo él.

Una vez más, escuchó a la distancia el gélido canto del pitogüé. Endureció la expresión. Él era un hombre de la tierra. Sabía cuándo el monte estaba haciéndole una advertencia que no debía ignorar. Ese pájaro era el mensajero.

—Tengo que irme, señorita; esta misma noche si fuera posible.

—Hum, sí. Eso sería conveniente, tiene razón —dijo distraída.

Permanecieron en silencio un buen rato. Una idea se materializó para ella, como una forma de hacer gala de la absoluta incapacidad para reconocer la derrota que tenía. Le tomó la mano, le buscó la mirada.

—Yo me iré con usted, Antonio. Su Ana de los Montes irá con usted si decide abandonar el Pay Ubre —dijo la joven con determinación. Sus ojos brillaban, resueltos. Toda palidez había desaparecido del rostro, reemplazada por el suave rosa de la emoción—. Esta vez no se marchará de aquí sin mí.

Él apretó los labios.

—No sea gansa, yo jamás la llevaría a los montes conmigo, señorita Ana. Usted es una dama.

—Sí, ya sé, usted no aceptaría jamás compartir su vida de matrero con la señorita Ana, por supuesto; pero sí podría hacerlo con su Ana de los Montes —afirmó.

Ana sonrió. Fue hasta su caballo. Caminó de una manera totalmente impropia para una dama. Desató las riendas. Guió al animal de la brida hasta la puerta del rancho. Lo vio sorprendido.

—No se preocupe por entender nada, Curuzú —dijo, risueña, aunque en sus ojos había algo más que humor, había una implacable determinación a obtener lo que deseaba.

—¿No tiene miedo de lo que vendrá? —preguntó. Dio un paso hacia ella. Algo cambió en la expresión cuando la vio levantar el mentón con la arrogancia propia de su Ana de los Montes.

—Nada me asusta junto a usted. Deje de intentar intimidarme —dijo la joven con petulancia—. Lo único que deseo es irme y hacerlo feliz. Deseo sus besos, sus caricias y su atención, Antonio. Quiero ser su mujer. Quiero ser su amante.

Él quiso negarse. Ana sonrió, malvada. Se acercó hasta él y lo besó. Antonio fue incapaz de resistirse. La correspondió. Poseyó esa boca con fuerza. Solo por un momento, quería imaginar que era posible tenerla, que podría ser feliz a su lado, formar un hogar, tener una familia. Presa del deseo, Ana gimió bajo la intensa presión de aquellos labios. Deslizó las manos por los hombros del gaucho; lo atrajo hacia ella. Hundió las uñas en su espalda. Se apoyó contra Antonio. Él le siguió con los dedos la línea del rostro. Luego enredó los cabellos de la joven en un puño. Tiró de ellos hacia atrás, para que elevara el rostro hacia él.

—Ana, míreme.

Ella abrió los ojos casi con indolencia. Lo miró, soñadora.

—Usted nunca podrá ser mi mujer —susurró con voz aterciopelada, oscura, peligrosa—. Usted es una dama. No nació para mí.

—Eso es lo que usted cree —advirtió.

Fue entonces cuando una bandada de pájaros comenzó a chillar entre los árboles, uno en respuesta de otro, como ecos de un infernal estribillo, aleteando entre las sombras casi con desesperación. Antonio levantó la vista. Un pitogüé fijó en él sus ojos astutos desde el alero.

—¡Pitogüé! ¡Pitogüé! —advirtió. Su pico pareció distenderse en una sonrisa ladina—. ¡Pitogüé!

Entonces, Antonio escuchó los cascos de un caballo acercándose al galope tendido hacia el rancho. Endureció la expresión al reconocer al jinete que se acercaba. Ana frunció el ceño.

—¿Qué?

—Cállese —ordenó.

Ella obedeció al notar en sus ojos algo más que ira, algo que se semejaba mucho al miedo.

Capítulo 15

—¡Por Dios, Herminio, usted nos ha dado un buen susto! —Ana le echó una mirada furibunda, presa aún de gran agitación.

—Perdóneme, señorita, no sabía que estaba usted aquí. Su tío la está buscando por todos lados. Mejor vuelva a Los Ceibos. Y usted, Curuzú, gracias a Dios que lo encuentro bien. Pensé que no llegaría a tiempo.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—El coronel Salazar y sus hombres están con el patrón haciendo preguntas sobre usted.

—Sabía que no tardarían mucho en encontrarme.

—Cuando me fui, le estaban pidiendo permiso para revisar la propiedad —dijo Herminio. Desmontó de un salto. Se quitó el sombrero. Se pasó un pañuelo por la frente—. Ellos ya saben que usted anda por aquí, Antonio. Dicen que es un desertor y que debe ir ante la autoridad para que lo juzguen.

—¿Cuántos eran?

—Diez, más o menos. Salazar no estaba nada contento, chamigo. No fue ni una pizca de amable con don Rosendo. Tampoco se preocupó por mostrarse amistoso como cuando habló con usted.

—Herminio, vaya con Ana por allí. Llegará a Los Ceibos después de vadear la laguna. Acompáñela hasta su casa y asegúrese de que llegue a salvo. Yo esperaré por Salazar aquí. Así le daré tiempo a la señorita a ponerse a salvo. Además, una cosa es irse cuando uno sabe que lo buscan. Otra es huir cuando ya lo han encontrado.

—¿Está loco? —dijo Herminio—. Si usted se queda, yo me quedaré con usted. Nadie me sacará de acá. Enfrentaré a Salazar a su lado.

Antonio apretó la mandíbula.

—No puede pedirme eso.

Intervino Herminio:

—Curuzú, si se queda, lo matan. Yo preferiría que no lo hicieran. Tome mi caballo y váyase. Se lo doy, se lo regalo, chamigo, pero no se enfrente con ese hombre. Si me preguntan, diré que, cuando estaba buscando a la señorita

Ana para llevarla a casa, dejó a mi alazán a la vera del camino y que luego desapareció. Juraré que muy probablemente usted me lo robó. No tendré problemas con la autoridad. Además, diré que la señorita Ana estuvo conmigo todo el tiempo. Lléveselo y escóndase en el monte. Usted sabe cómo hacerlo: conoce el Pay Ubre como la palma de su mano. Váyase ya. Yo cuidaré de la niña Ana.

—Hagamos lo siguiente, Antonio —dijo ella—. ¿Recuerda la choza donde se encontraba con la viuda de Miraflores? Nos veremos allá a la noche. Yo volveré a Los Ceibos para averiguar por dónde lo están buscando. Además, de ese modo, no levantaré sospechas. El coronel no vigilará a la sobrina de don Rosendo.

—Vamos, Curuzú. Usted no quiere morir —dijo Herminio—. Esos mal paridos, perdone usted señorita Ana, si lo agarran, dirán que usted intentó escaparse y lo matarán a tiros solo para evitarse llegar hasta Goya.

—¡Pitogüé!

—¡A la puta! —Herminio se estremeció. Alzó la vista hacia los árboles. Cuando vio al pájaro saltar de una rama a la otra sin apartar los ojos de Antonio, se santiguó—. Es una advertencia, Curuzú. Hágale caso a ese pájaro. Váyase ya.

—Váyase, Antonio —susurró Ana—. Váyase y espéreme.

Herminio fue hasta su caballo con la intención de brindarle un poco de intimidad a la pareja. Cuando el peón se alejó, Antonio tomó la mano de Ana. Se la llevó a los labios con ternura.

—¿Me perdonará por todo esto?

—Le perdonaré si hace lo que le digo —dijo con dulzura—. Vaya allá y espéreme. Hablaré con usted más tarde.

Antonio asintió. Le rozó la mejilla con el dorso de su mano en una caricia gentil.

—La quiero a usted con mi vida.

Ana sonrió. Una lágrima se deslizó por su mejilla.

—Lo sé, Curuzú. Nunca logró engañarme.

Antonio se acercó a ella. La besó con suavidad en los labios.

—Adiós, señorita Ana.

Ella meneó la cabeza.

—No me diga adiós, Antonio, porque yo nunca se lo diré a usted. Su Ana de los Montes jamás le dirá adiós —dijo—. Jamás.

*

Ana Igarzábal se detuvo en el umbral de la puerta. Observó un momento a su tío en silencio con los ojos húmedos por las lágrimas contenidas. No vestía esa noche con la elegancia que había adoptado hacía un tiempo, ni había permitido que María le trenzara el cabello.

Don Rosendo Gómez estaba sentado frente al escritorio. Examinaba los libros de la estancia con atención. Iluminado por el amarillento resplandor de un candil, sumaba una larga columna de cifras en voz alta mientras anotaba los resultados en un papel junto al tintero.

“Está viejo”, pensó Ana. El simple hecho de notar la edad de su tío causó en ella una extraña sensación de tristeza. Don Rosendo siempre había sido un hombre de torso macizo y sólida musculatura, “fuerte como un buey y sano como un caballo”, como solía alardear frente a los pocos amigos que tenía. Aunque su presencia seguía inspirando pavor en todos aquellos que le conocían el tormentoso temperamento, Ana notó que el tiempo estaba comenzando a hacer estragos en él: el cabello había encanecido casi por completo, se había raleado; estaba más delgado, con la ropa que ya no se ajustaba a su contextura, sino que colgaba despareja; el rostro, antes rubicundo, se veía ahora pálido y enjuto, descarnado. Sin saber cómo, Ana había aprendido a querer a ese hombre que siempre parecía encontrar una razón para regañarla. “Es el único padre que tuve”, reconoció.

Don Rosendo estaba tan concentrado en los números que no notó la presencia de la muchacha hasta que Ana, muy suavemente, golpeó los dedos contra la puerta. Él levantó la vista. Arrugó la frente al ver a su sobrina, de pie en el umbral, vestida como una campesina. Bajo la penumbra del pasillo, notó que la joven tenía al lado un cesto de caña con algo de ropa. Frunció el ceño.

—¿Va a alguna parte? —preguntó con frialdad—. Ya es muy tarde.

Ella asintió.

—Sí, tío —musitó.

—¿Sí qué? ¿Sí voy a salir, o sí es muy tarde?

—Sí a ambas cosas.

—¿Se puede saber a dónde quiere ir a esta hora? No es momento para hacer visitas. Además, no quiero que salga con los hombres de Salazar dando vueltas por la estancia. Sabrá Dios dónde estarán ahora, pero prefiero que no se encuentre con ellos. No son de fiar.

—¿Y el coronel es de fiar?

—Juan de la Cruz es un caballero de buena familia. Es un héroe de guerra. Le confiaría mi vida —respondió don Rosendo—. Pero no así los patanes que lo acompañan. Ya hablé de esto con usted durante la comida. Están buscando a ese peón al que usted tanto quiere para llevarlo a Goya acusado de desertión. Lo colgarán en el camino, si les place.

—Tío, no diga eso.

—No me ponga esa cara, porque usted, como yo, sabe que eso es lo que sucederá si le echan la zarpa encima. Salazar quiere atraparlo esta misma noche. —Esbozó una sonrisa taimada—. A ver si puede.

—¿Qué quiere decir?

—A mí no me gusta que me den órdenes en mi propia casa. Juan de la Cruz se atrevió a exigirme bajo mi mismo techo que envíe a mis peones para que ayuden a capturar a Antonio. ¿Puede creerlo? —preguntó, echando chispas por los ojos—. Me lo exigió así, como si tal cosa. Por supuesto, le dije que no podía apartar a ninguno de mis hombres del trabajo, pero que tenía mi permiso para rastrillar los campos de arriba abajo en busca del desertor, siempre que no molestara a mis ovejas ni a mis reses.

Ella hizo un mohín.

—No haga pucheros y escúcheme: le aconsejé que comenzara la búsqueda por el este; bien lejos de la choza de la curandera esa y del palmeral. Eusebio se aseguró de que fueran por mal camino —concluyó. Hizo una pausa e hizo un gesto de desdén con la mano—. Así aprenderá Salazar un poco de modales. Sus hombres tardarán horas en sacarse los cardos del culo antes de encontrar el camino hacia la casa de Fermina —le dirigió una mirada sapiente—. Porque allí se oculta su Antonio, ¿verdad?

Ana guardó silencio un momento. Finalmente meneó la cabeza.

—Ya no —admitió.

—Ah. Supongo que usted o Herminio le encontraron primero y le advirtieron del peligro. Supongo que fue Herminio. Regresó sin su caballo, así que asumo que se lo dio. ¿A dónde fue?

—¿Quién? ¿Herminio?

—No se haga la tonta conmigo. Usted sabe que estoy hablando de Antonio. ¿Fue al palmeral? No me mire así. Conozco estas tierras como la palma de mi mano. Si hay un buen lugar para ocultarse en esta zona, es el palmeral. También las cañadas de la laguna, si uno no teme encontrarse con una kuriju, por supuesto.

Ana dio un paso hacia él. Por un instante, la luz del candil se reflejó en las lágrimas que temblaban en el borde de sus pestañas.

—Tío, yo quería decirle algo.

—¿Qué cosa? Cámbiese de ropa. Así parece una campesina muerta de hambre. Quédese en casa esta noche y haga sus visitas mañana por la mañana. Si bien Eusebio tiene órdenes de mantener lejos a los hombres de Salazar, uno nunca sabe.

Ana tomó aire.

—Me iré con Antonio —dijo—. Yo lo amo. Y quiero estar con él.

Él curvó sus labios en la burda imitación de una sonrisa.

—¿El pobre diablo sabe de sus planes?

Ana enrojeció hasta la raíz de sus cabellos. Desvió la mirada, avergonzada.

—Eso pensé —sonrió el anciano, lanzándole una mirada especulativa—. Conozco a Antonio Gil desde que era un crío de pecho. Puedo asegurarle, señorita, que tiene la cabeza bien puesta sobre los hombros. No sacaré a una muchacha de buena cuna de su casa para llevarla a vivir en los montes, lejos de toda comodidad y de la protección de su familia, aunque la quisiera con el alma. Mucho menos cuando tiene a la policía tras sus pasos.

—Antonio no se irá sin mí.

—Obviamente no si usted se empeña en seguirlo.

—¿Qué dice?

—La verdad. Ese pobre diablo no tiene ninguna oportunidad si a usted se le ha metido entre ceja y ceja irse con él. Hasta lástima me da ese idiota.

—No lo llame así.

—A ver, señorita, ilumíneme —dijo—. ¿Cuáles son sus planes?

—Iré a verlo y lo convenceré de que me lleve con él.

—¿Y cómo logrará esa hazaña?

—Todavía no sé exactamente qué hacer para hacerle entender que no me importará dejarlo todo por él. Antonio no quiere amarme mientras sea la señorita Igarzábal, ¿sabe? Dice que soy una dama con clase, blanca, con un apellido digno de respeto.

—Coincido con él, pero creo que exageró un poco al considerarla a usted una dama con clase.

—¿Cómo se atreve?

Ana calló abruptamente, sorprendida, cuando él sonrió con suavidad.

—No se me ponga arisca, porque sabe que tengo razón. Por la memoria de mi hermana, intenté hacer de usted una dama, pero no lo logré. En lugar de hacer de usted una señorita digna de llevar el apellido Igarzábal la convertí en una chiquilla voluntariosa, caprichosa, fuerte, obstinada.

—Parece más orgulloso que disgustado, tío.

—Sí, supongo que estoy orgulloso de usted, aunque no sea una dama. Más disgustado me habría sentido si hubiera logrado hacer de usted una jovencita llorona y berrinchuda; una inútil con cerebro de pájaro, incapaz de tomar una decisión por sí misma.

Ana sonrió, conmovida. Una lágrima resbaló por su mejilla hasta perderse.

—Pero no hablemos de tonterías —dijo él—. Volvamos a lo que nos ocupa: sus planes de cazar a un pobre diablo que ni se imagina lo que le espera.

—Si quiero estar con Antonio, tendré que ser solo Ana de los Montes. Y eso pienso hacer: abandonaré mi apellido, mi casa, la vida que llevo aquí, todo por él.

—Admirable.

—No se burle de mí. Compréndame. Lo seguiré a donde él vaya.

—¿Está diciéndome que piensa seguir los pasos de un matrero, de un colorado, de un hombre que no tiene ni para darle de comer?

—Sí.

—Comprendo. La comprendo a usted mejor de lo que cree —dijo con voz ronca—. Siendo tan parecida a mí, a veces me pregunto si no debió ser hija mía, en vez de la niña de mi hermana. Tiene usted mi temperamento, aunque suavizado por su sexo. Si fuera usted hombre, la aplaudiría.

—Tío, estoy enamorada. Déjeme ir con su bendición.

—¿Sabe la vida que tendría al lado de ese gaucho? Está tan bien dispuesta a seguir los pasos de un bandido, de un matrero perseguido por la justicia, un desertor, que me pregunto si sabe realmente lo que eso significa. Jamás tendría un momento de paz, porque creería escuchar los pasos de la autoridad a su espalda en cada sonido que oyera por las noches. Sufrirá hambre y frío. Verá sus manos ajarse con el trabajo duro, su piel oscurecerse con el calor del sol. Sentirá en su carne el desprecio de los de su propia clase, que no perdonan a quien busca el amor entre la chusma. ¿Cree poder soportar todo eso?

—Sí.

—Usted hará lo que le plazca, porque siempre ha sido así. Sin embargo, como su tutor, debo advertirle de cosas que usted no quiere ver: sufrirá con él, señorita, y mucho.

—Pero tendré amor.

Don Rosendo lanzó una carcajada.

—¡Por Dios! Acaba usted de hablar como una verdadera tonta. Pero respeto su intención. Y su determinación. Muy loable, señorita, que desee dejarlo todo por el hombre que dice amar.

—Que amo —lo corrigió ella—. Jamás me arrepentiré de seguirle.

—Se arrepentirá usted cuando tenga hambre y frío. Cuando cargue con un crío al que deba alimentar y no tenga usted nada para darle.

—No, tío, no creo que suceda eso. Antonio me cuidaría a mí y a los niños que Dios quiera darnos. ¿No recuerda como me protegía de niña?

Don Rosendo le dio la espalda. Apoyó las manos en el alféizar de la ventana. Fijó los ojos en algún punto del cielo.

—Así que, sin importar qué diga, usted está decidida a correr tras su Antonio y pegársele como una sanguijuela.

—Debe comprenderme: no quiero tener una vida de lujos, si he de tenerla sin el hombre que amo. No quiero que intente detenerme, porque encontraré la manera de escapar y de acudir a los brazos de Antonio.

—¿Cree que querría detenerla con usted tan decidida a marcharse? Se equivoca. Yo no lucharé en una batalla que sé que perderé. Supongo que usted me considera un malvado sin corazón, porque piensa que voy a interponerme en su camino. Me preocupa su futuro, por supuesto, pero sé que saldrá airosa de cualquier prueba que Dios quiera enviarle. Tiene el valor y la fuerza para luchar por lo que quiere. Con eso basta para forjarse una buena vida. Créame, yo no seré un escollo en su camino. ¿Sabe por qué no intentaré detenerla, ni le impediré de ninguna manera que siga con esos locos planes que tiene? Porque no quiero que usted me odie como yo odié a mi padre una vez.

—No sabía.

—Rosisela era una mestiza que servía en Los Ceibos cuando mi madre murió. La amaba. Quería casarme y tener hijos con ella. Yo era joven y creía que mi padre comprendería la profundidad de mis sentimientos por Rosisela. Pero no fue así. —Apretó los dientes—. Don Hipólito Gómez amenazó con desheredarme, con dejar todas las propiedades de la familia a nombre de un primo si me atrevía a convertir a “esa india” en mi mujer. Fue muy difícil para mí tomar una decisión. Yo amaba Los Ceibos de una manera que usted jamás comprendería. Quiero que entienda eso y no me juzgue tan duramente.

Ella suavizó su expresión.

—Yo no lo juzgaría, tío —dijo—. Porque yo también amo cada pulgada de esta finca.

—No, señorita, no la ama tanto como cree si piensa abandonar Los Ceibos por un hombre —replicó—. Yo tuve que elegir entre el amor de una mujer buena y cariñosa, y un puñado de tierra. Y elegí la tierra. Perder Los Ceibos era demasiado para mí, un sacrificio que no estaba dispuesto a realizar. Le dije a mi padre que olvidaría a mi Rosisela, que haría lo que él me pidiera por conservar Los Ceibos entre mis manos. Todavía recuerdo su sonrisa de satisfacción al ver que había sabido manipularme a su antojo con

lo único que sabía que me importaba. Desde entonces, hasta su muerte, viví bajo su férula con la certeza de que nunca fui digno del amor de aquella joven que una vez me amó.

—¿Y la muchacha?

—Mi padre la envió a San Roque para sacarla de mi vista. Le encontró un puesto de sirvienta en casa de una buena familia. Pudo haberla echado a la calle sin un centavo, pero sabía que yo jamás se lo habría perdonado. —Hizo una pausa—. Nunca más volví a verla. Después supe que se había casado con un peón y que había sido madre de varios niños. Tuvo una buena vida —dijo con afecto, en un tono que Ana jamás le había escuchado antes.

—¿Se arrepiente? —preguntó ella por lo bajo.

Él sonrió.

—¿Arrepentirme, yo? Sabe que nunca me arrepiento de nada de lo que hago. Lo hecho, hecho está. No creo en lamentar el pasado. Es una pérdida de tiempo —dijo—. Renuncié a la mujer que amaba por Los Ceibos. Fue mi decisión. Como ahora la suya es seguir a Antonio, sin importar qué pueda depararle el destino a su lado.

La joven suspiró.

—Tío, ¿me odia usted?

—¿Odiarla? No. Creo que hasta me cae bien.

Ana apretó los labios cuando un sollozo escapó de entre sus labios.

—Bah, cuando llegó a Los Ceibos, no me gustó ni pizca. Era una carga que no había deseado ni esperado. Después de Rosisela jamás pensé en tener hijos. Entonces, un día de lluvia, llegó usted. —Sonrió con cierta dulzura—. Era una cosita no más grande que mi mano, fea, rosada y toda arrugada. Y así, sin más, tuve una hija.

Ella lloraba, no sabía qué decir. Él la miró a los ojos.

—Ana, usted fue una hija para mí, aunque nunca supe cómo tratarla.

Eso la conmovió.

—Gracias por decirme eso, tío.

—No me dé las gracias. Solo quiero que lo sepa para que nunca se olvide de su tío. Si algún día quiere volver, esta es su casa.

—No volveré.

—No voy a discutir eso con usted. Dios dirá si vuelve o no, pero, si lo hace, sepa que no la recibiré con los brazos abiertos para que lllore en ellos — advirtió—. Volverá para trabajar por y para Los Ceibos, no a llorar por los rincones. Si vuelve, levantará la cabeza frente a nuestros amigos y dirá que se casó en la ciudad de Corrientes con un caballero. No me mire así, sabe que Los Ceibos depende de la buena reputación de sus dueños. No permitiré que su amor por un peón nos perjudique. Desde mañana, diré que usted fue a Corrientes con una amiga. En un par de semanas anunciaré su compromiso con un joven caballero. Si usted regresa alguna vez conmigo, dirá que enviudó. Si tiene niños, les inventaremos un apellido. ¿Está claro?

Ella tuvo que sonreír.

Don Rosendo desvió la mirada y observó las lúgubres pinturas que colgaban de las paredes, todas ellas de caballeros ya fallecidos, antiguos miembros de la familia. Rosendo reconoció a unos pocos ancestros, los demás solo eran ilustres desconocidos para él.

—Bueno, váyase ya —dijo. No la miró—. Se hace tarde.

—Yo quería decirle que lo quiero mucho.

—¿Me quiere?

—Sí. —Ana sonrió—. Cuando era niña no lo comprendía. Me decía a mí misma que jamás podría quererlo. Pero ahora creo que siempre lo quise, aunque sea usted tan terco como yo.

Rosendo asintió, distraído. Luego dirigió hacia la joven sus ojos intensos, fríos y severos, aunque parecían sospechosamente húmedos.

—Llévese un caballo —recomendó—. Su *Negro* la extrañaría mucho si lo dejara. Enfermaría de tristeza sin usted. Lléveselo y cuídalo. Si usted pasa hambre, es cosa suya, pero a él me lo cuida, ¿entendió?

—Sí, tío.

—Bien. —Hizo un ademán hacia la puerta—. Tengo trabajo que atender, y no quiero perder más tiempo con esta tontería —dijo en un tono que no admitía réplica alguna—. Si se quiere ir, váyase ya. Y buena suerte.

—Adiós, tío.

—Mi carayá —dijo el anciano con ternura—. ¿Cuándo aprenderá que no es un monito? Ya suélteme. No lllore, que mi Ana no llora jamás.

—Adiós.

Él asintió. La apartó con un leve empujón. Luego se sentó frente al escritorio.

—Ya váyase. Buena suerte.

*

La luna había alcanzado su cénit. Encendía parte del cielo nocturno con la brillante luminosidad azulada. De la luz de aquel disco argénteo, parecía desgranarse una miríada de estrellas que confluían en una larga estela de plata que se desvanecía en la lejanía hasta desaparecer por completo en el horizonte. Iluminado por el fulgor azulino de la noche, Antonio se detuvo junto a las raíces de un jacarandá. Se sentó en el suelo, apoyando la espalda contra el tronco. Acomodó los pliegues del poncho sobre la cintura. Cerró los ojos un momento. Disfrutó de la silente quietud de aquel pequeño rincón del mundo. A poca distancia, escuchó el sonido inconfundible de los cascotes del alazán entre los matorrales que crecían salvajemente al pie de las palmeras. Antonio suspiró. Creyó percibir en la monótona cadencia del viento entre las ramas de los árboles la débil fragancia de las flores que crecían entre los pastizales que bordeaban el palmeral.

Vagamente, se preguntó si podría en un futuro gozar de más noches como aquella. O si esa sería la última que disfrutaría. Abrió los ojos. Observó la vieja choza de barro y madera que se alzaba ante él, ruinoso, destartado, oculto entre la sombra de los árboles. Levantó la vista hacia las sombras que bordeaban el claro cuando le pareció escuchar su nombre pronunciado con suavidad en la cercanía. Se puso de pie. La vio llegar por un viejo sendero de tierra, guiando a su caballo con cuidado entre las matas y los arbustos que habían extendido la conquista de territorio hasta el camino. Ana le sonrió con dulzura cuando finalmente estuvo junto a él.

—Curuzú, está a salvo por esta noche. Salazar y sus hombres fueron enviados por mi tío hacia el este. Probablemente no rastrearán esta zona hasta mañana al mediodía. Incluso podría descansar esta noche aquí mismo, porque nadie se acercará para turbar el sueño. De todas maneras, le pedí a Herminio que estuviera pendiente. Nos avisará si ocurre algún imprevisto.

—¿Nos? —preguntó.

—Sí, nos avisará.

—Parece una campesina así vestida.

—Gracias —respondió Ana de buen humor—. ¿Recuerda que le dije que me iría con usted? Bueno, aquí me tiene, Curuzú.

—No.

Se negaba aun a tomar aquello que se le ofrecía y que tanto anhelaba para sí.

—No puedo dejar que venga conmigo.

—Iré a donde usted vaya —dijo ella—. Ya me despedí de mi tío.

Antonio maldijo por lo bajo.

—Señorita Ana, ¿no comprende que yo no puedo ofrecerle nada? ¿Por qué insiste en permanecer a mi lado cuando sabe que mis manos están vacías?

Ella meneó la cabeza.

—No diga eso. ¿Qué importa que no pueda ofrecerme una casa, una vida de lujos? Yo no necesito nada más que el amor que usted quiera darme. No le temo a la pobreza, ni al hambre, ni al frío que tanto parece preocupar a Herminio y a mi tío. Si estoy con usted, no le temo a nada ni a nadie —dijo con bríos—. Si tengo que vivir en el monte bajo las estrellas sin un techo sobre mi cabeza, por Dios que lo haré.

Antonio la miraba en silencio.

—Yo no soy una dama y nunca lo seré —siguió ella—. Soy solo una mujer que sabe lo que quiere: a usted. Sé que mi vida a su lado no será fácil, no soy tonta. Estoy dispuesta a seguirlo y a amarlo en cualquier circunstancia. Porque sé que también me ama, que lo único que le impide hacerme suya es una especie de sentido del honor que no comparto en lo más mínimo. A su lado estoy y a su lado me quedaré.

—En algo se equivoca —dijo—. Usted es una auténtica dama. Porque una dama no es modales o vestidos. Sino alguien que puede compartir con los que no son de su clase, alguien capaz de cuidar a un niño enfermo de los campesinos, sin que le importe ensuciarse por estar en un rancho. Usted hizo todo eso. Y nunca alardeó de su bondad ni de su generosidad ante nadie. Eso

la hace para mí una auténtica dama. —Hizo una larga pausa—. La quiero. ¿Cómo podría no quererla? Por eso no quiero que la pase mal, huyendo con este gaucho matrero.

—Dese por vencido, mi amor —dijo—. ¡Permítame amarlo! ¿Acaso no me desea?

Antonio la aferró por los hombros. La atrajo hacia él con violencia. Ana jadeó por la sorpresa. Él cerró los dedos sobre la mandíbula de la muchacha. La obligó a mirarlo a los ojos mientras todo el cuerpo respondía a la cercanía de la muchacha como a un llamado.

—¿Qué quiere, niña? Míreme y dígame que está segura de esto —exigió él con voz profunda, negra como la noche—. Dígame que, si la hago mía, jamás me dejará, que no habrá en su mente ni en su corazón otro hombre más que yo. Prométame que será mía enteramente, que cada pensamiento, cada parte de su cuerpo, cada rincón de su alma me pertenecerá. Y la amaré de rodillas, a sus pies, para siempre.

Ana asintió. Sentía en los ojos el ardor de las lágrimas.

—¿Quiere que la toque, que la ame, que me convierta en su esclavo? —preguntó con voz ronca—. Bien, aquí me tiene. Ya no más, ya no quiero negarme esto, ya no puedo.

Entonces la besó. La aplastó contra su cuerpo en un fuerte abrazo. Probó los labios de Ana con violencia, con crudeza. Le mostró la ardiente pasión de un hombre acostumbrado a domeñar sus instintos con la férrea voluntad de un salvaje.

—Déjeme amarla —musitó él con voz aterciopelada, casi sin dejar de besarla, incapaz de controlar el temblor de sus manos, la tensión de sus músculos, la ardiente necesidad de poseerla, de hundirse entre sus piernas y celebrar en ella su rendición al amor.

—Sí, sí, Antonio.

Se inclinó sobre ella con el deseo que le rugía en los oídos, que le desgarraba las entrañas, feroz e implacable, libre para siempre de las ataduras que el honor, la conciencia y el miedo habían anudado en él.

—Mía —susurró—. Ahora es mía.

Tercera Parte

Capítulo 16

Mercedes, provincia de Corrientes, 1872.

—Ya le digo yo, chamigo, que ese de quien se habla es nuestro Antonio Gil, el de Los Ceibos.

—No lo creo, ¿no se marchó acaso del Pay Ubre después de la muerte de su familia? —dudó Jacinto Ruiz, cebando el mate. Probó la temperatura del agua e hizo una mueca—. Tenga cuidado que está caliente —le advirtió a su amigo cuando le pasó el mate.

—Le dije que no calentara tanto el agua.

—Sí, ya sé, pero me distraje con sus cuentos.

—¡Cuentos! Nomás eso me faltaba, que pensara que lo estoy engrupiendo —se quejó Juan Leiva con grandes bríos—. Pero le juro por Dios que me mira que es cierto lo que dicen: ese bandido que anda por los caminos del Pay Ubre vestido de negro y con un pañuelo rojo al cuello es nuestro Antonio Gil.

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque todo el mundo lo dice. El tipo tiene los cabellos negros sueltos sobre los hombros, los ojos oscuros, muy oscuros. Unos ojos que te paralizan, dicen los que lo vieron.

—Ajá, eso dicen, pero puede ser cualquiera.

—No, chamigo, no cualquiera. ¿Se acuerda de que nuestro Antonio tenía una cicatriz en forma de cruz?

—Sí.

—Bueno, pues este matrero también la tiene.

—¿Y cómo vieron la cicatriz?

—¿Qué se yo? Pero que lo vieron, ¡lo vieron!

—Mire, nuestro Antonio era honesto, derecho como palo de escoba —argumentó Jacinto—. ¿Cree posible que ande robando por ahí? Yo no. Antes de tocar algo ajeno, se cortarían las manos.

—Usted no entiende. No roba para él, ¿sabe?

—¿Y para quién, pues?

—Para los pobres.

—Ah, no me diga. —Jacinto parecía incrédulo.

—Sí, le digo. Mire, escuché que solo ataca a los blancos ricos. Jamás a un peón o a un campesino.

—Eso me gusta.

—Roba comida y ropas que luego reparte en los rancheríos que encuentra por el camino. Cuando obtiene dinero de sus atracos, también lo reparte. No se queda con nada.

—¿Y de qué vive?

—De la caridad de la gente. Los pobres saben que le deben mucho. Cuando lo ven por ahí con los hombres que lo acompañan, le convidan con caña, queso, frutas. ¡Incluso sé de estancieros que le han dejado en el campo, cerca de los caminos, un atado con verduras, ropas de calidad y algunos billetes!

—¿Está seguro de lo que me cuenta?

—¡Sí! Anda por los montes para que nadie dé con él. Mire, le contaré algo: mi sobrina está casada y tiene muchos niños. No tiene ni para comer, a menos que yo le acerque algo para llenar el buche. Un día me contó que, mientras estaba en la laguna con sus críos, se le acercó el Antonio y le entregó comida como para una semana por lo menos. Me lo describió al tipo. Le aseguro que era él. Me dijo que montaba un alazán, que lo acompañaba una linda moza en un caballo negro.

—¿La mujer?

—Capaz.

—Bueno, puede que sea Antonio. Espero que se quede en el monte nomás, porque la policía lo quiere ver bien muerto. Y los celestes le tienen el ojo echado.

—No lo encontrarán si Antonio se queda en los montes.

—Ese es el problema, chamigo. Que no se queda. Que por ayudar a la gente, sale y anda por ahí como si tal cosa.

—Que Dios lo proteja entonces. Que Dios lo proteja.

*

Medianoche. El silencio de aquella noche sin luna era atemorizante. El cielo estaba cubierto con pesados eslabones de nubes negras que se habían arrastrado desde el oeste lentamente hasta cubrir la zona del Pay Ubre. Sobre la línea del horizonte, apenas visible a causa de la profunda oscuridad que reinaba sobre la región, florecían a cada instante ramilletes de relámpagos todavía silentes. Hacía calor. La cercanía de la tormenta había provocado que la temperatura se elevara considerablemente a pesar de las esporádicas ráfagas de viento que soplaban desde el oeste. Entre las sombras de los árboles sobre el sendero que conducía a La Piedad, un caballo bufó con suavidad. La oscura silueta de un solitario jinete se acercó al animal para tranquilizarlo con unas suaves palmadas en el morro. En la galería de la elegante casona de estilo colonial, un perro levantó las orejas, alerta. Escudriñó la oscuridad con atención. Una bandada de aves que hasta entonces había estado descansando entre las ramas de un ombú emprendió el vuelo hacia la avenida de acceso a la propiedad de don Edmundo Suárez, uno de los terratenientes más importantes de la zona, para luego desaparecer detrás de la casa, entre los pastizales. El cachorro inclinó la cabeza. Avanzó despacio hacia la avenida. El oscuro jinete extendió una de las manos hacia el animal. Se acercó a él con lentitud. Entre los dedos llevaba un trozo de carne seca. El perro olfateó la comida. Comió con voracidad. Se echó a los pies de aquella sombra con los ojos fijos en el rostro de su benefactor. De pronto, la puerta de la casa protestó con un chirrido al abrirse. Desafiante, se trancó contra un tablón que sobresalía del suelo. Un hombre se cabellos oscuros, ojos claros y vientre prominente murmuró algo entre dientes, disgustado. Vestía una camisa gris, una bombacha de trabajo, unas botas que habían conocido mejores tiempos, probablemente décadas atrás. Era un hombre acostumbrado a la buena vida y a la buena mesa, pero no a invertir su dinero en ropas que, de todas maneras, acostumbraba decir, terminarían por romperse. Antonio se inclinó entre las sombras. Avanzó hacia la casona ocultándose detrás de los árboles que bordeaban la avenida. Don Suárez frunció el ceño, tomó aire y presionó una mano contra la puerta empujándola con fuerza hacia afuera. Lo intentó dos veces, hasta que, repentinamente, la puerta cedió. El hombre, de unos cuarenta años, dio unos pasos hacia las gradas con las manos en la cintura.

El perro volvió la cabeza hacia su amo. Después de una breve vacilación, acudió al llamado agitando la cola de un lado a otro, presa de una gran emoción. Don Suárez le palmeó la cabeza mientras observaba el cielo, pensativo. Hizo una mueca. Después, con un suspiro, señaló los corrales.

—Se viene la lluvia —le dijo al perro—. ¡Vamos allá, muchacho! Hay que guardar a las ovejas en el chiquero. El perro siguió a su amo con entusiasmo cuando se dirigió hacia los corrales. Echó solo una rápida mirada hacia atrás cuando vio que su nuevo amigo, ese hombre que olía a sudor, cuero y caballos, abandonaba las sombras para dirigirse hacia la casa, a espaldas de don Suárez.

—¿Pasa algo?

El perro dio un par de saltos a su alrededor con la lengua fuera. Sus ojos brillantes parecían decir: “No, ¿qué puede pasar?” El hombre sonrió, se inclinó, recogió una ramita seca y la arrojó a unos metros de distancia. El perro fue tras ella a los saltos, incapaz de contener su alegría.

Antonio esperó en la penumbra hasta que vio al cachorro y a su dueño entrar a los corrales. Luego se dirigió hacia las puertas de la casona en silencio, atento a cualquier sonido que pudiera revelar la presencia de alguien más dentro de la casa. El salón estaba a oscuras, aunque, bajo el amarillento resplandor que provenía de un candil, eran visibles las líneas opacas de una mesa, varias sillas y un armario. Nada elegante. Atravesó el pasillo y se dirigió hacia las cocinas. El gaucho revisó rápidamente cada rincón de la estancia y sonrió con suavidad cuando encontró lo que buscaba: junto al fogón, halló una bolsa repleta de frutas y verduras. Tomó el saco y se lo echó sobre los hombros. Cuando se volvió, se encontró con el rostro lívido de una joven mujer.

—¿Padre? ¿Es usted? —preguntó la figura mientras entraba.

Esperaba encontrar a don Suárez. Cuando levantó la vista, se encontró con los anchos hombros de un extraño con el saco de frutas y verduras frescas que ella misma había recogido de la huerta esa tarde. El matrero se volvió. Ella, pálida, lo miró con los ojos muy abiertos. Abrió la boca para gritar, pero el extraño fue más rápido que ella. Atravesó la distancia que los separaba en dos zancadas. Le cubrió la boca con la mano mientras la aplastaba contra la pared.

—No tenga miedo —dijo. Ella gimió contra los dedos que la mantenían en silencio mientras las lágrimas acudían a sus ojos—. No llore. —Antonio se inclinó sobre ella y buscó su mirada—. No la lastimaré. Solo quiero un poco de comida para los míos. Se lo juro por Dios que me mira.

Estaba aterrorizada, pero se ordenó a sí misma mantener la calma. Cuando pudo respirar con cierta lentitud, observó al matrero con atención. Examinó la piel atezada, los ojos oscuros, los cabellos negríssimos como las alas de los cuervos, el pañuelo rojo que llevaba anudado alrededor del cuello. Entonces lo reconoció. “No me hará daño, pensó. Él es ese hombre del que todos hablan, es Antonio Gil. No me lastimaré. Dios mío, haz que no me lastime, que los rumores sean ciertos.”

—Me llevaré este costal y luego me iré. No grite.

Ella asintió. Antonio la observó un momento. Luego, muy lentamente, apartó la mano de la boca de la jovencita.

—¡Tome lo que quiera y váyase!

—Quédese tranquila —dijo—. Ya me voy.

—¿Para qué quiere tanta comida?

Decidió contestarle.

—A legua y media de aquí, poco antes de llegar al río Corrientes, hay un rancherío de indios y mestizos —respondió después de un momento de silencio—. Son muy pobres y casi no tienen para comer. Los niños están hambrientos.

—¡Espere! —La joven dio un paso hacia él. Se detuvo. Vaciló un instante. Luego señaló algún punto hacia el norte—. Para allá está el granero. Si usted quiere, puede tomar lo que guste. Hay una carreta también. Supongo que la necesitará para llevarse todo eso.

—No, señorita, con esto será suficiente, pero le agradezco la intención. Dios le pague con bendiciones esta noche de bondad.

Ella simplemente le devolvió la mirada en silencio. Antonio hizo un gesto con la cabeza a guisa de despedida. Luego abandonó la casa para perderse entre las sombras.

Paraje Las Garzas, Mercedes, provincia de Corrientes, 1874.

—¡Sí, doña, le juro que es Antonio! Es un gaucho alzado, sí, pero anda por los montes curando a la gente pobre con yuyos.

—¿Y eso a mí qué puede importarme?

—Le importará si su matasanos no sabe cómo tratarla en el caso de que esté enferma. Créame, dicen que ese hombre sí que conoce de hierbas, que no se ha muerto nadie que le haya confiado la vida.

—Antonio Gil; creo que escuché su nombre alguna vez.

—Algunos creen haberlo visto en La Valencia, otros en El Socorro. Algunos hasta creen haberlo conocido en la finca de don Rosendo, en Los Ceibos. Es un bandido, pero bueno. ¿Entiende?

—¿Cómo puede ser bueno un bandido?

—Puede, patrona, porque no le hace daño a nadie. Anda por los caminos en su caballo al amanecer asegurándose de que nadie sea cruel con los peones. A veces se mete en las estancias para castigar a los patrones que gustan de usar el rebenque con los viejos. No los lastima, solo les hace una advertencia. Antes de irse, jura que regresará para vérselas con quien se atreva a lastimar a un anciano, a un niño o a una mujer. ¿No escuchó lo que le pasó al Rigoberto, allá en La Azulada?

—No.

—Rigoberto se descuidó con una de las ovejas. El patrón no quiso escucharle cuando pidió perdón. Sacó el rebenque para reventárselo por la espalda, ahí mismo, en el campo. Rigoberto gritaba pidiendo piedad. Fue entonces cuando llegó Antonio en su alazán después de saltar la alambrada. Arrojó el cuchillo y se lo clavó en la mano del patrón para que nunca más pudiera golpear a nadie con la derecha. Después de asegurarse de que el Rigoberto estaba bien, se fue.

—Es un héroe entonces.

—Sí, señora. Lo es. El otro día, allá en el mercado, escuché que Ramonita, la nieta de don Goyo, había enfermado y que nadie sabía qué tenía. Usted sabe que, después de la muerte de la curandera Fermina, no hay muchos que sepan de plantas por acá. Los doctores son tan caros. Ramonita

se moría, de verdad. Pero, por la noche, llegó Antonio a la pulpería con unos yuyos y le explicó a don Goyo cómo dárselo a la nenita. Después dijo una oración, como si la bendijera.

—¿Y se curó?

—Sí, doña. Al otro día ya andaba correteando por la plaza de la mano de la madre.

—¿Y este hombre anda solo por los montes?

—No, señora. Con una mujer.

—¿Y quién es ella?

—Nadie lo sabe.

La mujer recordó un viejo rumor.

—¿No será la señorita Ana?

—¿La señorita Ana, la de Los Ceibos? ¡Imposible! Si Antonio se marchó del Pay Ubre cuando ese Salazar comenzó a buscarlo para apresarlo, mucho antes de que la señorita Ana se fuera a la capital para casarse.

—Muy cierto. Hace poco me encontré con don Rosendo. Me dijo que su sobrina estaba viviendo en Corrientes con su marido, un joven abogado, muy cercano a la familia Vidal.

—¿Lo ve usted? No es ella.

—Admito que don Rosendo parecía muy orgulloso. Me aseguró que su sobrina finalmente había encontrado su camino, que el hombre que había elegido por marido la protegería de todo mal. Ahora, si no es la señorita Ana, ¿quién será esa mujer?

*

El anciano la observaba con absoluta tranquilidad desde las sombras que llenaban la estancia. Extrañamente divertido por la situación, bebió un trago de ginebra y, luego, con lentitud, de modo que ella no notara su presencia, don Rodrigo Martínez dejó la copa sobre la mesa. Se echó hacia atrás. Se hundió en la oscuridad de la biblioteca detrás de un enorme armario de madera. Ella estaba sentada sobre el alféizar de la ventana con las piernas colgando hacia adentro, con los sucios botines chorreando agua sobre los tablonés del piso. Contemplaba el interior de la habitación. La joven

acomodó las ropas sucias. Finalmente, suspiró. Apoyó con suavidad la punta de los botines sobre el suelo de madera rogando entre dientes que no crujiera bajo sus pasos. Un ligero chirrido la hizo estremecer, y apretó entre los dedos una vieja bolsa de lino. La joven echó una rápida mirada hacia el jardín, asintió y luego volvió los ojos astutos y brillantes hacia el interior del recinto. Don Martínez enarcó una ceja con curiosidad al observarla. Se trataba de una joven delgada, vestida con viejas ropas de campesina, desteñidas por el tiempo y el uso. En sus rasgos no había nada llamativo a primera vista, pero, después de un momento, el anciano decidió que esa ladronzuela le resultaba familiar. La miró un momento, pensativo. Le recordaba vagamente a alguien, pero no lograba identificar a quien. Don Martínez ocultó una sonrisa. A su edad, no eran muchas las cosas que lograban sorprenderlo, pero jamás, en sus ochenta y dos años de vida, había visto a una ladrona que tuviera tal aire de elegancia.

Se dirigió hacia el escritorio. Intentó abrir las gavetas que estaban cerradas. Escuchó un ruido, algo que se caía. Una llave. Se sorprendió. No entendía qué había pasado. Ana frunció el ceño, desconcertada. Entonces, una diminuta llama se encendió en la oscuridad. Iluminó parte de los suaves y viejos rasgos de don Martínez mientras él encendía una vela.

—Creo que usted necesita esa llave para revisar mi escritorio, niña —dijo de buen humor.

Antonio entró, cuchillo en mano, dispuesto a defender a su mujer.

—¿Qué piensa hacer con eso, jovencito? Le aseguro que yo no pienso enfrentarme a usted.

—¿Está bien? —preguntó el gaucho a la joven sin apartar los ojos del anciano.

—Sí. Solo me asusté.

—Le dije que esperara afuera con Martín.

Antonio le dirigió una breve mirada de disgusto. Luego clavó los ojos en el anciano.

—¿Tiene algo de valor? —preguntó el matrero.

—Mi vida, jovencito.

Antonio tuvo que sonreír.

—Sabe a qué me refiero.

—¿Me permite la llave, niña?

Ella se la dio.

—Gracias.

Don Martínez abrió el cajón superior del escritorio. Encontró un viejo reloj de oro. Lo arrojó hacia Ana.

—Ahí tiene.

Ana se retiró. En el momento en que la joven abandonaba el alféizar, un muchacho llegó hasta la puerta con una pistola entre las manos. Antonio retrocedió un paso sin apartar los ojos ni del anciano, ni del joven caballero que lo contemplaba en silencio desde el umbral.

—¡Es Antonio Gil! —dijo el joven—. ¡Es ese matrero de mierda!

—Disculpe el lenguaje de mi nieto. He intentado enseñarle modales desde que la madre murió, pero es inútil.

—Cállese, abuelo. ¡No necesita disculparse con esta mierda! ¡Este hombre es el que nos ha estado robando los pollos!

—Tendrá hambre, imagino —murmuró el anciano.

—Baje el arma —dijo Antonio con calma—. Ya nos vamos.

—¡Sí, a la cárcel se irán! Abuelo, llame a los peones. Dígales que vengan aquí mientras yo vigilo a esta basura.

Don Martínez suspiró.

—Pablito, deje eso —dijo—. No nos harán daño. El muchacho ignoró al anciano. Apuntó la pistola hacia Antonio. Apretó el gatillo. El gaucho era veloz: antes de que la bala golpeará contra la pared, se arrojó por la ventana. Impactó con el hombro contra el suelo al caer de costado junto a los arbustos que rodeaban la casa. Corrió hacia el caballo mientras escuchaba las maldiciones del otro. Con el reloj que había guardado Ana tendrían para comprar las medicinas que necesitaban.

En la biblioteca, mientras el muchacho juraba matar a Antonio Gil, el anciano murmuraba admirado y divertido: “Rápido como el viento”.

*

Colonia Santa, Mercedes, provincia de Corrientes, 1875.

—Se lo aseguro. Mi patrón estaba durmiendo cuando escuchó un ruido en la cocina. Se levantó, agarró su trabuco y salió de la alcoba para ver qué pasaba. Entonces se encontró con el mismísimo Antonio Gil, ahí, en la galería.

—¿Y qué paso? ¿Qué hizo don Fulgencio?

—Casi se mea en los pantalones, porque el Antonio no estaba solo. No señor. Con él había tres hombres. Todos estaban armados, así que mi patrón no se atrevió a decir ni pío. Antonio lo miró con sus ojos negros, negros como la noche, fijos en él. Le aseguró que se irían pronto, en cuanto consiguieran unas medicinas que necesitaba. Luego les ordenó a sus hombres que buscaran los remedios. Que no tocaran nada más.

—¿Y solo se llevó medicinas?

—Antonio no habla en balde, lo que él dice, lo cumple.

—Ah, mire usted. Ayer, yo también escuché algo sobre Antonio Gil.

—¿Ah, sí?

—Sí, chamigo. Me contó mi patrona, que uno de sus hijos, el mayor, que es policía, tiene órdenes de matarlo si lo ve. Pero ella me confió que el muchacho no quiere saber nada de matar al Antonio, porque dice que, una vez, se lo encontró en casa de un amigo que estaba muy enfermo, y que, gracias a los yuyos del gaucho, se curó. Yo no sé si creer eso o no.

—Créalo nomás. Antonio Gil incluso puede curar con la mirada.

—¿Es cierto eso?

—Sí. Hay quienes cuentan que una mujer comenzó a sentirse mal a la vera del camino bajo la sombra de un árbol. Parece que sentía que las tripas se le reventarían por el dolor. Pero que Antonio Gil la salvó. Se sacó el pañuelo rojo que llevaba anudado al cuello, lo humedeció con el agua que llevaba en una botella y se lo puso sobre la cabeza. Después fue hasta el caballo, sacó unos yuyos de un atado y llamó a alguien que se ocultaba entre los arbustos para que le alcanzara más agua. Era una mujer muy linda la que lo acompañaba. Antonio le preparó una infusión y dijo un rezo. Le dijo, también, a la mujer, que tenía que ayudar a otros para que el dolor no le volviera. Ella ahora hizo un pequeño monumento al costado del camino donde cayó enferma, con un gaucho dibujado, con el pañuelo rojo que él le dejó, atado al altarcito.

—¿Se sintió mejor después?

—Sí. Me dijo que le calmó el dolor de inmediato.

*

Santa María, Mercedes, provincia de Corrientes, 1876.

—Le juro que era él, mi doña. Era Antonio Gil, ¿se acuerda que una vez le conté de él? Vivía por aquí, cerca de La Valencia. Es inconfundible con los ojos negros, los cabellos largos hasta los hombros, el pañuelo rojo al cuello. Me dijo que no me preocupara, que conseguiría medicinas para mi hijito. Porque se me puso malito después de pasar la tarde en el monte cerca de la laguna.

—Pobre niño. ¿Ya está mejor?

—A eso voy, doñita. Antonio me cumplió lo que prometió. Me trajo los remedios ayer pasada la medianoche. Desmontó frente a mi rancho de su alazán y me entregó las medicinas. Me dijo que esperaba que mi nene se pusiera mejor para la mañana de hoy.

—¿Cómo las consiguió?

—Creo que las robó, señora. Después supe que al médico del pueblo le habían entrado en la casa y se habían llevado remedios. Creo que son los mismos que me entregó a mí.

—¿Y le hizo algún daño al médico?

—No, patrona, ¿cómo cree? Antonio Gil es incapaz de lastimar a nadie. Don Genaro dormía como un bebé cuando le rompieron la puerta de la casa. Descubrió que le habían robado después, al amanecer.

—Comprendo.

—Antonio Gil le salvó la vida a mi hijito. Quise darle las gracias, pero no me lo permitió. Dijo que se lo agradeciera a *Ñandejára*, que rezara una oración por él, porque tiene una promesa por cumplir y necesita que Dios le dé fuerza para seguir cumpliéndola, aun cuando tiene a la autoridad pisándole los talones.

—Qué terrible. Parece un buen hombre.

—Sí, señora, lo es. Mire, usted es una dama; y las señoras de bien no saben nada sobre lo que ocurre en el monte cuando una trabaja para un hombre. Algunos patronos son crueles y nos hacen cosas feas.

—¿Qué cosas?

—A veces toman a las hijas de sus peones y, bueno, usted sabe, hacen lo que quieren con ellas. ¿Me entiende?

—Sí.

—Bueno, desde que Antonio Gil anda por aquí, ningún patrón se atreve a lastimar a una mujer. Temen que se les aparezca y los degüelle mientras duermen. Dirán que es un ladrón, un matrero o un asesino, pero, para nosotros, los pobres, es un ángel de Dios. Él nos comprende. ¿Sabe usted? Él sabe que necesitamos su protección.

*

Los ojos de la mujer se abrieron con suavidad. La luz de una única vela que ardía a poca distancia de su cabeza, sobre un tocón de madera, la obligó a volver la cabeza a un lado. Fijó la mirada turbia en la pared del rancho mientras la fiebre le quemaba las sienes. Tenía los cabellos oscuros apelmazados y pegados al cuello y a los hombros. El sudor se deslizaba lentamente por su cuerpo ardiente, humedecía la manta que la cubría. Cerró los ojos un momento cuando creyó ver la pared mecerse de un lado a otro frente a ella. Tenía la garganta seca, la lengua entumecida, en el paladar un sabor amargo, desagradable. Un hombre joven se inclinó sobre ella. Le apoyó los dedos sobre la frente. Ella lo miró. Parpadeó.

—¿Quién es?

—Soy Antonio Gil —dijo él en voz baja con amabilidad.

Ella tragó saliva. Intentó sonreír, pero una fuerte punzada de dolor en el vientre la hizo gemir, la obligó a volverse a un lado. Apretó los ojos. Las lágrimas resbalaron por sus exiguas mejillas.

—Me duele.

—Ya pasará.

Antonio se sentó a su lado. Le limpió el rostro con un trapo húmedo.

—Se pondrá buena, ya lo verá.

—Mi niño —gimió ella—. Ese hombre lo mató.

Antonio le acarició el cabello con suavidad.

—¿Qué sucedió? —preguntó por lo bajo.

María Rosa Esquivel no lo miró. Cerró los ojos. Las lágrimas comenzaron a fluir nuevamente.

—Mi patrón vino a buscar a mi madre. Le dije que no estaba, que se había ido hasta el pueblo por comida. Entonces, me agarró del brazo, me dijo que había crecido mucho desde la última vez que me había visto, que siempre me quiso. —La joven apretó los labios, presa de violentos temblores—. Le dije que se fuera, pero el patrón me empujó y me violó. Le rogué que no lo hiciera. ¡Lo juro! Yo no quería.

—Está bien.

—Le dije que estaba encinta, que no me lastimara, pero igual lo hizo. Me forzó. Después, cuando se fue y pude levantarme, comencé a sangrar.

—Descanse.

—Usted no se lo dirá a nadie, ¿verdad? El patrón dijo que mataría a mi madre si me atrevía a hablar.

—No se lo diré a nadie. —Antonio secó las lágrimas de la muchacha con el borde de su camisa—. No tenga miedo. No lastimará a su madre.

Ella asintió y cerró los ojos. “Mi bebé”, susurró. Volvió el rostro a un lado una vez más, presa del dolor. Antonio se apartó del catre y fue hasta la madre de la jovencita, que se encontraba sentada frente al fogón con los ojos fijos en las llamas.

—¿Ella morirá? —preguntó sin mirarlo. La voz le temblaba sin control.

—No. Dejé unos yuyos sobre la mesa. Le bajarán la fiebre y detendrán el sangrado. La mujer asintió. Antonio le apoyó una mano sobre el hombro.

—Ella estará bien.

—Ese hombre no la dejará en paz. Siempre la quiso tener.

—Yo me ocuparé de ese miserable —dijo él en voz baja. Sabía que después lo buscaría, que se escondería en las sombras de su casa, que lo marcaría de tal manera que ya no podría volver a entretenerse con jovencitas, que el hombre derramaría sangre del color de su pañuelo. No rompería, sin embargo, la promesa de no volver a matar.

La mujer se volvió, lo miró un momento en silencio. Luego esbozó una sonrisa.

—Gracias —dijo simplemente.

*

Las Rosas, Mercedes, provincia de Corrientes, 1877.

—Entonces mi hijo llegó hasta el huerto y se encontró con un hombre con pañuelo rojo al cuello, un matrero, me dijo, que estaba recogiendo las verduras como si tal cosa —comentó en voz baja—. Mi Rodolfo le ordenó que dejara de robarle. El hombre se presentó, dijo llamarse Antonio Gil y le explicó que necesitaba esa comida para alimentar a unos niños del rancharío que no comían hacia días.

—Comprendo.

—Mi hijo le permitió recoger todo lo que quisiera, ya sabe usted lo bueno que es. Cuando ese hombre estaba a punto de marcharse, Rodolfo le ofreció dinero, pero el matrero le dijo que no podía aceptarlo, que le hiciera el favor de repartirlo entre los pobres que llegan hasta la iglesia.

—Parece un hombre íntegro, ¿verdad?

—Eso parece. No sabe usted el escándalo que hizo mi suegro. Llamó al comisario y dijo que hiciera algo para capturar a ese bandido, que no podía darse el lujo de andar regalando las verduras de la casa como si tal cosa. Ahí supimos que Antonio Gil había desertado del ejército, y que lo estaba buscando la policía desde hacía tiempo ya.

—Qué terrible.

—Imagínese el disgusto de mi hijo. No está de acuerdo con lo que hizo su abuelo. Parece que, incluso, teme por la vida de ese salteador.

—Me da mucha pena ese Antonio.

—Sí, a mí también, porque, si lo encuentran, lo matan.

—¿Usted cree?

—Eso dicen. Para ahorrarse el viaje hasta Goya, los policías dicen que muchos presos mueren en el camino de manera muy extraña, no sé si me entiende. Mi marido dice que no existe verdadera justicia en Corrientes. Menos aún desde que comenzó la rivalidad entre los colorados y los liberales.

—¡Ay, no me lo recuerde! Mi esposo está muy preocupado por las próximas elecciones. Cree que habrá una carnicería si el señor Derqui y el señor Felipe Cabral no llegan a un acuerdo.

—Mi suegro también está seguro de que habrá problemas con estas elecciones, pero, gracias a Dios, todo está bastante tranquilo por ahora. Aunque no sé cuánto va a durar esta paz entre celestes y colorados.

—El gobernador José Luis Madariaga no sabe qué hacer. Supongo que terminará apoyando a Derqui.

—Esperemos que no ocurra una desgracia. Que no se llegue a una revolución como la de 1871.

Capítulo 17

Mercedes, provincia de Corrientes, 1878.

Poco faltaba para el amanecer, pero la luna aún se negaba a abandonar su cénit. Reinaba en la bóveda celeste con una esplendente luminosidad platinada. Una infinidad de estrellas la acompañaban en la lenta travesía a través del cielo nocturno. Salpicaban el firmamento con titilantes ramilletes de luces que habrían de perdurar hasta el alba. El viento mecía con suavidad los pastizales que se encontraban a los lados del camino.

—¿Está seguro de que el médico pasará por aquí con las medicinas que necesita usted para el hijo de Gonzalito? —preguntó Martín García.

—Pasará —dijo Antonio Gil. Le hizo un gesto con la mano para señalarle la precaria protección de las sombras que echaba sobre el camino el follaje de un ombú—. Ahí estaremos bien.

—¿Y cómo sabe que vendrá?

—Porque está de parto una amiga de su mujer en la finca de don Velozo. Don Silvano la atenderá. Lo bueno de los pueblos pequeños es que las noticias vuelan.

Martín asintió. Fue hasta el árbol con un atado repleto de frutas y verduras que había logrado robar de un huerto poco después de la medianoche. Examinó el horizonte con ojos atentos. Se dejó caer entre las raíces del ombú. Apoyó la espalda contra el tronco. No tendría más de quince años. Era alto para su edad. Fuerte como un toro, obstinado. Había quedado huérfano el año anterior. Poco después, había encontrado a Antonio Gil por casualidad en el rancherío donde se ocultaba junto con su mujer y sus hombres. Cansado ya de deambular por los montes solo, Martín le había rogado que le permitiera unirse a su banda. Muy pronto, el muchacho demostró ser de mucha ayuda.

—Insisto en que debimos traer a los caballos —dijo Martín.

—No estamos lejos de casa —respondió Antonio.

—Su Ana debe de estar ansiosa por verle. Ya sabe usted cómo se preocupa cada vez que salimos. ¿Por qué no la deja venir con nosotros, Curuzú?

—Porque es peligroso.

Los dos se quedaron callados ante un vago sonido en el camino. Se ocultaron detrás de unos arbustos. Antonio vestía completamente de negro para confundirse con las sombras de la noche, excepto por el pañuelo rojo que llevaba anudado al cuello como recordatorio de la promesa que le había hecho a Dios de no volver a matar a ningún hermano.

El viejo carruaje del médico dobló un recodo. El cochero, en su prisa por abandonar aquel camino en penumbras, fustigó al caballo una y otra vez, ajeno a la presencia del hombre que lo observaba desde las sombras. En el interior del coche, don Silvano López echó una rápida mirada a su mujer, Sofía, quien dormitaba plácidamente. Sostenía una cesta con las medicinas que su marido necesitaría para atender el parto de su buena amiga, doña Ignacia Billordo. El carruaje se desvió del camino con tanta violencia que don Silvano tuvo que aferrarse a la portezuela para no caer de bruces. El cochero vociferaba una serie de insultos en guaraní. El vehículo temblaba bajo los aterrados movimientos del caballo. Sofía despertó con un respingo. Aferró contra el pecho la cesta de caña.

—¿Qué pasa?

—No es nada —aseguró don Silvano—. Tranquila.

El médico escuchó al viejo Felicio descender del pescante de un salto, furioso. Gritaba palabrotas en su idioma materno. Don Silvano frunció el ceño. Apretó los labios en una mueca de disgusto. Con toda seguridad, algún animal se habría atravesado repentinamente en el camino del coche. Sofía echó una breve mirada hacia la ventanilla. Palideció.

—¡Un asaltante! —jadeó. Se aferró a su marido. Le clavó las uñas en el brazo—. ¡Hay un hombre ahí, Silvano!

—No puede ser. ¡Felicio! —lo llamó—. ¿Qué sucede?

El cochero había reconocido a Antonio. Se había quedado impávido. Inmóvil. Se debatía entre proteger a los patrones y la devoción que le despertaba aquel gaucho, la devoción que despertaba en todos los que tenían patrones en la provincia de Corrientes.

Don Silvano no escuchó respuesta alguna. Decidió ver qué pasaba.

—Cállese y no haga ruidos —recomendó a su esposa. Luego, empujó la puerta. Bajó del carruaje con toda la soberbia elegancia que había adquirido a través de los años.

Bajo la resplandeciente luz de la luna, vio a Felicio quieto. Vio a un hombre que se encontraba a poca distancia del carruaje de pie en medio del camino con una expresión que no revelaba nada.

Don Silvano dio un paso hacia él. Se detuvo. Habló.

—¿Qué quiere usted?

—Medicinas.

—¿Quién es usted?

—Es Antonio Gil —se apuró a decir Felicio.

—Ya escuché acerca de usted —murmuró don Silvano después de echar una breve mirada hacia el interior del coche—. No quiero problemas —dijo—. Llévase lo que quiera. Luego, déjenos en paz.

Sofía sollozaba dentro del carruaje. Parecía alterada. Antonio lo notó. Dirigió su mirada hacia el médico.

—Su señora está asustada —dijo—. Deme lo que necesito, así me iré cuanto antes.

Don Silvano escuchó a la mujer llorar. Recordó el parto que debía atender. Pensó que una amiga de la familia correría un grave riesgo si entregaba las medicinas.

—Está bien —dijo dócilmente.

Se volvió hacia el coche para buscarlas. De repente, le arrebató al cochero el látigo y lo descargó contra Antonio.

—¡Gaucho de mierda! —vociferó, fuera de sí, incapaz de controlar la repentina ira—. La vida que voy a atender es más importante.

Antonio retrocedió sin apartar los ojos del médico. Se llevó una mano a la espalda con la intención de tomar el cuchillo y desarmar al doctor. Antes de que pudiera hacerlo, Martín saltó de entre los arbustos, blanco como un cirio. Señalaba el interior del coche con grandes aspavientos.

—¡La mujer! —gritó—. ¡La mujer tiene un arma!

Antonio volvió los ojos hacia el coche justo en el momento en que doña Sofía López tiraba del gatillo con los párpados cerrados y la cara desencajada por el terror.

Don Silvano gritó el nombre de su esposa. Felicio se echó hacia atrás por temor a la mala puntería de la patrona. Antonio soltó un gruñido de dolor cuando la bala se enterró en su pierna derecha a la altura del muslo. Perdió el equilibrio. Cayó al suelo. Crispó los dedos contra la herida sin apartar los ojos de la mujer que temblaba de pie junto a la portezuela del vehículo. El médico pareció volver a la calma.

—Vamos. Vamos ya —gritó don Silvano. Arrebató el arma de entre los dedos de su mujer. La empujó dentro del carruaje sin cuidado alguno—. No sabemos si tiene a más de sus hombres en el monte.

Felicio asintió. Trepó al coche rápidamente. Murmuró una retahíla de maldiciones. Partieron. Martín no esperó a ver qué sucedía. Rodeó con fuerza la cintura de Antonio con el brazo. Lo obligó con un gesto a que se apoyara en él. La sangre de la herida comenzaba a manar a borbotones. Dejaba enormes manchas oscuras en la tela de los pantalones. El muchacho apretó los dientes. Guió a su jefe entre los arbustos.

—No se muera —rogaba una y otra vez entre dientes—. No se muera.

*

—Déjeme aquí. Siga usted solo.

—No podría, Antonio. Seguramente avisarán a la policía y vendrán a buscarlo por aquí. No puedo dejarlo.

—Hágame caso, Martín.

—Aguante, Curuzú, el rancho no está lejos.

—Déjeme aquí. No podrá llevarme a la rastra hasta el rancherío. Además, necesito que les avise a los demás para que se pongan a salvo. No quiero que también puedan caer presos. Ni que a usted, por acompañarme, lo mate la policía.

El muchacho sollozó. Aun herido, aun con la posibilidad de caer detenido por la ley, aquel hombre pensaba en los suyos.

—Quiero que haga algo por mí —dijo de pronto.

—¿Qué, Curuzú?

—Antes de que regrese al rancho, necesito que encuentre a alguien. Vaya a Los Ceibos. No está lejos de aquí. Busque a un peón de nombre Herminio Contreras. Dígale que su señorita Ana lo necesita. Guíelo al rancherío. Cuénteles todo lo que pasó. Él sabrá qué hacer. No se preocupe: es de fiar.

Martín quiso decir algo, pero solo se secó las lágrimas. Se irguió. Se cuadró.

—Váyase ya —ordenó Antonio—. Confío en usted.

Martín lo miró un momento en silencio. Se volvió y echó a correr por el herbazal. Se perdió muy pronto entre los árboles y las sombras, todavía presa de algunos sollozos.

Antonio cerró los ojos. Respiró profundamente. El viento le despeinó los cabellos oscuros. Poco a poco se fue adormeciendo. A lo lejos, escuchó el suave piar de los gorriones. Pronto comenzaría un nuevo día. Estaba en paz. Con las últimas fuerzas, tomó el cuchillo y lo cruzó a su espalda, debajo de la faja. Pensó en su Ana de los Montes. Supo que ella tendría que ser fuerte. Apoyó una de sus manos sobre la herida sangrante de su pierna y suspiró. Cayó en la oscuridad de la inconsciencia. Pronunció el nombre de la mujer una y otra vez. Poco tiempo después, alguien descargó una patada contra sus costillas.

—Despierte, Antonio Gil. Póngase de pie.

Esa fue la orden que recibió. Una vez más, sintió el doloroso golpe de una patada, esta vez en el muslo, justo encima de la herida.

—He dicho que se levante, matrero de mierda.

Curuzú abrió los ojos e intentó incorporarse.

“Si he de morir, pensó, que sea de pie.”

*

Herminio Contreras llegó hasta el umbral. Con la serenidad que lo caracterizaba, se quitó el sombrero. Lo sostuvo en las manos. Observó los rostros de todos aquellos que se habían puesto tensos al verlo llegar. Tenía a su espalda el leve fulgor de un candil que iluminaba apenas parte del interior

de aquella casucha que, durante tantos años, pensó, había sido el hogar de dos de las personas más queridas para él: Antonio Gil y la señorita Ana Igarzábal. La vio. La saludó.

Ella no respondió. Estaba sentada en un rincón del rancho, alejada de todos cuantos habían llegado hasta allí para ofrecerle consuelo, con la mirada fija en las llamas que chisporroteaban en el fogón, con las manos sobre las rodillas. Los dedos temblorosos le alisaban una y otra vez un pliegue de la falda. Los labios descoloridos se movían con suavidad en una oración inaudible. Tenía la piel muy pálida, casi del color de la ceniza. Tenía los ojos oscurecidos por la enorme aflicción que la aquejaba.

Herminio dio un paso hacia ella. Se detuvo cuando varios hombres que hasta entonces habían estado apoyados contra una de las paredes de aquella casucha se volvieron hacia él y lo observaron con ojos duros, desconfiados.

—Está bien. Es un amigo de Antonio —dijo Martín—. Ana confía en él.

—¿Herminio?

Ana, ahora, parecía haber reparado en su presencia.

—Señorita.

Ella se puso de pie. Fue hasta él con pasos inseguros, con la expresión ansiosa de quien espera recibir una buena nueva y, a la vez, teme escuchar una espantosa confidencia.

—¿Qué ocurrió, Herminio? —preguntó—. ¿Logró averiguar algo?

—Síntese, señorita. No le hará nada bien que se exalte.

—¿Dónde está él? —preguntó finalmente. La mirada de la muchacha exigía una pronta respuesta—. ¿Está bien?

—Tiene que ser fuerte, señorita.

Ana apoyó una mano contra el pecho, como si con aquel gesto pudiera calmar el enloquecido palpitar de su corazón.

—Herminio, dígamelo de una vez.

El peón apoyó las manos en los hombros de la mujer. Sin que ella opusiera ninguna resistencia, la atrajo hacia él. Hundió los labios entre los cabellos de la señorita. Se preguntaba qué consuelo podría ofrecerle, qué palabras podrían minimizar el daño que sufriría ella al saber que Antonio ya no regresaría a su lado. Apretó la mandíbula, como si eso pudiera impedir que las palabras que debía decir salieran de su boca.

—Mañana o pasado saldrá del pueblo, señorita. El coronel Salazar decidió que no había razones para esperar más. Ordenó al sargento Ruiz Díaz que condujera a Curuzú hasta la autoridad.

Ella dejó escapar un sollozo. Meneó la cabeza, presa del llanto.

—No es posible.

—Lo van a llevar a Goya, señorita —concluyó.

Ella se quedó callada. Herminio la obligó a sostenerle la mirada, aun cuando la joven intentó apartarlo de ella.

—Señorita, escúcheme —suplicó él con voz ronca—. Antonio le dijo a ese chico, a Martín, que fuera por mí, que me guiara hasta usted por una razón. Creo saber cuál es: que la lleve con su tío.

—No.

—En Los Ceibos estará a salvo —insistió Herminio—. Venga conmigo.

—¡He dicho que no!

—¿Y qué quiere hacer, pues?

Ana se recompuso. No podía quedarse a llorar. Tenía que seguir. Ahora que él no estaba, tenía que ser ella la que se pusiera al frente. La que agotara las instancias para salvarlo.

—Sé a dónde ir —dijo ella, resuelta—. Quiero hablar con él. Tenemos que correr la voz de su detención. Los peones nos apoyan, ¿no es verdad? Martín dijo que el cochero del médico no quiso defender a su patrón, que miraba a Curuzú con admiración. —Las ideas empezaban a aclarársele—. Tenemos que hacer que se reúnan en la plaza, que pidan por la liberación de Antonio. Que no les resulte tan fácil trasladarlo. —Hizo una pausa. Se sentía mejor con esas ideas: no podía dejarse vencer. Debía pelear hasta el final—. Herminio, acompáñeme. Debemos hablar con el coronel Velásquez. Él intercederá por Curuzú.

—Está bien, señorita. Vamos. Pero tenga cuidado. Por usted y ese niño que lleva en su seno.

*

Pocas horas después, la plaza se había llenado de gente por la efectiva y organizada acción de los hombres de Curuzú. Habían convocado a quienes habían sido ayudados. Habían convocado a peones de las estancias que habían quedado vacías sin nadie que trabajara. Algunos viejos soldados se sumaron a la manifestación. Algunos estancieros también. Habían repartido pañuelos rojos a todos los que se acercaron. En primera fila estaban Martín, Herminio y Ana.

El coronel Juan de la Cruz Salazar apretó la mandíbula en un gesto de disgusto. Se apartó del alféizar de la ventana con expresión contrariada. Miraba a los que exigían la liberación de Antonio Gil. Estaba inquieto. Eso complicaba los planes de sacarlo del pueblo cuanto antes. Debería esperar que se cansaran, que se disiparan un poco para que no impidieran la salida del reo. De todos modos, la gente allí reunida no dejaba de sorprenderlo: todos en silencio, todos con el pañuelo que recordaba al héroe por el que pedían.

—¿Cómo consiguió todo esto? —preguntó. Se refería a lo que estaba afuera, pero también a lo que le había traído su interlocutor.

Sobre su escritorio estaban diseminadas un montón de misivas de algunos de los miembros más importantes de la oligarquía de la ciudad de Corrientes. Un par de notas de Felipe J. Cabral y Juan Esteban Martínez, que, de salir a la luz, podrían destruir a los liberales. Cada uno de esos documentos revelaba a las claras las intenciones de los celestes: iniciar una revuelta contra el gobernador, el doctor Manuel Derqui, para luego ocupar, si era necesario, toda la provincia a fin de obligarlo a renunciar al cargo. Los liberales estaban dispuestos a hacer cualquier cosa por recuperar el poder, incluso crear ríos de sangre a lo largo y ancho de la provincia. Esos documentos que tenía frente a sí, reconoció Juan de la Cruz con irritación, si se hacían públicos, podrían echar por tierra todos sus planes.

El coronel Estanislao Velásquez observó atentamente el rostro de Salazar. Sonrió, pero sus ojos oscuros reflejaron una frialdad imposible de ignorar.

—Tengo mis recursos —dijo. Apoyó el hombro contra la jamba de la puerta y cruzó los brazos contra el pecho—. Soborno, chantaje, amenazas, promesas. Siempre hay alguien dispuesto a vender información a cambio de muy poco, en realidad: dinero, favores, paz.

Salazar se apoyó sobre la mesa. Crispó las manos contra las cartas, casi sin darse cuenta de ello.

—¿Qué quiere a cambio de todo esto? —preguntó sin apartar los ojos de los del otro—. Dígame su precio.

Velásquez enarcó una ceja.

—Usted sabe lo que quiero.

Juan de la Cruz apretó los dientes. En la calle se escuchaban los gritos de la gente que exigía ver a Antonio Gil. El nombre de aquel matrero ya estaba comenzando a resultarle odioso después de haberlo oído toda la mañana, una y otra vez, mientras peones y campesinos correteaban por las calles para eludir a sus hombres. Como el comisario era un alfeñique cobarde y simplón, incapaz de tomar decisión alguna, mucho menos cuando se veía abrumado por una situación que consideraba inmanejable, Salazar se había visto obligado a tomar el control de la ciudad de Mercedes. Había ordenado que se dispersara a la multitud y que se restableciera el orden. Pero, al parecer, eso no sucedía.

Velásquez dio un paso hacia él. Le buscó la mirada.

—Libérela —dijo—. Y le daré mi palabra de que jamás revelaré lo que sé de sus planes, Salazar. Le entregaré esos documentos, tómelos, son suyos. Quémelos, si quiere, pero deje ir a Antonio Gil.

—¿A qué viene tanto interés por ese hombre?

—Sé reconocer la injusticia cuando la veo, coronel. Y desprecio profundamente a aquellos que la causan —respondió Estanislao con determinación—. Considero una injusticia su feroz insistencia en perseguir a un hombre que no ha hecho más que el bien a su paso. ¿Por qué esa saña, coronel?

—¡Es un desertor, un matrero! ¿Cómo se atreve a defenderlo usted, justamente usted, que valora el honor por encima de todas las cosas? Siempre me pareció un hombre cabal, Velásquez, inteligente y de fiar, un caballero incapaz de faltarle a la patria ni con el pensamiento. ¡Pero aquí está, dispuesto a permitirme quemar todo eso por salvar la vida de un desertor, de un ladrón y un asesino!

—No es un asesino. Usted lo sabe.

—¿Qué puede saber usted?

—Sé que Antonio Gil es un hombre derecho que ha honrado a su patria peleando en una guerra que creyó justa, pero que, ya en ella, su consciencia no le permitió seguir aceptando las atrocidades que usted y yo sabemos que se cometieron en el Paraguay. Lo llama desertor como sinónimo de cobardía, pero ambos sabemos que jamás podríamos llamar cobarde a Antonio Gil sin mentir. Si lo acusa usted de deserción, es porque no tiene otra excusa para darle caza.

—¡Excusas! ¡Me insulta, Velásquez, si piensa que tengo que inventarme excusas para mandar a ese matrero a la horca. Usted bien sabe que es un abigeo, un salteador de caminos que se ha atrevido incluso a amenazar la vida de un médico.

—¿Le parece justo enviar a ese hombre a la horca cuando jamás hizo daño a nadie y solo pretendía ayudar a su gente? De sus latrocinios no ha obtenido más que ropa, comida y medicinas. Usted lo sabe. Lo repartía todo en los rancheríos, entre quienes más lo necesitaban. ¿Piensa ajusticiarlo por eso? ¿Por alimentar a los pobres y vestir a los menesterosos? Permítame decirle, coronel, que, si lo hace, la historia no será benigna con usted.

—¡Antonio Gil es un criminal! —gruñó Salazar casi escupiendo las palabras—. Sé de varios buenos vecinos que jurarían haber sido amenazados de muerte por ese miserable.

—Por supuesto, serán los mismos, supongo, que, a causa de las amenazas de Antonio, ya no pueden violar a las jóvenes hijas de sus peones ni mandar a azotar impunemente a aquellos que tienen la desgracia de trabajar para ellos.

Los ojos de Salazar parecían llamear en la penumbra de la biblioteca mientras la ira consumía los últimos vestigios de su paciencia.

—¡Ya callase! —ordenó—. ¡Usted no sabe lo que dice!

Velásquez lo contemplaba fríamente con la mirada serena fija en la expresión acorralada del rostro de Juan de la Cruz. Sabía que estaba presionando demasiado, que el coronel Salazar no era precisamente un hombre que se caracterizara por la amabilidad con aquellos que insistían en probar los límites de su paciencia.

—Libérela —dijo entonces con suavidad—. Usted y yo sabemos que el único crimen de Antonio Gil fue no ponerse de su lado cuando usted se lo propuso.

Juan de la Cruz clavó en él sus ojos fieros.

—No me levante falsos cargos, Velásquez —dijo—. Usted sabe que le tengo consideración porque me cae bien y hemos estado juntos en la guerra, pero todo tiene un límite.

—Suéltelo, coronel, antes de que ocurra una desgracia. Usted sabe lo que pasa con los reos cuando salen del pueblo y están camino a Goya.

—No sé lo que quiere decir.

—Mire, no me venga con esas, que no somos tontos. Dígame, coronel, ¿es más importarte para usted enviar a la horca a un pobre peón que no representa nada o ayudar a los liberales a deponer a Derqui? Mire estos documentos, Salazar. ¿Cree que los celestes obtendrán el gobierno de la provincia a través de una revolución si estos papeles salen a la luz?

Hubo un momento de silencio.

—Muy bien, Velásquez, usted gana —dijo Juan de la Cruz finalmente con impaciencia—. Le sugiero que junte veinte firmas de los buenos vecinos de esta ciudad que respalden su pedido. Yo no puedo hacer nada basándome en mi capricho, pero, si me trae usted las firmas que le pido, podré presentarle el caso al gobernador y pedir clemencia para con Antonio Gil. Usted junte esas firmas, y yo se las haré llegar al gobernador para que interceda con los jueces. —Hizo una pausa—. Y me encargaré de que llegue a manos del sargento Ruiz Díaz la orden de que lo devuelvan al pueblo.

—¿Llegará a tiempo la orden?

Salazar alzó una ceja con expresión taimada.

—¿Cómo podría saberlo? —dijo—. Si llega o no, ya es decisión de Dios.

Capítulo 18

Mercedes, provincia de Corrientes, 8 de Enero de 1878.

Amanecía. El sargento Romualdo Ruiz Díaz detuvo a su caballo bajo la sombra de un árbol que crecía a la vera del camino. Observó el entorno con ojos atentos. A pocos pasos de allí, se encontraba la encrucijada que, para muchos hombres acusados de los más diversos crímenes, había significado realmente el final del camino.

Hacía un frío infrecuente para enero. Los verdes pastizales oscilaban con suavidad bajo las caricias del viento sur. Las ramas de los árboles impregnaban el aire con el aroma dulzón de las flores salvajes.

Ruiz Díaz se volvió hacia sus hombres. Asintió casi imperceptiblemente. Los cuatro policías que custodiaban a Antonio Gil intercambiaron una mirada sapiente. Guiaron a sus monturas hacia las sombras de unos arbustos.

El sargento Ruiz Díaz era un caballero de carácter, firme en sus decisiones. Estaba cansado. Había tenido que hacer un operativo especial para sacar al reo de la ciudad sin enfrentar la ira de los pocos manifestantes que quedaban después de varios días. Ahora estaban allí. Ruiz Díaz recordó que no creía en la justicia de los tribunales, que le gustaba impartirla personalmente, por su propia mano, cuando estaba convencido de la culpabilidad de un convicto.

El hombre que era la autoridad misma entre los campos del Pay Ubre recordó las palabras que el preso le había dicho sobre su hijo. Algo en aquel aviso lo perturbaba, aunque solo habían sido balbuceos, aunque no había articulado nada en concreto. Observó a Antonio Gil con creciente desprecio. Ese delincuente de poca monta lo miraba con serena arrogancia desde la montura, aun cuando tenía las manos atadas a la silla y las marcas del rebenque del sargento en el pecho y en la espalda desnuda. Estaba sucio de sangre y tierra. Aun así, tenía la expresión de un hombre orgulloso e impoluto.

Ruiz Díaz apretó los dientes e hizo un gesto hacia uno de sus hombres.

—Desátelo —ordenó.

Ramón Toledo, un joven de grandes ambiciones, se apresuró a desatar las sogas que habían mantenido las manos de Antonio inmovilizadas contra la silla. Luego volvió los ojos verdes hacia su superior. Cuando el sargento asintió, Ramón tiró violentamente de la cuerda que rodeaba la cintura del reo. Antonio cayó pesadamente al suelo sobre su pierna herida.

—Usted lamentará esto.

—Qué imbécil —dijo Toledo, divertido—. Decir eso justo ahora.

Antonio intentó incorporarse. No pudo. Volvió a intentarlo. Se puso de pie.

—Anoche tuve un sueño que le importará —comenzó con cierta dificultad. Respirar era una dolorosa tortura a causa de las heridas que los policías le habían infringido en las costillas.

—¿Y a mí qué puede importarme el sueño de un matrero como usted? —exclamó el sargento con aspereza. Fue hasta él, enrolló el puño en los cabellos del gaucho y tiró de ellos para que le sostuviera la mirada—. Sabe que morirá, ¿verdad? —preguntó entre dientes.

—Sí.

—Qué bueno. No es tan imbécil como parece. ¡Toledo, llévelo al pie del árbol de una vez!

—Sí, señor.

—No quiero perder más tiempo con esta mierda.

—Tengo algo para decirle antes de que me mate —dijo Antonio con la fuerza de un hombre que jamás se permitiría a sí mismo inclinarse ante nadie.

—¿Qué quiere? ¿Suplicar por su vida?

—Nunca he suplicado por nada. No lo haré ahora cuando sé que voy a morir —dijo Antonio con orgullo—. Se ve que no conoce a los hombres de la tierra, sargento.

Ruiz Díaz hizo una seña a sus hombres para que se apartaran.

—Conozco muy bien a los de tu clase —dijo en voz baja—. Medio indios todos, salvajes y acostumbrados a la mala vida. ¿Qué más puedo esperar de un peón de mierda como usted?

—No me insulte.

El sargento soltó una carcajada.

—Qué ariscos estamos hoy —dijo. Luego endureció la expresión—. No se atreva a hacerse el gallito conmigo; no le conviene.

Antonio dio un paso hacia él y se detuvo.

—El coronel Velásquez habló conmigo y dijo que conseguiría que Salazar diera la orden de liberarme.

—¿Qué espera que haga el coronel? ¿Que suplique por usted, por un miserable matrero sin beneficio alguno? No, qué esperanza. Velásquez jamás conseguirá obtener nada de Salazar. Usted muere aquí, Antonio Gil.

Curuzú apretó los labios. Dijo con mucha calma.

—Con la carta de mi liberación, le avisarán también que su hijo está enfermo. Rece en mi nombre. Yo intercederé ante *Ñandejára* para sanarlo.

—Señor, viene alguien —advirtió Toledo—. Por allá, ¿ve? Es un jinete.

Antonio se volvió. Entonces la vio. Ana cabalgaba hacia él a gran velocidad. Azuzaba al caballo salvajemente. Sus largos cabellos oscuros flotaban sobre la espalda.

Ruiz Díaz frunció el ceño, desconcertado.

—¿Y esa hembra quién es?

Antonio apretó la mandíbula. Se volvió hacia el sargento. Clavó en él los ojos de obsidiana.

—Esa dama es la señorita Ana Igarzábal —dijo con voz áspera, marcando las palabras.

—¿Cómo conoce a esa hembra?

—Es una dama, le dije. Y la conozco porque yo trabajaba en la estancia de don Rosendo antes de hacerme matrero.

Algo brilló en los ojos del sargento, una sospecha que, después de aquel día, jamás revelaría a nadie. Ahora que la figura se acercaba, la reconoció como una de las manifestantes.

—¿Es su mujer? —preguntó.

—Ese no es asunto suyo.

Apartó los ojos de quien sería su asesino. Observó uno a uno los rostros de los hombres que lo rodeaban con una expresión que atemorizaría al mismísimo *aña*.

—Cuidado —advirtió—. Mucho cuidado con ofenderla. Porque entonces no habrá agujero donde puedan esconderse de mi venganza.

Los hombres lo miraron, absolutamente inmóviles, paralizados bajo la fuerza de aquella mirada oscura, fiera, implacable.

—Despídase de la mujer —dijo el sargento a regañadientes—. Y luego dígame que regrese por donde vino, porque no me importará quién es su pariente si me pone al brinco. ¿Oyó?

Antonio asintió. Ruiz Díaz se apartó. Alejó a sus hombres con un gesto. Ana finalmente llegó hasta la encrucijada. Saltó un último seto. Con lágrimas, desmontó y corrió hacia él.

—¡Curuzú! —dijo arrojándose a sus brazos—. ¡Mi Curuzú!

Él la estrechó un momento con fuerza contra sí. La besó entre los cabellos. Cerró los ojos. Deseaba grabar en su espíritu aquel momento para llevárselo consigo después de la muerte. Se llenó los pulmones con el perfume de la piel de la muchacha, con la exquisita fragancia de ese pelo. Percibió que ella temblaba. Le acarició la espalda. Sabía que jamás podría volver a consolarla, que nunca más volvería a llamarla “Ana de los Montes”. Finalmente, la tomó por los brazos. La apartó. Le buscó la mirada. Cuando la encontró, inclinó la cabeza y la besó con suavidad en los labios.

—¡Curuzú!

—Tranquila.

—¿Cómo me pide eso?

Antonio la obligó a apartar la mirada del sargento Ruiz Díaz y sus hombres.

—Míreme —exigió—. ¿Cree que le temo a la muerte? Sabe que no.

—Curuzú —sollozó ella.

—No diga nada y escúcheme. No tenemos mucho tiempo. Sobrevivirá a esto y a cualquier otra prueba que *Ñandejára* tenga a bien enviarle —dijo él con suavidad—. Es una dama que no se dejará vencer por nada ni por nadie, que siempre llevará la cabeza bien alta, porque no tiene nada de qué avergonzarse. Amó y fue amada. Solo eso debe importarle.

Ella volvió a abrazarlo. Acomodó el rostro en el hueco del cuello de Antonio.

—No llore. Míreme. Este es mi destino, Ana. Acéptelo. Si aquí he de morir, es voluntad de Dios. Ni usted, ni yo debemos cuestionarlo.

Ella asintió, incapaz de hablar. Antonio le rozó las mejillas con los pulgares. Borraba por última vez las lágrimas de su mujer.

—Yo quería decirle que le quiero, que siempre le querré —musitó Ana.

—Y yo a usted, mi Ana de los Montes.

—Antonio, ¿qué voy a hacer?

—No desespere. Mire, ¿ve esos caminos que se cruzan? Finalmente he llegado a mi cruz en esta vida, al lugar donde debo estar. No sé por qué, pero aquí estoy. Aquí me quedaré. Ya mi nombre me indicaba que este sería mi destino, ¿ve? No llore, porque ni usted ni yo tenemos nada que lamentar. Las cosas suceden por una razón. Recuerde eso cuando piense en mí.

—No quiero que muera. —Ana pestañeó rápidamente cuando las lágrimas quemaron sus ojos—. Yo lo necesito. —Hubo un silencio entre ambos—. Usted no tiene que morir, se equivoca. Solo hay que esperar. El coronel Velásquez ya hizo las gestiones. Conseguimos las firmas en un santiamén, de la misma manera que la gente se juntó en la plaza por usted. Aguarde y verá. Llegará la orden para que lo liberen, o... —Se le quebró la voz. Tomó aire—. O enviará un mensaje para este hombre, para que lo devuelva al pueblo.

Antonio presionó los dedos contra su boca. Le pedía así que callara, que lo mirara.

—Ana, quiero que se vaya —dijo—. Ahora.

—No, no, no lo dejaré.

—Usted montará a su *Negro*, se irá y no volverá la vista atrás. ¿Me escuchó?

Llorosa, dijo que no con la cabeza. Antonio endureció la expresión. La atrajo contra sí. La abrazó con fuerza. Le acercó la boca al oído. Le dijo con firmeza y suavidad a la vez:

—Ana, yo tengo un destino que cumplir. Escúcheme: usted debe regresar con su tío, él la protegerá. A usted y a nuestro bebé.

—No me pida que lo deje.

—Me dejará y no volverá la vista atrás cuando se vaya. Es lo mejor. ¿Está claro? —preguntó. Al no obtener respuesta, la apartó. La aferró con fuerza. Buscó la mirada de su mujer.

Ana asintió. Incapaz de hablar, lo miró con grandes ojos inundados de lágrimas, con las mejillas pálidas, con los labios entreabiertos por la agitación. Antonio le acarició el cabello. Acomodó con ternura un mechón detrás de su oreja.

—Nunca hablará de mí. Si se supiera que fue mi mujer, podrían acusarla a usted también de ladrona.

—¡A mí no me importa!

—Pero a mí sí —replicó Antonio—. Me guardará en su corazón, jamás le dirá a nadie que yo fui su hombre.

—Yo no quiero mentir.

—Usted hará lo que yo le diga —dijo con dureza—. A nuestro hijo le dirá que su padre fue un hombre que siempre intentó hacer las cosas bien, que, si cometió errores, nunca lo hizo con la intención de dañar a nadie. Le dirá que me habría gustado conocerle, enseñarle a montar y trepar a los árboles como le enseñé a usted. Le dirá que siempre velaré por su felicidad desde el Cielo. Se lo dirá de mi parte.

Ella lloraba.

Entonces él cerró los dedos sobre el mentón de Ana, se inclinó y le poseyó la boca. No fue un beso gentil ni galante: fue violento, posesivo, poderoso y avasallador. Disfrutó por última vez del sabor de esos labios amados.

Antonio deslizó el pulgar por su mejilla suave y saboreó su boca a voluntad. Su lengua exploró aquellos labios cálidos que se abrían con ansias bajo los suyos, aceptando sin condiciones su arrasador ataque, y entonces, poco a poco, se apartó de su mujer.

—Dígame que me ama —le pidió con voz ronca.

—¡Lo amo con todo mi corazón!

—Siempre la querré. Ahora sonría para mí. Y júreme que no volverá la vista atrás. No importa lo que escuche, fustigaré a ese animal y no se volverá para mirarme.

Ello dejó escapar una lágrima.

—Se lo juro.

La miró con dulzura

—Ahora váyase.

Ella sonrió con los labios temblorosos. Luego fue hasta donde se encontraba *Negro*. Rechazó con arrogancia la mano que le ofrecía uno de los hombres del sargento. Montó en el caballo. Guió al animal hacia el camino que conducía al pueblo de Mercedes. Enderezó la espalda. Echó hacia atrás los hombros. “No quiero que me vea llorar”, pensó. Comenzó a alejarse de Antonio sin volver la vista atrás, tal y como lo había prometido. “No lloraré, no ahora”, se dijo. Se mordió los labios con fuerza. Escuchó la voz de Antonio a su espalda. Decía:

—Sargento, pronto tendrá entre sus manos la orden de mi liberación. También la noticia de la enfermedad de su hijo. Ya le avisé. Queda en usted decidir qué hacer.

Ana inclinó la cabeza. Crispó con fuerza las manos contra las riendas del caballo. Aunque quería volverse, no lo hizo. Azuzó a *Negro* con el rebenque.

—Usted no se salva de esta, Antonio Gil —dijo el sargento Ruiz Díaz.

“No me dejes llorar, *Ñandejára*”, se repetía Ana a sí misma una y otra vez. Era una letanía que la mantenía erguida sobre la montura. Oyó las últimas palabras del hombre que amaba.

—Sé que me va usted a degollar, sargento.

Ana no escucho más. Fustigó al caballo. Empezó el regreso a casa, a Los Ceibos, tal como se lo había prometido a su Curuzú. Evocó por lo bajo las palabras que le traerían en el futuro consuelo a ella, consuelo al hijo que jamás conocería a su padre: “Todo tiene una razón. Nada sucede en este mundo sin que Dios lo quiera. Nada.”